

EMILY DELEVIGNE

El
libro
de Skye

1ª Edición: Mayo 2016

©2016 by Emily Delevigne

©2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo: Ediciones Coral Romántica (Group Edition World)

Dirección: www.edicionescoral.com/www.groupeditionworld.com

Diseño de cubierta:

© by China Yanly

Conversion a epub:Ediciones Coral

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art.270 y siguientes del CODIGO PENAL). Diríjase a CEDRO(Centro Español De Derechos Reprográficos)

El libro

de

Skye

Emily Delevigne



Sinopsis

Cuenta la leyenda...

Cuenta la leyenda que una vez cada trescientos sesenta y cinco días, las dos mitades de un alma están destinadas a encontrarse. Una vez tiene lugar ese suceso mágico, deberán superar una dura prueba para poder vivir felices durante toda la eternidad.

Alba lleva una vida tranquila y apacible en Sevilla, donde comparte hogar con su tía Carmen, experta en todo lo relacionado con el mundo paranormal. Alba siempre ha preferido mantenerse al margen sobre esos temas hasta que algo con lo que no contaba llama su atención: un lugar especial, un libro mágico con una nota, y un viaje en el tiempo a la Escocia del mil cuatrocientos.

Cameron, laird del clan McLeod, no da crédito a lo que ven sus ojos cuando descubre en sus tierras a una joven emergiendo del Lago Ness, vestida con una simple manta. Este escocés rudo de mirada melancólica no imagina los sentimientos que la hermosa española removerá en su interior.

Dos almas destinadas a encontrarse. Vive la pasión en el comienzo de la saga Viajeros en el tiempo...

Dedicatoria

Con todo mi amor a mi grupo de las tres viajeras. Recuerdo con total exactitud nuestro primer viaje a Escocia y fuera de España. Hay pocos lugares que tengan tanta magia y belleza y nosotras pudimos disfrutarlo. Recuerdo cuando os conté la idea de este libro mientras dábamos un paseo en barco por el lago Ness, ¡quién diría que acabaría siendo publicado!

Cuenta la leyenda...

Se cuenta que el último día del último mes del año, las puertas del presente se abrirán al pasado durante veinticuatro horas. Entonces, ambos podrán fundirse en un solo, permitiendo la entrada y salida de aquel o aquella que desee viajar al pasado... o al futuro en caso contrario.

Esto se permitió cuando mucho antes de aparecer vida en el planeta Tierra, la primera esfera de vida fuese dividida en dos, cayendo en distintas partes del planeta. Ambas mitades estaban destinadas a encontrarse tarde o temprano... en la vida o en la muerte. Con la humanización y la edificación, las barreras impidieron que la mayoría de las mitades encontrasen a su otro igual.

La mayoría de ellas se juntaron con otras que, a pesar de guardar semejanza con su alma gemela, impidieron encontrar a su correspondiente.

Por ello, y solo por este motivo, se permitió que una vez cada trescientos sesenta y cinco días las mitades tuviesen la oportunidad de viajar en el tiempo, para encontrarse y formar un todo, complementándose la unidad.

Aunque para ello tendrían que pasar por una prueba. Una prueba definitiva que probaría la unión.

Una vez unida, nada ni nadie podría separarlas nunca más.

Capítulo 1

—Tienes cinco minutos, ¿me oyes? Cinco.

—¡Sí, sí, por supuesto! —Envolvió las viejas y nudosas manos del señor O'Neill entre las suyas mientras le dedicaba una de sus mejores sonrisas— ¡No tardaré más! ¡Ni se dará cuenta de mi presencia!

Soltándole, no esperó ni un segundo más para entrar en la antiquísima biblioteca del irlandés y recorrer todas las enormes filas repletas de libros, preguntándose por cuál comenzaría teniendo únicamente cinco minutos.

El señor O'Neill, irlandés y asentado en Sevilla desde hacía más de cuarenta años, era un hombre solitario y amante de los libros que apenas entablaba relación con nadie, excepto con su tía Carmen. Y esa era la razón de que se encontrase allí. Muchos la llamaría a partir de ahora *la afortunada*. Poca gente, por no decir nadie, había conseguido el permiso del viejo hombre para disfrutar del paraíso literario que poseía tras una puerta al final del salón.

Alba había estado suplicándole a su tía durante cinco meses que convenciera al señor O'Neill de dejarla entrar en su biblioteca, recibiendo un 'no' por respuesta de ambas parte. No sabía qué les habría hecho cambiar de idea pero allí estaba, respirando aquel olor a libros viejos y galletas caseras mientras se sentía como si estuviese en un castillo medieval del siglo XVII.

La casa del irlandés estaba construida sobre unas antiguas ruinas romanas que, desgraciadamente, habían sido tapadas antes de que el Ayuntamiento fuese consciente del patrimonio que estaban destruyendo. Una vez que el señor O'Neill pagó por esas tierras, nadie tuvo el derecho a echarlo, aún más cuando aquellas ruinas habían sido totalmente cubiertas con cemento, siendo imposibles reconstruirlas.

A manos de su tía Carmen, había oído el interesante rumor de que aquellas ruinas seguían de pie, en el sótano, para uso y disfrute del irlandés. No sabía si ella las había visto, pero lo que estaba claro era que Alba no tendría la oportunidad.

Mirando a su alrededor con deleite, pasó las manos por las viejas estanterías de madera de roble, tocando los tomos de los antiquísimos libros y encontrándolos en su mayoría en inglés, irlandés y escocés. Apenas alguno en español, entre ellos El Quijote y Campos de Castilla.

Sonrió.

«*Cómo no*».

Las obras eran tan vetustas que temía tocarlos por miedo a que se resquebrajasen en sus manos. Pese al gran amor que sentía por los libros, no se caracterizaba por ser una persona precisamente ágil en cuanto a tratar objetos antiguos se refería.

Se adentró aún más, perdiéndose entre el laberinto de estanterías hasta que pasó cerca de otro pasillo muy iluminado por una gran ventana cuyo marco era de madera con complicados truncados hechos a mano.

Retrocedió y miró aquel pasillo que formaban las altas estanterías, proyectando pesadas sombras sobre las paredes.

Avanzó un paso hacia la luz de la ventana. El suelo de madera crujió bajo su peso. Ignorándolo, avanzó nuevamente hasta mirar a través del cristal, teniendo que limpiarlo con el dobladillo de la camiseta al notar una pesada capa de polvo sobre ella. Frotándose los ojos con las manos, intentó enfocar la vista, creyendo haber visto prados verdes y un castillo medieval a través de ella.

Algo imposible cuando se encontraban en el centro de Sevilla.

Sonrió, aliviada, al ver la Giralda en todo su esplendor y el sol del atardecer ocultándose entre los edificios. Sí, todo estaba en su sitio.

Sorprendida, notó que el poco calor que hacía en esa habitación no tenía nada que ver con las usuales casas sevillanas. Parecía haber diez grados menos. ¿Cómo era posible? ¿La ubicación, quizás? ¿El tipo de material de las paredes no permitía le penetración de los rayos del sol?

Suspirando, se dio la vuelta para aprovechar el escaso tiempo que le quedaba en ese maravilloso lugar cuando su cadera dio contra una pequeña mesa, situada a su derecha.

—Mierda... —susurró dolorosamente, llevándose la mano a la zona golpeada.

Clavó los ojos en la pequeña mesa de madera, cuyo centro era de cristal raído, como si lo hubiesen golpeado con brusquedad, haciendo que el dibujo de un cardo en el centro estuviese algo distorsionado. Las patas de la mesa se juntaban a medida que subían, encontrándose hasta ser un todo.

Terminó de subir la mirada para encontrar un viejo y grueso libro en el centro. Las solapas duras de color morado oscuro, casi azules, estaban algo deterioradas.

Alba, inconscientemente, estiró el brazo y tocó el libro con las yemas de los dedos.

La retiró con rapidez y miró a todos lados.

¿Le permitiría el señor O'Neill tenerlo entre sus manos? Si aquel libro estaba separado de los demás, seguramente, sería por algo.

Humedeciéndose los labios, al no escuchar el sonido de sus pisadas, cogió el libro entre las manos y se puso de espaldas a la ventana, dejando que la luz impactase contra él.

En la dura portada estaba la silueta de un cardo. ¿No era aquello un símbolo nacional escocés? Se preguntó siguiendo el recorrido con los dedos. Quizás, fuese un libro sobre Escocia, un libro de cuentos infantiles, leyendas o...

El libro estaba frío. Muy frío.

—Qué extraño, no hace tan baja temperatura aquí dentro —dijo en voz baja.

Abrió el libro por la primera página, oyéndose el chasquido al pasar la cubierta. Con cuidado, lo apoyó contra su abdomen e intentó leer la primera página de color blanco roto con los bordes amarillos a causa del paso de los años.

Estaba en gaélico, averiguó al recordar unos escritos que el señor O'Neill había llevado una vez al restaurante. No entendía nada de nada. Los idiomas siempre se le habían dado bien, pero tampoco había profundizado en esa habilidad para explotarla y dedicarse a ello profesionalmente. El inglés lo manejaba con soltura y chapuceaba con el francés y ruso. Si fuera inglés... Suspirando, pasó las páginas, esperando encontrar algo que pudiese entender... o al menos un dibujo. Poco a poco, aquella caligrafía comenzó a hechizarla, desde sus tortuosos enlaces hasta los signos que aparecían en algunas páginas.

Comenzó a pasear los ojos por las líneas, escuchando unas voces que parecían salir del libro hasta llegar al interior de su cabeza. Susurros, palabras ininteligibles que no conseguía descifrar, exclamaciones y más voces. Pasó la siguiente página con lentitud mientras se preguntaba si todo eso no sería más que el producto de su inalcanzable e ilimitada imaginación.

Su corazón dio un vuelco.

Tras terminar la página, pasó a la siguiente y así sucesivamente, sin ser consciente del tiempo. Poco a poco la habitación fue sumiéndose en la oscuridad, viéndose por la ventana el cielo de tonos anaranjados y morados que darían paso al anochecer, pero Alba no tenía interés en ello.

Estaba concentrada en aquel libro que poco a poco la unía a él más y más, las voces aumentaban y sus dedos pasaban las páginas solos, sin su ayuda.

En su cabeza se formaban imágenes de prados verdes y frondosos, húmedos por la fría lluvia que otorgaba un aspecto salvaje a la vegetación. Altas montañas

ocultas de pálida nieve helada y niebla plateada, que bajaban por los valles para cubrirlos por las mañanas, seguidos de los impecables montes con una amplia gama de verdes existentes.

Con dificultad consiguió distinguir un castillo, un enorme castillo de piedra sobre una llanura. Estaba segura que desde aquella posición los enemigos no podrían sorprenderlos, tenían todo los flancos despejados. Algo más lejos se encontraba un lago de aguas oscuras, donde las ramas de árboles apoyados en sus orillas, acaban por caer en el embrujo del agua, ahogándose.

—Dios mío... —musitó— cuánta belleza.

Alrededor del lago había pequeñas casitas, dispersas, mientras que dentro de la muralla del castillo había más, juntas y sirviéndose de apoyo unas a otras, junto a unas caballerizas, un pozo y una herrería.

Una fresca brisa acarició su rostro perezosamente, cambiando su campo de visión por el castillo nuevamente. La imagen iba subiendo poco a poco, hasta que llegó a lo más alto de la torre del homenaje.

Había un hombre de espaldas, mirando el paisaje con las manos enlazadas detrás. Alto, muy alto, se dijo Alba mientras lo miraba intensamente. Su pelo era oscuro, parecía castaño con reflejos cobrizos por la incidencia de los haces de luz. Hasta los hombros y suelto, era movido por el viento con total libertad.

Sus anchos hombros estaban tensos, los fuertes músculos de su espalda advertían de él un hombre fuerte, grande y feroz, cubierto por una camisa ancha y blanca. ¿Dónde estaría? Se preguntó Alba, ¿sería un guerrero? ¿estaría quedándose dormida y soñando con aquel extraño? Tenía que admitir que era la primera vez que conseguía ver y sentir con tanta claridad, como si realmente se encontrase allí.

Si era un sueño, no quería despertar todavía.

De repente, Alba se percató de que el hombre llevaba un kilt.

Antes de que pudiese prestar intención a los colores, la imagen se fue acercando más y más a la figura, hasta que pudo sentir el calor manando de su inmenso cuerpo. Le llegó el olor masculino: fresco, a lluvia y a tierra mojada y menta. Inspiró con fuerza para luego soltar el aire con lentitud.

Alba quería estirar la mano, acariciar el pelo del hombre, ver su rostro.

Asustada, retiró la mano con rapidez cuando la tensión se hizo palpable en el ambiente. Poco a poco, el hombre fue girando sobre sus pies. Sus rasgos fueron quedando expuestos, arrebatándole el oxígeno de los pulmones con brusquedad.

Nariz recta, mandíbula suavemente cuadrada cubierta de un vello incipiente cobrizo claro y suavemente pronunciada... Masculino. Esa era la palabra. Era

increíblemente masculino, irradiaba poder por todos los poros de su piel. Poder y fuerza. Tanta que la abrumó.

Cuando terminó de girar el rostro, el corazón de Alba se paró.

Grises. Sus ojos eran grises. Fríos, duros, impecables como la muralla de su castillo.

Y la estaban mirando a ella. Achicó sus ojos y dio un paso, estirando el brazo.

—*Wha urr ye? (Quién eres)*

El libro cayó de sus manos con un fuerte estruendo, sacándola de allí.

Alba gimió y miró aquel libro desde el suelo, con las manos todavía con la posición en el que lo había sostenido.

Su corazón latía erráticamente, sin descanso, mientras miles de preguntas cruzaban por su cabeza. ¿Qué había sido todo eso? ¿Su imaginación? ¿Tan potente era? No, en lo más profundo de su ser sabía que no. Con el vello erizado de la nuca, se obligó a mantener la calma.

Agachándose, cogió el libro abierto y miró la página en la que había caído.

Nuevamente, estuvo a punto de dejarlo caer cuando vio, dibujado al atractivo hombre de antes, solo que de cuerpo entero y en posición de defensa mientras dirigía una feroz mirada al espectador. Con las rodillas levemente flexionadas y una *sgian dubh* en una de sus manos, su camiseta estaba casi totalmente destrozada, el kilt tenía manchas de sangre y sus fieros ojos llenos de furia prometían una tortuosa muerte mientras su pelo era movido, seguramente, por el viento, colocando algunos cortos mechones por la frente.

Aquel dibujo tenían que haberlo tomado durante una batalla, ya que tenía restos de sangre seca esparcidas por doquier, pero... ¿Cómo era posible?

Delineó el contorno de la atractiva cara del escocés, desde sus labios hasta la mandíbula. Era tan... guapo. Competiría con el mismísimo Dios Apolo si existiese, pensó con una sonrisa mientras acariciaba los amplios hombros. Si ese hombre había existido en el pasado, las mujeres se tenían que haber pegado, seguramente, por conseguir su atención.

Incluso ella lo habría hecho,teniéndose en tan alta estima.

Cogió aire y...

—¿Alba? ¿Estás bien, muchacha?

Asustada, se incorporó de sus rodillas y apretó el libro contra su frenético pecho.

Anhelaba llevárselo, pero no era una ladrona... ¿o sí? Podía hacer una excepción...

—Sí, señor O'Neill —lo escuchó desde lejos, iba hacia ella—Ya he terminado, voy inmediatamente.

Con pesar, fue a dejar el libro sobre aquella espectacular mesita cuando un trozo de papel cayó al suelo, del interior.

Agachándose, lo cogió con rapidez y se lo guardó en el bolsillo del vestido. Miró una última vez el libro antes de ir hacia la salida. ¡Cómo había pasado el tiempo! ¡Para ella habían sido minutos, segundos, cuando ya había anochecido! Cuándo le habría gustado alargar aquella experiencia, pensó. Sentía demasiada curiosidad por el hombre.

Se encontró al señor O'Neill enfrente, mirándola fijamente.

—¡Muchísimas gracias, señor O'Neill! —le cogió las dos manos, siendo observada por sus claros ojos—. Tiene usted aquí un paraíso literario.

El viejo hombre sonrió.

—Gracias, querida, no me has molestado en absoluto —Su acento irlandés la hizo suspirar—Te invitaré otro día.

—¿De verdad? ¡Muchísimas gracias! —lo abrazó con fuerza, a pesar de la gran estatura del hombre—. Tengo que irme, mi tía Carmen me está esperando. No sabe cuánto le agradezco que me haya dejado entrar —se le erizó el vello de la nuca al recordar todo lo que había visto y sentido—. Ha sido...Mágico.

—Tengo que admitir que sí, muchacha. Estas ruinas son de lo más... inusuales, ¿no crees?

Al salir de la casa, el abrasador calor sevillano la envolvió, recordándole que se encontraba allí, no había sido transportada ni nada parecido, para desgracia suya.

Parada en la puerta de la casa del irlandés, se palmeó el bolsillo del vestido.

Espera... ¡No estaba! ¡No estaba el papel!

Nerviosa, metió ambas manos y lo buscó desesperadamente, ignorando las curiosas miradas de las personas que pasaban por su lado y la oían hablar.

—¡Joder! —exclamó.

Sabiendo que el irlandés no le abriría la puerta por segunda vez, suspiró y se fue al bar de su tía Carmen, sintiendo unas apremiantes ganas de entrar en la casa y llevarse el libro, aparte de encontrar la pequeña nota. Quizás no fuese nada más que una esquina que se había desprendido por la caída, pero aun así...

La buscaría la próxima vez que entrase, se prometió, ocultando aquella parte de sus pensamientos que le susurraba que seguramente O'Neill tiraría el papel pensando que era basura.

Sacudió la cabeza.

Caminó hasta llegar a Puerta Jerez, atestada de turistas y personas que con el calor se habían animado a salir de sus casas para disfrutar de la agradable noche. Llegó hasta el enorme bar de su tía sin ser consciente, con la mente en aquel increíble lugar que tenía que ser Escocia.

Una fantasía.

Era como haber visto las entrañas de un maravilloso lugar.

Pensó en los atormentados ojos grises. Esa tonalidad metálica azulada no la había divisado jamás en su vida, ni siquiera en su abuela, cuyos ojos verdes eran tan claros que podían apreciarse a metros y metros de vista. Sintiendo una inquietante presión en el pecho, entró en el bar y sonrió a los clientes más conocidos.

El bar de su tía Carmen había empezado siendo un pequeño restaurante que con su buena comida casera había atraído a muchísimas personas, desde personas solitarias que buscaban un poco de tranquilidad hasta numerosas familias. Poco a poco fue adoptando las medidas de un restaurante, aunque no tenía esa frialdad para tomar solo ese papel. Era tan importante que circulaba el rumor de que si no ibas al Bar de la tía Carmen no habías estado en Sevilla.

La decoración era sencilla pero elegante. La larga barra de madera barnizada, los suelos de loseta oscura, las paredes impecablemente limpias y blancas con cuadros colgando sobre los viajes de su tía hasta fotos de ella de cuando era pequeña.

Si tuviese que describirlo sería familiar, cálido y acogedor.

Tres adjetivos que nadie podía ignorar.

Las mesas de madera estaban exquisitamente cuidadas con las sillas a juego, manteles blancos las cubrían, siendo adornadas con dos o tres flores en cada jarrón, diferentes en cada mesa. Tras la barra, donde estaban los camareros, había un gran espejo que hacía una ilusión óptica de aumentar el espacio del establecimiento.

Saludó a uno de los camareros con una sonrisa antes de entrar en la cocina, encontrándose a su tía metiendo una enorme olla con restos de comida en el lavavajillas. Su pelo estaba cubierto por un gorro con redes, su cuerpo con el uniforme que ella misma había confeccionado, manteniendo el mismo diseño de siempre.

Llevaba unos guantes para protegerse las manos del calor, aunque eso no evitaba que más de una vez apareciese con quemaduras.

—Buenas tardes, tía.

—¡Alba! —su tía Carmen se giró, sonriéndole con sus cálidos ojos castaños antes de abrazarla con fuerza—. ¿Vienes de la casa del señor O'Neill? ¿Qué te ha parecido?

—¡Es increíble! —exclamó apoyándose en una esquina donde no la estorbase mientras ella seguía preparando la comida—. Tienes que convencerlo de que me deje entrar otra vez, ¡por favor!

Su tía Carmen le dirigió una sonrisa cómplice.

—¿Tan mágico ha sido el encuentro?

Sintiendo cierto sonrojo en sus mejillas, se miró las uñas de las manos.

No tenía problemas en hablar sobre hechos paranormales o raros con su tía. No cuando desde pequeña la había criado contándole todas y cada unas de las experiencias que había tenido a lo largo de su vida. Desde un encuentro con su madre en el primer aniversario de su muerte, algo que le había puesto la piel de gallina, hasta su viejo perro *Mancha*, encontrádoselo tumbado a un lado de su cama antes de desaparecer en una espesa niebla, regalándole un amigable ladrido.

Alba siempre se había querido mantener al margen de aquel extraño mundo del que su querida tía formaba parte, pero la curiosidad ligada a ciertas vivencias propias le estaba mostrando otra cara nueva de la vida.

Y lo que le había pasado con el libro...

Siempre había creído en algo, pero no había conseguido ponerle nombre ni rostro. Había sido criada como cristiana y aunque tenía fe en Dios, pensaba que había algo más, algo que se iba de las manos de los mortales.

Cogió aire.

—He... visto un libro. Un libro especial.

—¿De veras?

—Y... me ha llevado a otro lugar —le echó una ojeada. Agradecía que no estuviese mirándola a los ojos. Se habría echado para atrás y su tía lo sabía. La conocía demasiado bien.

—¿Qué lugar, cariño?

—Creo que era Escocia, tía—. Alba no fue consciente del anhelo que mostraba su voz. Suspiró, derrotada—. Veía enormes y frondosos valles, la niebla cubriéndolo todo a primeras horas de la mañana mientras caía una suave llovizna... Lagos, oscuros lagos rodeando un enorme castillo que se alzaba sobre ellos. Y unos ojos.

Su tía asintió y puso dos platos de comida en la barra para que el camarero se lo llevase a la mesa correspondiente.

—¿Qué más?

—Era... era tan guapo, tía. Enorme, grande... De cabellos oscuros y ojos grises. Tenía la mirada triste, perdida, como si acabase de tomar una dura decisión. La frialdad era latente en ella—se agarró las manos sobre el regazo—. Yo... podía sentirlo, su calor, la cercanía. ¡Oh, tía! Sé que suena estúpido...

—Cariño, ya sabes que eso no puedes decirlo delante mía—dijo con una sonrisa, tomándole de las manos. Su baja estatura hizo que tuviese que bajar la cabeza para mirar sus ojos.

—Es que, ¿cómo puede un libro antiguo llevarme a otro sitio? ¿A otra época? No había coches, tía, ni carretera, solo un hombre con un kilt...

—¿Y si hubieses visto Escocia en otra época? —la interrumpió calentando agua mientras hacía otros platos—. Quizás, sean portales.

Estuvo a punto de soltar una carcajada. Hasta ese punto, Alba no creía. No tanto.

—Tía...

—¿Y si es una señal?

—¿Señal? —inquirió curiosa pero escéptica.

—Quizás, ese hombre te necesita, quizás está en tus manos salvarle la vida.

De acuerdo. Aquello le sentó como un puñetazo en el estómago.

—¡Tía, no me crees semejante responsabilidad!

—Solo quiero que analices muy bien lo que has visto. ¿Ha pasado algo más?

Una sonrisa fue apareciendo poco a poco en su rostro.

—El hombre se giró, estiró la mano hacia mí y preguntó algo. Llevo comiéndome la cabeza todo el trayecto pensando qué sería —se mordió el labio—. Se me cayó el libro y en ese momento el señor O'Neill me avisó de que tenía que irme... Una nota cayó del libro.

Su tía le dirigió una mirada suspicaz.

—¿Una nota? —asintió con recelo—. ¿Y la has leído?

—No, me la guardé pero parece ser que se me cayó al suelo... ¡Maldición!

—¡Alba, esa boca! —la riñó suavemente.

—Perdón.

Su tía suspiró y fue hasta ella, cogiéndole las manos y apretándoselas suavemente.

—Cariño, hay cosas para las que estamos predestinados, sean buenas o malas. Algunas pueden ser pruebas para medir nuestra fuerza interior, otras para encontrar nuestro camino y otras... que ni siquiera yo puedo saberlas. No temas, pues creo que ante ti se está formando un camino duro, lleno de obstáculos que te llevarán a donde quieres ir.

—Yo quiero estar contigo.

—Eso crees ahora —sonrió—. ¿Te acuerdas cuando te conté la historia de las almas gemelas?

—Ajá —asintió—. Me encantó.

—Mi madre me la contó a mí y su madre a ella y así a lo largo de nuestra familia. Cariño —susurró—, dos personas forman parte de un todo, una unidad. Todos tenemos un alma gemela. Ya sabes que esos *todos* se separaron en dos por distintos motivos y fueron a caer a la Tierra. Esparcidas, algunas cayeron muy lejos de su alma gemela. solo aquellas que acabasen por encontrarse acabarían formando el todo original, la unidad. Desgraciadamente, o no, dependiendo de cómo lo veas, el mundo es enorme. Algunas mueren emparejándose con otras.

—No entiendo a qué quieres llegar con esto.

—Lo descubrirás más adelante —se dio la vuelta con rapidez, impidiendo que Alba viese un inusual brillo en sus ojos.

—Pero...

—Siéntate en una mesa y te prepararé algo de cenar.

Esa era la forma que tenía su tía de despedirse de ella. Asintiendo, salió de la cocina y se sentó en una mesa libre que estaba libre, cerca de la ventana. Miró desde ella a las personas, al parque de al lado y pensó en todo lo que le había dicho su tía.

¿Quizás... tenía algo que ver con ese hombre? ¿Necesitaba su ayuda? Todo sonaba tan... raro. ¿Cómo podía necesitar su ayuda un hombre que actualmente ya estaba muerto? ¡Más que muerto! Sería polvo o ni eso. Frustrada, quiso comprobar si por casualidad estaba el papelito dentro del bolsillo de su vestido.

No.

Unos diez minutos más tarde le aparecieron dos platos para comer. El increíble olor que desprendían hizo sonar su estómago. El viejo camarero sonrió, mostrándole una dentadura en muy buen estado.

—Parece que vienes con hambre. ¿Muchas aventuras?

—Muchísimas —contestó con una sonrisa—. Dale las gracias a mi tía por ponerme la comida tan rápido.

Le guiñó un ojo.

—Eso está hecho.

Alba se terminó de beber la cerveza en compañía de sus amigas mientras aguantaba con una sonrisa las pesadas bromas. De todas formas, ¿no se las merecía después de haberles contado su experiencia con el libro? Quizás, tendría que haber recordado lo escépticas que eran, sobre todo cuando una de ellas era médica y creía en todo aquello que fuese empíricamente demostrable. Y para ser sincera... hasta a sus oídos le había sonado como una locura.

—¡Vaya, así que un atractivo hombre de ojos grises! —Erie se rio—. ¡Dime que tenía un hermano!

—¡Erie! —Exclamó su otra amiga, Ruth— no has preguntado lo más importante, ¿se ha...?

—¡Dejadlo! —rio— No sé para qué os cuento nada, chicas.

—Ya sabes cómo somos —Eire se encogió de hombros—. ¿Se lo has contado a tu tía? Recuerdo cuando yo le hablé de oír unas voces en el patio de mi casa cada noche. Mis perros ladraban sin parar pero no me atreví a salir a mirar. ¿Sabéis lo

que me contestó? Que quizás era una niña que quería jugar conmigo. Finalmente, un día salí y me encontré a un par de adolescentes que habían tomado mi patio como lugar perfecto para meterse mano. Las risitas provenían de ella.

Ruth se rio.

—Con todo el cariño del mundo, Carmen siempre saca un lado paranormal a todo.

—Lo sé —contestó curvando las comisuras de la boca hacia arriba—. Tengo que irme ya, chicas. Mañana es lunes, ¡y para vosotras también! ¿Es que los médicos y los sexólogos no hacen nada en su vida?

—¡Pero vaya golpe que nos ha dado! —Ruth soltó una carcajada—. ¿Te llevo en coche?

—No, estoy a cinco minutos y me apetece dar una vuelta.

—¡Ten cuidado! —gritó Eire cuando ya se había alejado—. ¡Quizás, aparezca el hombre de ojos grises y te lleve a su *enorme* castillo!

Entendió perfectamente la connotación que había hecho a 'enorme'.

Sonrojándose ante la curiosa mirada de los demás, se fue sin decir nada oyendo a lo lejos las carcajadas de las dos achispadas mujeres.

Al llegar a su casa, encontró a su tía viendo una de sus series favoritas mientras jugaba al Candy Crush con la *tablet*, aporreando los dedos contra el pobre cristal.

Al sentir sus ojos sobre ella, sonrió.

—Qué pronto has llegado, ¿estás cansada?

Miró a su tía detenidamente. Qué misteriosa era, pensó, le pedía que le contara sus experiencias pero nunca obtenía respuestas por parte de ella.

Se sentó en el posa-brazos del sillón y apoyó la cabeza en su hombro.

—Sí, mañana tengo que trabajar.

—Exactamente.

Alba se levantó y fue hasta la estantería donde había una foto de sus padres. Acarició los rostros de ambos, felices, efímeros, como si el tiempo no pasara para ellos.

Y no pasaba, irónicamente sonrió. Seguía doliéndole muchísimo no tenerlos día a día a pesar de llevar sin ellos la mayor parte de su vida. A veces, se preguntaba

qué le esperaba, qué sería de ella. Sus días solían ser monótonos, lo de hoy había sido una excepción en toda regla.

—Ellos estarían muy orgullosos de ti, cariño.

Se sintió avergonzada.

—Gracias—musitó.

—Te pareces muchísimo a tu abuela. Tu madre lo decía.

Asintiendo, se fue hacia su pequeña pero entrañable habitación. Totalmente decorada por ella, las paredes eran de un color verde lima, cortinas blancas y la colcha de líneas rojas y azules, entre otras. Una pequeña mesa de escritorio con un flexo, impresora y un portátil, junto con una foto de ella con su tía y de sus padres. Un gran panel de CD's colgaban del techo junto al escritorio, donde había música desde grupos americanos, españoles hasta solos de piano y otros instrumentos.

En el otro lado estaban las películas que se iba comprando cada mes. Desde la increíble historia de Braveheart y Rob Roy hasta El señor de los Anillos. Poco a poco su colección iba aumentando. Recordó la primera película que se compró con su dinero, o mejor dicho, con el dinero que había ido ahorrando por los mandados que le hacía a su tía.

Por las paredes colgaban cuadros que había dibujado de pequeña, uno de sus mayores pasatiempos. Apenas alguno era bonito, pero los tenía por cariño a la niña que había sido.

Encendió el aire acondicionado para bajar los asfixiantes treinta y cinco grados que marcaba el mando.

Se quitó el vestido y lo puso sobre la cama para estirarlo y quitar posibles arrugas, soltando un suspiro de alivio al sentir el aire frío en la espalda. Fue hacia el armario de madera para guardarlo mientras el frío del mármol aliviaba sus hinchados pies. Bajo uno de ellos sintió algo.

Levantando el pie en el que sentía la presión, jadeó.

—Oh...Oh...

Era el papel. El papel que había cogido de la casa del señor O'Neill.

Sus piernas comenzaron a temblar, amenazándola con desestabilizarla y dejarla caer al suelo de bruces.

¿Cómo había llegado eso hasta allí?

Su corazón latía desbocadamente mientras un olor a lluvia llegaba hasta su nariz. Un frescor natural le movió el cabello de la nuca, haciendo que sintiese frío por las gotas de sudor. Pino, tierra, lluvia... una exquisita fragancia de olores se había instalado en su cuarto.

Sin saber qué hacer, miró el papel como si se tratara de una serpiente venenosa. Aquello no era normal. No. Para nada. ¿Y si estaba dormida? ¿Y si acababa levantándose y todo fuese un sueño? Quizás, en la vida real, no había entrado todavía en la casa del irlandés.

Las emociones la arrollaron como una enorme ola que choca contra las paredes del acantilado, con fuerza.

Cogió el papel entre sus dedos y lo desdobló.

Estaba en blanco.

La decepción volvió a invadirla sin contemplación.

—Me estoy volviendo loca—sacudió la cabeza—. Debería dejarme de tantas tonterías e irme a dormir. Nunca he creído en estas cosas.

Sin embargo, cuando quiso tirar el papel a la basura, acabó por dejarlo en la mesita de noche. Una fuerza le impedía hacerlo. Y aquello solo le confirmó lo que ya sabía: estaba actuando de una forma totalmente inmadura.

Salió de la habitación para ir al baño y prepararse para dormir, prefería madrugar antes que levantarse tan temprano sin haber dormido al menos siete horas. Se metió entre las sábanas y encendió la luz que colgaba de la pared de la cama. Echó una mirada al papel y acabó por cogerlo entre sus manos, abriéndolo.

No había nada.

—Voy a tirarte a la basura. No puedo perder más el tiempo con esto—pensó en voz alta.

Se frotó los cansados ojos con una mano libre cuando vio unos pequeños trazos en el trozo de papel.

Parpadeó varias veces.

—¿Qué... qué demonios...?

Como si estuviesen siendo grabadas por fuego, aparecían con un pequeño humo negro hasta formar un escueto párrafo.

A la luz de la luna llena en el Hogmanay

Recorriendo a las tres hermanas de Glen Coe

para llegar hasta el misterioso Lago Ness

Se abrirá esa noche el portal por el que el pasado y el presente se unirán

Quedando sellados para siempre jamás.

Con la boca abierta, Alba se levantó de un salto de la cama y fue corriendo hacia el salón mientras el miedo la rodeaba por completo, seguido por la incredulidad. Temía sufrir un infarto con el ritmo que llevaba su corazón durante todo el día. ¿Qué era aquello?

Al escuchar el ruido de sus tambaleantes pisadas, su tía la miró sin que tuviese que llamarla.

—¡Tía! ¡Este es el papel! ¡El papel que encontré en la casa del señor O'Neill! ¡Ha aparecido en mi bolsillo! —gritó histérica.

—Cariño, no grites, estoy a tu lado—le dirigió una tranquilizadora mirada—. ¿Y pone algo en ella?

—¡Sí, mir....!

Alba observó estupefacta el papel al abrirlo a la vista de ambas. Nada.

Estaba en blanco.

—P-pero... Pero...

—Cariño...

—¡Tía, había algo escrito! —exclamó enfadada—. ¡Te lo prometo!

—Seguro...

—¿No me crees? —cuestionó sin poder controlarse. Estaba a punto de patear como una niña de seis años— ¡Dijiste que creías en estas cosas!

—Y te creo, cielo—su dulce voz llegó hasta ella como una balsa para aplacar su ira.

Sintió los ojos húmedos ante la impotencia.

—Estoy quedando como una chiflada y todo por esta mi... mie...

—Alba —se levantó y fue hacia ella. Le hizo cerrar las manos alrededor del papel—, quizás solo quería que tú lo supieses, nadie más.

—Pero...

—¿Por qué no te duermes un rato y vuelves a casa del señor O'Neill mañana? Hablaré con él y...

—Pero..—sacudió la cabeza—. Es que todo esto...

—Duérmete y hablaremos mañana, ¿de acuerdo? Quédate con el papel por si te aparece algo más. Quizás está escrito que yo no sepa nada. solo tú.

Asintió varias veces, derrotada.

—Vale. De acuerdo—suspiró.

Su tía la beso en la temblorosa mejilla antes de que Alba diese media vuelta como si fuera un espectro sin dirección, a su habitación. Antes de entrar, miró a su tía una última vez, deseando una mirada de fuerza y consuelo, saber que no se estaba volviendo loca, que ella también era consciente de lo que sucedía.

Su tía sonreía.

Sonreía de complicidad.

En su habitación, no dudó ni un segundo en coger el portátil y comenzó a buscarme información de Escocia, famosos laird y castillos. Alguna que otra pregunta sobre 'viajes en el tiempo' también cayó.

Capítulo 2

Alba aguantó rígidamente la mirada de sus amigas con la cabeza alzada, sabiendo lo que estarían pensando.

No podía culparlas, ella no habría actuado de manera diferente.

—¿De qué estás hablando, Alba? —Eire alzó una oscura ceja—. ¿Tengo que concertarte cita para un examen psicológico?

—¿Estás bien? —Ruth le acarició la mano por encima de la mesa—. No has dormido bien, tienes unas ojeras enormes.

A punto de perder los nervios, cogió su batido de chocolate.

—¿Habéis oído la historia? —preguntó lentamente. Sus amigas asintieron a la misma vez. Si no hubiese sido por la gravedad de la situación, se habría reído—. ¡Un maldito papel me ha mostrado un párrafo mientras salía humo! ¡Un libro me ha transportado a la Escocia medieval y vosotras solo os preocupáis de mis ojeras! —estalló.

—¡Eh, esa fue Ruth! —Eire suspiró— Es que... Vale, supongamos que te creo. ¡Demonios, Alba! No me mires así, ponte en mi lugar. Es una locura.

—¿Para qué os lo contaría sino? —cerró los ojos—. O me estoy volviendo loca o... es cierto. Me conocéis, a pesar de que mi tía sea dada a... hechos paranormales, sabéis que yo siempre me he mantenido al margen.

—Pero tu tía tiene... algo—Ruth clavó sus castaños ojos en ella—. Un aura.

—¿Y si yo he heredado ese aura de ella?

Eire se echó para atrás, alarmada del rumbo que estaba tomando la conversación.

—Alba, ¿puedes pararte a pensar en lo que estás diciendo?

—¡Necesito que me ayudéis! —gritó golpeando la mesa con los puños.

La cafetería en la que se encontraban se sumió en un profundo silencio. No le hizo falta alzar la vista para saber que todos la estaban mirando. Tenía que controlarla o la echarían.

Se pasó una mano por el pelo, echándoselo hacia atrás y cerró la boca.

—Mira, tengo una idea —habló Ruth al verla tan desesperada—. Esa nota parece querer que vayas a Escocia, ¿no es cierto?

Alba asintió, con la cabeza apoyada en una mano.

—Ruth...

—Déjame terminar, Eire. ¿Te dijo cuándo?

—En el Hogmanay.

—¿Y eso es...?

—El último día del año en Escocia, es una fiesta que hacen que dura unos días—explicó tras haberlo leído anoche.

—De acuerdo, todavía quedan unos meses para diciembre. ¿Por qué no te olvidas de todo esto y esperas tres días antes para irte a Escocia? Sigue las indicaciones del papel...

—¿Qué? ¡Ruth, podría ser un loco que con unos cuantos trucos químicos quisiese algo de ella! ¿Y si es un violador? No puedes decir eso.

—¿Y qué propones? ¿Qué no haga nada mientras le llegan señales, continuamente? —Ruth bufó—. Eso no es la solución. ¿Has hablado con tu tía, Alba?

La aludida asintió varias veces.

—Opina lo mismo que tú.

Eire, la más escéptica, hizo gala de su fuerte carácter.

—Esto es una estupidez...

—No irá sola —ambas miraron a Ruth—. Podríamos acompañarla nosotras. Al menos, estaría segura. Nosotras podríamos tomárnoslo como unas mini vacaciones.

Alba estuvo a punto de saltar a los brazos de su tierna amiga y besarla.

—Esperar, esto es ridículo. Antes de planear nada, ¿no debería Alba volver a esa biblioteca? No te ofendas, cariño, pero quizá sea solo producto de tu imaginación. Propongo que vaya por segunda vez y si sigue recibiendo esas... señales —hizo comillas en el aire—. Bueno... pues de acuerdo. Admito que Escocia me llama bastante la atención. Lo planearíamos. Eso sí, hagamos una apuesta —Erie mostró sus blancos y grandes dientes—. Si finalmente yo tengo razón y todo esto es una broma de algún cretino, tendréis que invitarme cada una a una cena. Si por el contrario tenéis razón, os invitaré yo. ¿Trato hecho?

Ambas aceptaron con una sonrisa, aunque Alba por dentro temblaba. Su vida había dado un giro de más de ciento ochenta grados. Se preguntó si sería verdad, si acabaría en la Escocia Medieval, conociendo a aquel magnífico hombre, perdiéndose en aquellas enormes colinas verdes.

¿Por qué la habrían elegido a ella? Eso era lo que más le inquietaba. No era especial, apenas se le daba bien hacer un par de cosas.

La canción de Oasis de Wonderwall sonó por los altavoces de la cafetería, sumiéndola aún más en sus pensamientos, divagando sin rumbo fijo.

Ojos grises, fríos, feroces, tristes...

Su tía solía acertar con sus predicciones, quizás la gran aventura de su vida estuviese en Escocia, en las Highlands. Cierta anticipación se instaló en su estómago, estremeciéndola.

Se despidió de sus amigas y se fue al restaurante de su tía para echar una mano. Alba trabajaba en una librería cerca de San Bernardo desde hacía cinco años. Había dejado su carrera en biología al ofrecerle trabajo en la librería. Una de sus grandes pasiones era tratar con libros. Todos los veía perfectos y los mimaba con mucho esmero.

Al ser una de las librerías más famosas de la ciudad, la demanda era enorme. Su sueldo no estaba nada mal para la época de crisis en la que España se encontraba y trabajando únicamente en aquella tienda, podía pagarse todos sus gastos. Sabía que tarde o temprano tendría que independizarse, pero eso era algo que decidiría en un futuro.

Entró en el restaurante, soltando un silbido al ver tantos clientes, y fue hacia la cocina para ponerse el delantal. Abrazó por detrás a su tía, silenciosamente, asustándola.

—¡Cariño, me has asustado! —sonrió y siguió haciendo las patatas—. Ponte con la carne, por favor.

—¿La ternera que hay aquí?

—Esa. ¿Qué tal con tus amigas?

—Bien, se han ofrecido a acompañarme a Escocia... siempre y cuando regrese otra vez.

—¿Otra vez?

—Eire cree que es maniobra de algún chiflado. No piensa mover el culo hasta que me asegure de que todo es... ¿qué dijo? Ah, sí, "producto de mi imaginación"

—Son buenas chicas, aunque me temo que tendrás que decirles que no—miró a su tía con una ceja alzada. Ella le guiñó un ojo—. El señor O'Neill tiene que ir a Escocia la semana del veintiocho, por lo que le pregunté si no le importaría que fueses con él. Tiene una pequeña casita en Inverness. Te ahorrarías el hotel y la comida. A mí también me ha invitado pero me temo que no puedo dejar el restaurante en temporada alta.

Alba colocó los filetes hechos en un gran plato y se puso de jarras.

—¿Él también tiene que ir a Escocia?

—Dice que celebra el fin de año allí en recuerdo de sus antepasados.

—Pensé que era irlandés—colocó más filetes en la plancha.

—Y lo es, pero también tiene ascendentes escoceses, ¿no te parece un hombre muy interesante? Cada vez que lo miro a los ojos, me parece estar viendo todas sus aventuras. Hoy ha venido a cenar al bar.

Miró rápidamente a su tía.

—¿Está aquí? No lo he visto.

—Está en una esquina leyendo un libro. Quería intimidad —su tía cogió uno de los grandes filetes que Alba había hecho y lo puso junto a un revuelto de patatas que desprendía un magnífico olor—. Llévale tú el plato. Quizás te deje ver de nuevo su biblioteca.

Frunció el ceño mientras cogía el plato.

—¿Por qué tienes tanto interés en que vuelva?

—Trabajas en una librería, sientes pasión por los libros, los cuidas todos con mucho mimo y O'Neill nunca deja entrar a nadie. Si tú puedes, ¿por qué no aprovecharlo?—murmuró sin mirarla, concentrada en otro plato —Llévale el plato antes de que se enfríe.

Dicho así, tenía razón.

Salió de la cocina y saludó al camarero de la barra con una sonrisa, buscando al irlandés por todo el enorme comedor. Siempre se había preguntado cómo su tía era capaz de llevar ella sola toda la estresante tarea que suponía el restaurante, sin retraso. Tenía tanta coordinación...

Encontró al señor O'Neill junto a una ventana, leyendo un viejo libro mientras mantenía en la otra mano una copa de vino.

Se acercó a él con el corazón latiéndole deprisa. Inclinandose para ver el interior, vio que se trataba nuevamente de gaélico.

—Buenas noches, señor O'Neill.

—Buenas noches querida, ¿ya está la comida? —miró el succulento plato que le ponía delante y sonrió—. No hay nadie que cocine como tu tía.

—En eso estoy de acuerdo con usted—sonrió y unió las manos sobre el regazo. Mientras comía, ella sacó valor—. Me preguntaba si podría dejarme ir nuevamente a su biblioteca.

El irlandés masticó lentamente la comida, manteniéndola en vilo, sin ser consciente de la fuerza con que golpeaba el corazón de Alba contra sus costillas, acelerado. Él soltó un gemido.

—Muchacha, ¿me lo preguntas delante de mi plato favorito recién hecho? Eso es jugar con trampas.

Mostrando la poca paciencia que poseía, la desesperación de saber más la superó.

—Necesito... Necesito terminar de ver un libro.

—¿Qué libro era?

—Sobre Escocia. Por cierto, mi tía me ha hablado de su viaje en navidades. Le agradezco que me deje acompañarlo a Inverness.

El anciano asintió.

—Tu tía me dijo las ganas que tenías de pisar tierras escocesas—cortó otro trozo de ternera—. Pero debes saber que no estaré contigo. Tengo que hacer tareas y solo te veré a las horas de las comidas. Estarás con mi sobrina, ella te guiará y te enseñará todo aquello.

Asintió repetidas veces. Eso le daba igual, una vez llegase el día... No estaría.

Sintió un calambre en la parte baja de la espalda.

—Por supuesto. Se lo agradezco muchísimo.

—Nada, nada —le hizo un gesto con el tenedor para que se fuese, pero ella se quedó donde estaba. El señor O'Neill suspiró—. De acuerdo, muchacha. Ven esta noche a partir de las nueve y media, mañana y pasado no estaré.

Sin darse cuenta, dio un salto.

—¡Muchísimas gracias! Le traeré una copa de vino, regalo de la casa.

El viejo irlandés soltó una ronca carcajada y murmuró algo en irlandés.

Tras llegar a la casa del señor O'Neill, con un recipiente de helado casero hecho por su tía, el anciano la recibió con una gran sonrisa, dejándole estar el tiempo que quisiera mientras se iba a la cocina con el helado sin prestarle atención. Abrió la puerta que había al final del pequeño salón para bajar las escaleras que la conducirían por el pasillo que comunicaba con la habitación de los libros. Tras subir otras escaleras, abrió la pesada puerta de madera con grabados en metal y entró, escuchándose el chasquido de la vieja madera.

Alba se adentró en el laberinto que formaban las columnas de las altas y robustas estanterías, sabiéndose de memoria a cuál iba a parar cada una. Unas lámparas colgadas de las paredes iluminaban todo, ayudándola a llegar hasta su destino.

Vio la característica mesa con el libro de tapas oscuras. Dejó caer su mochila de cuero al suelo, cogió el libro entre sus manos y se sentó en el banco que hacía con la ventana, colocando los pies encima y poniendo el libro en sus muslos.

Acarició las malgastadas pastas con las manos, sonriendo ampliamente.

—Parece haber pasado una eternidad desde que te toqué por última vez— musitó con el corazón lleno de dicha.

Abrió el libro, buscando el retrato del guerrero. Detrás del dibujo había algo escrito. Pasó la página. Estaba en gaélico. No lo entendía.

Puso los ojos en blanco. ¿Debería de haber comprado un diccionario español-gaélico? ¿Existía acaso?

Ante ella, las palabras se fueron cambiando de posición, formando frases en español. Abrió y cerró varias veces la boca. A pesar de no ser la primera vez, todo aquello era nuevo para ella. ¿Trucos químicos? ¡Si Eire lo viera! Todas sus teóricas científicas acabarían desmoronándose.

Leyó en susurros:

—Cameron MacLeod, laird de los MacLeod, era conocido en toda Escocia por su impecable destreza con la espada, participando en varias batallas y llevando siempre consigo la victoria a su clan. Su nombre era susurrado por sus enemigos, temeroso de ser oídos por aquel que poseía el nombre, suspirado por las mujeres, quienes deseaban tomarlo como amante por las leyendas que corrían. Fue envenenado, muriendo con apenas treinta y dos años, tomando su puesto su hermanastro Aedan MacLeod.

Alba dio un respingo.

—¿Envenenado? —lo leyó por segunda vez el párrafo— ¡Cómo voy a ayudar a un hombre que está muerto! ¡Más que muerto, de hecho! Envenenado.

Deseosa de ser transportada nuevamente a Escocia, comenzó a pasar las páginas con ínfimo cuidado, tocando lo gruesas que eran y a la vez, débiles. Apenas sintió cuando se cortó el índice con el afilado borde de una.

A medida que avanzaba en el libro, sintió nuevamente calor en las palmas de las manos. Su corazón dio un vuelco. Una voz susurró su nombre con acento duro, casi deformándolo por completo, haciéndolo sonar... Salvaje.

Se humedeció los labios.

Cerró los ojos y pensó en todo lo que había visto.

Nuevamente, ante ella estaba aquel castillo. Sonrió. Dentro de las murallas había vida, campesinos, caballos, vacas, guerreros fornidos entrenándose en un campo con las espadas en lo alto mientras... espera.

La imagen se paralizó en un hombre que observaba el entrenamiento, cruzado de brazos. ¡Era él! El dueño de los ojos grises, alto, musculoso, con el torso al aire húmedo por el sudor, y el kilt. Su rostro de frente era mucho más atractivo de lo que le había parecido en un primer momento. Nariz recta, labios carnosos, mandíbula cuadrada cubierta de aquel vello fino cobrizo rubio, anchos hombros, fuertes brazos...

Por todos los Santos, qué guapo era...

Fue hasta el grupo de luchadores y, diciendo unas palabras en un idioma que no entendía, comenzó a pelear con un guerrero alto y rubio.

La imagen se fue volviendo borrosa hasta aparecer un cielo oscuro lleno de estrellas desde el cual podía ver un lago oscuro, totalmente limpio que dejaba ver el reflejo de la luna y el firmamento.

De repente, se encontró dentro de una habitación. La chimenea estaba encendida, calentando el hogar que se había vuelto bruscamente frío. Enfrente

había una enorme cama de dosel, cuyos postes de madera tenían unos dibujos entrelazados. La cama estaba tapada con lana y piel, supuso que sería el material que utilizarían en aquella época.

¿En qué época estaría? ¿Edad Media?

Asustada, la puerta de madera se abrió y apareció el hombre. Desnudándose con una elegancia innata, Alba se preguntó si tenía que taparse los ojos o no cuando, al llegar al kilt, sus manos se paralizaron.

Oh... Oh...

Su rostro, bañado por el reflejo de las llamas, hizo brillar sus ojos como dos cuentas metálicas, totalmente grises. Alba se humedeció los labios y estiró la mano, deseando tocar los mechones de su cabello.

Sin embargo, el highlander la sorprendió estirando su mano. Antes de que ambas hicieran contacto, la imagen cambió.

—¡No, no, espera! ¡Tengo que decirte algo! —gritó demasiado tarde.

Ahora se encontraba en las cocinas, totalmente vacías, desprovistas de vida.

Una figura oscura entró silenciosamente. Cogió dos botellas cuyo contenido ella desconocía y desconcertada, vio como se sacaba de debajo sporran un pequeño saquito verde. Abriéndolo, miró a sus espaldas.

No la vio.

Sus anchas espaldas impidieron que Alba viese la hazaña.

Aunque no hacía falta.

Estaba echando algo a las copas.

Veneno.

Alarmada, se preguntó qué debía de hacer. No veía el rostro del hombre, solo sus espaldas. Antes de tomar una decisión, todo se volvió negro. ¡No, no! No podía irse ahora, cuando estaba a punto de ver quién era el asesino. ¿Qué se suponía que iba a hacer ella? No era más que una mujer de un metro sesenta y cuatro, delgada y con menos aguante en los deportes que nadie. ¡No podía ayudarlo!

Cerró el libro y echó la cabeza hacia atrás.

—Dios mío... ¿Y si todo esto no es más que mi imaginación? —murmuró revelando su mayor temor.

Miró el cielo por la ventana, ¿qué hora sería?

Dejó con pesar el libro en la mesita, cogió su mochila del suelo y se fue, despidiéndose escuetamente del señor O'Neill, dormido en su sillón con un gran bol vacío de helado y la cuchara en el suelo. Un hilillo de saliva corría por la comisura de la boca.

Llegó a su casa y ver todo oscuro excepto la luz del pasillo, se preguntó qué hora sería. Bastante tarde para que su tía no la esperara, pensó preocupada.

Tras ponerse cómoda, se tumbó en la cama y miró el techo.

—Tengo unos meses para pensar en todo esto, el verano casi entero y meses hasta diciembre —reflexionó.

Apagó la luz y cerró los ojos, soñando por segunda vez con el highlander del castillo.

Capítulo 3

27 de diciembre, Sevilla.

—¿Te has guardado un libro? El viaje dura más de tres horas en avión y te vas a aburrir.

Alba puso los ojos en blanco mientras cogía al azar un libro y lo metía en la mochila de mano. Al mirar el título, *El Guardián de los Vampiros* de Emily Delevigne, sonrió. Una de vampiros siempre venía bien.

—Listo.

—¿Llevas tu móvil, cargador, cascos para escuchar música, ropa abrigada...?

—Lo llevo todo—dijo cortándola con una sonrisa— solo serán unos días, tía. No me va a dar tiempo de echar nada de menos. T

Algo brilló en los dorados castaños ojos de su tía, pero no añadió nada más.

—¿Llevas DNI, pasaporte...?

—Te compraré un kilt para mujeres, ¿qué te parece? ¡Aún mejor! Te traeré un escocés con kilt. Si no puedo, con un llavero debería bastar...

Su tía soltó una carcajada tan fuerte que mechones de su pelo rubio salieron del recogido.

—Cariño, qué de tonterías dices. Mientras tú regreses me vale, ¿qué tal está Felicity?

Felicity era la sobrina del señor O'Neill, una escocesa de cabellos rubios y ojos verdes con la que había entablado una estrecha relación tras pedirle a su tío alguna forma de mantener el contacto con ella, iba a ser con Felicity con quien estaría esos días. Llevaban así desde el verano.

—Muy bien, dice que nos esperará en el aeropuerto con el coche. Hace poco que se ha sacado el carné de conducir.

Su tía mostró su preocupación al fruncir el ceño.

—¿Y es seguro viajar con ella?

Riéndose, abrazó a su tía por el cuello y soltó un beso en su mejilla.

—No te preocupes, te llamaré nada más llegar a Inverness. Pero, ten paciencia, ¿vale? Son unas cuantas horas desde Edimburgo.

—De acuerdo—soltó un suspiro—. ¿Has hablado con Eire y Ruth?

—Eire me ha mandado muchos besos y me ha pedido que le traiga un detalle, no puede verme hoy porque tiene turno completo en el hospital. He quedado con Ruth a las cinco y media para tomar algo en la cafetería Hannah.

—De acuerdo, voy a hacerte una buena comida como despedida.

La siguió hasta la cocina mientras protestaba.

—Te has tomado hoy el día de descanso para estar conmigo, tía —ella la miró— y aunque admito morirme de ganas por probar tu comida, he pensado que podríamos pedir algo y disfrutar juntas. No trabajes en tu día libre.

Su tía Carmen asintió.

—De acuerdo, miremos las páginas amarillas y elijamos uno.

Alba aguantó la risa mientras veía como iba hacia su mesa del recibidor y sacaba las páginas amarillas. Su tía mostraba cierto abandono a la tecnología, ni siquiera su móvil disponía de conexión a Internet ni cámara de fotos. solo el *candy crush* toleraba.

Había pensado en utilizar su móvil para buscar un buen restaurante y encargar comida, pero ¡qué demonios! Si a su encantadora tía le gustaba utilizar esa guía, ¿quién era ella para contradecirle?

De todas formas, quizás, ya no volviese a verla nunca más.

—Hola, cariño —dijo Ruth abrazándola—. ¿Qué te parece si nos sentamos en esa mesa que hay justo a la ventana?

—Claro.

Mientras se sentaban, una camarera joven de ojos claros se acercó a ella.

—Buenas tardes, chicas, ¿qué queréis?

—Ponme un chocolate caliente.

—Que sean dos—añadió Alba—. Y tráete un donut, ¿quieres compartirlo?

Ruth se mordió el labio inferior.

—Estoy a dieta.

—Oh, vamos, mañana me voy por la mañana, ¡a saber si hay donuts en Escocia!

La camarera intentaba aguantar la sonrisa.

—Buuueno, venga, compartamos un maldito donuts.

Cuando la camarera se fue, Ruth la miró con una ceja alzada.

—¿Cómo estás?

—¿Aparte de nerviosa? Bien, intento no analizar demasiado la situación. Llegaría a la conclusión de que estoy totalmente ida—se llevó un dedo a la sien como si fuera una pistola.

Ruth colocó sus dos finas y largas manos encima de la mesa.

—Hmmm... ¿Sabes? Yo siempre he sido bastante supersticiosa, incluso sabes que oía las historias de tu tía con muchísimo interés. Si el Destino ha hecho esto y ha unido tu camino con el escocés, por algo será.

Alba se quitó la bufanda y la guardó en el bolso blanco.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te das cuenta de que estás a punto de vivir la mayor aventura de tu vida? —susurró con los ojos completamente abiertos.

—Ruth, ¡todo es una locura! No sé por qué me estoy dejando llevar por esto, puede ser una broma o producto de mi imaginación...

—No estás tan loca como para eso, Alba—dijo escépticamente—. Eire no puede decirte otra cosa pues es médico, ¡le chiflan las ciencias! Pero yo soy más imparcial en este asunto.

—Eres sexóloga.

—Y me encanta, si supieses lo que tengo que oír... —bufó. Su rostro se volvió serio—. Lo que quiero decirte es que disfrutes, déjate llevar. Pocas veces en la vida tenemos la oportunidad de vivir experiencias semejantes. Pase lo que pase, acuérdate: vive.

Puso los ojos en blanco.

—Yo siempre...

—No, mientes. Siempre estás trabajando, ayudando a tu tía o con nosotras, apenas conoces a hombres excepto cuando tienes ganas de salir de tu monótona vida. Tienes veinticinco años, Alba. Estás en tu máximo apogeo sexual.

—Así que apogeo sexual, ¿eh? —rodó los ojos—. Por Dios.

—Vive, ¿quieres? Pásalo de muerte, ríe, llora, ama y mete mano a todos los escoceses que puedas —le guiñó un ojo—. Dios sabe que yo lo haría si pudiese.

Alba se rio.

—Lo sé, amiga.

—¿Puedo serte sincera? —la sinceridad tiñó la voz de su mejor amiga. Limpiándose los ojos, asintió lentamente—. Cuando... Cuando nos contaste tu pequeña experiencia con el más allá —Alba estuvo a punto de protestar—, quise ser yo —. Vaya, aquello la sorprendió por completo—. Es... Es todo lo que siempre quise. Es decir, ¡mírame! Soy sexóloga, tengo veinticinco años y soy virgen, ¿hacia dónde estoy dirigiendo mi vida? No tengo ni la más remota idea —una sonrisa triste cruzó su rostro.

—Ruth...

—Hazlo, ¿quieres? Por una vez en tu vida, piensa en ti. Prométemelo.

Alba se humedeció los labios y miró los castaños ojos de su amiga. Eran tan bonitos, pensó, tenían forma atigrada, dándole un aspecto bastante latino. Viendo la seriedad con la que se tomaba el asunto, asintió varias veces al final.

—De acuerdo, de acuerdo. Si de verdad viajo en el tiempo, tras salvarle la vida a ese highlander aprovecharé el tiempo que me quede allí. ¿Contenta?

Su amiga asintió con una espléndida sonrisa.

—Muy contenta. Ahora dime, ¿piensas llevar condones? Tengo algunos, por si los quieres.

—Despierta, muchacha. Estamos a punto de aterrizar—el señor O'Neill le movió el brazo con suavidad, sacándola de su apetecible y misterioso sueño.

Parpadeando varias veces, se frotó la cara con ambas manos y miró por la ventana, viendo casas iguales perfectamente alineadas, mucho verde, carreteras y llovizna, además de las nubes grises.

Sonrió.

Tiempo escocés.

Y ahí estaba, en Escocia, uno de los países más misteriosos y llenos de aventuras. Se frotó las manos y aguantó las náuseas mientras el avión bajaba a pista. Había olvidado cuánto le desagradaban las alturas, pensó al ojear la ventanilla.

Una vez bajaron del avión y recogieron sus maletas, esperaron en una parada hasta que llegasen unos autobuses del aeropuerto que los llevarían a la puerta central. Se preguntó si el aeropuerto era tan grande para ello.

Inconscientemente, las comisuras de su boca se alzaron hacia arriba.

Todo era tan verde y tan distinto a España... Nada más recibir aire escocés, sus pulmones se habían llenado de aire fresco y fuerte. El señor O'Neill la había mirado con satisfacción, diciéndole que era una perfecta chica escocesa.

Al bajarse el autobús cuidadosamente, ayudando al irlandés que protestaba, se encontraron a Felicity.

Su largo pelo rubio llegaba hasta debajo de sus pequeños pechos, como cascadas de oro puro. Sus ojos verdes brillaron al verlos y fue hacia ellos con rapidez. Estrechó a su tío en un fuerte abrazo, intercambiando unas palabras en gaélico antes de ir hacia ella y darle un abrazo.

—Bienvenida *Alba*.

—Gracias —asintió.

—¿Sabes lo que significa tu nombre en gaélico?

—Después, muchacha —bramó su tío—. Ahora llévanos al coche antes de que llueva más fuerte.

Guardaron las maletas con rapidez en el maletero cuando comenzó a llover más fuerte, haciéndolas reír.

Felicity O'Neill la miró por el espejo retrovisor.

—¿Sabes? Para el jueves treinta y uno he comprado dos entradas para montarnos en un barco que va sobre el lago Ness, ¿qué te parece? Mi abuelo tiene que estar fuera hasta tarde y he pensado que era una buena idea para aprovechar el día. De Inverness a Fort Augustus hay unos treinta minutos de camino en coche, más o menos.

—¡Me encanta! —exclamó dando un pequeño salto en el viejo coche—. Te lo agradezco muchísimo.

—Quizás, veáis al monstruo Ness —O'Neill sonrió—. Hay buenos restaurantes cercanos para que comáis después y no vayáis a casa.

—Eso haremos, tío, no te preocupes—mientras conducía, clavó la mirada en Alba—. ¿Es la primera vez que vienes a Escocia?

—Sí, —respondió mirando por la ventana el hermoso paisaje verde y las casas que poco a poco iban apareciendo—. Tenía muchas ganas de venir.

—Suele haber bastantes turistas en verano, aunque en esta época tampoco se salva—. Felicity tomó una curva con demasiada velocidad, haciendo gruñir a su tío—. Perdón. Hablas muy bien inglés, ¿has estado apuntada en una academia?

—Tu tío me enseñó cuando era pequeña. Fue un favor que le hizo a mi tía.

—Por su comida, ¿verdad? Me ha hablado maravillas de ella.

—Traemos en la maleta un bizcocho, así que podrás probarlo, muchacha —O'Neill bostezó—. Dormiré un rato.

—Claro, tío.

Pasados unos minutos, Alba suspiró y empañó el cristal del coche. Con una sonrisa, intentó dibujar algo.

—¿Qué trayecto hay de Edimburgo a Inverness?

—Aproximadamente, tres horas. Se te pasará rápido mirando por la ventana con los lagos, el paisaje y demás.

Asintiendo, eso hizo.

Esas tres horas que solían hacérsele interminables en avión, se pasaron volando mientras contemplaba los verdes paisajes que ya había visto gracias al libro. Le habría gustado llevárselo, pero no tenía la suficiente confianza con el señor O'Neill para pedírselo prestado.

Entre las nubes, un haz de luz impactó contra su rostro, sacándole una enorme sonrisa.

Apoyó la cabeza en el cristal y contempló como los campos y montes eran bañados por los rayos del sol, que poco a poco se abrían paso entre las espesas y grises nubes. Contrario a la mayoría de los sevillanos, a Alba le encantaba la lluvia.

Sentir cómo caía sobre ella, la frescura que dejaba en la calle tras su paso y la limpieza del aire, no tenía precio.

Como una niña, soltó un pequeño grito al ver durante el trayecto algunos lagos, como Loki. Se imaginó bañándose en sus aguas, con la cara puesta al cielo mientras su piel era lamida por sus frías aguas.

Sacudió la cabeza. Molestándole el largo pelo, se lo recogió en un moño deshecho mientras pensaba en la librería en la que trabajaba. Se había pedido una semana de vacaciones, pero... ¿y si su viaje al pasado, si es que al final era cierto, duraba más? ¿Y si el tiempo que estuviese allí, el tiempo aquí también corría en su contra? No solo podrían despedirla, sino que no podría comunicarse de ninguna manera con su familia y amigas.

Y, aparte, ¿cómo podía ir al pasado cuando ella no pertenecía a aquella época?

Sintiendo los primeros dolores de cabeza, cerró los ojos y bufó.

—Te encantará el Hogmanay —añadió de repente Felicity con una sonrisa dibujada en su rostro con forma de corazón—. Es una fiesta increíble, hay personas de todos los lugares del mundo. Atrae anualmente a más de cien mil participantes, ¿no es increíble?

—Sí —asintió.

—Se extiende a lo largo de cuatro maravillosos días y cuatro noches. Nuestras costumbres y tradiciones más ancestrales salen a la luz. Te encuentras desde un desfile de antorchas, fiesta al aire libre, actuaciones y hogueras hasta música en vivo, noche de *Céilidh*.

Alba asintió, fascinada.

—Parece que he venido en la mejor época.

—Todas son buenas para venir, pero ver el lago Ness en invierno es una maravilla. Ves la niebla cubriéndolo todo, absolutamente todo. Algunas ramas y plantas consiguen salir de ella, viéndose sombras y figuras que muchas personas han confundido con Ness—Felicity negó con la cabeza—. Ness es mucho más grande que una simple sombra de hoja y rama.

Fue el turno de Alba se sonreír.

—¿Lo has visto?

—Creo haberlo visto de pequeña.

Al no decir nada más, permanecieron calladas hasta el resto del viaje. Al llegar a Inverness, Alba contuvo el aliento.

¡Qué de belleza había en la capital de las Highlands! Desde sus regulares casas hasta sus más preciados monumentos.

Cuando Felicity aparcó dentro de una casa adosada de ladrillo oscuro con dos jardines, uno delante y otro atrás más pequeño repleto de macetas y un huerto, Alba salió con rapidez para ayudar al señor O'Neill, que se despertó con cierta brusquedad.

Al entrar en la casa, de suelo de parqué, paredes blancas y muebles marrones oscuros con numerosos cuadros, supuso que Felicity pintaba. Se acercó a uno que mostraba un castillo rodeado de agua, accediendo por él a través de un puente de piedra.

Ese no era el castillo que ella había visto, pues no estaba rodeado por agua completamente.

—Ese es el castillo Eilean Donan—Felicity sonrió—. En la isla de Skye hay bastantes, quizás podamos coger algún tour para enseñártelo.

—Me encantaría —dijo excitada—. Escocia es preciosa. Las buenas críticas en Internet no le hacen justicia.

—Espera a vivir unos días aquí. Ven, te llevaré a tu cuarto. Cuando termines de recoger, te daré una vuelta. Mi abuelo tiene que ir al banco y a saludar a unos amigos.

Alba dio un buen sorbo a su bebida y gimió de placer antes de clavar sus ojos en Felicity.

Pero la escocesa no la estaba mirando.

Miraba por la ventana. Sus ojos brillaban como dos bombillas fluorescentes.

Preguntándose qué captaría su atención de esa forma, se asomó e hipó.

Un hombre alto, de pelo castaño y ojos azules hablaba con un hombre mayor animadamente. Increíblemente guapo y con porte fuerte, no le extrañó que hubiese robado el corazón de Felicity.

—¿Quién es?

Felicity dio un salto, asustada, como si no se hubiese esperado su pregunta.

—¿Q-quién? —tartamudeó.

—Ese hombre tan guapo de ojos azules—la picó.

—E-es Liam MacKenzie—se humedeció los finos labios.

—Vaya... ¿Te gusta?

Felicity negó demasiado rápido con la cabeza.

—¡No, no! ¿Por qué dices eso?

—Por la mirada que le echas—le guiñó un ojo—. Quizás, deberías acercarte y saludarlo, ¿no te parece?

—No, Liam pasa de mí totalmente. Para él no existo excepto cuando estoy con mi tío, que es cuando me saluda cortésmente. En Escocia hay muchos hombres guapos, como verás a medida que pasen los días, pero me cuesta encontrar uno mejor que Liam.

Alba sonrió con ternura.

—Quizás, solo te ignora.

—Creo que he sido muy clara con mis sentimientos —Felicity hizo una mueca. Luego suspiró y se encogió de hombros—. Da igual, terminemos esto y demos otra vuelta.

A lo largo del día Alba se fue familiarizando con Inverness. Habló con tu tía después de acordarse de que no le había enviado un mensaje nada más llegar. Le contó todo, desde lo magnífico que era el paisaje hasta la cantidad de atractivos hombres que había allí.

Comprobó de buena gana lo hospitalarios que eran y se prometió regresar... Acordándose de que quizás a donde no regresaría sería a España.

Felicity le había preguntado varias veces a lo largo del día qué la inquietaba, pero evadía su pregunta con otra, y cuando ya no era posible, sacaba el tema de Liam. Jugaba sucio, lo sabía, pero no tenía suficiente confianza con ella como para decirle que un libro la había transportado a la Edad Media en Escocia y que había recibido una especie de mensaje que, al parecer, le pedía que salvase la vida de Cameron MacLeod.

Sí, sonaba como si estuviese loca y estando en Escocia, no había sentido nada distinto. Ni brisas mágicas, ni visiones ni voces... Nada de nada. Ni el papel le había mostrado otro mensaje.

A medida que pasaban las horas, la hipótesis de Eire cobraba más fuerza. Pero, ¿quién le querría tomar el pelo? ¿Podría ser el mismo señor O'Neill?

Por la noche tras hacer ella misma la cena como agradecimiento, subió a su habitación para descansar, despidiéndose de todos.

Se sentó en la mullida cama con aquella colcha celeste y cogió su mochila de cuero.

Pesaba. Pesaba más que de costumbre. Intentó recordar qué llevaba metido dentro cuando su mano rozó algo duro.

Su corazón dio un vuelco.

—¿P-pe...pe... Pero cómo es posible? —musitó sin voz al sacar el misterioso libro con el cardo de portada.

Dejó caer la mochila al suelo con un sonido seco y se echó hacia atrás en la cama mientras miraba el libro fijamente.

—Una de dos, o me estás tomando el pelo o... o realmente quieres algo de mí— murmuró con un nudo formado en el pecho que le impedía respirar con normalidad.

Sintiendo un cosquilleo de anticipación en la yema de los dedos, sus labios dibujaron una sonrisa. ¿Debería saber un poco más sobre aquella época en la que estaría? ¿También documentarse en Internet, aprender algo de gaélico? Esperaba que no. En tres días no le daba tiempo.

—Pronto—se abrazó el libro al pecho y apoyó la cabeza en las rodillas—. Muy pronto.

Sus ojos se cerraron ante el cansancio y la excitación del día. Poco a poco, se fue relajando hasta que el sueño la invadió por completo. Se preguntó, segundos antes de desmayarse, si volvería a soñar con el laird de los MacLeod.

Cameron MacLeod contempló con una enorme sonrisa a su mujer y a su hijo. Ella, descansando, estaba sobre la enorme cama de matrimonio, dando de amamantar a su primer hijo mientras lo contemplaba con unos hermosos y enormes ojos marrones. Mechones dorados de su melena tapaban parte de su rostro y del bebé.

La felicidad que sentía en ese momento le abordaba sin piedad.

Su descendencia.

El Laird de los MacLeod había tenido a un varón como primer hijo. Nada conseguía llenarle de más dicha, excepto tener a su lado a la mujer de su vida, su alma gemela Fiona MacLeod.

Yendo hacia ella, le acarició una de las pálidas manos y entrelazó sus dedos con los de ella.

—¿Te encuentras bien?

—Aye—asintió levemente—. Solo necesito descansar. Ve con tus hombres, Cameron. Te están esperando. El rey te ha llamado.

Por una vez en su vida, Cameron anhelaba desobedecer al rey y quedarse con su mujer y su hijo. Apenas habían pasado cuarenta y ocho horas y ya tenía que alejarse de ellos. ¿Acaso no había dado demasiado a su causa para que le concediesen unos días, festejar el nacimiento de su hijo Broderick?

Recordar a su padre, cuyo nombre había sido ese mismo, lo entumeció durante unos segundos.

Apretó la frente contra la de su esposa. Ella cerró los ojos, confortada.

—No quiero irme, a ghràidh—le acarició los carnosos labios con el pulgar y suspiró pesadamente. Obligando a sus piernas a moverse, sintiéndolas como si fuesen de piedra, acarició la mejilla de su hijo, contemplando su pelo oscuro—. Volveré lo más rápido que pueda.

—Beannachd Dhé ort, Cameron MacLeod. Nosotros te estaremos esperando. (Que dios te proteja)

Alba suspiró y se colocó el brazo encima de los ojos, maldiciendo en voz baja.

Así que el hombre tan atractivo que había visto en el libro estaba casado y tenía hijo. Eso sino había tenido más.

Se dio la vuelta en la cama y miró el despertador digital.

Las siete y media. Tenía un rato más para desesperarse antes de arreglarse e irse con Felicity a desayunar.

¿Por qué el libro le enseñaba todas aquellas cosas? ¿Qué necesidad tenía de saber que Cameron MacLeod estaba casado? No es que ella hubiese tenido la idílica idea de mantener un idilio con el highlander, pero tampoco quería inmiscuirse en su vida con tanta facilidad. No quería unirse sentimentalmente a personas que, indudablemente, hoy en día eran polvo. No, porque después le costaría muchísimo despedirse de ellas.

Pero tampoco sabía cómo parar esos sueños.

Y el libro la seguía a todas partes.

Unos golpes en su puerta la asustaron.

—¿Alba? ¿Alba, estás despierta?

—Sí —se aclaró la garganta al sentir las cuerdas vocales tensas.

—Mi tío va a ir a la casa de un amigo suyo que tiene unas bibliotecas espectaculares. Me ha dicho que te encantan los libros, así que... si te arreglas en diez minutos, puedes venir.

Alba no necesitó más para salir de un salto de la cama y arreglarse en tres minutos y medio.

El resto de los días pasaron demasiado rápidos, apenas sintiéndolos. Cada vez que se acercaba más el último día del Hogmanay, se imaginaba pensando cómo actuaría ante distintas situaciones. ¿Cómo se transportaría allí? ¿Se quedaría dormida y desaparecería? ¿Se golpearía la cabeza sin querer y al despertarse se encontraría allí? o... ¿Sería como Alicia en el País de las Maravillas y se caería por una cueva de conejo?

Soltó una risa nerviosa.

—No, nada de cuevas. Al saber si es de oso o...

—¿Con quién hablas, muchacha?

Ante la repentina voz, dio un salto y se giró.

Había salido de la casa del amigo del señor O'Neill con Felicity tras ver las magníficas colecciones de libros antiguos durante casi dos horas. La escocesa se había ido a comprar algunas provisiones, dejándola sentada en un banco de un parque cómodamente mientras unos tibios rayos de sol impactaban en su soñoliento rostro.

Era nada más y nada menos que Liam. Sus impactantes ojos azules la miraban fijamente, sorprendiéndose lo bonitos que eran.

Al ver que no respondía, él extendió la mano.

—Soy Liam...

—Sí, lo conozco—le interrumpió. Al darse cuenta de su error, se sonrojó. Él alzó una ceja—. El señor O'Neill me ha hablado de ti.

—Ah, claro —asintió—. ¿Eres pariente suya?

—No, amiga solamente.

Felicity iba en ese momento hacia ellos con una bolsa repleta de comida, Al ver a Liam, sus ojos se abrieron y frenó bruscamente. Sus pies se enredaron y acabó por caer al suelo, rodando hasta bajar la pequeña cuesta.

La comida acabó repartida por todo el césped.

Levantándose con rapidez, fue hacia ella mientras observaba el sonrojo que cubría sus redondeadas mejillas. Su camiseta blanca estaba manchada por la humedad del suelo y la verdina.

Liam la cogió de las axilas y la levantó.

—¿Te encuentras bien, Felicity?

Aguantando la sonrisa al ver el bochorno de su amiga, decidió recoger la comida y darles un espacio.

—Sí, sí, claro. He debido de tropezar con alguna raíz...

No había ninguna raíz visible en el parque. Al darse cuenta, maldijo por lo bajo.

Él le siguió la corriente.

—Sí, por supuesto—se echó el pelo para atrás—. Este parque necesita unos arreglos. Ten cuidado.

—Vale, y gracias.

Al irse, Felicity clavó sus ojos en el trasero masculino.

—Dios mío, vaya payasa...

—¿Cómo te has podido enredar con tus propios pies? —soltó una carcajada.

—¿Qué te decía?

—Me pilló hablando conmigo misma —rodó los ojos—. Nada nuevo.

—Oh, Dios mío... me late el corazón a mil. Es... Me ha tocado. Me ha cogido.

Puso los ojos en blanco mientras intentaba ignorar el comportamiento vergonzoso de su compañera.

—Hubiese sido descortés por su parte dejarte tirada. Eres más alta que yo, no hubiese podido contigo—terminó de recoger la comida y cargó con la bolsa, apoyándola en la cadera.

—¡Felicity, Alba! —O'Neill se encontraba saliendo de la casa de su regordete y pelirrojo amigo—. Volvamos a casa. Tengo que ir al banco a hacer unos ingresos antes de que cierren.

—Ahora vamos, tío—. Felicity se sacudió las rodillas con las manos.

Miró a Felicity con curiosidad, mordiéndose el labio inferior.

—Si tanto te gusta, ¿por qué no te acercas con él y hablas? Manteniéndote en la distancia no vas a conseguir nada.

Ella volvió a sonrojarse y la miró a través de sus densas pestañas.

—Apenas puedo pronunciar algo como para entablar una conversación.

Aquello era cierto, admitió para sí misma.

Capítulo 4

31 de diciembre, Fort Augustus.

9:30 de la mañana.

Alba se terminó con rapidez el desayuno mientras Felicity se peinaba, mirándose en el espejo del salón. Se recogió el pelo en una alta coleta mientras daba una y otra vuelta alrededor de sí misma.

Negando con la cabeza, guardó el plato en el lavavajillas y apareció detrás de ella para mirarse.

Frunció el ceño, no muy feliz por la imagen que le devolvía. Sus ojos verdes grisáceos, a pesar de estar maquillados con negro para aumentarlos, seguían viéndose demasiado pequeños. No, sus ojos nunca habían sido grandes, ¿para qué mentir? Pero tener aquellos constantes sueños donde veía la vida de Cameron MacLeod empeoraba la situación, le restaba horas de descanso.

Tampoco ayudaba que se levantase tan temprano.

Su pelo castaño oscuro, o negro, como la mayoría de la gente solía verlo, había quedado más domado tras alisárselo con la plancha. Se preguntó qué haría ella, una mujer tan cosmopolita, en la Edad Media. Ni pinturas, ni planchas, ni gimnasio...

Solo de pensar que no había pasta de dientes, plancha, electricidad o retretes...

Se estremeció.

—Me encanta ese vestido blanco que llevas—Felicity sonrió—. Contrasta mucho con tu bronceada piel. Pareces un hada.

—Gracias—Alba sonrió—. Pertenece a mi madre.

Salieron de la casa en silencio, ya que su tío seguía durmiendo. Hoy era uno de esos pocos días en los que no haría nada. Nada de bancos, papeleo y recados. Había dejado muy claro anoche que descansaría hasta las tantas para disfrutar por del Hogmanay. A pesar de durar cuatro días, desde que habían llegado, al parecer el día en que todo se vivía con más intensidad era el treinta y uno de diciembre.

Alba se preguntó si podría disfrutar del espectáculo antes de irse.

Se montaron en el coche. Felicity encendió la radio.

—Llegaremos en treinta minutos, dependiendo del tráfico. Nuestro paseo en barco es a las diez y media, solo quedaban dos plazas libres.

Emocionada, apretó las manos contra el estómago.

—Genial —dijo con voz temblorosa por la emoción, aunque no sabía si era por lo que sucedería aquella noche o por montarse en un barco sobre el lago Ness. O ambas cosas.

—¿Has hablado con tu tía?

—Sí, dice que lo pasemos muy bien y tomemos fotos.

—Te va a encantar, muchos vecinos se animan y se montan en el barco. Es barato.

En ese momento se dio cuenta de que no le había pagado la entrada.

—¿Cuánto te ha costado?

—¡Nada, nada! Ya me invitarás a una cerveza—sonrió mientras pasaban por un tramo de carretera rodeada de árboles.

Alba disfrutó del paisaje mientras desconocidos sentimientos se iban apropiando de ella. ¿Cómo era posible haberse enamorado tan rápido de Escocia cuando apenas llevaba cuatro días allí? Estaba segura de que, al volver a España, echaría muchísimo de menos todo aquello. Seguramente, volvería todos los años y si le era posible, acabaría comprándose un piso no muy caro a las afueras de la ciudad.

Apoyó al frente en el cristal y recordó las frases del papel.

A la luz de la luna llena en el Hogmanay

Recorriendo a las tres hermanas de Glen Coe

para llegar hasta el misterioso Lago Ness

Se abrirá esa noche el portal por el que el pasado y el presente se unirán

Quedando sellados para siempre jamás.

Espera, espera... Luna llena. Hogmanay. Tres hermanas. Lago Ness.

Desde que llegó era el Hogmanay. Hoy mismo estaría en el Lago Ness. ¿Luna llena? Se le había olvidado por completo el ciclo lunar, por lo que... o bien había pasado el día o bien era hoy.

Su corazón dio un vuelco.

¿Y las tres hermanas? ¿Había pasado por aquellas tres mesetas juntas? De repente, el malestar hizo acto de presencia. ¿Y si el Cameron MacLeod acababa muriendo por su culpa? Aquellos días en Escocia habían sido como una fantasía, un sueño. Sí, había tenido todo el tiempo presente al libro y el misterio que lo envolvía... Excepto al papel.

¿Y si no podía volver?

El peso de la culpabilidad cayó sobre ella.

—Oh... Dios mío... —murmuró en español, cerrando los ojos.

Era su culpa. Aquel hombre acabaría muriendo. Ya estaba muerto, de hecho. Su esposa se habría quedado viuda, llorando mientras era maltratada por las malas situaciones de aquella inhóspita época. Y su hijo, aquel indefenso bebé, se criaría en una familia desestructurada.

¿Cómo podía haber sido tan inconsciente?

—¿Sucede algo, Alba?

Negando con la cabeza, suspiró.

—No, nada. Me acabo de acordar de algo.

Sin decir nada, no volvieron a hablar hasta que llegaron a Fort Augustus.

Tras conseguir aparcamiento, llegaron justo a tiempo. El hombre aceptó los tickets y Alba se sintió culpable por olvidarse momentáneamente de la razón que la retenía allí.

Entrando de las primeras e ignorando las quejas de los turistas, Felicity la condujo hasta la parte de arriba del pequeño barco, subiendo unas escaleras blancas algo inclinadas que crujieron por el peso. El aire impactó contra ella al estar arriba, haciéndola jadear de goce. La brisa que corría movía sus oscuros cabellos, haciéndola reír.

Se sentaron en el lado izquierdo, teniendo de vista una de las orillas repletas de vegetación.

—¿Te gusta? —preguntó la rubia contemplando la cara de felicidad de la española.

—¡Me encanta!

Felicity sonrió.

—Te voy a tomar una foto.

Unos cinco minutos más tarde, el barco puso en marcha. Recorrieron gran parte del ancho canal.

Alba estaba agarrada a la barandilla, observando las oscuras aguas impactar contra el barco. Aquello era tan... tan... Sentía que el pecho iba a explotarle de dicha ante tanta belleza y magia. Tenía la piel de gallina mientras disfrutaba del trayecto y de los olores que llegaban hasta su nariz, desde el de la vegetación hasta el de comidas de restaurantes no muy lejanos. Se levantó y alzó la cabeza.

El viento echó hacia atrás su pelo e inspiró profundamente, llenándose los pulmones de aire puro. Cada vez estaba más lejos del pequeño puerto y de las casitas, quedando a merced de los bosques y de los pequeños animales que veían.

Todos los turistas tomaban fotos y ella agradeció que Felicity lo hiciera por ella.

No quería perderse nada.

Una turista chica con gafas de sol y gorra la empujó suavemente para colocarse también en la barandilla y disfrutar en primera fila de las vistas. A sus espaldas llevaba una enorme mochila de montañés que debía pesar una barbaridad.

Ignorándola para seguir disfrutando del paisaje, algo menos libre, cerró los ojos y palpó el libro a través de su mochila de cuero, aliviada de que permaneciera allí. Si no sucedía hoy nada... Decepcionada, acabaría admitiendo que todo aquello había sido una estratagema de alguien e invitaría a Eire a una cena. Y, aunque le había encantado Escocia, aquella pequeña aventura al pasado le habría entusiasmado.

Pero, pensándolo con la cabeza fría... Era imposible, sobre to...

—¡Cuidado, Alba!

Se giró con rapidez cuando, demasiado tarde, la mujer china se resbaló a causa de un charco de agua que había en el suelo de madera. La golpeó con la enorme mochila en el rostro, aturdiéndola durante unos segundos. Agitó desesperadamente las manos para agarrarse a algo y no caer de bruces cuando otro empujón terminó por hacerle perder el equilibrio por completo.

Alba salió despedida del barco, resbalándose sobre la barandilla y recibiendo un golpe la sien.

Cayó violentamente a las aguas del Lago Ness, hundiéndose poco a poco mientras era engullida, viendo el asustado rostro de Felicity hasta no ser más que un borrón dorado.

Fue hundiéndose más y más hasta que la consciencia volvió a ella.

De repente, el tiempo se paró.

Alba frunció el ceño, con los ojos abiertos bajo las oscuras aguas sin conseguir ver apenas nada excepto los haces de luz que penetraban en el lago. Veía las burbujas ocasionadas por su caída, subiendo a cámara lenta hacia la superficie hasta formar parte de ella. El movimiento de su alrededor era cada vez más despacio, como si... Todo se hubiese detenido.

Su pelo le tapó por un segundo lo que había a su alrededor.

A la izquierda vio la mochila de cuero mojada y buceó hacia ella, estirando el brazo.

De repente, nuevamente se vio rodeada de burbujas que supuso que eran causadas por el motor del barco.

Asustada ante la probabilidad de ahogarse, intentó subir hacia la superficie, viéndola cada vez más y más lejos. ¿Cómo podía haberse hundido tanto? Se preguntó mientras obligaba a sus pies a moverse con más rapidez y una sensación de intranquilidad instalada en el pecho. El aire poco a poco abandonaba sus cansados pulmones, sintiendo un escozor nada agradable seguido de los golpes de los latidos de su asustado corazón.

Movió las manos para despejar todas aquellas burbujas y salió a la superficie, sacando los brazos y esperando agarrarse a algo.

Cogió aire con fuerza y se mantuvo a duras penas a flote.

Abrió los ojos.

No había nadie.

Capítulo 5

31 de diciembre de 1440.

Fort Augustus, Las Highlands, Escocia.

—De acuerdo, Cameron MacLeod. Tú ganas, acepto el trato —Jack Lenox estrechó su mano—. Espero la semana que viene esa carreta con la lana de esa buena calidad que tanto alabas.

—Volverás a verme la semana que viene, Jack.

Dándose la vuelta, sonrió ante el gran negocio que acababa de hacer para su clan. Los hombres que lo habían acompañado esperaron a salir de la tienda de Jack Lenox para darle una palmada en la espalda.

—¡Bien hecho, Cameron! ¿Cómo demonios has conseguido vender la lana por tan alto precio a un rufián como Lenox?

—Inteligencia, Broc—le golpeó el gran pecho con el puño—. Algo que ninguno de vosotros habríais conseguido.

Robert, uno de sus hombres, sonrió.

—Sigues siendo igual de engreído que cuando tenías diez años, amigo mío.

Compartiendo la alegría del momento con ellos, les hizo un gesto hacia donde descansaban los caballos.

—Cojamos los caballos hasta Mallaig y de allí tomaremos un barco a Skye—miró a Broc—. Tenemos el barco listo, ¿verdad?

El aludido asintió.

—Me encargué de todo, el viejo Smith nos estará esperando para cuando lleguemos.

Cameron asintió y cogió las riendas de su semental negro. Se subió y les hizo un gesto.

—Bordearemos por la izquierda el Lago Ness, quizás nos retrasemos un poco pero es preferible a encontrarnos con compañías desagradables.

Sus hombres asintieron y lo siguieron durante todo el trayecto. Como último día del año, en el Castillo de Dunvegan se haría una gran fiesta que alejaría la tensión de los últimos días. Cada día, la competencia con respecto al ganado y la lana era más alta y conseguir aquel trato con un comerciante como Jack Lenox no había sido nada fácil.

Había jurado a su padre que alzaría el clan de los MacLeod como ningún otro en las Highlands. Y eso haría hasta que llegara su muerte.

El cielo poco a poco comenzó a nublarse, nada nuevo para ellos. Las nubes, espesas y oscuras, mostraban su reflejo en el Lago Ness, señal de que dentro de poco caería una buena tormenta. Animó a su montura a ir con más rapidez. Unos minutos más tarde, alejados de Fort Augustus, estaba bordeando al lago cuando escuchó un gemido seguido de un chapoteo.

Levantó la mano para que sus hombres pararan.

Los miró de reojo y asintieron.

Todos lo habían oído.

¿Les seguían? No era el único laird que había querido apropiarse de un contrato tan exquisito como el que él había conseguido.

Les hizo un gesto para que vigilaran mientras se acercaba poco a poco a la orilla, con la espada preparada y el cuerpo tenso. Sus pasos no hicieron crujir ninguna hoja seca ni tampoco las raíces y trozos de corteza que yacían en la tierra, pasando totalmente desapercibido para la persona.

Casi rozando las aguas con los pies, retiró unas espesas ramas que le impedían ver a quién se encontraba en las aguas.

Una mano salió del agua seguida por una cabeza oscura.

Una mujer.

Era una mujer.

Frunciendo el ceño pero sin guardar la espada, se acercó todo lo que pudo sin mojarse y contempló la situación, evaluando si era o no peligroso ayudarla. Ella daba vueltas alrededor de sí misma, mirando hacia todos los lados mientras agitaba más fuerte sus brazos y piernas bajo el agua. ¿Estaría desorientada?

Como si se hubiese dado por vencida, fue nadando hacia la orilla en la que él estaba, sin dejar de murmurar en un idioma que él no conocía.

A medida que se acercaba más, pudo distinguir unos ojos verdes grisáceos llenos de preocupación e inseguridad rodeados por unas espesas pestañas negras. Su pelo oscuro reveló su longitud cuando hizo pie, estabilizándose con las manos. Perdió el equilibrio durante unos segundos, cayendo al barro y manchándose la prenda blanca que llevaba. Unas torneadas piernas llamaron su atención.

¿Quién demonios era esa mujer?

—¿Cameron? —llamó uno de sus hombres.

—Shhh... Esperad.

La mujer consiguió salir, sin verlo todavía, y volvió a mirar a su alrededor, perdida.

—¿Inglesa? —masculló Broc.

—No lo parece —contestó Robert por él al ver que su compañero no hablaba, totalmente concentrado en la mujer—. Su piel está demasiado tostada para ser *sassenach*.

La mujer se cogió el pelo oscuro y lo escurrió para quitarse toda el agua posible. Sus curvas, tapadas hasta ese momento, quedaron a la vista de ellos. Aquella camisola blanca que llevaba se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. ¿No era consciente de lo peligroso que era estar medio desnuda por allí?

La mujer se colocó la mochila sobre los delgados hombros y suspiró antes de percibirlo.

Sus ojos se clavaron en él y se abrieron por completo. Murmuró algo en ese idioma desconocido antes de llevarse una mano al pecho.

No, no era inglesa.

Alba, totalmente desorientada y empapada, se preguntó cómo había pasado todo esto. No solo estaba en una época remota en Escocia, sino que además había sido vigilada por el hombre que había visto en sus visiones desde no sabía cuándo. Era bueno, admitió, se camuflaba como un animal salvaje.

Y no se había dado cuenta. Sus despistes acabarían metiéndola en problemas.

Tan atractivo como el mismo Dios Apolo, soltó todo el aire de sus pulmones mientras pensaba qué debía hacer en aquella situación, observada por un par de fríos y tormentosos ojos grises.

Sabía que no era un buen momento para quedarse allí embobada mirando al highlander pero... Por todos los Santos, nunca había visto un hombre cuyo conjunto fuese tan impecable. Salvaje. Masculino.

Inusual.

Debía de medir cerca del metro noventa, de hombros anchos y piernas fuertes. Sus rasgos eran como los recordaba, solo que un poco más duros y ásperos. ¿Cuántos años habría pasado desde el hombre que vio hasta el que tenía delante? Su pelo cobrizo oscuro, sí, era cobrizo oscuro, lo llevaba corto, excepto por algunos mechones que había por su frente. Su mandíbula suavemente cuadrada y pronunciada estaba cubierta por un vello incipiente más claro, el resto del rostro lo adornaban una nariz recta y labios carnosos.

Llevaba una camisa blanca por dentro del kilt y unas botas de piel.

Era tan grande que hipó.

Se humedeció los labios y alzó las manos para que viese que estaba indefensa.

—No soy peligrosa —dijo en inglés.

—No sé si creerte, muchacha—habló Cameron MacLeod. Su voz, masculina y grave, la recorrió de pies a cabeza—. ¿Cuál es tu nombre?

Alba barajó la posibilidad de mentir pero, ¿de qué serviría? Allí nadie la conocía.

—Alba.

—¿Solo Alba? Debes tener apellidos —alzó una ceja y avanzó un paso hacia ella.

Oh, querían identificarla. Metiéndose un mechón detrás de la oreja, se cruzó de brazos al sentir los pezones erectos por la humedad y el aire que había.

Juntó las piernas.

—Alba Duque, señor...

Él no dijo su nombre y, aunque ella lo supiese, temía poder soltarlo sin querer.

Esperó unos segundos antes de que él hablase otra vez.

—Cameron MacLeod—ella suspiró—. ¿Me conocéis?

Alzó la cabeza con brusquedad.

—Me temo que no, señor MacLeod.

—No deberíais nadar medio desnuda, Alba Duque—sonrió al oír cómo pronunciaba su nombre y apellido—. No es aconsejable para las mujeres.

Sabiendo que se encontraba en una época machista, contuvo su lengua cuando quiso responderle mordazmente.

—Me temo que no sé dónde estoy, señor MacLeod. No recuerdo nada más que nadar hacia la orilla para salvar mi vida.

El laird fue hacia ella aguantando la risa y la inspeccionó con la mirada. Casi tocándola, Alba captó un olor a jabón limpio que provenía de su piel, algo más pálida que la suya. La enorme dimensión de su cuerpo la desorientó.

—Es poco probable que os ahogéis en un lago con aguas calmadas, mi señora.

Alba parpadeó por el trato. ¿Mi señora? Estuvo a punto de soltar una carcajada, disfrutando de hablar con aquel hombre de... ¿Qué año sería?

—¿Podrías decirme en qué año nos encontramos, señor MacLeod?

Cameron frunció el ceño, como si por primera vez se estuviese planteando que estuviese mal de la cabeza.

—Mil cuatrocientos cuarenta de nuestro señor. ¿Habéis recibido un golpe en la cabeza? Parecéis tener roja la zona de la sien —dijo mientras estiraba la mano y acariciaba su piel con la yema de los dedos. Un hormigueo recorrió la zona tocada, estremeciéndola.

Ella lo miró intensamente, sin saber qué hacer. El martilleo de su pecho era constante.

Como si se hubiese dado cuenta de lo que estaba haciendo, retiró la mano con rapidez.

—Lamento...

—No me dejaréis aquí, ¿verdad? —ahora tenía miedo. ¿Qué iba a hacer ella sola en Escocia en plena Edad Media? ¡Podían violarla, asesinarla o...! Cada posibilidad nueva la aterrorizaba aún más—No sé dónde estoy ni...

—Ya te oí la primera vez, Alba Duque.

En ese momento, un hombre de ojos azules y pelo rojo se colocó al lado de Cameron.

—Cameron, deberíamos irnos ya. Tenemos que llegar a Mallaig pronto.

Asintiendo a su amigo Robert, miró a la atractiva mujer una vez más.

—¿De dónde sois?

—España—Alba se aclaró la garganta—. España, el sur.

Cameron hizo un gesto, mientras que los demás hombres se sorprendieron.

—Eso está lejos.

—Bastante, y no sé cómo he llegado hasta aquí. ¿Podréis ayudarme?

—¿Cómo, muchacha? —un highlander moreno de ojos oscuros sonreía—. No te podemos ayudar sino recuerdas nada.

Alba estaba a punto de darse por vencida, tirarse al agua y esperar a que las burbujas la rodearan para llevarla de vuelta al dos mil quince. ¡Pero qué hombres tan necios! ¿Qué hacía falta para que la dejaran ir con ellos? ¿Pagarles? Difícilmente cuando ni siquiera compartían la misma moneda.

Como si Cameron hubiese seguido el hilo de sus pensamientos, se llevó una mano grande y fuerte hacia la mandíbula, frotándosela.

—Deberíamos dejarla aquí —aguantó la risa al ver el rostro pálido de la mujer.

—¡No, por favor! No tengo nada de valor, nada de dinero. No puedo comer, dormir ni...

—¿Qué me daríais a cambio, Alba? No puedo ofreceros tanto sin nada a cambio.

Sus mejillas se sonrojaron con rapidez. ¡Sería desgraciado! Encima que iba a salvarle la vida y evitar que dejara a su mujer viuda, le pedía algo. Intentó contener la calma, repitiéndose que él no la conocía de nada.

—Como ya he repetido, no tengo nada.

—Sueles repetir las cosas varias veces, muchacha—habló el pelirrojo. Si no se equivocaba, era Robert.

—¡Porque no me escucháis! —cogiendo aire lentamente, se repitió que no podía hablarles así si quería conseguir algo.

Necesitaba algo que les convenciese de llevarla con ellos. La pregunta era el qué.

Contempló con desesperación los hermosos y duros ojos del laird, clavados en ella. Si no fuese por lo precaria que era su situación, se habría parado a mirarlo con

minuciosidad. Desde su forma de caminar, elegante y peligrosa como un animal salvaje, hasta la firmeza de sus músculos y lo bien que le sentaba el kilt.

Y su boca. Su seductora boca, en un amago de sonrisa.

Era pálido de piel, apenas soleado, aunque eso no quitaba lo trabajadas que tenía las manos. Grandes, cubiertas de un suave vello rubio que subía por los fuertes y formados brazos.

Dios, vaya hombre... Y allí estaba ella, hecha un desastre. Era posiblemente uno de peores y más excitantes días de su vida.

Apenas podía creerse todo lo que le estaba sucediendo. En un segundo disfrutaba del barco junto a Felicity y uno más tarde, era tragada por las aguas y llevada al pasado. Con aquel highlander que, en su época, no había sido más que un recuerdo y polvo.

—Soy una experta cocinera —soltó de repente. Todos la miraron con curiosidad. ¡Bingo! Tenía su atención—. Soy... Muy buena cocinera.

—¿Cómo te has acordado de eso, muchacha? —cuestionó Cameron.

—Lo llevo siendo toda mi vida.

—Apenas debes pasar los veinte—murmuró Robert escéptico.

—Tengo veinticinco—alzó la cabeza—. Si me lleváis con vos, milord —dijo refiriéndose al laird —prometo serviros.

Sus hombres se echaron a reír, golpeándose entre ellos. Los fulminó con la mirada mientras Cameron la observaba con diversión pero sin borrar la seriedad de su semblante.

Aquella mujer tenía carácter. Sus ojos brillaban mientras sus hombres hablaban en gaélico, riéndose de sus palabras. Ella no parecía entender nada, aunque sus ojos dejaban entrever lo incómoda que se sentía.

La situación se le antojaba divertida y amena, algo que no tenía desde hacía bastante tiempo, reflexionó. No tenía motivos para aceptar a ninguna cocinera, pues ya contaba con uno bastante bueno. De todas formas, asintió. No tenía nada que perder y tampoco se quedaría con la conciencia tranquila dejando a una joven muchacha a su suerte.

—Está bien, muchacha. Puedes venir con nosotros—sus hombres lo miraron, estupefactos—. Nos dirigimos hacia Skye, ¿sabes dónde está?

Alba negó con la cabeza.

—No.

Cameron le dio la espalda para montarse en un enorme semental negro cuyas rollizas patas asustaron a Alba. De un elegante salto, se montó. El caballo se movió un poco antes de quedarse tranquilo bajo las tranquilizantes palmadas de su dueño.

El resto de los hombres se montaron en sus respectivos caballos. Desde su posición, parecían aún más grandes. Ella, en cambio, minúscula, como si no fuera más que una piedra en sus caminos. Alzó la cabeza.

Los hombres siguieron el trayecto tras recibir una mirada de su laird. Quedándose a solas, Alba cogió el dobladillo de su vestido y lo apretó entre los dedos, todo bajo la grisácea mirada de Cameron.

Él acercó su caballo a ella hasta que el animal le rozó la cara con el húmedo hocico, sobresaltándola. Aquel animal era enorme, como su jinete. Los oscuros ojos del semental estaban puestos en ella con curiosidad y recelo.

Cameron MacLeod estiró una mano.

—Monta conmigo, muchacha. Irás resolviendo mis preguntas a lo largo del camino.

Entrelazando sus dedos con los de él, sintió una pequeña descarga que le recorrió todo el cuerpo de pies a cabeza, entumeciéndola. Sacudió la cabeza para despejar aquella pequeña niebla de pasión y fue alzada del suelo para estar entre el caballo y el highlander. Mirándolo de reojo, se humedeció los labios. Sentía su calor a las espaldas, totalmente eclipsada por él. Rodeada, sintió su nariz en la mejilla.

—Si no hay más remedio... —murmuró a su afirmación.

—En caso de que no me satisfagan tus respuestas o mientas, te dejaré a la merced de Dios. ¿Entiendes?

Sintió su aliento contra el cuello y se removió inquieta.

—Lo entiendo.

Se mordió los labios para sofocar un gemido cuando la estrechó con un brazo.

—Bien.

Durante el trayecto, Alba maldijo no conocer el gaélico. No entendía nada de lo que decían los tres hombres, acabando ciertamente apartada del grupo. Aunque,

eso sí, tenía que admitir que era una lengua que le resultaba atractiva a los oídos, sobre todo al oír a Cameron.

Tenía la voz de esos actores de películas americanas en castellano, pero con un acento fuerte. Sentía las vibraciones de su risa al hablar con sus hombres y el contacto de su cuerpo con el de ella... Desde su mano sobre el centro del abdomen hasta sus piernas. Las caderas masculinas mantenían una distancia de respeto que la agradó.

A veces, y solo a veces, con el viento en contra, llegaba hasta ella el olor masculino almizclado y fresco.

Poco a poco, el cielo se fue despejando hasta que un haz de sol impactó contra su helado rostro, calentándolo. El resto de su cuerpo era tapado con una manta vieja de cuadros que le había prestado Robert, el pelirrojo de ojos azules. Se lo había agradecido profundamente, aunque sabía perfectamente que se la había prestado para que dejase de hacer el desagradable chasquido de los dientes. No solo no estaba acostumbrada al frío, sino que su ropa estaba empapada. Tenía el pelo pegado al rostro, sobre todo en torno a las mejillas.

Además, necesitaba cambiar de postura cuanto antes.

Estar montada a caballo con las dos piernas a un lado era una tortura.

Probó a agitarse en la montura, consiguiendo que Cameron dejara de hablar y la apretase aún más.

—¿Por qué no paras de moverte? —le espetó enfadado.

—¡Me duelen el culo y las piernas! —gimió y se arqueó, sintiendo un tirón en la espalda—. Necesito ponerme a horcajadas sobre el caballo.

Cameron, aguantando la risa, la sujetó con más fuerza.

—Eso es indecoroso.

—¡Me importa un bledo que sea indecoroso! —murmuró derrotada—. Me duele todo el cuerpo.

—¿Nunca habéis montado a caballo? —preguntó ignorando la palabrota.

—Nunca, siempre he ido a pie o en coch... Burro. Y poco más de un kilómetro.

Cameron suspiró.

—De acuerdo. No te muevas, te levantaré por la cintura y pasarás una pierna al otro lado. ¿Lista? —ella asintió, concentrada mientras se iban quedando un poco atrás del grupo.

Al levantarla por la cintura, Alba perdió un punto de apoyo y al moverse, acabó dándose la vuelta y terminó a horcajadas pero mirando de frente a Cameron, dando la espalda al caballo. Apenas había unos centímetros entre el rostro de él y el de ella.

Él la miró con una ceja alzada.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Cómo puedes ser tan torpe, *lass*?

El caballo dio un traspie, desequilibrándola. Agitó los brazos y se agarró a su cuello.

—¡Este caballo es un demonio!

Al no recibir respuesta, sin quitar sus brazos de él, se echó para atrás un poco y lo miró. A dos centímetros de sus ojos, Alba contempló las hermosas cuencas grises. Era uno de sus rasgos más bonitos, pensó, en conjunto con su rostro y su cuerpo. Sentía el cabello de la nuca rozándole los dedos que se agarraban a él.

Boom. Boom.

Era su corazón. Se aceleraba solo, pensó. Sin motivo aparente... o quizás fuese Cameron.

Humedeciéndose los labios, vio cómo él clavaba la mirada en su boca.

—Ten cuidado, muchacha.

Sonrojándose, se retiró todo lo que pudo de él.

—Lo siento, ayúdame a ponerme bien, por favor —dijo sin mirarle.

Él le agarró la barbilla y la obligó a mirarlo.

—¿Por qué? Me gusta cómo estás —las comisuras de su boca se elevaron hacia arriba, haciéndole parecer más joven.

—Pues, lamento decirte que no pienso quedarme así—cruzó una pierna para un lado y luego terminó de dar el giro para acabar como, en un principio, había sido su objetivo. A horcajadas de frente. Una mano masculina la agarró de la cintura—. Mejor.

—¿Segura? —susurró en su oído, haciéndole cosquillas.

—T-totalmente, señor MacLeod.

Cameron aceleró el ritmo para ir con sus hombres, que los miraban con curiosidad. Los enormes bosques que los rodeaban eran de miles tonos verdes, incontables a pesar de haberlo intentado. Los árboles eran grandes y altos con grandes copas, las ramas parecían extenderse sin fin hasta tocar el cielo, que por ahora dejaba ver al sol.

Se encontraron con algunas personas durante el camino, algunas los saludaron, otras simplemente los ignoraban.

Aburrida, se dispuso a dormir un rato cuando Broc, uno de los highlander, el moreno, se dirigió a ella.

—*Lass*, ¿qué platos sabéis cocinar?

Alba dio un pequeño salto sobre la montura. Cameron la agarró con firmeza.

—¿P-platos? —tartamudeó.

—Sí, comida. Quizás podríamos cazar algo y nos lo prepararías.

Ella se estremeció violentamente. ¡Pero si era incapaz de destripar a un animal, amaba a todos los animales! Sí, de acuerdo, comía carne y aunque pudiera sonar hipócrita, nunca había podido abrir por la mitad a ningún animal, ya fuese carne o pescado.

Tragó saliva.

—Oh... Creo que deberíamos seguir el camino.

El pecho de Cameron tembló por la risa contenida.

—Pensé que estabas cansada.

—Ya no—replicó.

Broc soltó una carcajada, contento por su respuesta.

—Tranquila, muchacha. No hace falta que cocines... Por ahora. Hemos traído comida de Skye.

Poniéndose recta, alzó la cabeza y lo miró.

—Una pena, cocino demasiado bien.

—Podemos guardarla para otro día y...

—Demasiado tarde. Si hay, no debemos desperdiciar los recursos de la madre naturaleza—le interrumpió enérgicamente.

Los hombres se rieron y volvieron a hablar en gaélico. Cameron se acercó a su oído. Se tensó al sentir el torso masculino rozando su espalda.

—Tranquila, *lass*. No voy a dejarte tirada, pero al menos responderás a mis preguntas, ¿verdad? Como laird, tengo que asegurarme de que no eres un peligro para mi clan— Alba asintió lentamente. Él parecía haber dejado a un lado las formalidades, pero ella era lo suficiente desconfiada

—Te agradezco que me llevéis con vosotros.

—¿No has estado antes con ningún clan?

Ella negó con la cabeza.

—No sé cómo he llegado hasta aquí, señor MacLeod...

—Llámame Cameron—la interrumpió inesperadamente.

—Cameron...—vio cómo tensaba las riendas del caballo. Sus nudillos se volvieron blancos. Se preguntó si debía inventarse una historia. Lo malo era recordarla, se dijo con tristeza. Su mala memoria a corto plazo tenía un papel fundamental—. Mi familia murió hace muchos años y desde entonces me ha cuidado mi tía Carmen.

—¿*Car-rr-men*?

Su dificultad para pronunciar dicho nombre la hizo reír.

—Sí, Carmen. Un amigo suyo venía a Escocia por unos negocios...

—¿Desde España?

¿Por qué no paraba de interrumpirla? Apretó los dientes. ¿Tan descabellado sonaba su historia? ¿Es que España y Escocia no tenían relaciones comerciales?

—Sí, desde España. Pero me temo que algo habrá pasado, pues me he encontrado en medio de ese lago oscuro sin ver a nadie a mí alrededor. No puedo decir más de mi viaje aquí, os estaría mintiendo. Recuerdo fugazmente Edimburgo. Poco más.

Asintiendo, dando la respuesta por válida con cierto trabajo, prosiguió.

—Tenéis veinticinco años, ¿no estás casada? Ya eres mayor—dejó caer.

Como venganza Alba le pellizcó el musculoso muslo sin darse cuenta. Retiró la mano con rapidez y se sonrojó.

—Disculpas. Ha sido un acto reflejo—se aclaró la garganta y se negó a mirarlo—. No, no estoy casada. Valoro demasiado mi libertad como para estar atada a un hombre que no quiera que mi papel sea más que una mujer florero.

Cuando en realidad, admitió para sí misma, era que no había conocido a ningún hombre que le gustase realmente. O eran demasiado prepotentes, o querían tener sexo con demasiada rapidez, apenas en la tercera cita, o ella no les gustaba. Siempre pasaba algo para desgracia suya.

—¿Las españolas sois así? —cogió un mechón de su pelo oscuro.

—Hay de todo.

—Y a mí me ha tocado cargar contigo.

Alzó una ceja, sintiendo su risa.

—Supongo que sí, se... Cameron.

—Nadie vendrá a buscarte, *lass*.

La frase le resultó tan fría como el hielo. No, nadie iría a buscarla. No, estaba sola en todo aquel extraño asunto y aunque admitía sentirse afortunada de tener tal experiencia, había accedido a ir por salvar la vida de un hombre. Alba no habría podido seguir con su vida a sabiendas de que alguien podría haber tenido una larga y feliz vida de no ser por ella. De ninguna manera había querido vivir con tal peso sobre sus hombros.

Y no se trataba de cualquiera, sino de Cameron MacLeod, que al parecer, acabaría bajo tierra envenenado.

Si ella no lo evitaba.

—Nadie, me temo—dijo en un largo suspiro.

—Seréis bienvenida a nuestras tierras, *lass*. Serás una más de nuestro clan.

Sonrió para agradecerle el gesto y contempló un lago que dejaban a mano izquierda. Robert volvió cabalgando y se acercó a ellos.

—Aquí podemos descansar para comer algo, no hay peligro.

Asintiendo, Cameron bajó del caballo y se puso enfrente de ella. Alzó una ceja. Ella aguantó la risa ante el gesto tan inesperado. Alba estiró los brazos para

agarrarse a sus hombros. Las manos masculinas la agarraron por la estrecha cintura, deslizándola hasta el suelo sin apartar sus ojos de ella.

Azorada, se echó el pelo húmedo, casi seco, para atrás. Al ver una roca, se sentó en la dura superficie, cubriéndose totalmente con la manta mientras por primera vez, se sentía incómoda.

En aquella época no era normal que las mujeres vistiesen así y, aunque había pensado que el daría igual, las miradas que le echaban los hombres la incomodaban. No eran miradas de deseo, sino más bien de confusión, como si Alba no encajara en todo aquello.

Mientras los hombres se preparaban, podía escuchar sus palabras en gaélico. Estaban hablando de ella, de eso estaba segura. Cameron oía todo lo que sus hombres le decían mientras estiraba la mano para darle un pañuelo que, supuso, llevaba comida.

—Come, muchacha, no haremos más descansos hasta la noche.

—Gracias.

Colocó el pañuelo abierto sobre sus rodillas y comió con avidez. Su estómago sonó, haciéndola sonrojar. No miró a los hombres, sino que terminó de comer el queso y el pan que le ofreció. Cameron le dio una bota con vino. Bebió un pequeño buche, pero no calmó su sed. Quería agua.

De repente, le entraron ganas de orinar.

—Necesito... hacer mis necesidades. ¿Puedo dirigirme hacia el lago?

—No te alejes mucho —Cameron asintió.

—Grita si ves una serpiente, muchacha—Broc cruzó sus grandes brazos sobre su fornido pecho. Sus seductores ojos oscuros la seguían mientras andaba— o cualquier otro animal.

—No la asustes, Broc—Cameron sonrió mientras se terminaba su comida. Contempló como poco a poco la figura de la española se perdía por la bruma. Sus largos cabellos oscuros como la noche eran movidos por la brisa.

—¿Estás seguro de querer llevártela, Cameron? —Robert se frotó el cuello agarrotado.

—No puedo dejarla tirada, aún menos con esas ropas. Lo que me ha dicho tiene pinta de ser verdad. Su acento y su aspecto físico no son de aquí.

—Es una mujer indefensa y nuestro laird un auténtico caballero —ignorando la mirada del susodicho, Broc se crujió los dedos antes de tomar un buen buche de su bota—. Es... bastante simple. Aunque tiene algo que gusta.

Cameron alzó una ceja, pero no añadió nada, a sabiendas de que su antiguo amigo continuaría.

—Sus ojos no son grandes a pesar de tenerlos llamativos, sus labios no son carnosos pero aun así son condenadamente irresistibles. Tiene una gran sonrisa llena de dientes blancos, grandes y perfectos, sanos, algo que no abunda por aquí. Diría que es el rasgo que más destaca de su rostro —Cameron no estaba de acuerdo, pero le dejó terminar, contemplando el rostro expresivo de él—. Sus pechos son bastante pequeños, aunque tiene curvas.

—¿Te has fijado en todas esas cosas, amigo mío? —preguntó Robert conteniendo una carcajada.

—Y muchas más —sonrió, rascándose la barba incipiente—. Como dije, aparte de su sonrisa no tiene nada más que destaque, pero aun así es una mujer muy atractiva y orgullosa. El pelo largo y oscuro ayuda, además, su piel tostada le da la apariencia de una mujer fuerte. Tiene un aire que las mujeres de aquí no poseen. Eso no quiere decir...

—Es española, Broc. Claro que es distinta.

Cameron no iba a meterse en la conversación y, aunque Broc llevaba parte de razón, a él le parecía simplemente irresistible. Sus ojos no eran grandes, pero sí rasgados, rodeados por densas pestañas negras y adornados por unas cejas oscuras, alargadas y finas.

Era exótica, distinta. Sus ojos claros en combinación con su piel olivácea hacían de ella una mujer misteriosa y fuera de lo común.

Sintiendo que parte de la sangre corría hacia la zona de la ingle, sacudió la cabeza y cogió su bota.

—Iré a ver cómo está. Cuidad de los caballos.

Sus hombres asintieron mientras discutían sobre Alba Duque.

Negando con la cabeza, pensó en la casualidad de haberla encontrado. ¿Y si no hubiese ido por la izquierda del sendero? ¿Y si hubiese cogido la derecha? Acaso... ¿acaso le habían puesto esa muchacha de lengua soez en su camino por alguna razón? ¿La habrían raptado o violado? Las cosas por Escocia no estaban tan tranquilas como para que una mujer medio desnuda deambulara sola.

Subió una pequeña pendiente para llegar a una zona plana donde estaba el lago, esperaba que no hubiese huido y no solo porque no volvería a verla.

A medida que oscurecía, los peligros salían de sus escondites para matar, violar y robar a los viajeros extraviados.

Apretó el paso.

Alba se aclaró la boca con agua y escupió en la hierba. Mojó sus adormecidos pies en las orillas del lago y se recogió el pelo con la gomilla que tenía en la muñeca, haciéndose un mal recogido. Se inclinó sobre una roca y miró su reflejo.

Hizo una mueca con los labios.

Podría ser peor.

Contempló las altas colinas verdes, las rocas que había dispersas por los valles y se preguntó si todo aquello no sería producto de su imaginación. ¿Cómo si no se encontraría allí? Se abrazó las rodillas al pecho y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el viento la despejase.

Magnífico y...

—*Wha urr ye, lass? (Quién eres, muchacha?)*

Incorporándose con la mayor brevedad posible, encima de la roca vio a un enorme hombre de cabellos rubios y ojos turquesas que la miraba fijamente. Llevaba una camiseta blanca y un plaid alrededor de la cintura y sobre el hombro, sujeto con un broche. Llevaba unas botas parecidas a las de Cameron y sus hombres, de piel y sujetas con correas.

Sus rasgos eran atractivos y sensuales, como los de las estatuas griegas. La palabra para ser exacta sería: clásica. Poseía una belleza clásica. Cuando sonrió para tranquilizarla, hipó.

—*Wha urr ye, lass? (Quién eres, muchacha?)*

Alba negó con la cabeza mientras se acercaba. Miró a todos lados, deseosa de ver a Cameron o sus hombres aparecer por un lado u otro.

Pero, no. No había rastro de ellos. Quizás le habían tomado el pelo y se habían ido. ¿Para qué iban a perder el tiempo con ella? Desde un primer principio le había resultado extraño que la acogiesen en su clan tan fácilmente.

—No le entiendo, señor —pronunció en inglés.

El escocés arrugó el rostro.

—¿Eres inglesa?

—No, pero me temo que no sé hablar vuestra lengua.

—Och, no te preocupes, muchacha —incluso sin subirse en la roca en la que estaba ella, era más alto. Estiró un brazo—. Alisdair MacLean para servirle, señora...

—Alba —Puso su mano encima de la robusta de él—. Alba Duque.

Parpadeó sorprendida cuando le dio la vuelta y soltó un beso húmedo y cálido en la palma de su mano.

Fue incapaz de no sonreír. Él se la devolvió.

—Sois un descarado por lo que veo, señor MacLean.

El highlander le guiñó un ojo.

—Solo cuando veo algo que me gusta. Insisto en que me llames Alasdair.

—Te llamaré Alasdair MacLean, truhán —dijo una voz conocida a sus espaldas. Miró de reojo y vio a Cameron, en cuyo rostro había una sonrisa torcida—. Y ella está con nosotros.

—¡Cameron! —Aladair fue hacia él y se dieron un abrazo, palmeándose la espalda—. Pensaba que estarías ya en Skye.

—Partimos hacia allá, solo estábamos descansando.

El rubio la señaló con la cabeza.

—¿Quién es esa muchacha tan guapa, amigo? —preguntó en gaélico.

Alba frunció el ceño. ¿Por qué cada vez que querían hablar de ella lo hacían en otro idioma?

—La encontramos en el lago Ness, nadando a plena luz del día sin nada.

Alasdair la miró de arriba abajo con seriedad.

—¿Una *selkie*?

—No, amigo, no es una *selkie*.

Aunque, él mismo lo había pensado en un primer momento. En el agua con el largo pelo oscuro, había parecido una pequeña foca negra. Luego al darse la vuelta y ver su rostro, la hipótesis había cobrado más fuerza. Miró a la muchacha, cuyos

ojos echaban chispas, seguramente por no entender nada de lo que hablaban, parecían ser del color de los bosques escoceses. Quizás, guardaba su piel por algún recóndito y por eso no quería contarle nada más de su vida. Sacudió la cabeza. El no creía en historias sobrenaturales. Al menos, no todas.

—¡Ya basta! —Alba dio un traspié en la roca, pero recuperó el equilibrio con rapidez—. Odio cuando hacéis eso —murmuró mientras bajaba de la roca para ponerse al lado de ellos y alzaba la cabeza.

Era tan pequeña y menuda a su lado.

—¿Qué odias, muchacha? —Alasdair la miraba con auténtica curiosidad antes de poner una mano en su pequeño hombro—. Dilo y no volveré a hacerlo.

—Habláis en gaélico y no entiendo nada de nada. Sé que estáis orgullosos de vuestra lengua, suena muy bonita a los oídos, ¡pero no me entero de nada! ¿Y si me pongo yo a hablar español aquí en medio?

Sin retirar la mirada de la mano de su amigo, aún en el hombro femenino, frunció el ceño. Se sentía algo incómodo.

—No te entendería nadie, *lass*.

—Yo haría un esfuerzo—el rubio le guiñó un ojo.

Sonrojándose ante tal descaro y no obstante, no acostumbrada, se humedeció los labios y se calló. El highlander la inspeccionó de pies a cabeza,

—¡Por todos los Santos, Cameron! —volvió a hablar en gaélico—. ¿Tienes intención de cortejarla?

—Deja de enamorarte de la primera mujer que veas, Alasdair. Te ahorrarás mucho sufrimiento. Tenemos que seguir nuestro camino. Supongo que te veré en unos días.

—Nos veremos en cuatro o cinco días. Tengo que resolver unos problemas.

—¿Ha pasado algo importante? —preguntó al ver el serio semblante del laird, que había desviado la mirada.

—Nos han robado diez vacas—apretó los puños hasta dejarlos blancos, sus ojos se oscurecieron por la rabia—. Llevan semanas robándonos y creo saber quién es. A este paso mi clan y yo no tendremos reservas para el invierno que se acerca.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme.

Asintiendo, Alasdair centró toda su atención en la mujer. Alba alzó una ceja, a espera de su siguiente cumplido.

—Ha sido un placer encontrarme contigo, bella Alba—le cogió la mano y se la besó otra vez—. Verte mojándote en el lago ha sido todo un placer.

Sin saber qué decir, parpadeó.

—Eh... Gracias. Que tengáis un buen viaje, señor...

—Alasdair.

—Alasdair.

El escocés volvió sobre sus pies hasta su montura. Supuso que habría parado allí para descansar, al igual que ellos. Hizo un gesto con las manos antes de ponerse a trote y desaparecer colina arriba.

No se había dado cuenta de que Cameron había iniciado la marcha hasta que se dio la vuelta y lo encontró a unos metros de ella.

—¡Eh, espera!

Fue corriendo hacia él, preguntándose cómo demonios había recorrido tanta distancia en tan poco tiempo. La respuesta estaba en las largas y fuertes piernas que tenía.

—¿Tienes que pasearte con esas ropas, Alba Duque? Tus padres se avergonzarían. ¿Acaso quieres llamar la atención de todos los escoceses, *lass*?

Parándose sobre sus pies, lo agarró de la camiseta y tiró de él con toda la fuerza que tenía. Cameron se encaró a ella, rozando sus pechos con su torso. A pesar de sentirse intimidada por lo pequeña que era a su lado, se obligó a sacar todo el coraje que llevaba dentro.

—¿De qué estás hablando? —bramó.

—Deberías ponerte otra cosa, Alba —la miró de arriba abajo—. No haces más que llamar la atención.

—¡No tengo nada más que ponerme!

—¿Y la manta?

—¡Iba a refrescarme! —intentando controlar su temperamento, miró sus increíbles ojos grises y le dio con el dedo en el pecho, arrepintiéndose cuando él le agarró la mano y la sostuvo allí—. ¡Estoy lejos de mi país, perdida, sin comida ni nada, agradecería un poco de compasión por tu parte, MacLeod!

Cameron abrió sus ojos por completo y la agarró de los hombros, alzándola del suelo.

—El problema es que la quieres de todos, *lass*—dijo casi contra sus labios.

Adivinando por donde iba, abrió la boca.

—¡No acabas de decir eso! — ¡Pero qué retrógradas eran los hombres en esa época! Intentó darle una patada en la espinilla, encontrando solo el aire.

—¿Quieres que te lo repita? —murmuró.

Al ver que Cameron miraba sus labios, esta vez acertó al mover el pie.

—¡Estúpido highlander! —pataleó, loca de rabia por no conseguir soltarse de su fuerte agarre—. ¡Soy lo más puro y real que has conocido en tu maldita vida, escocés!

Pareció hacerle risa su actitud, ya que sonrió con ternura y le revolvió el pelo como si fuera un niño. Dejándola en el suelo, Alba se enrolló el cuerpo en la manta, arrastrándole como una larga cola de novia.

Comenzó a andar cuesta abajo mientras él la miraba con diversión.

—No vuelvas a...

—¡Cuidado, muchacha!

—¡Ah!

Inesperadamente, Alba pisó el dobladillo de la manta y cayó al suelo. Comenzó a rodar cuesta abajo mientras se mareaba, con los brazos y las piernas atrapadas dentro de la pesada manta, cuyo abrazo se hacía cada vez más fuerte en torno su cuerpo.

Oía la voz del highlander, gritando:

—¡Protégete la cabeza! ¡La cabeza, muchacha!

Parecía estar corriendo tras ella, pensó al ver un borrón en una de sus muchas vueltas.

Se protegió como pudo la cabeza con las manos mientras algunas raíces y pequeñas piedras le arañaban las pantorrillas. Finalmente, chocó contra una roca, parándola en seco.

Soltó todo el aire contenido ante el dolor que la atravesó y dio gracias a Dios de haber hecho caso a Cameron y protegerse la cabeza. Se había golpeado violentamente contra las manos, raspándose las.

Unos segundos más tarde, escuchó la respiración y las pisadas del highlander. Se agachó a su lado sin parar de murmurar en gaélico. Le destapó la cara y la cogió entre sus manos con delicadeza. Alba frunció el ceño mientras unos tímidos rayos de sol impactaban en la espalda masculina. Su pelo cobrizo oscuro tenía reflejos rubios, pensó hechizada ante tanta belleza.

Sus ojos grises la miraban con preocupación y no pudo evitar sonreír.

—¿Por qué sonríes, loca? Has estado a punto de matarme.

—Pero, qué guapo eres —dijo en español.

—Alba, ¿te encuentras bien? —la cogió en brazos, pegándola a su pecho—. No me ha dado tiempo a agarrarte, rodabas con mucha velocidad. ¿Te duele algo? Puedo desenrollarte la manta...

Sacudió la cabeza y gimió al sentir dolor por todas partes.

—Agh, no, no, estoy bien—cerró los ojos con fuerza—. Esto no puede ir peor. No solo aguanto tus acusaciones sino que...

Cameron suspiró y fue andando hacia los caballos. Broc y Robert los miraban con burla en los ojos.

—Lamento lo que te he dicho, *lass*. Ha sido sin pensar.

—Te perdonaré esta vez, highlander —murmuró.

Al colocarla lo más delicadamente que pudo en el caballo, soltó un grito. Cameron se puso detrás de ella y la apoyó en su cuerpo.

—Descansa, duerme un rato. No nos queda mucho.

Asintiendo, colocó la cabeza justo donde latía su corazón. Se sorprendió por lo cálida y reconfortada que se sentía. Colocó una mano justo al lado, aprovechándose. Notó músculos duros y tesos bajo su palma, envueltos en la tersa piel. Caliente. Vivo. La camisa blanca que llevaba dejaba ver un suave vello en su pálido pecho, casi imperceptible.

Suspiró lentamente.

Cameron se tensó aún más.

Y de repente, Alba recordó que él estaba casado. Con hijo.

Cortándose completamente, se separó.

—Alba, apóyate y duerme —dijo colocando una mano grande en su cabeza y apoyándola de nuevo.

Debería quitarse, pero se sentía demasiado bien entre sus brazos... Guardó en lo más recóndito de su ser aquellos pensamientos que le susurraban una y otra vez que él tenía una familia. Que todo el tiempo que estaba pasando con él era únicamente por designios del Destino.

Cerrando los ojos, decidió que en unas horas, cuando se recuperase, mantendría una distancia con Cameron. Y no porque quisiera. Sino por respeto a su mujer y a su hijo.

Sí, eso haría.

Cameron notó cuando la tensión abandonó el cuerpo de la mujer para quedarse dormida. Su tacto y su respiración caliente en el pecho lo estaban volviendo loco de deseo. Sus continuos movimientos sobre la montura, rozándose contra él, ocasionaron que gran parte de su sangre se acumulase en su verga, sintiéndose un desgraciado.

Apretó los dientes y aguantó las miradas de sus compañeros, que parecían imaginarse el sufrimiento por el que estaba pasando.

—Teníais que haberos visto —Broc sonrió—. Ella rodando y tú corriendo tras ella sin dejar de blasfemar.

—O cuando pisó la manta y dio una voltereta. ¡Podía haberse roto el cuello!

—No le ha pasado nada —murmuró entre dientes.

—Esa muchacha es un peligro. Apenas lleva unas horas con nosotros y ya ha puesto en peligro su vida. ¿A quién te has encontrado? Tardabas en bajar.

—A Alasdair MacLean.

—¿A MacLean? Pensé que lo veríamos en Skye en unos días.

—Tiene unos problemas con el ganado.

Alguien murmuró algo. Miró a todos lados, preparado por si los atacaban o se encontraban con algún clan enemistado. Robert negó con la cabeza y le hizo un gesto a Alba, que murmuraba cosas incoherentes, dormida.

Asintió.

Recordó cómo había perdido los papeles al ver el interés de su amigo MacLean por la chica. No podía culparlo, él la encontraba irresistible. Su rostro era angelical y exótico. No era una de esas bellezas clásicas ni explosivas, pero aún así...

La deseaba.

Eso había quedado claro desde que la vio saliendo de las aguas del lado cuan selkie. No estaba casada, no tenía familia... ¿Cómo podía estar tan sola? Se preguntó observándola mientras caían las primeras gotitas de lluvia, mojando la frente femenina como si fueran pequeños diamantes decorándole la piel. Parecía ser una mujer fuerte que no se dejaba asustar por nadie, pero aun así, en sus ojos brillaba la vulnerabilidad.

Bien escondida, pero ahí estaba.

Llevaba tanto tiempo sin sentir un deseo tan fuerte, tan vivo por una mujer... Desde su soez vocabulario hasta sus pequeños puntos de timidez.

Vio el tope de su cabeza, su cabello oscuro. Parecía ser de un castaño oscuro o negro, a medida que baja hasta las puntas el color era más claro hasta llegar a un castaño. ¿Cómo era posible?

Todo lo que rodeaba a Alba Duque era un misterio.

Al igual que ella.

Capítulo 6

Con el cielo ya oscurecido y las nubes escondidas, llegaron a Mallaig. Sin descanso, fueron hasta la pequeña cabaña de un hombre que se encontraba de cara a la costa del mar para llegar hasta Skye, que no se encontraba muy lejos.

Esperando sentada en la orilla con los pies metidos en el agua y Broc haciendo guardia, Cameron y Robert entraron en la pequeña cabaña cuando el hombre abrió.

De pelo canoso y ojos azules, le había recordado a un marinero esperando a su eterna sirena a sabiendas de que nunca llegaría. Al verla, se había acercado a ella y le había ofrecido agua mientras la piropeaba bajo la impaciente mirada del laird Cameron.

Con una sonrisa, finalmente había salido de allí para disfrutar de la magnífica noche y las vistas.

La noche estrellada parecía estar totalmente iluminada por las pequeñas luces que tenía. El mar rompía con pasividad contra la orilla, mojándole las rodillas y cayendo alguna que otra gota en su rostro.

Todo a su alrededor era verde. Un paraíso. Se preguntó cómo los escoceses podían vivir allí sin estar suspirando todo el día. El ambiente era tan mágico y afectuoso... No le extrañaba que hubiese tantos mitos, era casi imposible no inventarse alguna que otra historia con la cantidad de sombras que proyectaban la luna y la vegetación.

Unos minutos más tarde, Cameron salió de la cabaña.

—Le dejaremos los caballos y él los llevará en unos días.

Sus hombres asintieron. Fue hasta ella y le ofreció una mano para levantarse. Le agradeció el gesto con una sonrisa.

—Nuestro barco es ese —dijo señalando uno de madera oscura.

Se acercaron al pequeño barco y, tras montarse Broc y Robert, Camero cogió su mano para ayudarla a montar, un cosquilleo le erizó el vello de la nuca. Recogiéndose las mantas con una mano para no mojárselas, intentó que sus piernas no se viesan demasiado mientras el viejo highlander había silbado, sonrojándola.

Tras montarse, Cameron empujó un poco el barco mientras los otros dos comenzaban a remar para moverlo. Metiéndose con rapidez, a su lado, agitó el brazo.

El hombre le respondió diciendo algo en gaélico.

Vio la sonrisa brillante del laird en la noche y se preguntó qué le habría dicho.

Tras pasar unos segundos, el frío fue metiéndose dentro de sus huesos. Sus dientes rechinaron y se abrazó a sí misma, maldiciendo su inadecuada indumentaria, pensando que haberse puesto unos pantalones habría sido una buena idea. De todas formas, ¡qué sabía de ella de que aquel día iba a viajar al pasado!

Estuvo a punto de dar un salto cuando Cameron la agarró de la cintura y la colocó entre sus piernas, abrazándola cálidamente.

Tensa, esperó su explicación.

—Hasta que me toque remar, te daré calor, *lass*. Duerme.

Ignorando la orden, estiró el cuello para mirarlo a los ojos. Bajo la pálida luna llena, su mirada grisácea mostró ciertas motas celestes que la entumecieron.

—Luego yo, muchacha —Broc soltó una carcajada—. Yo doy más calor que mi laid.

Robert soltó una carcajada mientras ella aguantaba la risa, viendo la fulminante mirada que le dedicaba al moreno.

—Sigue remando, Broc. No me hagas tirarte al agua e ir nadando.

El sonido del agua moviéndose junto al de algún que otro animal, escuchándose a veces un pez saltando a la superficie para luego caer, la relajó por completo. Las aguas oscuras parecían tan profundas que temió que alguna criatura marina hiciera acto de presencia al confundirlos con comida.

—No te preocupes, hemos hecho este camino un montón de veces y nunca nos ha pasado nada.

Sorprendida de que supiese qué había estado pensando, lo miró con una ceja alzada.

—¿Tan transparente soy?

—Has mirado el agua como si fuese tu peor enemigo.

—¿Cómo puedes verlo con tanta oscuridad?

—El reflejo de la luna ilumina la mitad de tu rostro, *lass*.

Su corazón dio un vuelco. Las manos de Cameron, en su cintura, ocupaban casi todo su abdomen de lo grandes que eran. El calor que emanaba de ellas le hizo olvidar todo lo relacionado con el frío... Pero no con el deseo.

Tragando saliva al sentir la garganta seca, giró la cabeza hasta dar con su cuello. El olor almizclado y fresco que llegaba hasta ella causó que sus latidos aumentasen drásticamente. Tenía sus manos encima de las de él y se preguntó cuánto las habría puesto allí.

¿La desearía? No hacía contacto con su miembro, mantenía una distancia más que forma y prudencial, algo que la agradaba... A veces.

Sacudió la cabeza, negándose a dejar llevar por la excitación que le causaba el highlander. Demasiadas emociones por hoy.

Sentía los pechos pesados y un inmenso calor...

—¿Estás bien, Alba? Siento los latidos de tu corazón a pesar de tener las manos sobre tu abdomen —susurró en su oído.

Apretando los dientes ante la vergüenza, cerró los ojos, haciéndose la dormida.

—No te hagas la dormida, *lass*. Acabo de ver tus bonitos ojos abiertos.

Genial, ya sí que no podía ponerse más roja. Miró a los otros dos highlanders, que hablaban entre ellos en gaélico, totalmente ajenos a ellos.

Se relajó y pensó en una respuesta que sonase a excusa.

—Sigo teniendo cierto miedo a que nos ataque alguna criatura.

—¿Seguro que es eso?

Decidió darle la vuelta al juego y alzó una ceja mientras veía su bonita sonrisa.

—Sino es eso, ¿qué crees que es?

Un escalofrío recorrió su cuerpo por completo al sentir sus labios cerca de la oreja, rozándola con suavidad y retirando un mechón de cabello.

—Creo que es por mí.

Pues, sí. Era por él, pero no pensaba admitirlo. No cuando tenía una mujer y un hijo, como mínimo, esperándolo en Skye.

De repente, pensó que sería una tortura verlo con su mujer por sus tierras mientras ella estaba allí únicamente para salvarle la vida. Y no, no era ni mucho menos por sentimientos, sino por la química tan explosiva que había entre ellos. Si no, ¿cómo podía tener los pezones erectos cuando no sentía frío? Otro de los muchos defectos que poseía era ilusionarse por lo imposible. Y Cameron MacLeod era un imposible en toda regla.

—Entonces, es que sois muy presuntuoso, laird MacLeod.

—No tengo motivos para no serlo.

A pesar de ver su sonrisa, estaba disfrutando, picándola, se removió entre sus brazos hasta quedar de frente. Pero, al no soltarla, acabó más pegada a él.

—¡Dios mío, tu vanidad es enorme!

—Y no solo eso —le guiñó un ojo antes de colocarla de nuevo en la misma posición de antes.

No puso objeciones, estaba con la boca abierta mientras la sangre subía con rapidez a su rostro, y para qué negarlo, a otras partes de su cuerpo. Humedeciéndose los labios, se lo imaginó.

Grande. Desnudo. Pálido. Con su mirada fría sobre ella...

—Duerme, española. Has tenido demasiadas diversiones por hoy.

Y mandón.

Capítulo 7

Estaba amaneciendo cuando desde lejos Alba pudo ver un enorme castillo de Dunvegan. No solo miró con los ojos completamente abiertos el castillo, sino el lago que había en uno de sus laterales.

Sobre una pequeña colina, permitía una buena visibilidad. Rodeado de vegetación, había vida tanto dentro como fuera de sus resistentes murallas. Al verlos, algunos campesinos se acercaron para saludarlos, mirándola con interés y curiosidad.

Hablaban en gaélico, por lo que supuso que su tortura apenas acababa de empezar. Al entrar dentro de la muralla, se extrañó que ni su esposa ni su hijo lo recibiesen. ¿Acaso podían estar en otro lado, con su familia materna? ¿O quizás hubiesen salido a dar un paseo? Fuese como fuese, Alba se permitió disfrutar de todo aquello a la misma vez que miraba los puestos.

Vendían desde queso y ropa hasta bisutería. La mayoría de los hombres llevaban el kilt con el mismo tartán que el laird, mientras que las mujeres llevaban sencillos vestidos de lana. De repente, recordó su vestimenta y entendió por qué despertaba tanto la atención del pueblo: no iba vestida adecuadamente.

Cameron la agarró del brazo.

—Vamos, muchacha.

—¿No tienes un vestido que dejarme? —musitó en voz baja mientras un corpulento hombre pelirrojo la miraba—. No me siento cómoda así.

—Entraremos dentro, te bañarás y te lo pondrás —Alba dejó de escucharlo al oír tantas órdenes. Puso los ojos en blanco—. ¿Entendido?

Alzó una ceja y lo siguió mientras un hombre de pelo castaño claro iba hacia él.

—¡Laird, qué rápido habéis llegado! ¿Todo ha ido bien?

—Sí —asintió con una enorme sonrisa—. He conseguido un acuerdo con Jack Lenox de lo más satisfactorio para nuestro clan.

El hombre sonrió.

—Eso es estupendo, laird.

La señaló a ella.

—Asegúrate de que le preparen un baño y le den un vestido. Esperaremos a comer hasta que esté lista. Habla en inglés, no entiende el gaélico —la miró con curiosidad y le dijo algo en gaélico sin retirar la mirada de la suya.

Los ojos del hombre perdieron calidez y, aunque parecía desear saber de dónde era, al ver la mirada de su laird asintió recelosamente.

—Por supuesto, me encargaré...

—Yo haré saber que el laird ha llegado —habló Robert.

El hombre, que parecía ser un administrador, le hizo un gesto para que la siguiera.

Miró a Cameron y tiró de su camisa al ver que le estaba dando la espalda. Estaba asustada.

—Cameron —él la miró—. ¿No deberías decirle que no soy *sassenach*?

Él la miró con una enorme sonrisa, cruzando sobre el pecho sus brazos mientras tenía toda su atención sobre ella.

—¿Y tú cómo sabes esa palabra?

Recurrió a otra pequeña mentira para salir de esa situación cuanto antes.

—En España se sabe que no tenéis una buena relación con ellos... ¿Te importaría decirle...?

—Díselo tú.

—¿Cómo? —frunció el ceño—. ¿No vas a ayudarme?

Suspirando, Cameron la agarró de los hombros y la acercó a él.

—*Lass*, la vida no es fácil en las Highlands y con esto, solo quiero que te adaptes. Vas a vivir con mi clan. En mis tierras.

Tras darle con el dedo en la nariz, Cameron se fue con los ojos brillantes por la risa contenida.

Miró al hombre, que la esperaba.

—¿Señorita...?

Asintiendo, lo siguió.

El interior del castillo era aún más impresionante. Ventanas grandes con marcos de madera dejaban que la luz de la mañana iluminase los pasillos y las habitaciones. Por las paredes había candelas de junco y velas que supuso que se encenderían por la noche para no gastarlas y suponer otro gasto más.

De piedra, tocó las paredes mientras el hombre iba delante de ella sin decir ni una sola palabra. Mejor, así no tendría que fingir lo poco que le gustaba estar a solas con él.

¡Y todo aquello por salvarle la vida a Cameron MacLeod!

Solo esperaba salir de aquello con vida y volver a su época al terminar.

El escocés le abrió una puerta de madera oscura con decorados en metal oscuro.

Parpadeó ante el haz de luz que impactó contra ella, llevándose la mano a los ojos.

Poco a poco se acostumbró a la luz, viendo una sencilla cama cubierta de una gruesa manta de lana de color verde oscura. Entró con lentitud, viendo un candelabro encima de una mesa de madera delicadamente tallada, con extraños dibujos.

—Mòrag vendrá junto con otras criadas para preparar el baño.

Alba asintió.

—Gracias.

Quedándose a solas, dejó caer su mochila, se tiró a la cama y gimió de placer. ¡Cuánto había echado de menos su cama! Sí, de acuerdo, dormir entre los brazos de un atractivo highlander no estaba nada mal... pero necesitaba descansar. Y con Cameron era posible. Alteraba su cuerpo de una manera impropia de ella, que nunca antes ningún hombre había conseguido.

Estiró los brazos sobre la cama y dio vueltas hasta llegar al borde, sin importarle que se les viese las piernas o...

Alguien llamó a la puerta.

—¿Señorita? ¿Podemos entrar? Somos Mòrag y...

—Claro, por supuesto—su voz se quebró.

Se volvió en la manta aunque no con la suficiente rapidez para que las criadas no la mirasen como si le hubiese salido un cuerno en la frente.

Colocaron una pequeña bañera de madera y la llenaron con cubos de agua caliente de las cuales salían hilos de vapor. Estremeciéndose ante tal placer, otra criada dejó encima de la cama un vestido de lana de color verde oscuro. La zona de las muñecas era de cuero, mientras que en el pecho había unos bordados dorados que supuso que servirían para ajustárselo al pecho.

—¿Necesitáis ayuda para desnudaros? —habló una pelirroja de grandes pechos.

Alba apretó los labios.

—No, no, gracias.

—Estaremos esperando fuera a que termine para recoger los cubos.

Salieron y, al irse la última, Alba dejó caer la manta al suelo, se quitó el vestido blanco junto con la ropa interior y se metió en la bañera, soltando un gemido de placer.

Caliente. Estaba deliciosamente caliente.

Permaneció unos minutos en remojo, lavándose el cabello lo mejor que pudo para desprender del olor. Se secó con una toalla que habían dejado allí las mujeres y se secó rápidamente.

Luego se dio cuenta de que no tenía ropa interior.

Nada de nada. solo encontró unas calzas que le llegaban hasta la rodilla. Poniéndoselas y luego el vestido, encontró debajo unas cortas botas de cuero. Tras atar los cordones, abrió la puerta para encontrarse a las muchachas murmurando entre ellas en gaélico.

Si supiesen que no entendía ese idioma...

—¿Todo bien, señorita? —habló la pelirroja mientras las dos rubias se callaban.

—Sí, todo muy bien, gracias. ¿Hay... algo más de ropa?

—¿Más?

—Para... debajo del vestido —se ruborizó.

—Las calzas, señoras—dijo con una sonrisa.

Así que nada... Al aire. Se quedó en silencio, pensando si estaría pareciendo demasiado rara.

—¿Me permite peinarla? —habló una rubia de bonitos ojos azules.

—Oh, no se pre...

—Hace unas trenzas preciosas —dijo la otra rubia—. La dejará muy bien.

—De acuerdo.

Se sentó en el tocador mientras la rubia cogía mechones para hacer una trenza, tirando a veces con demasiada excitación.

—No me recojas el pelo, por favor —exclamó al ver su propósito—. Con que me hagas una trenza con los mechones que se van a la cara, te lo agradezco.

Asintiendo, le echó el pelo hacia atrás, recogéndolo en una larga y bonita trenza. Intentó no quejarse, ignorando las miradas de las otras mujeres. Aunque más que mujeres parecían niñas, de unos diecisiete años.

—Listo, señorita. El laird la está esperando en el salón para comer algo. ¿Sabe ir?

—No te preocupes —musitó con una sonrisa—. Me las apañaré.

Saliendo del cuarto, oyendo nuevamente los cuchicheos de las chicas, acabó por perderse en el propio castillo, maldiciendo no haber pedido indicaciones a las criadas.

Dando vueltas y vueltas y no encontrando unas escaleras que condujeran hacia la planta inferior donde estarían esperándola, decidió llamar a una puerta para pedir ayuda.

Al escuchar una voz en gaélico, lo tomó como saludo para entrar.

Nada más abrir, se llevó las manos a los ojos.

Un enorme guerrero desnudo y de anchas espaldas estaba colocándose en plaid mientras una sirvienta de grandes pechos se cubría con rapidez, sonrojándose furiosamente y largándose de la habitación sin dejar de murmurar excusas.

Al estar con las piernas abiertas, pudo ver una sombra de su pene.

El hombre la miró de reojo con una sonrisa y le habló en gaélico.

Aclarándose la voz, miró al suelo.

—Disculpad, señor. Me he perdido por el castillo y necesito ir al salón. El laird me espera.

—Ah, así que tú eres la española —unos ojos azules se clavaron en ella.

—Me temo que sí. ¿Podría...?

—¿Cuál es tu nombre? —su voz ronca la sobresaltó.

—Alba Duque.

—Alba —musitó y asintió—. Yo soy Aedan. Te llevaré hasta mi hermanastro.

—De acuerdo, gracias—tragó saliva—. Lamento la...

—Tenía que irse ya —volvió a interrumpirla. Alba apretó los dientes, conteniéndose todo lo que podía para no contestarle—. Las mujeres os volvéis muy pesadas tras copular.

Ignorando el comentario machista, esperó fuera de la habitación, cruzada de brazos mientras contaba hasta diez, cogiendo hondas respiraciones.

Al ver sus rasgos, vio el parecido con Cameron. Tenían el mismo color de pelo y nariz. Mientras que Cameron era más alto, su hermanastro era más grande y fuerte.

Le hizo un gesto para que lo siguiese. Durante el trayecto no dijo nada, se dedicó a murmurar en gaélico, dirigiéndole miradas cargadas de significado que no pudo descifrar.

Era bastante atractivo, rudo de rasgos, dándole una oscuridad a su mirada y cuerpo que seguramente calificaría de sensual y... fría. Había visto el brillo en los ojos de la sirvienta. Se alegraba de haber llegado justo al acabar.

Bajaron unas estrechas escaleras y entraron en el salón, donde había algunos hombres sentados en la gran mesa, entre ellos Broc, Robert y... Cameron

Sus fríos ojos grises impactaron en ella con calidez, hasta que vio quién estaba a sus espaldas. Luego se volvieron tan fríos como un iceberg.

Tensándose, se cruzó de brazos y esperó a que le hiciera un gesto.

—Aquí te traigo a tu española, hermano —Aedan le dio un suave empujoncito en la espalda que la hizo traspillar—. Se había perdido.

El laird se levantó.

—Pensé haber dado la orden de que Mòrag te acompañase.

—Sí —su voz sonó como un graznido—. Pero pensé que era capaz de llegar sola.

Broc sonrió pero no añadió nada.

—Ya que te he traído a tu *lass*, me voy hermano. Nos veremos esta noche.

Cameron apretó la mandíbula pero asintió. ¿Qué le pasaba? Estaba serio, frío y la miraba con desconfianza. ¿Acaso se creía que le había robado?

Dio un pequeño salto cuando Aedan cogió un mechón de su pelo.

—De nada, muchacha.

Oh, sus modales. Su tía le habría echado una regañina...

—Gracias.

Contempló con deleite que las mesas estaban repletas de comida y transmitían un olor bastante apetecible. Se humedeció los labios e ignoró las curiosas miradas de los highlanders mientras pensaba qué podría comer de todo aquello...

Miró a Cameron.

—¿Puedo sentarme?

Cameron no añadió nada, seguía fulminándola con la mirada. Sus puños estaban apretados a ambos lados de su cuerpo.

La tensión del ambiente aumentó. Escuchó la risa de un hombre y se sonrojó.

No pensaba aguantar aquello.

—Bien, sino soy bienvenida a tu mesa me iré a dar una vuelta —añadió con la cabeza alta antes de darse la vuelta.

—Espera, *lass* —sin darse la vuelta, esperó—. Siéntate a mi lado. Tenemos que hablar de ti.

Más preguntas. Más mentiras. Y lo malo era que no se acordaría de todas y... La descubrirían. Estaba perfectamente claro que nunca llegarían a la conclusión de que no pertenecía a esa época, de que era una mujer del futuro, pero... Podrían pensar que era una bruja, una espía... y matarla.

Los latidos de su corazón se aceleraron.

Cameron suspiró.

—Vamos, muchacha. No voy a hacerte daño. Nadie.

Apretando las manos en el regazo, fue hasta el laird, intentando no sucumbir ante la mirada del highlander... algo que le costaba más cada segundo que pasaba.

Sentándose a su lado, agradeció cuando le ofreció una jarra.

—Come antes, luego volveré a hacerte preguntas de tu origen.

—¿Es necesario? —agradeció que fuese leche y bebió con rapidez.

—Vas a ser una más de mi clan, Alba. Tendrás una pequeña casa, trabajarás, harás amigos y... te casarás. Pero todo eso cuando se demuestre que no eres un peligro.

Alba bufó y puso los ojos en blanco, aunque aceptó el trozo de pan que le ofrecía Cameron, rozando sus dedos.

—Claro, soy una espía o una bruja. Matadme.

—No lo digas, muchacha. solo alimentarás los rumores.

Lo miró de reojo. Él tenía los codos apoyados en la mesa.

—¿Rumores?

—Creen que eres una *selkie*.

—¿Y eso qué es?

Cameron se acercó más a ella, como si fuera a contarle un secreto. Se pegó a su hombro y lo miró atentamente mientras masticaba unas bayas.

—Se dicen que las *selkies* son mujeres que se quitan la piel de foca para adoptar forma humana —alzó una de las comisuras de su boca—. Las *selkies* no podrán recuperar su forma de foca ni volver al mar hasta recuperar su piel.

—¿Y dónde está su piel?

—Los hombres la tienen guardada. Son tan hermosas que todos quieren casarse con ellas. Pero si un día ella encuentra su piel, abandonará a su familia y volverá al mar.

Alba parpadeó.

—Vaya... ¿Y dicen que soy una de esas cosas?

—*Selkie* —insistió.

—¿Por qué creen que soy eso? —musitó mirándole a los ojos fijamente.

—Porque te encontramos medio desnuda...

—Iba vestida —gruñó.

—... nadando en las aguas del lago.

Ah, así que no era porque fuese muy guapa... alzando la cabeza, y viendo un brillo de niño en sus ojos, decidió picarle.

—Tu hermano es muy guapo y viril —hizo todo lo posible por no reírse al verle apretar la mandíbula—. ¿Está casado?

Cogió el vaso para beber otro buche y lo miró con inocencia.

Sus ojos desprendían calor.

—No, *lass*. No está casado y no lo estará. Le gusta demasiado estar entre los muslos de las criadas para aguantar a una esposa.

Sorprendida por sus palabras y con el deje despectivo, se concentró en la comida. Su plato era llenado por Cameron, que hablaba con sus hombres y estaba pendiente de ella a la vez.

Algo tan tierno y acogedor que estuvo tentada a darle las gracias... Hasta que se preguntó si todos los demás no verían raro que su laird se comportase de aquella manera con una extraña, teniendo esposa.

Hablando en gaélico, Alba decidió contemplar el magnífico salón mientras poco a poco su apetito era saciado. Había saltado aquellos platos de carne que pensó que no serían de su gusto, además de que era por la mañana. Comidas tan fuertes no pegaban tan temprano.

Al terminar, tocó la mano de Cameron.

Seguía sin acostumbrarse a tener toda su atención sobre ella. A su lado, era tan pequeña... Él lo acaparaba todo, incluso sentía la respiración en sus labios. Estaban demasiado cerca, pero no quería alejarse.

—Ya que me ofreces tu hospitalidad, me gustaría trabajar, hacer algo a cambio.

Él alzó una ceja.

—¿Te refieres en las tareas? Recuerdo que dijiste que eras una buena cocinera.

—Eh... Creo que podría hacer las camas, recoger la leche o aprender a hacer queso.

—Eres mi invitada.

—Pero no lo voy a hacer eternamente y, si como dices, como a vivir en tu clan, tengo que aprender a mantenerme —al ver que iba a decir que no, colocó su mano encima de la de él. El gesto le sorprendió tanto a ella como a él—. Mi tía me enseñó que no es adecuado quedarse en la casa de alguien sin hacer nada, aunque sea una invitada.

Cameron asintió, convencido.

—De acuerdo, muchacha. Desayuna y le diré a Fiona que te asigne alguna tarea. Esta noche hablaremos. Tengo asuntos que atender durante todo el día. Ya me responderás a esas preguntas más adelante.

A lo largo del día, Alba aprendió a hacer queso, quitar las malas hierbas del huerto sin resquebrajarse las uñas y a hacer pan. Todo aquello con la ayuda de Fiona, una escocesa de ojos marrones que mostraba con ella una enorme paciencia digna de una madre. A sus cuarenta años, era viuda y tenía dos hijos que servían al laird.

Le había hablado de su esposo con nostalgia, contándole cómo se habían conocido mientras tendían las sábanas en el lado del patio del castillo donde daba el sol de lleno, aunque no era suficiente. Las temperaturas eran frías, aunque según le había dicho Fiona, no tan heladas como otros años.

Además, había conseguido saber que la madre de Cameron falleció al darle a luz, y que su padre, que se había casado con otra mujer, murió tras caerse del caballo y romperse la nuca. La mujer del anterior laird estaba en casa de su hermana ya fallecida, alejada del castillo y comprometida con otro escocés.

Por la tarde, apenas se estaba escondiendo el sol, Alba fue a ver a los caballos junto a Fiona.

Le encantaban aquellos enormes animales y a pesar de que había estado montada en uno, el shock de haber viajado del futuro al pasado todavía la alteraba.

Entrando en las caballerizas, gimió de placer al ver una yegua blanca.

—Dios mío, ¡qué preciosidad!

—Se llama *Ròs*. En inglés es la flor de la rosa.

Acarició al animal mientras se perdía en sus oscuros ojos.

—Siempre me han encantado los caballos, pero eran demasiado caros en España como para que tuviésemos uno —tocó el pelo blanco del animal y le hizo una pequeña trenza, sonriendo.

—Deberías cambiarte, Alba —Fiona sonrió—. Vas a cenar con el laird y no puedes presentarte con el vestido y la cara sucia. ¡Corre, vas a llegar tarde!

Asintiendo, se despidió de la yegua y entró en el castillo por una de las entradas traseras.

Se agarró el vestido para correr más y no tropezar. Sin saber del todo bien dónde estaba su habitación, Mòrag la esperaba con una sonrisa tensa al lado de las escaleras.

Tras acompañarla, se cambió de vestido con rapidez y se puso uno azul oscuro que se pegaba a sus caderas, aunque de pecho le quedaba grande. Ajustándose los cordones, suspiró.

—¿Es que todas las mujeres de Escocia tiene tanto pecho? —murmuró en español.

Cogió su bolsa de cuero y metió la mano dentro de ella para asegurarse de que sus pertenencias seguían donde las había colocado.

No estaba el libro. Volcó la mochila, apareciendo su teléfono estropeado, pintura, algo de chocolate y su cartera.

Nada más.

Alarmada, se puso de rodillas y buscó debajo de la cama, en el tocador y en todos los rincones, sin resultado.

—Mierda, no está.

Dejándose caer de culo al suelo, intentó ordenar sus pensamientos y todo lo que había hecho a lo largo del día. No había tocado la mochila para nada, y dudaba que Mòrag o alguna hubiese rebuscado entre sus pertenencias... No, no era posible. Apenas habían entrado en sus aposentos sin estar ella misma delante.

¿Y si por casualidad el libro había vuelto a Sevilla? Ya estaba en Escocia y en la época medieval ya no lo necesitaba, ¿no?

Repiqueteó con los dedos en el suelo mientras se mordía los labios.

—Más me vale que esté en Sevilla sano y salvo o creo que no podré volver a pisar...

—¿Señorita? —era Mòrag— ¿Está lista? ¿Necesita mi ayuda?

Alba se preguntó si la habrían designado como doncella, ya que la chica no paraba de seguirla por todas partes.

—Sí, ya estoy lista.

Bajando al salón, Alba siguió pensando en el dichoso libro y en la angustia que le producía la idea de no volver a ver a su tía, su única familia.

Sumida en sus pensamientos, no se dio cuenta de que llegó al salón hasta que oyó todas esas roncadas voces.

Alzó la cabeza y lo vio.

Aquellos ojos grises eran imposibles de confundir.

Cuando finalmente vio a Alba en las grandes puertas del salón, con la mirada perdida y cruzada de brazos, se preguntó qué le habría pasado. Sus bonitos ojos brillaban, sus angelicales y exóticos rasgos parecían apenados, tensos.

Al escuchar las sonoras carcajadas de sus hombres, sacudió la cabeza y lo miró fijamente.

Los pómulos se marcaron al sonreír, mostrando unos grandes y blancos dientes.

Le devolvió la sonrisa sin poder evitarlo.

Broc le dio un codazo, sobresaltándolo. Aunque, hizo todo lo posible por disimularlo.

—Te gusta la muchacha, ¿verdad? —cogió su jarra— No te culpo, tiene un espíritu muy vivaz. Y no lo niegues, le has sonreído como un niño al ver a su primera moza desnuda.

Alzando una ceja, se echó para atrás en la silla y se cruzó de brazos.

—No he negado nada...

—Quizás, deberías ofrecerle asiento a tu lado, laird. Tu hermano Aedan la mira.

Buscando a su hermano, lo encontró con algunos hombres comiendo, aunque con la atención puesta en la mujer que acababa de entrar. Al ver la sonrisa que le dirigía, se levantó del asiento.

Ella lo miró nuevamente.

Le hizo un gesto con la cabeza y ella, saludando a Aedan, fue hacia él.

Apretó los dientes.

Aquel tentador vestido azul oscuro se ceñía a sus cuervas como una segunda piel. Vio con satisfacción que la zona del pecho estaba tirante, seguramente le quedaría grande y había tirado mucho de los hilos hasta hacer unos lazos con ellos. Sus caderas se movían con cada paso que daba, tentándolo mientras su melena se movía.

Se sentó rígidamente al sentir que el kilt no conseguiría tapar la erección que había aparecido por culpa de la muchacha.

El deseo de poseerla, enterrarse entre sus muslos y probar su boca lo tentaban como nunca antes nadie lo había hecho. Parecía tan salvaje, tan guapa a su manera y... Especial.

¿Respondería ella a sus caricias? Por todos los Santos, esperaba que sí. Le encantaría lamer el arco de su cuello, bajar hasta sus pechos y succionar sus...

—¿Puedo sentarme?

Aclarándose la garganta, asintió.

—Sí, *lass*.

Se arrimó a él y le dirigió una coqueta sonrisa.

—¿Puedo serte sincera? —él asintió sin mirarla mientras se metía en la boca un trozo de venado—. Pensé que... estabas casado y que tenías hijos. Me extrañó que no nos recibiera tu mujer al llegar de Fort Augustus.

Sintiendo innecesariamente un dolor en el pecho, cogió su jarra con fuerza. Sus nudillos se volvieron blancos.

—Fallecieron.

El rostro de Alba perdió todo el color.

—Joder, lo siento —se llevó las manos a la boca—. Y también siento haber dicho esa palabrota.

Asintió secamente mientras miraba las largas y finas manos de la mujer.

—Come, *lass*. Come antes de que Broc y los demás lo devoren todo.

El highlander moreno se rio.

—Nuestro laird ha estado hoy muy malhumorado, muchacha.

Cameron alzó una ceja, aunque no añadió nada.

—¿Y puede saberse el por qué? —preguntó con una sonrisa al coger un trozo de queso.

Broc se encogió de hombros.

—A mí no me ha revelado nada. Quizás, tú que eres mujer, puedes convencerle y me lo cuentas de camino.

Alba se sonrojó ante la descarada mirada, pero mantuvo el tono de voz elevado.

—Broc, no soy una prostituta.

Cameron sonrió y negó con la cabeza mientras que el otro soltó una estruendosa carcajada.

—Claro, muchacha. Eso ya lo sabía.

Cogió un trozo de venado y gimió de placer, masticándolo suavemente mientras dejaba que el sabor a carne le recorriera el cuerpo.

Ansiosa, estiró la mano para llegar hasta el pan recién hecho, luego se centró en el apetitoso queso de cabra, jabalí, urogallo y también juntó un poco de miel en un trozo de pan antes de que Broc lo interceptara. Ya no quedaba ni queso ni pan a no ser que trajeran más.

Le dio un mordisco y cerró los ojos.

—Dios mío, qué bueno —abrió un ojo y vio a Cameron mirándola fijamente. Sus ojos estaban oscurecidos y apretaba las manos en la mesa. Sonriendo, le ofreció amablemente—. ¿Quieres dar un mordisco?

—¿Solo me ofreces eso? —su voz ronca la sonrojó.

Y aún más la indirecta, algo a lo que no estaba acostumbrada.

Humedeciéndose los labios, le acercó el panecillo.

—Por ahora.

Sintió un escalofrío cuando él le agarró la mano y dio un bocado, sin retirar sus ojos de ella.

Miró sus sensuales labios humedecidos por la miel y no pudo evitar sentirse excitada. Lo que daría por probar sus labios dulcificados... y su cuerpo. Tan grande y fuerte, podía imaginárselo encima y...

—¿Te gusta? —interrumpió sus pensamientos. Se aclaró la voz cuando su pregunta sonó demasiado brusca incluso para sus propios oídos.

—Me encanta —murmuró.

—Pues, ya no hay más.

Sonriendo con timidez, por primera vez en su vida se sintió deseada y notó como el deseo latía por sus venas. Su cuerpo ardía, ansiaba las caricias de Cameron. Sentía los pechos pesados, cosquilleo en las palmas de las manos y un calor que poco a poco bajaba hasta su sexo.

Miró su jarra.

Debería dejar de beber cerveza. Aquello solo conseguía agravar la situación.

Disfrutaron durante la cena, riéndose y hablando sobre su infancia. Le encantaba oír por Broc las trastadas que había hecho y lo buenos amigos eran. Ellos tres, Cameron, Broc y Robert, les recordaba a sus amigas Ruth y Eire. ¿Qué estarían haciendo ellas? ¿La echarían ya de menos o el tiempo no corría mientras se encontraba en el pasado? Soltó un bufido por lo complicado que comenzaban a volverse sus pensamientos.

Todo iba bien, hasta que la atención de todos los hombres se centraron en una bellísima mujer rubia con tentadoras curvas que se ganó más de un silbido de los hombres.

Los carnosos y rosados labios de la mujer se curvaron.

Su pelo dorado tenía tirabuzones que caían hasta su estrecha cintura, algunos de ellos se escondían en el generoso escote que llevaba. Sus caderas, más anchas, tenían un cinturón de cuero que remarcaba lo bien que le sentaba el vestido.

Sus ojos violetas se clavaron en Cameron con interés.

¿Quién demonios era esa mujer?

Demasiado tarde, se dio cuenta de que había hecho la pregunta en voz alta.

Capítulo 8

Cameron escondió la sonrisa al ver el desconcierto en el rostro de Alba.

La bella Marianne estaba, como siempre, despampanante. Del clan de los MacLean, sus aliados, aquella mujer quería acabar siendo su mujer. Alasdair le había ofrecido en mano a su hermana, aunque se había negado suavemente, no estando todavía preparado para casarse.

Yendo hacia él moviendo sus caderas seductoramente pero con discreción, se apoyó en la mesa, justo enfrente de él.

Se inclinó en una pequeña reverencia que le hizo tener una buena vista de sus magníficos y pálidos pechos.

—Cameron, espero que no os importe si me uno. Me temo que he estado muy ocupada toda la tarde —habló dulcemente en gaélico.

—Por supuesto, Marianne.

—¿Es ella la chica a la que habéis salvado? —preguntó en inglés, mirando a la española—. Siempre ayudando a los demás, laird. Temo pensar que puedan aprovecharse de vos.

Alba apretó los dientes. Broc le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de hacerla caer de la silla.

Lo fulminó con la mirada. Él solo se rio.

—Me sentaré a comer junto a vuestro hermano Aedan esta noche, veo que me han quitado el sitio —sonrió a Alba—. Qué disfrutéis.

—Gracias —masculló, escapándosele una patada por debajo de la mesa. Se golpeó la rodilla con una robusta pata de madera. Gimiendo de dolor, aguantó las lágrimas y se obligó a sonreír.

Al irse, Broc la miró.

—¿Te encuentras bien, muchacha?

—¿Te ha pasado algo? —Cameron la miró con preocupación.

—No —su voz sonó adolorida—. Me he golpeado con la mesa. solo eso—graznó—. ¡Deja de réirte, Broc! Eres peor que mi amiga Eire.

—Muchacha, eres muy graciosa. Eso hay que admitirlo.

—¿Quién es ella? —intentó preguntar sin mostrar interés. Falló estrepitosamente.

Cameron sonrió. Los celos teñían su voz.

—Lady Marianne MacLean. La hermana de Alasdair, el...

—¿El grandullón rubio que me tiraba los tejos? —sonrió—. Ciertamente, tienen algunos rasgos en común. Aunque encuentro a su hermano mucho más encantador. ¿Cuándo volveremos a verle?

Fue el turno de él de soltar un gruñido.

—Estos días.

—Genial.

Más tarde, comenzó a sonar música. Muchos se animaron a bailar, mientras que otros estaban más atentos de meterles mano a las criadas. Mòrag, sonrojada, tonteaba con un pelirrojo que no hacía más que mirarle los pechos con ansias, casi totalmente expuestos. Puso los ojos en blanco. Esa chica acabaría embarazada si no se andaba con cuidado.

Vio como un hombre metía la mano bajo las faldas de otra criada

Aquello la mosqueó.

Cameron tocaba las palmas sin dejar de sonreír, ajeno a todo aquel bacanal que sus hombres mostraban públicamente sin reparos.

Iba a quejarse cuando apareció Marianne. Clavó sus fríos ojos en ella antes de colocar sus pálidas manos en los hombros del laird.

—Laird, ¿os apetecería bailar?

—Por supuesto.

Alba intentó cerrar la boca ante la indignación que sentía. De repente, alguien le dio unos golpecitos en el muslo.

Miró a Broc. Le ofrecía una seductora sonrisa y la mano.

—¿Bailas conmigo?

—No sé. Me lo voy a inventar.

—Ya somos dos —le guiñó un ojo.

Salieron al centro del salón a bailar. Riéndose, comprobó el horrible bailarían, torpe con sus inmensos miembros y altura. Sus sonoras carcajadas llamaron la atención de todos los presentes mientras se alzaba las faldas hasta las rodillas, moviendo las piernas y dando vueltas alrededor de sí misma y con Broc.

En una de sus muchas vueltas, tuvo suerte de que la agarrara. Mareándose, se tiró a sus brazos mientras el pelo en la cara le impedía ver con claridad.

—¡Dios mío! —soltó una risita, todavía en brazos del highlander. Abrió los ojos y vio al revés a Cameron, con el ceño fruncido. Le guiñó un ojo antes de seguir bailando.

Al terminar la canción, tocaron otra mucho más animada.

Alguien la agarró por la cintura. Girando la cabeza, vio a Aedan y atrás, a Cameron. Su rostro, crispado por lo que supuso que serían los celos, la hizo disfrutar aún más del momento.

—¿Bailaríais ahora conmigo? —miró a Broc—. ¿Te importa si te la robo?

Asintiendo, Broc se buscó a otra mujer que muy contenta comenzó a bailar.

—Admito que sois el centro de atención, Alba —dijo sin soltarla—. No se suelen ver muchachas tan... alocadas por estas tierras.

Alzando una ceja, le empujó con suavidad.

—¿Vais a bailar o no?

Le dirigió una sonrisa antes de comenzar. Divirtiéndose como nunca antes, terminó la canción en los brazos Aedan, riéndose por haberle pisado como mínimo tres veces y haberle dado algún que otro empujón cuando había intentado meterle mano.

—Me gustáis, muchacha. Sois...

—¿Vas a concederme un baile a mí o tengo que esperar a que termines de hacer babear a todos mis hombres? —murmuró una voz masculina. La reconoció de inmediato y sonrió, complacida de haber llamado su atención. Marianne estaba cruzada de brazos, con los gruesos labios en una mueca —. Hermano, baila con Marianne. Es una excelente bailarina. Yo lo haré con ella.

Asintiendo sin escapatoria, Cameron la rodeó por la cintura, pegando sus labios a su oído.

—¿Cuál es tu propósito, *lass*? Hacerme arder de deseo, ¿verdad?

Alba dio un respingo. ¿Hablaban del alcohol por él? Esperaba que no. Girándose, lo encaró.

—Te equivocas si crees que bailo para ser el centro de atención.

—Lo eres.

—Pues, eso no es cosa mía—. Lo agarró de la camiseta y dio un tirón, acercándolo a ella. Él sonreía descaradamente—. Diferente es que no puedas apartar tus ojos de mí.

Hizo un amago de separarse, pero él se lo impidió.

—Lo admito, *lass*. Haces que sea imposible pensar en otra cosa que no sea en ti.

Sí, había bebido demasiado. Girándose para mirarlo de frente, suspiró.

—Has bebido demasiado.

—No, soy consciente de todo lo que digo.

Alzó una ceja.

—Ya, claro.

Cogiéndola de la mano, la arrastró fuera del salón sin que nadie se diera cuenta. Los demás pasillos estaban vacíos, y se preguntó a dónde la llevaría y con qué propósito. Si pensaba que iba a acostarse con él... Lo llevaba claro. No era una mujer fácil y tampoco estaba desesperada.

Sacándola por una de las puertas exteriores, el fresco aire de la noche los recibió.

Se estremeció ante el frío pero al alzar la cabeza, jadeó. El oscuro cielo estaba repleto de estrellas parpadeantes, una densa niebla cubría las mesetas, húmedas por el rocío de la madrugada. De un verde intenso, apenas podía ver más allá de lo que iluminaban las antorchas.

Y aún así, nunca había visto algo tan hermoso.

Le había robado el aliento.

Unas manos le dieron la vuelta. Cameron la miraba fijamente, con las manos puestas en sus hombros.

Los erráticos latidos de su corazón no tardaron en aparecer mientras la excitación y lo nervios del momento la recorrían de pies a cabeza.

Aun suponiendo la respuesta, le preguntó:

—¿Por qué me has traído aquí?

—¿Acaso no es obvio? —su voz ligeramente ronca y suave como el terciopelo la estremecieron.

Abrió los labios.

—Pe-pero yo-o...

Cameron se inclinó y tomó su boca en un fogoso beso. Gimiendo, lo agarró de la cintura y se pegó a él, olvidándose de Marianne y de todo aquello que no tuviese que ver con el highlander. solo estaban ellos dos. Un hombre del pasado y una mujer del futuro.

Algo que era imposible de combinar.

Sintiendo la cálida lengua de él en sus labios, abrió la boca. Sentía un cálido escozor allí donde la besaba. Un rápido movimiento la hizo terminar apoyada contra la pared. Acariciaba su lengua, lamía sus labios y le daba pequeños tirones que aumentaban su excitación. Sentía como si corriese fuego por el interior de sus venas.

Devolviéndole el beso, pegó sus pechos al torso de él en un intento de alivio.

Cuando retiró su boca sin más, gimió ofuscada y le agarró del pelo, tirando de él.

Cameron soltó una risa.

—Tranquila, *lass*.

Humedeciéndose los labios, los sintió hinchados.

—¿No quieres besarme otra vez?

—Por supuesto que quiero —depositó un casto beso en su boca—. Pero no quiero aprovecharme de ti.

Alba alzo una ceja y bajó una mano atrevida hasta el trasero. Le dio un pellizco.

—No soy yo la que se ha tomado casi... ¿Cuatro jarras de cerveza?

—Estoy en todas mis facultades, Alba —rozó su nariz con la de ella, haciéndola suspirar ante aquel gesto tan tierno. Llevó una mano hasta su mandíbula y lo acarició.

—Entonces...

Se puso de puntillas y los alcanzó. El gruñido de placer que soltó fue provocado por el sabor de sus labios. Esta vez, fue ella quien profundizó el beso, lamiendo los contornos antes de ir directo a su boca.

Sorprendida, Cameron la agarró de la cintura y la pegó a él.

Era tan grande, la rodeaba por completo. Sus fuertes brazos la trataban con ternura, como si temiese romperla... Pero anhelaban tocarla más, fundirse bajo la piel femenina.

La sangre se acumuló en sus mejillas al sentir algo duro y grande contra el estómago. Era su erección, sin lugar a dudas. La prueba de que la deseaba estaba allí, contra su cuerpo. Sin saber cómo actuar, se separó de él y lo miró a través de las pestañas.

Sus ojos grises eran metálicos, oscurecidos. El hambre que transmitían era feroz.

El dedo pulgar de él recorrió la silueta de sus finos labios.

—Eres irresistible, *lass*. Quizás, deberíamos entrar.

Sonrió al ver lo mucho que le había costado decirlo.

—¿Es necesario? —tocó el pelo de la nuca, abrazada a él—. Quizás, podríamos quedarnos un poco más.

—Un poco —la mirada estaba puesta en sus labios.

—Solo un poco...

Iba a besarla de nuevo cuando Robert apareció. Respiraba agitadamente y estaba apoyado en la puerta.

Cameron frunció el ceño.

—¿Qué sucede?

—Hay una pelea en el salón.

Alba pestañeó varias veces, sorprendida. Agarrándola de la mano, gesto que le enterneció durante unos largos segundos, fueron hacia el salón de donde provenían varias voces y ruidos de destrozo.

Efectivamente, había una pelea.

Las sillas y mesas estaban tiradas, algunas criadas miraban con placer la pelea de aquellos dos enormes especímenes, mientras que otras habían aprovechado para huir. De puntillas sin controlar su innata curiosidad, intentó ver quiénes eran cuando oyó un gemido a su lado.

Mirando, vio a una chica de unos veinte años aproximadamente. Tenía las manos en la boca mientras miraba la pelea con los ojos completamente abiertos.

Cameron empujó para poder ir hasta los dos guerreros y parar aquella maraña de puñetazos y patadas que podría herir a otro.

Agarrando a uno por el brazo, empujó al otro con fuerza, haciéndolo caer al suelo.

—¡Parad inmediatamente! —su aterradora voz la sobresaltó. Los rasgos de su cara mostraban ira—. Parad antes de que os destierre del clan.

Alba jadeó al ver a Aedan y... ¡A Alasdair! Cameron también se sorprendió.

Mientras que el hermano mostraba un ojo hinchado, el laird de los MacLean tenía un corte en la ceja a causa de un buen gancho. Gimió.

Debía de doler una barbaridad...

—Pero, ¿qué demonios haces aquí? ¿Cuándo has llegado?

Alasdair miró a Aedan con odio mientras apretaba los puños a ambos lados de su enorme cuerpo. Se escuchó un suspiro.

—Acabo de llegar apenas unos minutos cuando he visto las asquerosas manos de tu hermano sobre mi hermana Marianne —gruñó—. Exijo...

—¡Pero, Alasdair...!

—¡Cállate, Marianne! —miró a su hermana con los dientes apretados—. Vete inmediatamente a tus aposentos antes de que te saque a rastras de aquí.

Los hermosos ojos de Marianne se llenaron de lágrimas antes de abandonar el salón, fulminándola con la mirada al pasar por su lado.

Cameron suspiró.

—Aedan, ¿qué has hecho?

—Ella ha sido quien se ha acercado a mí —su hermano se llevó una mano al ojo—. Te ha visto salir a hurtadillas con esa mujer y se ha acercado a mí —sonrió, mostrando sangre en su labio inferior—. Las mujeres despechadas son un peligro.

Sonrojándose al ser nuevamente el centro de atención, se negó a amilanarse. Alzó la cabeza y esperó.

—Exijo que tu hermano despose a mi hermana, Cameron —los ojos de Alasdair escupían fuego—. Esto es una ofensa para mi clan.

Aedan gruñó.

—¡No pienso desposarme con la zorra de tu hermana, MacLean!

—¡Voy a matarme, estúpido...!

—¡Parad! —Cameron se situó en medio de los dos highlanders. Su hermano esperaba en posición de defensa, con el cuerpo en tensión—. Aedan, no deberías haber tocado a Marianne. Aún menos cuando es la hermana del laird, cuyo clan es aliado nuestro. Por lo tanto, te obligo a que contraigas matrimonio con Marianne—. Aedan apretó tanto los dientes que le sorprendió que no se le rompieran—. Alasdair y yo hablaremos de las condiciones del matrimonio.

—¡Esto es innecesario! —aulló acorralado.

—Lo hubieses pensado antes de poner tus sucias manos sobre ella bramó Alasdair escupiéndolo al suelo sangre—. La has mancillado.

—Acompáñame, amigo —le hizo un gesto al laird—. Hablaremos de ello a solas. Cada uno que se vaya a sus aposentos o a hacer sus tareas. Quiero el salón completamente ordenado para cuando vuelva, ¿habéis entendido?

Poco a poco el salón se fue quedando vacío, a excepción de los sirvientes, que comenzaron a recogerlo todo. Entre susurros.

Cameron fue hacia ella con el highlander rubio. Éste le cogió la mano y depositó un beso en ella.

—Lamento que hayas sido partícipe de esto, muchacha.

—No te preocupes —sonrió—. Espero que todo acabe en nada.

—Vete a tu habitación, *lass*. Mòrag estará para cualquier cosa que necesites —la intensidad de su mirada la abrumó—. Nos veremos mañana.

Asintió mientras los veía marcharse.

Vaya... No se había dado cuenta de la tensión que había recorrido su cuerpo. Verlos a punto de matarse había sido... raro. Estaba acostumbrada a las películas y series de época histórica, pero aquello había sido diferente. Escuchar en primera línea los golpes en la carne del oponente, el crujido de los huesos...

Su corazón bombeaba adrenalina por sus venas y los erráticos latidos de su pecho la hacían jadear. Cogiendo aire, se obligó a tranquilizarse.

Sin saber qué hacer, fue hacia la chica que había visto antes. Su pelo castaño claro y sus ojos verdes esmeraldas estaban bañados por la preocupación.

—¿Te encuentras bien?

La chica abrió los ojos por completo. Los tenía verdes con motas doradas que los hacían bastante bonitos y poco corrientes.

—Sí, milady...

—Alba, me llamo Alba —dijo con una sonrisa.

—Yo soy Beth.

—¿Por qué estabas tan preocupada? —preguntó mientras ponía derecha una silla.

—*Och...* Yo... —sus redondeados pómulos se tiñeron de rojo.

—No te de corte —le tocó el hombro con suavidad, pensando que al fin y al cabo, quizás pudiese encontrar una amiga—. ¿Sabes? Necesito tener a una amiga aquí. Quizás... Podríamos ir conociéndonos, ¿no te parece?

—Por supuesto, mil... Alba —se mordió el labio, indecisa—. Es... Guardo ciertos sentimientos por el laird MacLenan.

Vaya... No se lo había esperado.

Le dio pena, sobre todo porque sabía que nunca acabarían juntos. No en aquella época cuando el laird seguramente estaría buscando una alianza a través del matrimonio, como había hecho con Marianne. Aunque hubiese sido por casualidad.

—Es muy guapo —admitió. ¿A quién iba a engañar? Incluso ella se había sentido atraído por él.

—No es solo es... todo. El conjunto —en sus manos, el mantel estaba llena de comida que había sido tirada al suelo—. Desde su carácter cálido y pasional hasta sus sonrisas. Desgraciadamente soy consciente de que no poseo nada que le

atraiga... Trabajo aquí para ganarme la vida, como lo hizo mi madre. Un laird nunca se casaría con una sirvienta.

No pudo negarlo cuando llevaba toda la razón.

Suspiró.

—Hay otros hombres en Las Highlands que pueden gustarte.

La sonrisa tan apenada que le dirigió le rompió el corazón.

—Seguro que sí.

Un par de horas más tardes y con mucho sueño, terminaron de recoger el salón. Mañana hablaría con Cameron para que asignase a Beth como doncella suya, si es que Mòrag había desempeñado ese papel. No tenía ninguna queja con respecto a la muchacha, pero había cierta tensión en ellas. Supuso que ser forastera no ayudaba en nada.

Hasta ese momento no se le había ocurrido que, al igual que muchos otros, desconfiase de ella. Cuáles serían sus propósitos, si sería una espía o una bruja... Y en la Edad Media. Esperaba no acabar en una difícil situación, pues ella estaba allí solo para salvarle la vida a Cameron MacLeod.

Y llevarse algunos recuerdos que atesoraría con todo su corazón.

Como sus besos.

Tras despedirse de Beth, fue hacia su habitación sola, creyendo recordarla. Por uno de los pasillos se paró para mirar por la ventana el impactante paisaje. En aquel momento llovía con fuerza, cada vez que caía un relámpago podía ver la densa vegetación movida por el fuerte viento y los truenos... se estremeció.

Le encantaban las tormentas, pero no se encontraba en su ciudad. Si caía alguno sobre el castillo o sobre ella... No había pararrayos en el tejado.

Aun así, suspiró y tocó el frío cristal con las yemas de los dedos.

Escribió su nombre y sonrió.

Un beso en el cuello la hizo girarse con rapidez.

Cameron estaba mirando por la ventana con una masculina sonrisa que la hizo suspirar.

—¿Te gusta?

—Me encanta —contestó automáticamente.

—Me refiero al paisaje, *mo rùin* —la rodeó con los brazos.

—También.

Su pecho vibró por la carcajada. Necesitaba controlar su sinceridad, pensó abochornada.

—¿Ese es tu nombre?

—Sí, al menos en español —lo miró de reojo. Sus ojos brillaban, como si acabase de encontrarse con algo... inédito, espléndido—. ¿Por qué?

Un beso cerca de su oreja la pilló desprevenida.

—Nada. ¿Vas a dormir?

—Sí, ese era el propósito. Pero he tenido la necesidad de pararme a mirar por la ventana. Es... Por Dios, Cameron, me he enamorado de tu país. Es tan... Mágico. Único.

El orgullo que vio en sus rasgos la hizo sonreír.

—Celebro que te sientas como en tu casa, *mo rùin*.

Mordiéndose el labio inferior, llevó una mano hasta su mandíbula, acariciándola. Tenía los sentimientos a flor de piel. No sabía si el hecho de que supiese que no volvería a verlo más tras ayudarlo o vivir en una época tan oscura como la Edad Media ayudaba a que se dejase llevar por lo que sentía. Su cabeza jugaba en un segundo plano.

Ella no era así. No se besaba con un hombre por muy atractivo que fuese.

Cogiendo aire profundamente, llevó su otra mano hasta su rostro y lo besó apasionadamente.

La respiración, entrecortada, le hizo saber lo mucho que la deseaba. Pegó su enorme cuerpo al de ella y rodeándole la cintura con un brazo, la alzó del suelo. Cuando introdujo la lengua en su boca, soltó un gemido casi inaudible. Poco a poco, el beso fue encendiendo una chispa de deseo en el cuerpo de Alba que se extendió por todos los rincones de su cuerpo.

—Tengo... —apoyó la frente en la suya— por todos los Santos, *lass*. Si no eres una *selkie*, ¿con qué clase de embrujo me has hechizado?

Negando con la cabeza, le dio un mordisco en la barbilla.

—No exageres.

La acompañó hasta sus aposentos, teniendo en todo momento su atención sobre ella mientras el ruido de la tormenta resonaba en el castillo. Al llegar hasta su puerta, lo miró a través de las pestañas, con timidez. Sabía que era una reacción inútil e infantil, pero ver sus labios y saber que tenía su sabor en los suyos le hizo preguntarse qué estaría pensando de ella en esos momentos.

—¿Qué edad tienes, Alba?

—Veinticinco —unos segundos más tarde, preguntó: —¿Por qué?

—Me extraña que con tu edad no estés casada o comprometida —le acarició el brazo, ascendiendo lentamente.

—¿Me estás llamando vieja? —bromeó— Puedo darte una patada ahora mismo donde sé que te dolería más. Nunca me subestimes.

Cameron sonrió.

—Disculpas, se me ha olvidado lo preparada que estás siempre para cualquier tipo de asalto —alzó su mano y soltó un cálido y húmedo beso en el interior.

Recordando lo que quería decirle, intentó despejar aquella nube de pasión que la rodeaba, impidiéndole cualquier pensamiento coherente que no llevase encadenado la imagen de ella y Cameron desnudos. ¡Por Dios, no era una adolescente! Tenía que controlarse, estar atenta. ¿Y si lo mataban esa noche?

Tenía que proteger a un hombre muy independiente en una complicada época y no sabía cómo...

—¿Sucede algo?

—No, no. Para nada. Por cierto, ¿sabes quién es Beth? Es una criada del castillo.

—Sí, creo recordarla, *lass*. ¿Por qué?

—Me gustaría que ella ocupase el puesto de Mòrag. No tengo ninguna queja con respecto a ella, pero he estado hablando con Beth y creo tener más afinidad. ¿Sería posible?

—Por supuesto —se acercó a ella hasta acorralarla contra la puerta. Colocó una mano encima de su cabeza. Su aliento daba en sus labios. Alzó la cabeza y frotó su boca contra la de él—. ¿Qué me darías a cambio de ese favor, *lass*?

—¿Mi gratitud eterna?

—¿Y...?

Colocó las manos en su torso y maldijo en voz baja. Sentía bajo ellas sus músculos contraídos, fuertes del entrenamiento. Y caliente. Estaba muy caliente. Acariciando con las yemas de los dedos sin ser consciente de lo que hacía, otra ola de timidez la invadió.

—Quizás, mañana... se me ocurra otra forma de agradecértelo.

Cameron sonrió y le robó un beso antes de separarse e irse.

—Esperaré ansioso, *lass*.

Entró en sus aposentos y se apoyó en la puerta tras cerrarla. Apretó los ojos con fuerza y cogió aire.

Vale, de acuerdo, un pequeño coqueteo no le vendría mal. Pero, nada más.

Ella acabaría volviendo a España y él sería se quedaría allí, casándose con otra mujer. No volvería a verlo nunca más. Debería guardar mejor sus sentimientos.

No, no es porque creyese que se fuera a enamorar de Cameron, nunca se le habían dado bien las relaciones íntimas, pero sí cogía cariño demasiado rápido a las personas. Apenas habían intercambiado unas palabras y ya sentía un afecto especial a Fiona, Broc y... Cameron.

Desnudándose, gimió de frío y se puso un camisón gordo de lana que había encima de la cama. Se descalzó y, tiritando, se hizo un ovillo en el mullido colchón. ¿Cómo podían dormir los escoceses con aquel frío? A pesar de estar la chimenea encendida, algo que a la vez la asustaba por si saltaba una chispa y ardía todo aquello, apenas la calentaba.

Ni siquiera el sonido de la tormenta la relajaba.

Le esperaba una larga y fría noche por delante...

Capítulo 9

—¿Estás bien, Alba? —Beth le recogió el pelo en una trenza para luego enroscarla en un moño que habría considerado muy bonito de no ser por las convulsiones que recorrían su cuerpo a casusa del frío.

—S-s-sí —tiritando, esperó pacientemente a que Beth terminara de arreglarla.

—Baja a desayunar, te prepararé un buen vaso de leche caliente.

Aquello le sonó a gloria mientras se colocaba un *arisaid* sobre los hombros. Era un tartán de lana parecido al que llevaba los hombres, excepto por sus colores que eran menos vivos y de cuadros más grandes. Según le había explicado las mujeres lo usaban como una especie de chal.

Agradeciendo la fuente de calor, siguió a Beth hasta el salón.

Había amanecido apenas una hora antes y se sorprendió al encontrarse a Cameron con Broc y Robert, comiendo algo mientras señalaban un mapa y hablaban en gaélico.

Cuando los tres pares de ojos impactaron en ella, se sonrojó.

—Por todos los Santos, muchacha, ¿qué te he pasado en la cara?

¿A su cara? Mirando a Beth, lamentó que la muchacha hubiese entrado en la cocina para darle la leche caliente y la dejase allí, con ellos.

Miró a Cameron.

—¿Me pasa algo?

—¿Has pasado una mala noche? —se levantó de la silla. Los demás hicieron lo mismo, tomándolo como un gesto para acompañarlos—. Estás pálida, tienes los dedos de las manos casi azules y tus ojos...

—Ojeras, muchacha —Broc sonrió—. ¿No soportas el frío de las Highlands?

Cameron frunció el ceño.

—Ordené que encendieran tu chimenea.

—Me temo que no estoy acostumbrada a estas temperaturas... Con o sin chimenea—estornudó—. Hoy dormiré con más ropa.

El gesto del laird no cambió. Cuando Beth le dio la jarra con leche caliente, soltó un suspiro de deleite.

—Buscaremos una solución —sentenció antes de ordenar con un gesto que tanto Broc como Robert salieran y lo esperaran fuera.

Metiéndose algunas bayas en la boca, se atragantó bajo la intensidad de su mirada. Cameron fue hasta ella y le golpeó suavemente la espalda, terminando por acariciársela con suavidad.

—Tranquila, *lass*.

—Estoy tranquila —gruñó.

Un estremecimiento le recorrió la espalda al sentir que depositaba un beso en el lateral del cuello.

—Buscaré una solución para que no pases frío.

—No te...

—Insisto —sentándose a su lado, le cortó un trozo de carne en su plato—. Come. Desde que estás aquí no has hecho más que adelgazar.

—Apenas llevo un día —le pegó un puñetazo en el brazo.

Sonriendo, le agarró la mano y abriéndole el puño, depositó un beso en el centro de la palma.

Dios... No debería permitirle esos gestos tan tiernos con ella, no cuando su corazón llevaba, desde que lo conocía, una carrera a fondo. Se sobresaltaba al verlo, al tocarlo o al sentirlo. Necesitaba cuanto antes tranquilizarse y pensar en la situación con la cabeza fría... nunca mejor dicho.

—Mañana partiré a Edimburgo. Tengo que hacer unas transacciones. Apenas estaré unos días.

Recordó la visión que tuvo. Envenenado. ¿Cómo podía ella protegerlo de aquello? No solo tenía un olfato bastante disfuncional sino que además, no podía seguirlo las veinticuatro horas del día.

—No bebas nada de vino, antes de probar nada que te den, mira bien que no te han echado nada y...

—¿Temes que me envenenen? No te preocupes —le guiñó un ojo, inclinado sobre ella.

Había sido demasiado clara, otro de sus muchos defectos. Exasperada, bufó.

—Eres laird, seguramente muchos codiciarán tu puesto y tendrás enemigos. ¡Claro, no es para preocuparse!

Colocando una mano en su cuello, la atrajo a él.

—¿Quieres cuidarme? —murmuró con una picarona sonrisa. Parecía un niño que acabase de hacer una travesura.

Soltó una seca carcajada antes de dar otro trago a la leche que, poco a poco, conseguía encender su adormecido cuerpo.

—Eres muy grande para necesitar que te cuiden, Cameron.

—*Lass*, ser laird no es solo tener privilegios y esperar a que acepten tus órdenes —gruñó en protesta cuando la alzó y la depositó sobre sus rodillas. Abochornada, le miró con una ceja alzada mientras se agarraba a su cuello con un brazo. Con la mano libre continuaba comiendo—. Tengo que ser lo suficientemente inteligente como para cuidar a todo mi clan, sentenciar justicia y cuidarlos. A todos. Mi padre fue el mejor laird de todos los MacLeod y yo pretendo seguir su camino.

Sonriendo, asintió.

—Y lo eres. He podido ver el enorme recibimiento que tuviste al llegar a tus tierras. La gente solo habla maravillas de su laird —su orgullo se había hinchado tanto que tupo que darle una palmada en la mano cuando iba a tocarle el tobillo—. Oh, y no nos olvidemos de las muchachas.

—Por supuesto, *lass* —ronroneó.

—Suspiran con solo nombrarte y se humedecen al verte —crispó los labios—. No te quejarás, ¿eh?

—Me sorprendes, Alba —pocas veces eran las que decía su nombre, pero cuando lo hacía, disfrutaba de la forma en que lo decía. Con musicalidad, un tono áspero y seco—. Hablas con mucha libertad. ¿Las mujeres españolas hacen lo que quieren?

Soltando su jarra vacía en la mesa, le rodeó el cuello con los hombros. Su nariz rozó la de él.

—Yo, sí.

Soltando una carcajada, le dio una nalgada. Vaya, no se lo había esperado. La confianza se iba volviendo más fuerte a menudo que pasaban los segundos.

—No llegaré hasta la noche, *lass*. Voy a ir a la tierra de los MacLean. Alasdair entregará unas tierras que hacen frontera con las mías como dote por casarse Marianne con mi hermano. Espérame despierta.

Con curiosidad, miró sus ojos grises metálicos.

—Siempre me cuentas lo que vas a hacer aun cuando no tienes obligación de hacerlo. ¿Eso es porque necesitas tener a alguien pendiente de ti? —le picó.

Cameron presionó su cabeza hacia abajo para besarla suavemente, rozando su lengua contra la superficie de sus labios.

—Espérame.

Sin profundizar el beso, algo que la decepcionó enormemente, le dio otro beso. Con las mejillas encendidas, contempló sus anchas espaldas mientras se iba.

Se llevó la mano a la boca, sintiendo los labios algo hinchados.

Beth apareció en ese momento con una enorme sonrisa.

—¡Pero qué pareja tan bonita formáis! —dijo recogiendo el desayuno—. Tendríais que ver el hambre que hay en los ojos de mi laird cuando os ve.

—¡Tonterías! —ignorando la acusadora mirada de Beth, se estiró la manga del traje—. ¿En qué puedo ayudar? He olvidado preguntárselo a Cameron...

—¡Oh, no, no! Nada, mirar los puestos, relacionaos con la gente del clan, haceros una más. Esa es vuestra tarea. Os buscaré a la hora de comer mi... Alba.

Sonriendo, asintió apaciblemente.

—De acuerdo, pero mi oferta sigue en pie.

Saliendo del interior del castillo, se sorprendió cuando los guardias la saludaron. Azorada, los saludó de vuelta y fue a mezclarse entre la gente del clan. Había puestos desde comida, pescado, carne, pan... hasta de telas, joyas o adornos hechos a mano para decorar el hogar.

En más de una ocasión la pararon para hablar con ella, preguntándole de dónde era y si sería la futura mujer del laird. Por supuesto, lo había negado reiteradas veces. El cielo, que en un primer momento se había presentado despejado, comenzaba a nublarse, poco a poco, por pesadas nubes grises que anunciaban lluvia.

El olor de la lluvia fresca la hizo coger aire con fuerza y sonrió.

Acostumbrada al aire contaminado de las ciudades, aquello era como un pequeño placer.

Al ver el lago que había en uno de los laterales del castillo, se prometió ir algún día... o no.

Qué demonios, pensaba ir ahora mismo.

Saliendo de las murallas del castillo, que estaban en ese momento abiertas, bajo la pequeña meseta hasta ver las cristalinas aguas. Hojas y ramas estaban enterradas, algunas flotando. Al agacharse en la orilla y meter un dedo, soltó un grito.

Estaba congelada. Seguramente, en unos días no sería más que hielo.

Vio algunos peces y sonrió, pegando el rostro más a la superficie del agua.

Podía verse. Sus ojos parecían más grandes que de costumbre, y cansados, con unas suaves ojeras grisáceas bajo ellos, esperaba que él tuviese de verdad una solución. No se veía pasando otra gélida noche con unas mantas y la chimenea. Sus labios le hicieron recordar el beso de Cameron.

Tocándose los dedos, se fijó en su pelo oscuro.

Beth la había dejado genial. Parecía una de esas actrices que aparecían en las series medievales, se dijo con una sonrisa.

Sumida en sus pensamientos y en el reflejo del agua, no vio a Marianne hasta que sus enfadados ojos también se reflejaron en el lago.

Levantándose poco a poco, se sacudió las rodillas y las manos.

—Marianne.

—No te he dado permiso para que me hables así, sucia española.

¡Guau! No se lo había esperado. Experta en aguantar a gente desagradable y exigente por su trabajo en la librería, suspiró.

—¿Quieres hablar de algo conmigo?

—¡Eres una sinvergüenza! —gritó. Algunas personas que estaban en las casas, cerca de la muralla, clavaron sus ojos en ellas—. ¡Me has tendido una trampa!

Parpadeó y negó con la cabeza.

—Yo no he hecho nada, Marianne.

—¡No te he dado permiso para que me hables por mi nombre, sirvienta! —dio algunos pasos hasta estar frente a ella—. ¡Te ordeno que repares tu artimaña!

—¿Artimaña? —bufó—. Si hubieseis dejado las manos quietas en vez de irte a los brazos del hermano de Cameron, no estarías en esta situación —al ver el enojo crecer y crecer, volviendo sus pálidas mejillas en granate, decidió retroceder—. Ma... Milady, ¿por qué os enfadáis? Aedan es un hombre muy atractivo, fuerte, hermano del laird y seguro que os puede complacer...

—¡No quiero al mujeriego de Aedan, zorra! —gimoteó dando una patada—. Quiero a Cameron y haré lo que sea por tenerlo.

Frunció el ceño mientras aguantaba la risa ante tal comportamiento. Sin embargo, Marianne debería de haberlo supuesto.

—¡Voy a matarte!

Abriendo los ojos por completo, Marianne se tiró encima de ella. Rodando por al pendiente mientras intentaba quitarse los puños pequeños de la rubia del pelo, acabaron por caer a las frías aguas del lago.

Cortándosele la respiración, tardó unos segundos en reaccionar. En cambio, Marianne estaba como nueva, seguramente acostumbrada a las bajas temperaturas.

Teniéndola encima, aprovechó para golpearle el pecho con fuerza y tirarle del pelo.

Soltó un alarido de dolor.

—¡Suéltame antes de que te haga daño, Marianne!

—¡Cállate, sucia es...!

Sin permitirle acabar, le dio la vuelta, agarrando sus rodillas, y se sentó ella encima. La agarró por el pelo y alzó su cabeza del agua.

—¡No vuelvas a insultarme, Marianne! Mi culpa no es que hayas jugado mal tus cartas.

—¡Me las pagarás!

Al ver cómo cerraba su mano para darle un puñetazo, agarró la delgada muñeca y la dobló.

Ella gimió y sus ojos se humedecieron. Preocupada, la sujetó por los hombros, sosteniéndola dentro del agua mientras el frío poco a poco penetraba en sus huesos, haciéndola estornudar. Sin darse cuenta, sus dientes castañeaban mientras la rubia poco a poco parecía notar el frío.

—Me has quitado lo que siempre he querido en mi vida —tartamudeó Marianne.

Mirándola con tristeza, dejó de hacer presión en sus hombros.

—Yo no lo quiero, Marianne —apretó los ojos—. No voy a quedarme.

Marianne seguía llorando, pero parte de su rabia desapareció.

—¿Cómo?

—Solo... he venido para ayudar a Cameron —al coger una honda respiración, sintió el frío penetrar en sus pulmones como una afilada cuchilla.

—Después... ¿Te irás?

No sabía el por qué, pero decir aquello la estaba matando por dentro. No volvería a verlo nunca más. Sería un apreciado recuerdo en su memoria, nada más.

—Sí.

Marianne asintió.

—De acuerdo, Alba. ¡Ahora quítate de encima! Por Dios, ¡vas a ahogarme!

—¡Alba, Marianne! ¿Qué diablos pasa?

Alba se intentó incorporar sobre sus temblorosas rodillas para mirar hacia atrás cuando volvió a resbalar, cayendo de espaldas. El frío le había entumecido todos los miembros del cuerpo y no podía levantarse.

—¡Hermano! —gritó Marianne.

—¡Vete corriendo a tu hogar y cámbiate, Marianne!

—Pero...

—¡Inmediatamente! —gruñó Alasdair mientras iba hacia ella. solo lo pudo mirar desde abajo mientras las lágrimas caían por sus pálidas mejillas—. ¡Por todos los Santos, muchacha! Voy a levantarte—. Al sentir su cuerpo caliente, utilizó todas las fuerzas que le quedaban para rodearle el cuello con los brazos y pegarse a su cuerpo, gimiendo—. Estás helada, Alba. Tienes los labios y la punta de los dedos azules.

—¿E-en serio-o? —colocó los labios sobre su cuello, donde encontró mucho calor. Reconfortante calor.

—Te llevaré para que te cambien y...

—¡N-o se te-separes de mí! —musitó.

—No, muchacha. No me voy a separar de ti. ¡Por Dios! Vas a congelarme a mí también.

A pesar de hacerle gracia la broma, el frío había recorrido todo su cuerpo y acabó quedándose dormida y oyendo a lo lejos los gritos de Alasdair, intento volverla a la consciencia.

Se sumió en la oscuridad con el mayor placer de todos.

Alba estaba abrazada a un enorme cuerpo que desprendía calor, justo lo que ella necesitaba. Ronroneando de placer, echó una pierna encima de un muslo cubierto de vello y se frotó, suspirando. El paraíso. Era el paraíso. Como si estuviese en otro mundo donde solo había calor y paz, lejos de los desagradables gritos de Marianne y de la gran aventura que se le venía encima.

Pegó los labios a la piel y soltó un beso mientras acababa por colocarse encima del cuerpo, intentando robarle todo el calor posible. Sintió unas manos en la espalda que la hicieron arquearse. No se había dado cuenta del frío acumulado que tenía en la espalda.

Sentía una presión en el estómago que transmitía incluso más calor que el resto del cuerpo. Estaba duro y suave.

—Muchacha, por Dios, deja de frotarte y de... Demonios. Alba, quieta—la voz se volvió áspera.

Parpadeando, se obligó a mirar al individuo que se encontraba debajo de ella.

Era Alasdair.

Gimiendo, se incorporó un poco pero permaneció sentada sobre las caderas del hombre.

—¡Alasdair! ¿Te aprovechas de mí?

Miró su enorme torso desnudo cubierto por un suave vello rubio casi imperceptible y miró sus carnosos y atractivos labios antes de ir a parar a sus ojos.

—Estabas congelada, no parabas de temblar y solo se me ha ocurrido desnudarte y...

—¡Desnudarme! —efectuó un movimiento demasiado rápido que la mareó, dejándose caer de nuevo al pecho del highlander—. Me siento débil.

—No estoy desnudo, muchacha. He tenido esa consideración —le guiñó un ojo.

Sintió su aliento en los labios y, aunque Alasdair era un hombre muy atractivo y condenadamente sexy, sentía inexplicablemente que estaba traicionando a Cameron. Algo sin sentido cuando entre ambos no había más que un flirteo inocente.

—Te agradezco que me hayas salvado de una muerte segura, Alasdair —apoyó sus manos en su torso para incorporarse, no pudo evitar tocar los fuertes músculos que cubrían su piel. Soltó un lloriqueo—. Esto no es justo. ¿Puedes sentarme en la cama?

—¿No quieres seguir retozando?

Soltó una carcajada.

—No, gracias, ha sido suffí... ¡Estoy desnuda! —se tapó los pechos con las manos.

—Tienes unos pechos bonitos, al...

Se levantó rápidamente y acabó cayendo al suelo, golpeándose la barbilla. Murmuró algo ininteligible antes de ser levantada por el highlander.

—Tranquila, apenas tienes fuerza...

—¿Es mediodía?

—Casi de noche, ¿por qué?

—¡Cameron está a punto de llegar! ¡No puede verme así!

Algo, un sentimiento que no pudo identificar, apareció en los azules ojos del laird de los MacLean.

—¿Qué problema hay? ¿Estáis...?

—¡No! Pero me parece un gesto muy feo por mi parte —cogió el vestido que había encima de la silla y se lo puso por encima de la cabeza. Mirando a Alasdair, totalmente desnudo excepto por unos calzones, soltó un suspiro—. Eres muy atractivo, Alasdair. Demasiado peligroso para mí. Todavía no he pasado la crisis de las hormonas revueltas de la adolescencia.

Él soltó una carcajada.

—Puedes...

La puerta de la habitación se abrió de un estruendo, sobresaltándola. En ella apareció Cameron con Broc y Robert a sus espaldas. Marianne, agarrada de su brazo, sonreía ampliamente.

Joder.

—¿Qué está pasando aquí? —gruñó.

Pasándose una mano por el cabello, los notó encrespados. Ug...

—Alasdair me ha ayudado, sino hubiese sido por él ahora mismo estaría muerta.

Cameron frunció el ceño y se soltó de Marianne. Mirándola, alzó una ceja.

—¡Ella me ha atacado! —la señaló con el dedo—. ¡Esa asquerosa zorra me ha amenazado de muerte mientras iba al lago!

Alba jadeó.

—¡Eso es mentira! Ella ha venido a mí, podéis preguntarle a cualquiera de los hombres de las casas.

—Ya le he preguntado, Alba —sus duros ojos la perforaron. Su corazón dio un brinco dentro de su adolorido pecho—. Todos dicen lo mismo que ella.

Abriendo la boca, apretó los puños a ambos lados del cuerpo mientras se preguntaban por qué la defenderían a Marianne.

Sabía la respuesta. Ella era una desconocida, quizás una espía o aún peor, bruja como muchos decían. Había interferido en la vida de los clanes aliados, todos habían esperado un desenlace entre el laird de los MacLeod y la hermana del laird de los MacLean. Ella no había hecho más que molestar desde que había llegado.

Saberlo le sentó como una patada en el estómago.

Aguantó las lágrimas.

—Eso es mentira.

—Todos...

—¡Ya me he entrado! —le interrumpió mientras se calzaba—. Creed lo que os dé la gana, mi laird. Yo no puedo soportar más hipocresía.

Pasando por su lado, Cameron la agarró del brazo.

—Tenemos que hablar.

Deshaciéndose de su agarre, le empujó. No lo movió ni un ápice, y aquello la hizo sentir peor. Desearía tener la fuerza del mismo Fedor Emelianenko para mover al enorme hombre que le impedía huir.

—¡Lo habéis dicho todo con vuestra falta de confianza en mí!

Broc y Robert le dejaron pasar, y sin mirarlos, se fue hacia donde creyó oportuno, pues no sabía en qué parte del castillo estaba y era demasiado orgullosa como para pedir ayuda.

Qué se fueran al infierno, pensó con una irónica sonrisa, era el peor día de su vida. No solo tenía el frío penetrando dentro de sus huesos, sino que estaba perdida y muerta de hambre.

Soltó un quejido cuando se aseguró de que nadie la escuchaba.

Nunca se había sentido tan sola.

Una puerta se abrió y apareció Aedan, sin camiseta y con una jarra de vino en la mano. Al sentir alguien a su izquierda, miró hacia donde se encontraba. Sus ojos algo brillantes por el alcohol se abrieron por completo.

—¿Te encuentras bien?

—¿Te queda más vino? —respondió con otra pregunta.

Él soltó una carcajada.

—Tengo otra dentro de mis aposentos. Entra y cuéntame qué te ha pasado mientras bebes.

—Tápate, Alasdair —la voz de Cameron era tan afilada como el acero.

—No ha pasado nada entre ella y yo, amigo mío. Mi hermana y ella se estaban peleando en el lago. Marianne pudo irse con su propio pie, pero Alba no está acostumbrada al frío. La traje al castillo.

Clavó con furia los ojos en el que creía uno de sus mejores aliados.

—Y la desnudaste.

—¡Estaba congelada! ¿Quieres que te mienta y te diga que no la he deseado mientras le daba calor? No puedo, demonios —su tono de voz se agravó—. Pero me conoces lo suficiente para saber que no tomo a muchachas sin su consentimiento y aún menos conociendo el interés que sientes por ella.

Girándose, miró a Broc y a Robert.

—Encontrar a Alba, seguramente se perderá y no debe estar sin calor.

Asintiendo, sus hombres se fueron. Cuando Marianne, disimuladamente, intentó seguirlos, la agarró de la muñeca y la metió en los aposentos. Cerró la puerta a sus espaldas y la miró fijamente.

—Cuéntame qué sucedió, Marianne. Y ni una mentira.

—¡No he mentido! —sus ojos, que los había considerados seductores y bonitos, estaban inyectados en sangre—. ¡Mira lo que me ha hecho tu...!

—No la insultes, Marianne —habló con voz dura mientras veía unas pequeñas contusiones en los pálidos hombros. Parecían la marca de unos dedos.

—¿Por qué? ¡Qué ves en ella! Tú y yo íbamos a comprometernos, Cameron. Nuestro matrimonio te habría proporcionado una alianza más fuerte con mi hermano, y tierras. ¿Vas a rechazar todo esto por ella? No tiene nada que entregarte.

—Vas a ser la esposa de mi hermano, Marianne.

—¡Por obligación! —vociferó sin dejar de moverse por la situación.

—Por permitir que tuviera sus manos en tu cuerpo, hermana —la miró como si no la conociera y suspiró—. ¿Pero qué te ha pasado? Tú no eras así.

—Me están quitando todo lo que siempre he querido —murmuró mientras las transparentes lágrimas se derramaban por sus mejillas—. Y me pedís que no haga nada.

Cameron, de repente, se sintió como el mayor de los bastardos de Escocia. Era cierto, antes de conocer a Alba había tenido en mente casarse con Marianne. No solo era atractiva y hermana del laird de clan aliado, sino que además siempre lo había recibido con los brazos abiertos, ateniéndole cuando lo necesitaba por encima de sus necesidades.

El amor y el dolor resplandecían en los ojos de la mujer, herida.

Acercándose a ella, agarró sus manos y las besó.

—Lamento todo esto, Marianne, pero ya estás comprometida con mi hermano —le dio un apretón antes de soltarla—. Ya no podemos hacer nada.

El odio deformó sus bonitos rasgos.

—Ha sido tu excusa perfecta desde el primer momento, laird —escupió tensa como las cuerdas de un arco—. Has de saber que ella no se quedará, Cameron, ella no se va a quedar contigo —la miró circunspecto—. Me las pagaréis. Todos —susurró antes de empujarlo.

Saliendo de la habitación, cerró la puerta de un fuerte golpe.

Pasándose un brazo por la frente, maldijo en voz baja. Su amigo se sentó en la cama destapada y apretó los dientes. Alasdair la había abrazado, casi desnudo, dándole calor mientras él había tenido que resolver unos problemas en los exteriores de su tierra a causa de unas disputas del ganado.

No sabía qué hacer. Sabía que como laird se esperaba que contrajera un matrimonio ventajoso para el clan, tener más riquezas y resurgir. Alba no podía ofrecerle nada de riquezas o tierras. solo ella. Y aunque para él era suficiente, sabía que para los demás no.

Por primera vez en su vida, odió la posición en la que se encontraba.

Capítulo 10

Los días siguientes Alba lo evitó con descaro. No solo no desayunaba con él, sino que, además, no salía de sus aposentos hasta asegurarse de que no podían encontrarse.

Tras bajar al salón y tomar algo se iba con Beth para trabajar, dispuesta a que no se criticara que vivía de la hospitalidad del laird. Hacía queso durante horas y horas, sacaba leche de las vacas, reparaba ropa que tenía agujeros, arrancaba malas hierbas del huerto y entraba en la cocina para aprender a hacer algo con ayuda del amable cocinero, un irlandés de poco pelo llamado Niall.

En sus ratos libres se iba al lago, descansaba tumbada en la orilla o cosía los vestidos medio rotos que le daba Beth para mejorar. Todo con tal de no verle.

Odiaba admitirlo pero le hería su distante actitud.

Con respecto a Marianne, no había vuelto a verla. Lo que era un milagro. Temía no controlarse y estrujar aquel cuello de cisne hasta ver su cara gris. La rubia le hacía perder el temple con sus constantes berrinches y gritos.

Por la parte de Alba, por las noches se sentaba cerca a Aedan, quien se había convertido en un buen confidente. Disfrutaba de la música, hablaba con la gente y baila con ellos, sintiendo en todo momento la mirada ardiente de Cameron en sus espaldas. Y a pesar de que su hermano iba a contraer matrimonio en los días venideros, Aedan seguía siendo un desvergonzado con las criadas del castillo.

Por otra parte estaba Beth, su única amiga, sin contar a la amable Fiona, cuyas tareas le imposibilitaban verla con la frecuencia que le gustaría. Se notaba a leguas que estaba loca por Alasdair, aunque su timidez hacía que se mantuviese alejada, siempre contemplándolo desde las sombras. Se prometió ayudarla. Era bastante guapa, tenía una cara angelical y unos grandes dientes blancos que brillaban. No poseía nada, al igual que ella.

Tenían tanto en común...

Sacudió la cabeza y tomó su copa para darle un sorbo.

—¿Bailas conmigo, *lass*? —murmuró una aterciopelada voz.

Su espalda se tensó involuntariamente al reconocer al dueño de esa voz. Odió la reacción de su cuerpo y de su mente. No solo se excitaba, sino que lo había echado de menos. Desde sentir sus labios sobre ella hasta sus cálidas palabras.

Apretando los puños en la mesa, no lo miró.

Su orgullo pesaba más.

—Me temo... ¡Cameron, bájame ahora mismo!

El highlander la había alzado por la cintura y levantado sin esfuerzo. Colocándola en el suelo, le tendió la mano.

—Baila...

—Te he oído a la primera y la respuesta sigue siendo la misma. No —gruñó haciendo un amago de sentarse.

Le envolvió la cintura con un brazo.

—Joder, por supuesto que...

—Hablas como una desvergonzada —dijo con una sonrisa mientras la sacaba en contra de su voluntad.

—Hablo como me da la gana, ahora déjame en paz antes de que...

—¿Antes de que? —le agarró el rostro entre las manos—. Te he echado de...

—Ni se te ocurra decirlo, Cameron —su voz teñida por la furia lo hizo sonreír—. Uno de mis muchos defectos es que soy malditamente rencorosa.

—Estás tan guapa, *mo rúin* —murmuró contra sus labios—. Tus ojos brillan como...

—¿Se puede saber qué es ahora *mo rúin*? Entre *lass* y este me tienes ya...

—Te lo diré más adelante. Todavía sigues hecha una furia...

—¡Porque no me creíste, cretino! —pataleó para soltarse del firme agarre del escocés, pero los brazos la tenían capturada—. ¡Necesitaste que te afirmase Alasdair que no me había acostado con él porque no me creías! Suéltame, Cameron. ¡Suéltame antes de que haga una locura! —murmuró enloquecida.

Los ojos de él brillaron.

—Tienes un carácter tan fuerte, mi española...

—¡Deja los versos para otra, gañán!

—¿Quieres hablar? Hablaremos —dijo decidido antes de cogerla de la mano y conducirla fuera del salón.

—¡Suéltame!

Saliendo al exterior, donde se encontraban las caballerizas, intentó deshacerse de él dándole una patada. Él la esquivó con maestría y la inmovilizó contra la pared. Sin ofrecerle una tregua, se movió inútilmente. Cansada, cogió aire y cerró los ojos, abrumada.

Su olor a hombre y fresco la estaban aturdiendo. Consiguió recuperar un poco de control sobre sí misma para tranquilizarse, contando hasta cinco antes de abrir los ojos y suspirar. Apenas a diez centímetros de sus labios, estaba aquel highlander que le rodaba el sueño por las noches y que, sin su consentimiento, la había herido.

Cameron pareció ver algo en sus ojos que lo hizo desviar la mirada.

—Lo siento.

—¿Cómo?

—Lamento no haber confiado en ti, Alba —acarició su mejilla con el pulgar, dejando un reguero de fuego—. No puedo explicar...

—Si quieres que te vuelva a hablar, Cameron, más te vale intentarlo —dijo quitando las manos de su cara con un golpe seco.

Su seriedad lo hizo asentir mientras se echaba hacia atrás algunos mechones que caían sobre su frente. Tragó saliva al ver sus fuertes brazos metidos en la camisa blanca, sus bíceps y tríceps contenidos y tensando la tela. Nunca admitiría lo que desencadenaba en su cuerpo, lo que despertaba.

Comenzaba a preocuparle su corazón y sus constantes alteraciones ante la presencia de Cameron.

—Yo... siento algo por ti, *lass*. Algo —eso sí que no se lo había esperado. Abrió la boca, pero no salió nada de ella—. Sé que en tu país sois... distintos. Eres una mujer muy independiente, nunca me necesitas para nada y cuando puedo ayudarte, aparece mi hermano o Alasdair. Nunca puedo... Sorprenderte.

La hizo reír.

—Oh, vamos, Cameron...

—Estoy sincerándome.

Vio en su rostro lo mucho que le costaba abrirse. Asintió e hizo un gesto de que permanecería callada.

—Marianne... nunca le he propuesto matrimonio, aunque admito que tenía pensado hacerlo tras volver de Fort Augustus. Pero te conocí.

—Vaya desgracia.

—¡Por todos los Santos, muchacha! No digas eso.

—¿Vas a negar que tu vida no es más complicada desde que estoy aquí?

—Solo por cómo me comporto —cogió su mano y la envolvió—. Despiertas en mí celos, *mo rùin*.

—¿Celos? —preguntó con suavidad.

—Quiero... deseo poseerte, Alba —confesó profundamente.

Lo miró con los ojos completamente abiertos mientras aguantaba el deseo que yacía en sus cuencas grises, derritiéndola. Nunca se había esperado una reacción semejante, aún menos de él, un hombre tan... cerrado en ciertos aspectos.

Un relámpago iluminó durante unos segundos las verdes colinas. Los caballeros se agitaron un poco.

—No-o no me lo esperaba.

Un mechón que se le había soltado del recogido él lo capturó para colocarlo detrás de la oreja.

—¿Acaso no he sido claro cuando he estado contigo?

—Sí —se sonrojó—. ¡Deja de sonreír!

Él la abrazó por completo, hundiéndola en su cuerpo.

—Eres una cosita muy mona cuando te sonrojas, Alba. Aunque cuando te enfadas eres peor que una tormenta en las Highlands en pleno invierno.

Su calor traspasó el vestido hasta llegar a su piel. Se humedeció los labios y le devolvió el abrazo, acariciando los fuertes músculos que componían su espalda. Inspiró el olor a jabón que desprendía la camisa y cerró los ojos, apoyando la cabeza justo donde latía su corazón.

—No te voy a perdonar tan rápido.

—Sí que eres rencorosa —bromeó.

Ella le dio un pellizco en la nalga, maravillándose por lo firme que estaba.

—Eso ha sido jugar sucio, ¿y si yo hiciera lo mismo? —la separó solo lo justo para mirarla a los ojos. Intensos. Oscurecidos por el deseo, desencadenó una ola de calor que hizo pensar al hombre que tenía frío—. ¿Tienes frío? Entremos, se me olvida que...

—Ha sido justo lo contrario, Cameron.

Agachándose, acortó la distancia que había entre ambos para besarla. Aquel casto beso, aunque cargado de significado y esfuerzo por parte de él para no excederse, le supo a poco. Cogiéndole el rostro por las mejillas, le besó con la boca abierta sin dejar de mirarlo.

Escuchó un gruñido animal proveniente de su pecho antes de que la apretara contra sí y entrelazara su lengua con la de ella, acariciándola mientras sus manos tocaban su cintura y caderas.

Apretada contra la pared, sus labios se movían sobre los suyos con maestría y auténtico placer, haciéndola gimotear. Llevó sus ansiosas manos hasta el cabello cobrizo de él, tirando suavemente de los mechones mientras sentía un inmenso calor instalarse en su estómago y en su sexo.

Sus pezones, erectos, aclamaban ser atendidos, tendiendo que conformarse...

¡Oh, sí! Acababa de acariciarle un pecho. Ahuecándolo, lo amasaba con firmeza para luego llevar el pulgar al tenso pezón.

—Oh... —suspiró lentamente—. Dios mío, me encanta —murmuró con los labios de él en el cuello.

Lamían, succionaban y raspaban suavemente con los dientes, recorriéndola otra ola de placer mientras sentía como poco a poco se humedecía de deseo. Las imágenes que se formaban en su cabeza no dejaban nada a la imaginación. Deseaba con todas sus ganas ver su amplio torso desnudo, sus nalgas y su verga. La curiosidad no tenía límites en Alba, y aquello no era más que otra prueba.

Soltó un quejido cuando atrapó su adolorido pezón entre el dedo índice y pulgar, presionando con suavidad pero firmeza.

Se arqueó entre sus brazos antes de mover las caderas y sentirlo.

Azorada y excitada, cobrando consciencia de todo, sintió la dureza de su miembro contra el estómago.

No iba a acostarse con él, no hoy. No todavía.

Cameron se separó de ella lo justo para agarrarla del cuello y tomar su boca en un posesivo beso. Al soltarse, ambas respiraciones estaban alteradas.

—Temo no poder controlarme si seguimos, *mo rùin*.

Asintió.

—Yo también.

Él sonrió y la besó castamente.

—Prometo no volver a desconfiar de ti, Alba —le cogió la mano y la posó sobre donde latía su corazón—. Te lo juro por la sangre MacLeod que corre por mis venas.

—Está bien.

Confió en él, guardándose las sospechas de que esa no sería ni la primera ni la última vez que dejarían de hablarse durante días.

Beth cogió otra jarra de vino de la cocina y otra bandeja de queso para llevarla al animado salón. Se alegraba de que Cameron y Alba volviesen a hablarse. Ahora mismo se encontraban bailando mientras la española se reía a carcajadas por las insinuaciones del laird. Él la abrazaba por la espalda y besaba sus mejillas, cerca de la comisura de la boca.

Parecían un matrimonio.

Estaba segura de que acabarían siendo marido y mujer y ella, personalmente, no podría tener una mejor señora del laird que Alba. Sus amistosos ojos brillaban siempre con entusiasmo y pasión, como si todo lo viese apetecible y digno de vivir.

Alba no tenía nada, ni tierras ni dote y, a pesar de ello, el laird de los MacLeod se había fijado en ella. No podía evitar preguntarse por qué no podía correr con la misma suerte.

Y no, no ansiaba un matrimonio que la alzara en posición pero... Alasdair era laird. Y ella estaba enamorada de él desde hacía muchos años. Tan grande y robusto, rubio, sus ojos azules... Era un hombre que despertaba el deseo de las mujeres. Mientras que Cameron era atractivo por el conjunto de sus rasgos, Alasdair no. Desde sus ojos hasta sus manos parecían hechos por un artista. Cada parte de él era... perfecta.

Con una sonrisa tonta, soltó una risita. ¡Si le dieran una noche con...!

—¿Muchacha? ¿Hay más vino?

Asustada, dio un pequeño salto. Sus manos soltaron la jarra vacía, que cayó al suelo para romperse en pedazos. ¡Menos mal que todavía no la había llenado!

Con las mejillas alborotadas, miró al hombre de sus sueños un segundo antes de agacharse para coger los trozos de la jarra.

Alasdair se agachó junto a ella con una sonrisa tranquilizadora, entumeciéndola. Algunos dorados mechones cayeron sobre la frente. Apretó las manos contra los trozos que tenía en ellas, deseando acariciarlos.

—¡Muchacha, para! Te puedes cortar.

Le quitó los trozos y la miró fijamente, estudiándola. Avergonzada por su comportamiento infantil, murmuró una disculpa antes de ponerse todos los pedazos en el delantal para llevarlos hasta el cubo que guardaba todos los restos.

Él también se levantó, pero no quitó sus ojos de ella.

—¿Cómo te llamas?

—Beth —apretó las manos contra el regazo.

—¿Eres nueva? —dio un paso hacia ella—. Creo que no te he visto antes.

La inspección de sus ojos azules la estremecieron. Maldijo estar tan poco arreglada y tener las mejillas algo manchadas por haber estado limpiando los hornos con Mairi.

—No, señor. Llevo aquí toda la vida.

—¿De verdad? No he reparado en ti. ¿Sueles estar en las cocinas?

Avergonzada y sintiéndose como si fuera una atracción para el hombre, soltó un suspiro antes de coger otra jarra y sujetarla con fuerza.

Él no la dejaba pasar.

—Señor, por favor... dejadme pasar, tengo tareas que hacer.

—Por supuesto —se hizo a un lado—. Espero verte pronto... Beth.

Oír su nombre la hizo sonreír ampliamente mientras su corazón latía como las alas de un colibrí.

Había sido la experiencia más interesante de su vida.

Alasdair observó como la muchacha se iba con rapidez sin dejar de sonreír, sonrojada. Su reacción le obligó a soltar una carcajada. Aquella muchacha joven tenía una vitalidad que muchas otras mujeres envidiarían y matarían por ella.

Dejando su vaso vacío en la mesa, fue hacia el salón nuevamente.

Alba bailaba con Broc mientras Robert esperaba su turno. Mientras tanto, el highlander moreno intentaba bajar las manos hasta el trasero de la española, quién le daba una patada en la espinilla a la menor oportunidad.

Vio a su amigo sentado, hablando con otros miembros del clan mientras miraba a la morena. El deseo latente en sus ojos y los constantes movimientos en la silla le hizo saber que el deseo que sentía por ella fluía por sus venas con fuerza.

A Cameron le esperaba una buena lucha.

Observó que su hermana no estaba.

—Tranquilo, amigo mío. Robert está ahí para poner recto a Broc.

Él sonrió.

—¿Me crees un imbécil si te digo que me muero de ganas por bailar con ella nuevamente?

—No, admito que yo sigo esperando un baile —se aclaró la garganta—. ¿Has visto a Marianne?

—No, desde... el incidente se ha quedado en sus aposentos.

—Buena manera de llamarlo —dijo con una sonrisa amarga—. Iré a hablar con ella. Sé que se ha equivocado, Cameron. Pero, es mi hermana y la única familia que me queda.

—Entiendo —asintió—. Si necesitas algo, ya sabes dónde estaré.

Asintiendo, se levantó y se fue.

Sentía algo de culpabilidad. Al fin y al cabo, Marianne estaba enamorada de él o de ser la esposa de un laird, y él había alimentado ese amor platónico.

Alba apareció en ese momento, apoyando los codos sobre la mesa. Algunos mechones oscuros se habían soltado de su recogido. La enorme sonrisa que lucía hizo encoger su corazón. Estiró la mano para acariciar sus redondeados pómulos.

—¿Y esa cara? ¡Baila con nosotros!

Se levantó.

—¿Prometes no darme más patadas ni pisotones?

Alba hizo como que lo pensaba mientras lo conducía al centro del salón.

—¿Y dónde quedaría la diversión? Lo intentaré, mi laird.

Capítulo 11

Alasdair MacLean partió hacia sus tierras al día siguiente de hablar con su hermana para preparar la dote y volver a estar con su clan, prometiendo volver pronto para verlos. Aquella despedida estuvo a punto de hacerle derramar una lágrima, viéndolo montado en su enorme caballo blanco acompañado por varios de sus hombres. Con el kilt podía verse los poderosos muslos que ocultaba. La sonrisa que le dirigió a Beth por completo.

Los siguientes días de su partida fueron monótonos. Alba se ocupaba de ciertas tareas del hogar, en su empeño de agradecer de alguna forma que la mantuvieran. Por su parte, Cameron ya se había resistido a que no podría hacerle cambiar de opinión.

Más de una vez la acariciaba, le robaba un beso y le soltaba palabras en gaélico que la volvían loca, intentando pronunciarlas ella. Él se reía y la abrazaba, llamándola 'su tormenta española'. La relación entre ambos iba... demasiado bien.

Cada segundo que pasaba temía más y más la despedida que sin lugar a dudas tendrían que darse. Temía no querer irse de su lado, abandonar su época y no poder conseguirlo. Quizás, estuviese predestinado a que lo recordase toda su vida, en Sevilla, mientras sabía que por más que volviera a Escocia él no estaría allí, esperándola.

Aquello le provocaba un gran sufrimiento.

Tres días más tarde, Cameron salió con algunos de sus nombres hacia la corte. Su hermano Aedan fue quien tomó su relevo. No hubo muchos cambios, excepto al segundo día de su partida.

Marianne ya había salido de sus aposentos, segura de sí misma y mostrando una ferocidad en sus ojos digna de una mujer de hielo. Muchos sirvientes la temían, obedeciendo sin lugar a dudas sus órdenes.

El gran cambio fue cuando Alba intentó entrar a sus aposentos y los encontró cerrados con llave.

Bajando, encontró a Mòrag coqueteando con un hombre moreno de ojos pequeños.

Aclarándose la voz, la miraron con antipatía.

—Mòrag, ¿por qué no puedo entrar en mis aposentos?

—Lady Marianne os los ha confiscado. Dormiréis con el resto de los sirvientes.

Su tono la hizo arquear una ceja.

—¿Y dónde está Marianne?

—Supervisando el huerto. Era trabajo vuestro.

Saliendo a los exteriores, ignoró las miradas de las personas que estaban trabajando y fue hacia la mujer de cabellos dorados que estaba cruzada de brazos.

—Alba —dijo sin darse la vuelta—. Limpiarás el horno con Beth. Esta noche voy a celebrar una pequeña...

—¿Tienes el permiso de Cameron para comportarte así? —inquirió.

Dándose la vuelta, la fulminó con la mirada.

—Aedan es el señor ahora del castillo durante su ausencia, y yo como futura esposa suya, la señora. Ahora mismo no tienes poder —chasqueó los dedos. Beth levantó la vista y se limpió las manos cubiertas de tierra—. Id a limpiar el horno.

Beth fue hacia ella y ambas se dieron la vuelta para ir a las cocinas. El sol ese día no golpeaba con fuerza peor pudo ver sudor en la frente de su amiga. ¿Cuántas tareas le habría encomendado por mantener amistad con ella?

Al estar solas, Beth suspiró.

—Es una bruja. Lo siento mucho, Alba.

Abriendo la puerta del horno, sonrió.

—¿Por qué?

—Te trata como si fueses una esclava —cogió un paño húmedo y le dio otro a ella—. El laird se enfadará muchísimo cuando se entere de cómo te ha humillado.

—Tampoco es para tanto —soltó una risita. Quizás, durmiendo con vosotros no tenga tanto frío.

—¡Och, de eso seguro! —se rio—. Somos tantas personas en una habitación que hace casi diez grados más—. Frotando con fuerza, clavó la mirada en las manos de Alba y jadeó, soltando bruscamente el paño—. ¡Por todos los Santos! ¿Qué te ha pasado? Voy a por...

—No es nada —miró el corte que había desde la muñeca hasta el pulgar—. Fue al arrancar la mala hierba —hizo una mueca—. Dos cardos.

—Och, eso duele una barbaridad —echándole agua y un poco de whisky, se la vendó con un trozo de tela limpio—. Listo.

—Gracias, muy amable. Me meteré dentro del horno para darle al interior. ¡Dios mío, esto está más negro que la boca del lobo! ¿Desde cuándo no se limpia?

—Yo lo limpié hace unos días, pero Marianne ha querido que toda la comida se caliente en el horno y se ha vuelto a ensuciar —suspirando cansadamente, ayudó a Alba a salir y a sacudirse el polvo del vestido. Se rio—. Tienes la cara manchada.

Se limpió las manchas de hollín.

—Debería darle otro repaso, creo que no le he dado del todo bien. Voy a entrar de nuevo.

Beth asintió.

—De acuerdo —tragando saliva, esperó unos segundos antes de hablar—. Te... ¿te acuerdas de la noche en que os perdonasteis tú y el laird?

—Sí, claro. ¿Por qué? —su voz resonó dentro de la cavidad.

—Él... Alasdair me habló.

—¡Vaya! —sacó la cabeza y sonrió con picardía—. ¿Y... qué tal fue?

—P-pues... Me preguntó mi nombre y cuánto tiempo llevaba aquí —se sonrojó bajo la atenta mirada de la española—. Dijo que no había reparado en mí.

—Vaya —repitió. Luego alzó una ceja—. Eres muy guapa, Beth. Seguramente se ha dado cuenta de ello.

—¡Oh, no! Estaba borracho, había bebido demasiado. Aun así, admito que guardaré ese recuerdo para siempre.

Alba soltó una risita y salió unos minutos más tarde cubierta de hollín, polvo y cenizas. Beth la ayudaba a sacudirse el pelo y el vestido, cogiendo un trapo húmedo para quitarle las manchas de la cara con suavidad.

Al terminar, Alba se agachó para coger los dos cubos llenos de agua sucia que habían servido para limpiar el horno y salió al exterior. Beth la miró con creciente preocupación, retorciéndose las manos en el estómago mientras era consciente de las miradas cargadas de deseo que le dirigían a la española.

—Si me permites... creo que sería mejor que hoy no bajas al salón a cenar.

Dejó de caminar y la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué?

—Marianne se ha apropiado del castillo, no... le gustas. Creo que lo mejor sería que yo te guardase la cena. No me fío de ella, parece estar dispuesta a hacer cualquier cosa con tal de tener el control de Dunvegan.

—No te preocupes, pasaré desapercibida.

—Pero, si pasa algo, no podré ayudarte. Cameron se ha llevado casi todos sus hombres de confianza, dejando a Aedan como jefe mientras tanto. Marianne ha aprovechado para convertirse en la señora de la casa y estoy segura de que aprovechará cualquier situación que se le presente para... echarte.

Alba negó con la cabeza suavemente mientras vaciaba el contenido de los cubos, tranquilizándola.

—No pasará nada. Si sucede algo, prometo que a partir de mañana cenaré con los sirvientes.

Beth asintió, indecisa.

Al llegar la noche, Alba quiso darse un baño, algo que le fue negado bajo rotunda orden de Marianne. Suspirando, salió hasta el lago y gimiendo, consiguió limpiarse lo mejor que pudo con la ayuda de Beth, quien estaba acostumbrada a aquellas bajas temperaturas.

Tras volver y vestirse con un áspero vestido de lana marrón que le irritaba la piel, se trenzó el pelo y fue al salón tranquilamente, ignorando los erráticos latidos de su corazón y el presentimiento de que parecía algo.

Aedan estaba sentado en la mesa central. Su futura esposa alzaba la cabeza, sonriendo con suficiencia mientras era ignorada por él. En lo más profundo de sus ojos azules pudo ver lo mucho que le hería la indiferencia de su futuro esposo. El odio llameó en su cara cuando Aedan la saludó y le ofreció sentarse a su lado.

—Oh, no te preocupes, me sentaré...

—¡Ven, muchacha! Eres amiga mía...

—Por supuesto, como la puta de Cameron tienes privilegios —Marianne sonrió mordazmente—. Nosotros no te los arrebataremos. Él será quien lo haga cuando se canse de ti.

Un gran silencio cubrió el salón.

Mirando a Marianne fijamente, se sentó en el lado libre del hombre y comenzó a picar, ignorando las pullas que la rubia le soltaba continuamente.

Poco a poco el ambiente se fue alegrando. La cerveza corría por todos los hombres, quienes intentaban meter mano a las pobres sirvientas. Beth había sido lo suficiente lista como para quedarse en la cocina y ayudar allí.

Deseosa de marcharse a su habitación, o mejor dicho a la de los sirvientes, hizo amago de levantarse cuando Aedan la sujetó y la sentó a la fuerza. Su sonrisa la asustó, aunque hizo todo lo posible para que él no se diese cuenta.

—¿Adónde vas, muchacha? Apenas acaba de empezar la fiesta, disfruta.

Sonrió torpemente y asintió, apretando los nudillos contra las rodillas.

Aedan se levantó de su enorme silla para bailar con una sirvienta de grandes pechos y bonitos ojos que le sonrió coquetamente. Sin sentirse mal al ver el crispado rostro de Marianne, llegó a la conclusión de que nadie la respetaba.

Su buena suerte terminó cuando un hombre con la cara salpicada por la viruela la cogió de la mano y la sacó a la fuerza para bailar, ignorando sus propuestas. Intentando no ser cruel ante el poco atractivo hombre, le sonrió débilmente mientras le quitaba las manos cuando intentaba tocarle el trasero o los pechos.

Cansada de esquivar sus hambrientas manos, llevó la mano hasta su ingle, ignorando la erección que mostraba, apretó con fuerza su pene. El color desapareció del rostro del highlander.

—Quita tus manos de mi cuerpo antes de que decida apretar tanto que te quedés estéril para siempre, ¿has entendido?

El hombre asintió, rígido.

Libre, decidió salir al patio exterior para tomar un poco el aire y esperar que el invernal frío calmara un poco el mal genio que estaba a punto de bullir de su interior. Ella no era así, pero se veía obligada a actuar más osadamente. En el 2015 nadie acorralaba a una mujer para violarla delante de toda una multitud y ella lucharía con todas sus fuerzas por volver a Sevilla tal y como había ido: intacta, sana.

Miró la luna y suspiró.

Hasta ese momento se no había dado cuenta de lo segura que se sentía con Cameron y de lo mucho que ayudaba su presencia para calmar a su clan. Sin él, los hombres que quedaban se tomaban más libertades, el salón casi se había sumido en un bacanal donde los hombres tomaban a las muchachas en las mesas o paredes sin que Aedan restableciera el orden.

Si Cameron se llegase a enterar de lo que sucedía allí...

Una sombra se cernió sobre ella inesperadamente. Dándose la vuelta, esperando a que la antorcha alumbrase la cara del desconocido, gruñó de impaciencia al ver que era el mismo hombre que antes, solo que acompañado de dos más... mucho más grandes.

Por todos los Santos... esperaba que no fuesen a hacer lo que pensaba que iban a hacer.

Retorciéndose las manos, retrocedió mientras los tres hablaban en gaélico, dándose codazos. Uno de poco pelo la agarró del brazo y la atrajo hacia él, ignorando sus protestas. Con la mano libre agarró el escote de su vestido y lo desgarró de un tirón.

Alba ahogó una exclamación.

—¡Suéltame ahora mismo, bruto!

Otro hombre soltó una carcajada y le agarró un pecho. El miedo la invadió por completo. Pataleando e intentando soltarse, recibió una bofetada de un pelirrojo que gruñó algo en gaélico. Sin entender nada, aguantó a duras penas las lágrimas y dio una patada al que le había agarrado el pecho.

Como si no hubiese notado nada, miró hacia la puerta, viendo una menuda figura que se acercaba hasta revelar su rostro a la luz de la llama.

Marianne.

Abriendo los ojos, aliviada, soltó un suspiro. Los hombres le preguntaron algo a ella y ella sonrió, asintiendo. Recibió una palmada en el trasero. Se tensó, asqueada mientras su corazón esperaba respuesta de Marianne.

Imaginando qué les habría concedido, estiró una mano hacia ella mientras la cargaban sobre un hombro, dirigiéndola a la profundidad de la oscuridad del patio.

—¡Marianne! —chilló—. ¡Marianne, por favor! ¡Ayúdame!

Una gruesa lágrima se deslizó por su mejilla al ver la sonrisa de la rubia.

—¡Haré lo que quieras! ¿Quieres que me vaya de aquí? ¡Me voy ahora mismo, Marianne! ¡Por favor! —suplicó mientras su cuerpo se convulsionaba por el frío y el terror de lo que, inevitablemente, sucedería.

—Veremos si, tras esto, Cameron te tiene tanto aprecio, puta española.

Dejó caer la mano y levantó la rodilla para golpearle la nariz al hombre que la cargaba.

Oyéndolo gruñir, cayó pesadamente al suelo. Cogió aire. Algo de sangre del individuo cayó sobre su mejilla. Arrastrándose por el suelo, intentó esconderse con ayuda de la oscuridad cuando una mano la agarró del tobillo, tirándola hacia la luz, provocando que sus faldas se alzaran.

Era el pelirrojo. El que había recibido el golpe la fulminaba con la mirada mientras soltaba aire pesadamente por los anchos orificios de la nariz.

—Ahora vas a enterarte, muchachita —rugió en un seco tono.

—Por favor-r, dejadme...

Llevándola hasta el granero, la apoyaron en una vieja mesa, apartando las herramientas con las que solían trabajar. Un hombre le agarró los brazos, alzándolos sobre su cabeza mientras el pelirrojo sacaba un *sgian dubh*, y llevaba hasta su cuello, presionando suavemente la afilada punta.

Un pequeño hilo de sangre corrió por entre sus desnudos pechos mientras temblaba. Apretó los dientes, decidida a no dejarse por el miedo mientras buscaba una ruta de escape.

—Por haberle roto la nariz a George, él será quien te tome primero, *selkie* —enseñó sus blancos dientes en una sonrisa—. Veremos esta noche cuanto de mágico tienes, muchacha.

Negó varias veces con la cabeza. Llamó su atención ver a George sacar su miembro de las calzas y abrirse paso entre sus piernas, alzándole las faldas.

—¡Soltadme inmediatamente, asquerosos...! —jadeó, en busca de aire.

Al sentir el caliente miembro del hombre en su muslo, echó la cabeza a un lado y vomitó todo lo que había cenado, dejando su estómago vacío. Todo lo que le rodeaba se nubló.

Los hombres se rieron mientras ella tosía.

—¡Sí que le repugnas, George!

—Maldita puta —gruñó algo en gaélico y agarró su pierna—, veremos qué opinas tras tomarte.

Los otros dos hombres, distraídos y riéndose por la cutre escena, comenzaron a hablar mientras el olor a alcohol llegaba hasta ella.

Retorciéndose en la mesa, su codo dio con algo. Mirando hacia arriba, vio unas tijeras que esa tarde había utilizado para coser dos vestidos viejos y que se había dejado allí cuando Marianne la había llamado. Sus manos estaban fuertemente

agarradas, sudadas por el miedo mientras varios escalofríos recorrían su columna vertebral.

Suavemente, sin tirar de sus manos, pensó que quizás el sudor podría ayudarla a que las manos se le escurriesen sobre el hombre.

Justo al sentir que George estiraba una mano pegajosa para penetrarla, utilizó toda su fuerza para lograr soltar una mano. Sin perder un segundo, cogió las tijeras y se incorporó lo suficiente para clavarlas en el cuello del violador. Un reguero de sangre le salpicó el rostro, pelo y pecho mientras los otros dos hombres maldecían, soltándola para ir corriendo hacia el herido, que se había desplomado en el suelo como un árbol recién talado.

Bajándose de un salto de la mesa, abrió la puerta del granero y salió corriendo, sorprendiéndose de que no le temblaran las piernas.

Agarrándose las faldas e ignorando el mortal frío, comenzó a correr y correr, sintiendo los erráticos latidos de su corazón en una desenfrenada carrera. Una carrera por la supervivencia. El sudor de su frente y del resto de su cuerpo ocasionaba que sintiese más profundamente el frío.

Maldijo no haberle hecho caso a Beth y no haber permanecido en la habitación. No era de aquella época, no estaba acostumbrada a ese comportamiento en los hombres.

Algunas personas del clan la miraban con curiosidad, sin ver la sangre que la cubría por la oscura noche, excepto una muchacha de pelo rojo que soltó un grito y se fue hacia su casa, gritando en gaélico. Ahora más que nunca creerían febrilmente que era una *selkie*.

Al llegar al lago fuera de las murallas del castillo, dejó que las primeras lágrimas de miedo se derramaran por sus mejillas.

Intentando coger agua para quitarse la espesa sangre de la cara y el pelo, soltó un gemido. Se había congelado las puntas de los dedos.

Frustrada, golpeó el pasto con las manos.

—¡Joder! —su voz, temblorosa, la desarmó—. Por favor, por favor, para... —murmuró dejándose caer en el suelo, sin saber a dónde ir.

—¿Hay alguien ahí? —la voz de una mujer mayor la hizo levantarse con inestabilidad, cayendo nuevamente al suelo.

—¡Por favor, señora, ayúdeme! —corriendo hacia ella, se desplomó a sus pies. Se agarró de sus elegantes faldas—. ¡Por favor, ayúdeme!

—Tranquila, muchacha, tranquila. ¡Por todos los Santos! ¡Tienes sangre! ¿Han sido unos desarmados? Ven cariño, te llevaré a mi casa. Apóyate en mí.

El rostro de la mujer se grabó a fuego en la memoria de Alba. ¿Un ángel? No estaba segura pero no podía haber aparecido en mejor momento.

Alba sonrió a la mujer mientras le curaba un corte que tenía en el labio. Su lustroso pelo negro vetado con algunas canas no la afeaba en nada, pensó. Sus ojos azules la miraban con suspicacia mientras untaba en la barbilla, brazos y piernas el ungüento.

Gimió.

—Sé que escuece, muchacha —soltó un suspiro—. Me alegro de haber guardado algunos cubos de agua caliente, olías fatal.

—Me temo que vomité —murmuró mientras se tapaba con una pesada manta—. No puedo agradecerlo lo suficiente...

—No te preocupes, hija. Sé lo salvajes que se pueden volver los hombres, sobre todo cuando beben tanto. Voy a servirte un poco de caldo. Por cierto, ¿no eres la *selkie* que dicen todos que nuestro laird ha capturado de las aguas?

Alba soltó una histérica carcajada.

—Solo soy una corriente mujer que ha recibido la hospitalidad del laird.

La mujer soltó una suave carcajada.

—No solo se dice eso. Se cuenta que le has robado el corazón, o mejor dicho, hechizado. Siéntate muchacha, te serviré un poco de caldo para calmar esos nervios que tienes —sentándose en la silla, miró el cálido hogar de la mujer. Debía de tener dinero, ya que su casa era un poco más grande que el resto del clan. Todas de una planta, aquella se extendía para que la habitación estuviese separada de la cocina—. Me llamo Mary MacLeod, madrastra del laird Cameron.

Alba abrió los ojos por completo.

—¡Por eso me sonaban tanto vuestros rasgos! Era a Aedan.

Con una sonrisa, asintió. Le colocó el plato delante.

—Lamento que mi hijo no haya hecho nada.

—Estaba... Algo tocado por la bebida, me temo.

—Hombres... —bufó—. Dentro de poco volverá Cameron. Podrá el grito en el cielo al enterarse de lo que te han hecho, muchacha.

No queriendo hablar más de ello, no le dijo que no la habían violado. De todas formas, no la creería.

—Me temo que... cuando se entere me echará de su clan —apretó los labios y contuvo otro estremecimiento.

—¿Por qué, cariño? —le acarició el pelo, ahora limpio y húmedo.

—Ma... —tragó saliva y miró el caldo—. Maté a uno de los tres hombres que me atacaron.

—¿Lo mataste? ¡Pero, muchacha! Eso no puedes hacerlo.

—No me arrepiento, Mary. Era él o yo y... lo hice.

—¿Estás segura de que lo mataste? Quizás, solo esté malherido.

—Le clavé unas tijeras en el cuello —musitó, temblando al recordar la espantosa escena y pensando que nunca en su vida se habría imaginado en una situación parecida.

Se había imaginado que al llegar a esa convulsa época su vida cambiaría, pero nunca que acabaría con la de uno.

Se limpió una lágrima y tomó el caldo con rapidez. La mujer la miró con tristeza.

—Temo que las mujeres hemos venido a este mundo solo para satisfacer a los hombres.

Alba no pudo contener su lengua.

—No lo creo, señora.

—¿No? ¿Por qué entonces somos más débiles y los necesitamos?

—Ellos también nos necesitan a nosotros. No creo que sea eso, con mi debido respeto.

Asintiendo, Mary se levantó de la silla, dejando una vela encendida.

—Me iré a dormir. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites, Alba. El sillón es lo suficientemente grande para que quepas en él —le dio un beso en la frente—. Buenas noches, querida.

—Buenas noches, y gracias.

Quedándose sola, dejó que los temblores se adueñaran de su cuerpo, escondidos en lo más recóndito de su ser todo ese tiempo para que Mary pudiera irse a descansar. ¡Qué milagro que hubiese aparecido! Al verla había sentido esperanza, calidez y salvación.

Herida, cubierta de sangre y tirada en la orilla del lago no habría sobrevivido. Bien por el infernal frío o bien por si los hombres la hubiesen encontrado para acabar lo que habían empezado. U otro hombre... fuese como fuese, se encontraba a salvo, caliente bajo el techo de la madrastra de Cameron.

Aunque no sabía por cuánto tiempo.

Sus días estaban contados.

Tras fregar el cuenco de madera, se tumbó en el sillón, abrigada con la manta y mirando fijamente la tenue luz de la llama. Sola, sintiéndose perdida en aquella cruel época, más lágrimas volvieron a derramarse.

Capítulo 12

—¿Dónde está, Beth? —la muchacha se encogió en la esquina de la cocina mientras la furiosa mirada de su laird la fulminaba—. ¿Dónde está Alba? Respóndeme ahora mismo.

—Cálmate, Cameron. Estás asustando a la muchacha —habló Robert con voz pausada.

Asintiendo, cogió aire y se pasó una mano por el rostro.

—No lo sé, mi laird. Hace... Hace tres días vuestro hermano hizo una cena que se salió un poco de las manos y... desapareció. No he vuelto a verla desde entonces.

Cameron estuvo a punto de dar otro paso hacia la sirvienta cuando Broc y Robert lo pararon por el brazo.

—¿Cómo que ha desaparecido? —bramó.

—Marianne... —tragó saliva mientras contemplaba los inyectados ojos del laird—. Yo le dije que no era buena idea, mi laird. Le dije que cenara conmigo en la cocina o en nuestra habitación pero ella...

—¿Vuestra habitación? —inquirió. Luego sacudió la cabeza—. Alba tiene sus propios aposentos.

Beth se miró las manos.

—Me temo que... No.

—¿Cómo que no? —gruñó apretando los puños y la mandíbula.

—Cameron, deja de comerte a la muchacha y deja que hable. Si no, nos llevaremos todo el día así y no averiguaremos nada de Alba.

Dándose cuenta de que llevaba razón, suspiró y asintió. Se apoyó en la mesa de la cocina mientras los demás sirvientes escuchaban los gritos desde el patio.

—Marianne... le retiró la habitación. Desde ese día dormía con los sirvientes —Cameron chasqueó los dientes. Los nudillos se volvieron blancos cuando golpeó la mesa. Broc parpadeó, sorprendido por la noticia. Robert murmuró algo—. Trabajaba todo el día sin quejarse. Esa noche... le dije que lo más conveniente era que cenara en...

—Eso ya lo has dicho, maldita sea —murmuró.

—Por favor, Beth, sigue hablando —la voz de Robert la tranquilizó.

—Los hombres bebieron demasiado y... la perdí de vista. No sé nada, mi laird. He intentado obtener información pero nadie sabe nada de ella. Marianne me ordenó que dejara el tema.

Sin esperar un segundo más, salió al exterior abriendo de un portazo la puerta. Todos los trabajadores se sobresaltaron y dejaron de hacer las tareas.

—Robert, Broc, preguntad a todos y cada uno de los que trabajan en el castillo sobre lo que ha sucedido durante mi ausencia y lo que pasó tres días antaño. Yo me ocuparé de Marianne —el nombre lo soltó en un gruñido—. Nada más sepáis algo de Alba, decídmelo inmediatamente.

Ambos asintieron.

Ignorando los saludos de la gente del clan y otros criados, subió hacia la habitación de Marianne con el cuerpo tenso y cansado por la cabalgada. Hacía apenas un par de horas que había llegado, recibido por su clan. Había buscado con avidez el rostro de la española entre ellos, sin verlo por ningún lado.

Se le había pasado por la cabeza que quizás estaba enferma o trabajando con Beth. Aun así, le había extrañado... Qué ingenuo. Ella lo habría recibido. Estaba completamente seguro.

Cruzándose antes con los aposentos de su hermano, abrió la puerta sin llamar, encontrándose a Aedan entre los muslos de una muchacha de cabellos oscuros. La mujer soltó un grito, Aedan alzó la cabeza y suspiró cansadamente.

—Ven, hermano. Tenemos que hablar.

Viendo el enfurecido rostro de su hermano, asintió. Le dio una nalgada a la mujer.

—Volveremos a vernos, muchacha. Me ha encantado probar la miel que tienes entre tus muslos.

Sonrojada, la muchacha se vistió con rapidez y salió de la habitación no sin antes hacerle una reverencia al laird.

Tras vestirse, se rascó la cabeza.

—¿Sucede algo? He ido a tu llegada.

—No encuentro a Alba —su voz sonó helada. Se acercó hasta tener la frente pegada a la de él—. ¿Se te ha olvidado contarme algo?

Su hermano frunció el ceño.

—No, ¿por qué?

—Beth me ha contado que ha desaparecido. Desde hace tres días no hay rastro de ella por ninguna parte. ¿Es que no te has dado cuenta? ¡Te pedí que le echaras un vistazo!

Al ver que no decía nada, soltó unas palabrotas. Miró la habitación, con jarras y recipientes de vino por todas partes. ¿Cómo le podía haber dejado la protección de Alba a él sabiendo su perdición por la bebida y las mujeres? Todo era su culpa. No lo había planeado bien, pero tampoco se había esperado los cambios que se producirían tras su marcha.

—Ven, iremos a hablar con Marianne.

Saliendo de los aposentos, su hermano lo miró con confusión mientras se pasaba las manos por el pelo revuelto.

—¿Qué tiene que ver ella en esto?

Sin aguantar más, agarró a su hermano por la camisa y lo empujó contra la pared.

—¿Es que no sabías que Marianne la ha hecho dormir con los sirvientes? ¿Qué ha trabajado horas y horas con este frío sin estar acostumbrada a él? Demonios, Aedan, te pedí que la cuidaras. Te dejé Dunvegan.

Su hermano asintió.

—Lo siento, hermano. No pensé que todo esto iría así.

Sin dirigirle la palabra caminó con rapidez hasta la habitación de Marianne. Esperó unos segundos para intentar recobrar la tranquilidad, él sabía lo difícil que era la hermana de Alasdair para hablar de algo que no tuviera que ver con su persona. Al ver que no daba resultado, la abrió de un portazo.

Los ojos de Marianne relucían.

—¡Mi laird! Esperaba que vinieseis a verme, ya que no me habéis mirado al recibirnos con el resto del clan, ¿qué tal ha ido todo? —dijo levantándose de la cama con excesiva alegría.

—Dime qué ha pasado con Alba, Marianne —la agarró del brazo y la trajo hacia él sin hacer caso de la mueca de dolor

—¡Me haces daño!

—¡Habla de una maldita vez, mujer! —la zarandeó con suavidad. Al ver que su hermano pensaba meterse, lo retuvo con la mirada. Volvió a concentrarse en ella, acercándola a su rostro— O me dices inmediatamente qué sucedió o te llevo ahora mismo a las tierras de tu hermano, deshago el compromiso con Aedan y rompo las alianzas...

—¿Por qué? —gritó arañándole las manos con las uñas—. ¡No es más que una estúpida y tú estás dispuesta a llevar la guerra a tu clan por ella!

—Marianne...

—¡Nunca he tenido tu atención, me has despechado como una puta...!

—Dime inmediatamente dónde está, Marianne —al ver que no hablaba, gruñó y miró de soslayo a su hermano—. Haz que preparen el equipaje de...

—¡Demonios, te odio Cameron MacLeod! ¿Quieres saber dónde está tu puta? —graznó soltándose de él. La rabia que vio en sus ojos le sorprendió—. Salió a tomar el aire cuando George se puso demasiado pesado pero, ¿sabes lo peor? ¡Fue asquerosamente follada por tres de tus hombres! —soltó una carcajada al ver el rostro de Cameron, totalmente pálido. Aedan pestañeó varias veces y se apoyó en la puerta, como si no fuese capaz de aguantar su propio peso—. ¿Después? No lo sé, no he vuelto a saber nada de ella pero... ¿Te cuento un secreto? —acercándose nuevamente sin dejar de sonreír, ignorando los signos evidentes de furia que mostraba el laird, alzó una ceja y murmuró en su oído— George y los otros dos me pidieron permiso para violarla en el granero mientras se la echaban sobre el hombro. Deberías de haber visto la cara de esa guarra pidiéndome clemencia...

Cameron la golpeó con el dorso de la mano. Marianne cayó al suelo y escupió sangre, sonriendo.

—¿Qué opinas de ella ahora, Cameron? ¿La sigues queriendo en tu cama?

—Pienso que estás loca, Marianne. Malditamente loca —murmuró mientras la adrenalina corría por sus venas—. Aedan, asegúrate de que no sale de sus aposentos. Me encargaré de ella cuando regrese.

Mientras las palabras de la mujer corrían por su mente, cerró la puerta y se apoyó en ella.

Sentía el descabellado sentimiento de que la había abandonado a su suerte. Nunca había creído posible que la locura y la envidia de Marianne superara los límites de la cordura. Y ahora, demasiado tarde, se daba cuenta de cuánto.

Tenía que encontrarla.

Vio a Broc y Robert, que se acercaban por su derecha a paso acelerado mientras sus pisadas resonaban en el pasillo del castillo.

—Cameron, una muchacha dice que vio a altas horas de la noche a una mujer llena de sangre correr dirección al lago, con las faldas agarradas como si la siguiese el mismísimo diablo.

Asintiendo, ignoró el sentimiento de miedo y desolación que poco a poco comenzaban a instalarse en su pecho. No quería pensar en cómo se encontraba, en cómo estaría, era demasiado saber la verdad y por su cabeza ya corría tal pensamiento. Alba, tan fuerte e independiente. Creyó erróneamente que al encargarse el cuidado del castillo y de ella a su hermano todo iría bien.

Se habían alargado necesariamente los días fuera, algo que había intentado evitar por todos los medios.

Cerró los ojos mientras ensillaba su caballo.

Necesitaba verla. Ya.

Llegando al lago, no rastreó el terreno. Habían pasado tres días, en los cuales el ganado había ido a beber allí, por lo que encontró pisadas de animales y personas. Miró las aguas transparentes desde su caballo. Se imaginaba a Alba, asustada, tendida en el suelo con los muslos empapados de sangre mientras intentaba limpiarse con la helada agua.

Se estremeció.

¿Qué haría? ¿Qué habría hecho? Alba no toleraba el frío, seguramente no habría bebido.

La angustia que sentía era tan grande que temía caerse del caballo. Sentía en lo más hondo de su ser que la había fallado. Ella, la muchacha que más sonrisas le había conseguido sacar desde la muerte de su mujer e hijo. Anhelaba verla sana y a salvo, curarle las heridas y estrecharla entre sus brazos, prometiéndole que nunca más volvería a pasarle nada.

¿Y lo creería?

Suspiró.

—Cameron, ¿y si preguntamos a tu madrastra? Su hogar no está muy lejos de aquí y quizás oyó algo —Robert le palmeó la espalda.

Asintiendo, dio la orden de que se dirigiesen hacia la pequeña casa de su madrastra, rogando a dios que estuviera allí sana y salva y, aunque sabía que era un estúpido al pensarlo, volver a la ver a la enérgica muchacha que conseguía sacarle hasta una sonrisa en los momentos más tensos del día.

Poco a poco vieron la pequeña cerca que rodeaba a las dos ovejas y las dos vacas que tenía junto con algunas gallinas. Vio una delgada figura trabajando en el huerto, arrancando las malas hierbas y guardando los vegetales listos en una cesta.

El corazón se le detuvo unos segundos.

Una melena oscura ondeaba al viento. Unas manos sucias consiguieron sacar un vegetal de un tirón antes de guardarlo nuevamente. Con un pañuelo en la cabeza, le era imposible ver el rostro. Reconocería ese pelo fuese donde fuese. Acelerando el paso, de la casa salió su madrastra Mary, sonriendo fríamente. El porte regio de la mujer seguía siendo igual al de años atrás.

La figura del huerto se tensó, sin darse la vuelta.

—¡Cameron, veo que has vuelto! Celebramos tu llegada.

Mirando a la figura, que se había llevado las manos al cuello, asintió.

—Sí, Mary. Busco a Alba.

—Deberías pasar para hablar...

—Tengo prisas, madrastra. ¿Puedes darme información sobre ella?

—Sí, pero para eso...

—Dila ya, mujer —su paciencia se agotó. Bajándose del caballo, fue hacia la muchacha que estaba agachada en el suelo. Estiró la mano para quitarle el pañuelo cuando Mary se interpuso entre ambos. Algo malicioso brillaba en sus ojos—. Aparta, Mary —. Su voz sonó peligrosa, demasiado. Incluso ella se atrevió a encogerse unos segundos antes de estirar el cuello.

—Llegó hasta a mí cubierta de sangre, con el vestido desgarrado y llorando desconsoladamente en las orillas del lago —las palabras de su madrastra fueron como un golpe para él. Apretó los dientes—. La abandonaste a manos de Marianne y, ¿ahora te encuentras con el derecho de reclamarla?

Miró con desesperación a la figura, que temblaba con violencia. Anhelaba rodearla con sus brazos, besar sus húmedas mejillas y prometerle que nunca más volvería a pasarle nada. Todo antes si lograba convencerla de que se quedara con él.

No, no le importaba que no fuese virgen.

Sentía la responsabilidad de desposarla. Sí, no admitiría que le había rondado aquella idea por la cabeza durante su tiempo fuera de Dunvegan, pero no había querido que sucediera así.

En cuanto se enterara de quienes la habían violado...

—Quiero hablar con ella —miró a la muchacha. Pudo ver su nariz, el perfil de su bonito rostro—. Cariño, Alba, mírame, por favor...

Alba se había tensado al oír a unos hombres acercarse a caballo. Mirando de reojo, su pulso se había alterado al ver a Cameron, tan apuesto sobre su caballo mientras miraba la pequeña casa de arriba abajo y, cuando clavó sus tristes ojos grises en ella, un profundo dolor penetró en su pecho, dejándola sin aire.

No soportaría ver el odio en sus ojos.

No en él.

Su olor a menta y hombre llegaban hasta ella. Podía sentir su calidez a pesar de no estar tocándola.

Y oír cómo la llamaba cariño, con la voz desgarrada, la había hecho gimotear como si no fuera más que una marioneta en sus manos. Deseaba tirarse a sus brazos y decirle que, aunque la echase del clan, no se arrepentía de haber matado al asqueroso de George. Y no pensaba volver a tolerar a Marianne, lo que supondría sin lugar a dudas su partida de allí.

Todo ello acarrearía la muerte de Cameron por envenenamiento, lo que le hacía dudar sobre lo que debía o no de hacer.

Levantándose del suelo, sus rodillas temblorosas parecían poco dispuestas a aguantar su peso. Se giró poco a poco hasta mirar el atractivo rostro del hombre que había rondado sus sueños durante días y días. Su rostro lucía cansado, pero la tensión de sus hombros indicaba que todavía le quedaba suficiente energía para solucionar cuanto antes ese asunto. Se preguntó qué estaría pensando de los morados en su cara y del corte que tenía. Cuando estiró un brazo con duda, como si pensase que ella lo iba a rechazar, se lanzó al refugio de su pecho y se pegó a él. Siendo rodeada, sintió seguridad y protección.

Sintió sus labios en el pelo.

—Perdóname, *mo rùin* —murmuró—. Yo... No tengo palabras para poder decirte lo que siento. Pensé que estarías bien con Aedan.

Alba evitó las miradas de Broc y Robert. No quería su compasión, solo dejar atrás el negro recuerdo de ser inmovilizada en la mesa, sentir unas manos acariciando con brutalidad su vulnerable pecho y el caliente pene de George en el muslo.

Una arcada la tiró al suelo, vomitando el desayuno.

Mientras Cameron le aguantaba el pelo, lo oyó maldecir. Sí, sabía lo que estaría pasando por su cabeza. Que la habían violado y encima, estaba embarazada. Pero no, era el amargo recuerdo de hace tres días lo que había causado que su estómago se vaciara.

Broc murmuró algo en gaélico.

—Deberías preguntarle a la muchacha qué prefiere hacer, Cameron —Robert se pasó una mano por el pelo—. Quizás... estando allí Marianne y los hombres se sienta más cómoda aquí.

Las palabras de su amigo parecieron sentarle fatal a Cameron, que no había contemplado esa opción. Y Alba lo prefería. No se imaginaba conviviendo con la mujer que la había condenado a vivir una de las peores experiencias de su vida.

Cameron le agarró con suavidad el rostro entre las manos.

—¿Te parece bien que te lleve al castillo para solucionar esto? Luego podrás decidir qué hacer. Yo te lo permitiré —le acarició la magullada mejilla, estremeciéndose por la rabia—. Antes necesito hablar contigo, *lass*. A Solas.

Ella miró a Mary, que asintió.

—Las puertas de mi casa están abiertas a ti, querida. Vuelve, si quieres.

Asintiendo, Cameron la montó en su enorme caballo. Colocándose detrás de ella, le envolvió la cintura con un brazo.

—Gracias, Mary. Me aseguraré de que se te recompense.

—No hace falta, *laird*. Cuida de ella.

Asintiendo, prendieron el trote hacia el castillo. A medida que se acercaban, los recuerdos se hacían más y más vivos. Recordaba la perdida mirada de George cuando le clavó las tijeras en el cuello. La sangre cayendo sobre su rostro, pelo y pechos desnudos mientras caía derribado al suelo, llevándose una ancha mano al cuello.

Correr. Necesitaba correr.

Cameron le dio un apretón que no consiguió tranquilizarla.

Gritos. Recordaba sus gritos pidiendo ayuda, tirada en la orilla del río mientras la pegajosa sangre formaba costras en su magullada piel. La sonrisa satisfactoria de Marianne.

No lo pudo aguantar más.

—¡Para! —gritó, asustada—. Para, por dios, no puedo entrar —musitó antes de llevarse las manos al rostro. Temblaba—. No puedo.

Cameron suspiró pesadamente.

—Nadie va a hacerte daño, Alba —besó su mejilla—. Antes tendrían que pasar sobre nosotros. Nadie.

—Yo... yo... —rehuyó la mirada de Broc—. Maté a un hombre.

Robert decidió hablar, pareciendo el más tranquilo.

—Llegaremos al salón...

—Prefiero... ¿No podemos hablar aquí? —su voz sonaba ridículamente patética, opinó.

—¿Tanto miedo tienes? ¿Puedes confiar en mí una última vez, Alba? Te prometo que no volverá a pasarte nada.

Unos minutos más tarde, se encontraba en el salón con Cameron, Robert y Broc. Beth llegó un poco más tarde, con las mejillas arrojadas. Aedan también entró, colocándose en una esquina mientras inspeccionaba a Alba con la mirada. Su hermano gruñó. Él retiró la mirada.

Para sorpresa de los hombres, corrió hacia Alba con los brazos abiertos. Aceptando el consuelo, sonrió de alegría mientras la oía llorar.

—¡Och, Alba! No sabía nada de ti y no me permitían ir a buscarte. ¿Te encuentras bien? Por todos los Santos, me has quitado diez años de vida. Marianne no paraba de murmurar que...

Se calló repentinamente, como si se acordase de ante quien estaba.

—Beth, gracias por venir. Queremos que todo esto se aclare.

—¿Marianne no vendrá? —la voz de Alba no tembló.

Los ojos grises del laird estaban clavados en ella.

—No, está encerrada en su habitación. Cuéntame, por favor, todo, Beth. Sé que Alba minimizará el problema.

Asintiendo, la criada suspiró.

—A medida que pasaban los días de vuestra partida, Marianne fue tomando las riendas del castillo. A nadie le pareció extraño, ya que era vuestro hermano quien en ese momento debía custodiar al clan y ella, al ser su futura esposa, también tenía poder. Poco a poco... Alba fue tratada como una sirvienta. Sus aposentos se le confiscaron, al igual que los vestidos que me ordenasteis que colocara en el ropero —cogiendo aire, se apretó las manos contra el estómago—. Dormía con nosotros, trabajaba las mismas horas.

—¿Se consintió?

—Vuestro hermano no era consciente de ello... —dejó caer, desviando la mirada—. Y no ordenó lo contrario...

—¿Qué estabas haciendo tú para no darte cuenta de todo esto, Aedan? —a medida que había hecho la pregunta el tono de su voz había aumentado. Aedan respondió en gaélico, cruzándose de brazos—. Entiendo, entre los muslos de alguna criada. ¿Es que acaso no vales para cuidar un castillo durante unos días? —bramó, dando un puñetazo en la mesa. Las copas temblaron.

—Lo siento —gruñó—. No... No fui consciente de nada. No lo habría permitido. Tengo en alta estima a...

—¿Alta estima? —Cameron bufó, interrumpiéndole—. Continúa, Beth.

—Algunos días ella comía con nosotros en las cocinas o cuando terminaban vuestro hermano y los demás.

—¿Por qué? —gruñó. Beth se sobresaltó.

—Deja de hablarle de esa manera, Cameron —Alba lo miraba con el ceño fruncido—. La asustas y ella ha sido mi único apoyo aquí.

Él asintió. Estaba descargando su furia contra la única persona que había apoyado a Alba desde el primer momento. Beth no la había abandonado... *No como tú*, se dijo con pesar.

—Perdona, muchacha.

—No es nada, mi laird. Bueno... Corrieron los rumores de que Alba era una bruja. Se decía que os había hechizado para casaros con ella y gobernar el clan. Nadie quería tocarla, se decía que por las noches echaba maldiciones a todo aquel que le dedicaba...

—¡Eso es mentira! —explotó, levantándose de su asiento—. ¡No soy bruja ni una maldita *selkie* de esas!

—Lo sé, *mo rùin* —todos en la sala miraron a Cameron perplejos. Se preguntó por qué sería. Poco a poco una sonrisa apareció en el rostro de Beth—. ¿Qué pasó esa noche?

—Esa noche... Le pedí a Alba que cenara con nosotros, no en el salón. Las cenas eran lo único en lo que Marianne no se metía ya que Aedan siempre la invitaba a ocupar un sitio a su lado. Tenía el presentimiento de que sucedería algo —. Miró a Aedan de reojo y se sonrojó.

—Habla con tranquilidad, Beth, nadie te pondrá las manos encima. Tienes mi palabra.

—Mi laird... solo os diré que la cosa se descontroló un poco, habían bebido demasiado y cuando quise asegurarme de que se encontraba bien, desapareció. Fui a buscarla al patio exterior pero lady Marianne me echó amenazándome con expulsarme del clan si me atrevía... —Beth tembló— a deciros algo.

—No serás expulsada, Beth —pasándose una mano por la frente, se apartó algunos mechones cobrizos. Alba lo miró con desesperación—. Alba...

—No quiero hablar de esto.

—Será solo un segundo, después todo terminará. Tienes mi palabra.

Apretando los dientes, maldijo en español. No le quedaba otra, tendría que hacerle pasar otra vez aquel tormentoso suceso que se grabaría para siempre en su cabeza. Odiaba hacerla sufrir de esa manera pero necesitaba reconstruir por completo todo lo que había pasado antes de tomar una decisión.

—Un hombre, George, me sacó a bailar. Intentó tocarme varias veces durante el baile, por lo que le amenacé si volvía a propasarse, le dije que se lo haría pagar muy caro —suspiró y miró la pared, incapaz de aguantar tantas miradas sobre ella—. Salí al patio exterior al ver cómo poco a poco se descontrolaba el salón. George... George me siguió, junto con dos hombres más. Uno de ellos pelirrojo, y el otro tenía poco pelo. Me... —contuvo las lágrimas que ardían en sus ojos e intentó dominar la furia que sentía— estaban llevándome al granero cuando vi a Marianne —clavó sus desoladores ojos en Cameron y una lágrima se deslizó por su pálida mejilla—. Le pedí, le supliqué que me ayudara, que me iría del castillo aquella misma noche —soltando una risa histérica, inconscientemente se abrazó—. Me dijo que ya veríamos si el laird volvería a poner las manos sobre una puta como yo.

Cameron se levantó bruscamente, haciendo caer la silla hacia atrás. Le daba la espalda, pero por los movimientos de su respiración veía lo inestable que estaba. Se llevó las manos al rostro, maldiciendo.

—Me llevaron al granero —continuó. Supo que Cameron la escuchaba al ver un tic en la mandíbula—. Me tendieron sobre la mesa...

—Para—. Suplicó ante las imágenes que se formaban en su cabeza.

—Me agarraron de pies y manos, me desgarraron el vestido y el pelirrojo me puso un puñal en el cuello. Si gritaba, me mataban. ¿Sabes? —susurró con tristeza— Deseaba tanto morir que... habría gritado de no ser por ciertos motivos que... no importan ahora. George estaba a punto de violarme cuando agarré unas tijeras y se las clavé en el cuello. Su sangre me mojó por completo, aproveché ese momento de distracción para correr hacia el salón y limpiarme.

Al darse la vuelta, vio una chispa de esperanza en los bonitos ojos del highlander.

—¿Cómo conseguiste soltarte? —preguntó suavemente Robert al ver que el laird no era capaz de musitar palabra alguna.

—Tenía... el cuerpo lleno de sudor por el miedo y el terror. Mis manos consiguieron resbalarse de las del hombre, húmedas de la cerveza, supongo —apretó los ojos—. Maté a uno de tus hombres, Cameron —él dio un paso hacia ella—. Me encantaría poder decir que me arrepiento de haberle quitado la vida a alguien, pero era él o yo. Y nunca, nunca me rindo. Ni puedo ni quiero borrar lo que hice.

Permaneciendo unos segundos en silencio, asintió.

—Salid todos, Robert, Broc, aseguraos de encontrar a Donald y a los otros hombres. Encarcelarlo, me ocuparé más tarde de él. Aseguraos de que Marianne no sale de su habitación.

Quedándose a solas, Cameron la miró. Fue hasta ella y la abrazó con fuerza, enterrando la nariz en su pelo y oliendo lavanda.

Se sentía tan... inútil. Nunca antes había experimentado un sentimiento similar, pero Alba siempre conseguía que todo fuese diferente, para bien o para mal.

Ella le correspondió al abrazo.

—¿Piensas echarme de tu clan?

Extrañado, la separó de sí mismo.

—¿Echarte? Por Dios, muchacha, no —agarró su rostro con las manos. Ella colocó encima las suyas—. ¿Crees que voy a echarte por matar al cerdo de George? Has hecho lo que tenías que hacer y, a pesar de ello, nunca lamentaré más en mi vida no haber estado a tu lado. Espero que puedas disculparme, *mo rùin*, porque yo no podré.

Pestañeando, lo miró.

—¿De qué hablas? No ha sido tu culpa, admito que más de una vez se me cruzó por la cabeza hablar con Aedan pero... no quería que los demás pensasen que hacía gala de una posición privilegiada. Quería ganarme el alimento como hacían los demás.

—Deja de compararte con los demás, Alba. No tienen nada ver contigo — suspiró y se sentó en la silla, colocándola en su regazo—. Entonces... ¿por qué vomitaste? Esta mañana, al vernos.

—No, no estoy embarazada. Es imposible, no les dejé violarme. Recordé... Recordé cuando toda esa sangre pegajosa cayó sobre mí. Es... asqueroso —se estremeció—. Los hombres se convierten en bestias al estar ebrios.

—Yo nunca me pasaré contigo, *lass* —le besó las manos—. Nunca.

—Lo sé —sonriendo, le dio un beso suave. Lo que en un primer momento quiso que fuese un beso de bienvenida, truncó sus planes. No se había dado cuenta de lo mucho que había extrañado sus besos. El sabor de sus labios. Posó otra vez su boca sobre la de él, obteniendo apenas una leve respuesta. Lo miró con una ceja alzada—. ¿Por qué no me besas?

Y ahí estaba él, como si fuese un hombre de piedra, mientras que ella ardía de deseo por sentir sus manos y su boca por todo el cuerpo, que borrara los amargos recuerdos. Pegando los pechos al torso de él, vio que algo todavía lo atormentaba. Un intenso calor se había instalado en sus pechos, haciéndolo pesados. Un inmenso calor cosquilleante en su sexo la hizo cruzarse de piernas, sintiendo cierto alivio.

Lo deseaba tanto...

—¿Cameron?

—¿Me deseas? —su voz ronca como el terciopelo le erizó el vello.

Sonrojándose, acarició el torso, sintiendo los fuertes músculos que lo componían. ¿Qué si lo deseaba? No había visto ni tocado hombre más atractivo y sensual que Cameron MacLeod. Desde su coqueta y bonita sonrisa, su cuadrada mandíbula cubierta por el vello después de haber estado tantos días fuera. Sus manos grandes, su cuerpo... no había pedazo de él que no deseara.

Su mirada debía de decirle todo lo que pensaba, ya que él la agarró de la cintura para sentarla a horcajadas. Sin nada bajo el vestido, excepto las medias que llevaba hasta la rodilla, sintió directamente sobre los pliegues de su sexo la erección de Cameron, tapaba por el kilt.

Tragando saliva ante la intensidad de su mirada, lo besó con la boca abierta para demostrarle lo mucho que lo deseaba. Consiguió sacarle un gemido cuando se frotó contra ella, haciendo una deliciosa presión sobre su inflamado clítoris.

Apretó los dientes.

—Siento tu calor, *mo rùin* —lamió su cuello antes de deslizar las manos hasta los muslos, acariciándolos y subiendo poco a poco—. Demonios, te deseo desde que te vi saliendo del lago con los largos cabellos mojados, mirando a todos lados mientras el viento impactaba contra ti. Mojada, exótica... —depositó besos en su clavícula—. No sé qué he hecho para que te cruces en mi camino, pero lo agradezco.

Sintiendo sus manos en los glúteos, palpó el vello de su corta barba, sonriendo mientras buscaba sus labios.

—Pareces un bárbaro con esas barbas —le lamió los labios y se separó. Se rio al ver su rostro.

—Por cierto, ¿por qué Marianne dice siempre que acabarás por irte? ¿No quieres quedarte en mi clan, Alba?

Cerrando los ojos, pensó en la manera de salir de aquel nuevo problema.

—No.

—¿Entonces? ¿Son palabras que dijiste para disuadirla?

La esperanza que había en su voz la obligó a mentir.

—Sí, solo para eso —sonrió con tristeza—. Solo quiero quedarme entre tus brazos.

—A ese sitio eres siempre bienvenida.

El cariño de su voz fue un calmante para su nervioso y excitado cuerpo, todavía con la experiencia de aquel fatídico día.

De repente, se cuestionó si su hogar no estaría allí, entre los brazos de Cameron.

Capítulo 13

Había pasado un mes ya desde que finalmente decidió quedarse en el castillo Dunvegan junto a Cameron.

Su vida había vuelto a una etapa tranquila, en la que poco a poco su relación con él era más apasionada. Le había extrañado que a pesar de haberse insinuado más de una vez, él no quisiera pasar más allá de unos besos y caricias.

Luego pensaba que, quizás, si se acostaba con ella podría quedarse embarazada, atándolo a ella irremediablemente. También llegaba a la conclusión de que, quizás, al ser ella del futuro no podía quedarse embarazada de Cameron. No sabía con qué reglas estaba jugando, desconocía totalmente si volvería o no a su época o se quedaría allí.

A veces se sentía tan perdida que la tentaba romper muebles y tirarse a las frías aguas, deseosa de que la situación se aclarase de alguna forma.

Por otra parte, Marianne se había casado con Aedan y por consideración a ella, se habían ido a las afueras, justo en el territorio que habían incorporado los MacLeod con el matrimonio de ambos. Allí, con algunos hombres, se estaba construyendo lo que sería su hogar, lejos de ella.

Marianne tendría una triste vida junto a Aedan. Él seguía persiguiendo las faldas de las mujeres sin honrar su matrimonio con la bella hermana de Alasdair. A pesar de haber sentido cierta congoja, supo que Marianne no se merecía que sintiera nada hacia ella. Ni siquiera rencor. Indiferencia era lo que mejor describía sus sentimientos hacia ella.

Alasdair, enterado de lo que había sucedido, se mostró desde un primer momento dispuesto a colaborar, a pesar de las súplicas de su hermana de mantenerla allí. A pesar de no haber estado delante, pues se lo había pedido a Cameron, había oído los gritos de Marianne maldiciéndola, culpándola de haber alterado las vidas de todos.

No podía negar parte de la afirmación, pensó con una triste sonrisa antes de galopar en la yegua blanca que le había regalado Cameron. Muchos murmuraban que era la puta del laird y por ello recibía esos regalos. No le importaba, ya había conseguido entender que nunca sería de agrado de todos. Sería feliz sin importarle nada que no fuese ella misma.

Bajándose de la montura, inspiró el aire frío de febrero. Los días habían pasado con mucha rapidez, tanta que a veces pensaba en el 31 de diciembre, cuando cayó a las frías aguas del *loch* Ness, apareciendo allí.

En sus ratos libres disfrutaba de la compañía de Cameron, Beth o Mary, incluso cabalgaba y aprendía el arte de la espada con la ayuda de Broc y Robert, este último prefería el arco. Cameron se había mostrado reacio, pero debió de adivinar que nunca más querría sentirse indefensa, por lo que aceptó.

Yendo hacia el patio de entrenamiento, donde estaban los guerreros, miró la ancha y musculosa espalda del laird, desnuda y húmeda de sudor por el entrenamiento. Sus movimientos con la enorme espada era mientras su pelo, que le llegaba hasta los hombros, cobrizo oscuro, se movía cuando efectuaba un giro.

Los ensordecedores ruidos de los escudos y las espadas chocar la fascinaron. Se preguntó si algún día ella podría tener tanta habilidad como los soldados.

Broc, que sería quien la entrenaría hoy, dejó el grupo y fue hacia ella con una bonita sonrisa en su atractivo rostro.

—Muchacha, ¿estás preparada para llevarte algún que otro golpe?

Le dio una palmada en la espalda que estuvo a punto de derribarla.

—Por sup...

—No seas bruto con ella, Broc —le avisó Cameron sin dejar de luchar contra un guapo highlander rubio que acababa de recibir un golpe en el estómago que lo dobló en dos.

—No, clar...

—Cameron, no te metas —le regañó cogiendo una espada de madera—. Tú hoy no entrenas conmigo, por lo que no puedes hablar en la lección de hoy.

Los hombres la miraron con osadía, preguntándose cómo se atrevería a hablar así al laird.

Derribó al hombre tirando su espada y apuntando al cuello. Luego la miró y le guiñó un ojo.

—Claro que puedo, soy el laird.

Sonriendo, negó con la cabeza mientras seguía a Broc a una zona más apartada.

—Muy bien, muchacha. Ponte en posición de defensa. Voy a atacarte muy lentamente, solo tienes que parar mis golpes.

Asintió.

—Estoy lista.

Parando los lentos golpes de Broc, que también lo habría hecho hasta un bebé, se atrevió a esquivar rápidamente su espalda, golpeando el antebrazo con fuerza para desarmarlo. Le apuntó con la espada al cuello y sonrió.

—Me aburres, escocés. Y mucho.

Se escucharon unos silbidos. Eran los hombres que entrenaban. De reojo vio a Cameron, cruzado de brazos y las piernas algo abiertas. Sus labios estaban arqueados hacia arriba en una atractiva mueca.

—¿Quieres luchar de verdad?

Broc acababa de picar el anzuelo.

—¡Por supuesto que s...!

Broc se agachó y la hizo caer sobre el trasero, agarrándole los brazos con una mano mientras que con la otra buscaba la espada de madera para obligarla a la rendición.

Luchando contra el agarre, le dio un suave rodillazo en el pecho que lo dejó sin aire, cayendo a un lado. Rodó para alejarse de él.

Riendo a carcajadas, buscó a gatas la espada mientras lágrimas de risa nublaban sus ojos, oyendo el coro de hombres que la animaban. Soltó un grito cuando Broc la capturó y tiró de su tobillo, alejándola de la espada.

—¡Eso fue juego sucio, española!

Estirando el brazo, hizo un último intento por llegar hasta la espada de madera. Aguantando la risa, vio como Cameron desviaba la mirada hacia otra parte y le acercaba la espada con el pie. Una sonrisa torcida confirmó las sospechas de Broc, que se quejó como un niño de siete años.

—¡Cameron, eso no es justo! —aulló tumbado en la hierba con los brazos extendidos.

Alba sonrió y llevó la espada hasta su cuello. Los oscuros ojos del hombre brillaban divertidos y enfadados.

—¿Os rendís, caballero?

—Me temo que no contaba con que nuestro laird os ayudase.

—¡Bah! —lo miró de reojo, cuestionándose si no estaría volviéndose más y más atractivo a medida que pasaban los días. La fresca brisa movía los mechones de su frente, pegados a ella por el sudor del entrenamiento. Con una camisa blanca, algunos botones se habían desabrochado, dejando ver un musculoso pecho cubierto de una tersa piel—. Apenas ha sido... ¡eh!

Broc agarró la espada y tiró, haciéndola caer. Le arrebató el arma y la apuntó con ella mientras se sonrojaba.

Cameron la miraba con una ceja alzada, indudablemente preguntándose cómo había perdido si hacía apenas unos segundos la había sostenido entre sus dedos.

El laird fue hasta ella y ofreciéndole una mano, la levantó. Cerca de su cuerpo, se sintió aturdida por el olor que desprendía. Broc soltó una carcajada y algo en gaélico que hizo reír a los hombres.

—Nunca te distraigas, *lass*.

Humedeciéndose los labios, presa del deseo, asintió sin haberlo escuchado, pensando cuándo volvería a besarla.

Su descaro salió a la luz antes de que ella pudiera evitarlo.

—¿No me merezco un premio? —inquirió centrando toda su atención en él.

—¿Premio? —Broc se rio—. Has perdido, muchacha. El que se merece un premio soy yo.

A pesar de curvar las comisuras de la boca, Cameron lo ignoró y clavó sus vivaces y chispeantes ojos grises en ella. Eran como un cielo oscurecido por nubes grises, presagio de una tormenta. Se perdió en ellos.

—¿Premio?

—Sí, un premio.

—¿Qué tipo de premio?

—¿Qué crees que merezco?

Él aguantó la risa ante su juguetona actitud. Alzó una mano y acarició con el dorso de la mano su sonrojada mejilla. La caricia los sorprendió a ambos. Él sintió un ramalazo de placer que fue directamente a su verga. Incómodo por mostrar una erección ante sus hombres, la agarró del hombro con cierta brusquedad y la pegó a él.

Ella entreabrió los labios.

Maldita fuese...

—Deja de tentarme —gruñó.

Alba frunció el ceño.

—Deja de tentarme tú —llevó una mano hasta su cabello, ofreciéndole una caricia antes de llegar a su nuca y darle un tirón que estuvo a punto de hacerlo reír por la osadía que mostraba—. He perdido mi batalla por tu culpa.

—¿Mi culpa?

Lo sorprendió. ¿Qué culpa podía tener él? Él no era quien se pavonaba moviendo sus tentadoras caderas en un estrecho vestido, no quien se reía a carcajadas limpias mientras el brillo de sus ojos entumecía hasta al último de sus más feroces hombres.

—Sí, tú culpa —haciendo gala de su carácter, le guiñó un ojo—. Si vuelves a hacerme perder una batalla, me temo que tendré que tomar cartas en el asunto.

—¿Sí? ¿Puedes alertarme qué harás?

El viento movió uno de los mechones de su oscuro pelo, yendo hasta su rostro. Cogiéndolo, dio un suave tirón que le sacó un gemido. Un delicioso gemido. Se imagino devorando sus rosados labios, lamiendo su cuello para descender hasta sus tentadores pechos, sensibles con las cimas erectas...

Ella le dio un beso en la barbilla.

—Tendré que subirte esa falda que tienes y violarte, ¿quiere eso?

Y se dio la vuelta.

Perplejo y observándola, supo que Alba Duque nunca dejaría de sorprenderlo. Sonrió antes de contener una carcajada.

Horas más tarde y secándose tras mojarse con agua del cubo para refrescarse, seguía dándole vueltas y vueltas al desconcertante mundo que era Alba. El honor le obligaba a desposarla antes de acostarse con ella y, a pesar de eso, no le repugnaba. Por el contrario, la idea de que ella fuese su mujer lucía más atractiva cada segundo que pasaba.

Negó con la cabeza mientras se secaba, tenso por la descomunal erección que tenía tras las provocadoras palabras de la mujer.

Recordó a su mujer e hijo, fallecidos.

Le había resultado impensable enamorarse de otra mujer, siquiera casarse con ella, pues había sentido que le estaba quitando un puesto que se merecía mantener. Aún así, como jefe del clan MacLeod tenía que casarse, tener hijos y preparar a su primogénito para llevar las riendas del clan en un futuro.

Con el matrimonio entre su hermano y Marianne había sacado beneficio, no solo tierras, sino un vínculo con el clan MacLean aún más fuerte, si era posible.

Alba era una mujer fuerte, independiente y sin miedo a enfrentarse a los obstáculos de la vida. Aún con el mal sabor de boca por el encuentro con George y los demás, hombres que habían sido expulsados del clan, decisión que había tomado por sorpresa a muchos miembros. Esperaba que con esa represaría las violaciones en su clan fueran tomadas en serio.

Podía permitirse el lujo de tomarla como mujer.

Sintió la presencia de sus dos hombres de más confianza, Broc y Robert. Desnudos de cintura para arriba, se secaban con sus respectivas toallas mientras hablaban en gaélico de algún que otro hombre que había progresado en el entrenamiento.

—Cameron, cada día te vuelves más previsible.

Dándose la vuelta, alzó una ceja.

—¿Piensas tomar a Alba como tu mujer? —Robert se puso una camisa blanca y se la metió por dentro de los faldones—. Sé que sientes aprecio por la muchacha, como nosotros. Estáis coqueteando y, si no la desposas, podrían tomarla como una puta. O bien, cortarías por lo sano y dejarías de...

—Soy el laird, no he pedido tu consejo —gruñó. A pesar de ello, sabía que su amigo tenía razón.

Si no pensaba comprometerse con ella, debería dejar de tratarla de aquella forma. solo contribuiría a que una sombra de vergüenza se proyectase sobre ella. No, no quería eso, desde luego.

Robert le palmeó el hombro mientras Broc terminaba de vestirse, sonriendo.

—Si te preocupa que no pueda aportar nada al clan, con la boda de tu hermano Aedan has conseguido lo que tenías que conseguir para con tu clan: tierras y alianza. Las tienes.

—Es una buena mujer, amigo mío —Broc nunca perdía la sonrisa, pensó. Siempre parecía estar de buen humor, incluso cuando no era así.

—Eso lo sé, Broc.

—¿Y qué te impide tomarla como esposa?

—Ya he enterrado a una —murmuró pensando en su primera y querida esposa—. No es nada agradable. No deseo repetir la experiencia.

—La muerte de Anne fue un accidente, un desagradable accidente. Tu hijo... Sabes que las fiebres siempre están presentes. Desgraciadamente las cogió y no pudimos hacer nada por él.

A Cameron le sorprendía todavía lo muchísimo que le dolía pensar en su esposa e hijo fallecidos. Anne había aparecido ahogada en el lago, con el pálido cuerpo flotando mientras sus claros cabellos parecían oro fundido. Quedándose solo con su hijo, había pensado que sacaría la suficiente fuerza para mantenerlos a ambos a flote tras la desgraciada muerte de Anne.

Pero no. El Destino había querido arrebatarse el otro pedazo de su alma sin piedad alguna.

Y ahora aparecía Alba, una mujer viva y fuerte que le había demostrado que sí tenía alma después de todo. Sí, sabía que tenía que casarse, pero en lo más profundo de su interior temía que Alba corriese una suerte similar. Nunca lo admitiría delante de nadie, pero a veces tenía la sensación de que no había hecho todo lo necesario para proteger a Broderick, su hijo.

Sacudió la cabeza.

—Vayamos a cenar, no aguanto más.

Al llegar tomó su asiento y saludó a todos sus hombros, hasta a Angus, el hombre que se ocupaba de las caballerizas desde hacía diez años. Reservado, apenas hablaba con los demás, excepto asentir y hacer una mueca parecida a una sonrisa para responder a alguna pregunta o petición.

Pensó que tendría que ordenar que fueran a por Alba cuando apareció. Su pelo semi recogido, llegaba hasta sus costillas. Al verlo, le hizo una reverencia un tanto exagerada que lo hizo sonreír. Una calidez se instaló en su pecho.

Le hizo una señal para que se sentara a su lado. Mientras iba hacia él, saludaba a algunos de sus hombres. Desde Beth, que servía cerveza en una mesa, hasta a Angus, que asintió con la cabeza. En todo el clan Angus era conocido por resultar bastante atractivo a las mujeres.

Frunció el ceño.

Pasando por Broc, le dio un golpe en la nuca que sonsacó una risa a Robert.

Sí, poco a poco se estaba ganando el cariño del clan.

Sentándose a su lado, intentó no sentirse decepcionado cuando a él no le hizo ningún gesto.

—Me muero de hambre. ¿Qué tal tu día, laird?

Sin poder dejar de mirarla, tragó saliva y apretó su copa. Su polla se enderezaba a medida que el dulce olor de Alba llegaba hasta sus fosas nasales. Se removió, inquieto, en su asiento y comenzó a ponerle comida en un plato, dejándole caer en la boca algún que otro jugoso trozo de carne.

—Bien —gruñó.

Ella le sonrió ampliamente, agradecida, y devoró la comida con avidez mientras bromeaba con Broc y Robert. Escuchando su voz, sonrió por la forma en que arrastraba a veces las eses, soltaba expresiones en español cuando la sorprendían y respondía sin pelos en la lengua. A veces, ella le tocaba con la pierna, otras le apoyaba la mano en el antebrazo y aproximaba sus pechos sin dejar de mirarlo.

Sí, la vida junto a esa española de vivaces ojos verdes sería sorprendente, divertida, entre otras muchas más cosas. Sin embargo, el deber para con su clan lo llamaba. Cierto era que tenían provisiones, alianzas con otros clanes y un buen ejército para defenderse, además de tratar a su clan con justicia. Cuando pensaba estar con otra mujer, se imaginaba a una muchacha callada y sumisa, dispuestas a seguir todas sus órdenes, mientras que Alba siempre aprovechaba para discutir con él, como si intentase hacerle ver lo tonto que era.

Sonrió.

Alba se apoyó en su antebrazo, posando sus pechos, mientras lo miraba con una ceja alzada.

—¿Por qué sonríes? Como si te hubiese tocado la lotería.

Ella se puso pálida. Él frunció el ceño.

—¿La lote... qué?

—Nada, nada, una expresión castellana —sacudió la mano—. ¿Por qué sonreías? Sigues sonriendo.

—No sonrío —murmuró mientras el deseo de poseerla lo abrumaba. Sentir su contacto tampoco era de mucha ayuda.

—Cierto, ahora frunces el ceño. Desde luego, los escoceses sois...

Cameron le metió en la boca un trozo de venado. Él, para aplacar su ira, la besó en la mejilla.

—Estás muy guapa.

Masticando lentamente sin dejar de fulminarlo con la mirada, alzó una ceja.

—Juegas con fuego, laird.

Con una ingeniosa respuesta en la punta de la lengua, fue interrumpido cuando Owen, quien se ocupaba del rebaño, entró corriendo al salón sin dejar de llamarlo. Parándose para coger aire, la instancia se sumió en un intenso silencio a espera de que el joven highlander recuperara el aliento.

—Mi laird, los MacLean se acercan —habló en gaélico, luego repitiéndolo en inglés por cortesía hacia ella.

Lo que Alba recibió como una buena noticia, no pareció serlo para Cameron. Se levantó de su sitio y le siguieron Robert y Broc. El salón se quedó vacío en cuestión de segundos, excepto Alba, que miró a Beth con una ceja alzada. ¿Qué pasaba? Eran un clan aliado, quizás solo estuviesen de pasada.

Luego pensó que a esas horas de la noche dudosamente sería una visita cordial.

Levantándose, le hizo un gesto a su amiga para que la acompañase al exterior. Nada más salir el frío de la noche la golpeó, rodeándose con los brazos. Corrió colina abajo para llegar hasta donde se encontraba Cameron y sus hombres. Enfrente de ellos estaba Alasdair y algunos de sus soldados.

Acercándose, exhaló un suspiro. No estaban hablando en inglés, por lo que no se enteraría de nada. Luego miró a Beth. Se llevó una mano a la boca para sofocar un gemido mientras Cameron alzaba la voz, siendo apoyado por sus hombres. Dio unos golpecitos en el hombro de Beth, llamando su atención.

Alasdair gritó algo antes de dar media vuelta con sus hombres, no antes de darse un abrazo con Cameron. Vale, entonces entre ellos no pasaba absolutamente nada.

El coro se desintegró. Cameron iba hacia ella con la mirada seria y un rictus amargo en sus labios.

Deteniéndose a su lado, la envolvió con sus fuertes brazos. Agradeció el gesto con una escueta sonrisa, pensando que su temblor la habría revelado. Su olor a hombre y pino era profundo, por lo que no se cortó a la hora de acariciar su pecho con la nariz.

—¿Qué sucede, Cameron?

—Marianne ha desaparecido. Aedan ha dado la voz de alarmada cuando, pasada la tarde, seguía sin aparecer. Dice que no la ve desde el amanecer, tuvieron

una fuerte discusión —Cameron apretó los dientes—. Hemos organizado una partida de búsqueda. Algunos de mis hombres y yo partiremos de inmediato.

Alba intentó procesar toda la información que le había soltado de sopetón.

—¿Ahora? ¡Pero es de noche! No vais a ver nada.

—Alasdair está desesperado, *lass* —la separó de sí agarrándola por los hombros—. No guardamos esperanzas de hallarla con vida.

Parpadeando varias veces, frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Es de noche, hay alimañas y hace mucho frío. Ha salido sin capa, solo con el vestido. Lamento tener que dejarte otra vez sola, Alba —le recorrió los finos labios con el pulgar. El deseo llameó en sus ojos, haciéndola suspirar—. Yo...

—¡Laird, su montura y sus hombres están listos! —vociferó Owen agarrando por las riendas el semental.

—De acuerdo, Owen. Dame unos minutos —volviendo a mirarla, Alba se preguntó cuándo Marianne dejaría de dar problemas, cuando su vida en aquella atormentada y mágica época sería reconfortante y pacífica. Desviando la mirada, no tuvo más remedio que mirarlo a los ojos cuando la agarró del mentón. La distancia entre ambas bocas era efímera, pensó—. Hablaremos cuando regrese.

Oh, oh... Ya se imaginaba de qué. De la tensión sexual no resulta que había entre ambos.

Humedeciéndose los labios, observó cómo él seguía el gesto. Sí, lo deseaba como nunca antes había deseado a un hombre. Sí, ansiaba verlo desnudo, acariciar sus potentes músculos y morder sus labios, pero a pesar de no tener en alta estima a Marianne, tampoco quería que muriese congelada o fuese comida de los animales.

Asintiendo, se puso de puntillas.

—Aquí estaré, mi highlander —murmuró teatralmente. Y viéndolo sonreír, lo besó.

Soltó un gemido cuando él la agarró por la nuca para profundizar el beso, aprovechando cuando gimió para deslizar la lengua en su boca. Antes de que pudiese disfrutarlo y devolvérselo, Cameron se separó y la desestabilizó al ver sus ojos grises oscurecidos.

—Volveré —su promesa resonó en su cabeza mientras lo veía marchar hacia donde estaban sus hombres.

Beth soltó un suspiro. Trató de aguantar la risa mientras su amiga se cruzaba de brazos y se colocaba a su lado.

—Tengo que hacer dos observaciones.

Los hombres salieron de las murallas, quedándose las dos solas.

—En primer lugar, Alasdair estaba... tan guapo con ese rostro crispado por la rabia y la preocupación que, desgraciadamente, no me he enterado de nada —Alba soltó una carcajada. Las mejillas de Beth se volvieron de un intenso color rojo—. Y por otra parte, ese beso ha sido... espectacular. Lleno de pasión y desenfreno —humedeciéndose los labios, Alba supo que una descarada pregunta rondaba alrededor de su cabeza.

—Te estás preguntando si me he acostado con él, ¿verdad?

—Lo siento —dijo realmente avergonzada—. Hay muchos cotilleos en el castillo y aunque yo intento no escucharlos, admito que a veces las ganas me pueden. ¿Me odias por ello?

—¡No, claro que no! Entiendo perfectamente lo que quieres decir. Y no, no me he acostado con él. Hay mucha tensión entre nosotros y aunque admito que no me... —pensó unos segundos cuál sería la manera correcta de expresarse en la época en la que se encontraba— importaría ser su amante, creo que tenemos que resolver antes unas cuantas cosas. Con respecto a los rumores, no me importan. Me encantaría decir que son inofensivos, pero sé que si Cameron se ausentase durante mucho tiempo o dejase de... mostrar afecto por mí, acabarían echándome.

—¡No! —Beth negó varias veces con la cabeza mientras la instaba a entrar en el castillo. El frío había penetrado el grueso vestido de lana— Gustas al clan, la mala lengua de Marianne ha criado especulaciones, pero todas desaparecerán con el tiempo. Ya lo verás.

Sonriéndole, agradecida, se fue al salón para terminar de cenar. No pudo ocultar su sorpresa al ver a Broc allí, con un gesto aburrido mientras masticaba un trozo de venado. Al verla, sonrió y le hizo una señal con el dedo para que se acercase. Yendo hacia él, intentó responder a la pregunta de qué estaría haciendo él allí y no en la partida de búsqueda de Marianne.

—Te estarás preguntando qué hago aquí.

—Ajá —asintió, tomando asiento a su lado.

—Cameron no se fía de que... vuelva a pasar lo mismo que cuando se fue, a pesar de no estar aquí la bruja de Marianne —sonrió, satisfecho de hacer reír a Alba—. Me ha dejado al cuidado del castillo y de ti bajo orden de cortar la cabeza a todo aquel que ose quitarte tu habitación entre otras cosas.

Negando con la cabeza, puso su mano encima de la de él.

—Lamento que hayas tenido que quedarte.

—Demonios, lo admito, me hubiese encantado ir a estas horas y con el frío manto de la noche a buscar a la caprichosa hermana del laird MacLean, pero dado tu... poca disposición a quejarte, he entendido que yo tengo una misión más complicada que ellos.

Alba arrugó las cejas y se metió un trozo de queso en la boca. Beth se había ido a la cocina a terminar de recoger con los demás sirvientes.

—¿Cuál?

Sus oscuros ojos brillaban, divertidos, cálidos, derretidos, como el mismo sol.

—Proteger tu bonito culo.

Capítulo 14

31 de diciembre de 2015, Sevilla. España.

Ruth intentó contener las náuseas cuando su paciente le habló de otra de sus escandalosas aventuras que estaban a punto de costarle el matrimonio. Carolina movía ansiosamente sus manos perfectamente acicaladas mientras se quejaba de su marido, quien parecía estar más atento de su trabajo que de su mujer. Pero, no de sus hijos. Se preguntó si las aventuras de la alocada Carolina habrían empezado antes de que su marido se enfrascase por completo en el trabajo.

Dejando de escribir en su cuaderno, cogió una bocanada de aire.

—Carolina...

—Caro —la corrigió con una enorme sonrisa.

—Caro, ¿no has intentado dejar a un lado tus amantes y centrarte en tu marido? De esa forma, quizás, él podría prestarte más atención.

—¡Oh, claro que lo he intentado, Doctora! Pero es imposible, ¿sabe? Además, mi marido no está abierto a hacer... ciertas cosas que sí que puedo experimentar con mis amantes.

—¿Te refieres a sexo oral? Hay ciertos...

—¡Ojalá solo fuera eso! ¿Puede imaginarse cómo me siento cada vez que me rechaza o me mira como si le repugnase al proponerle otras cosas? ¡solo lo hemos hecho en la postura del misionero! ¡Es triste, Doctora! Muy triste.

Aguantó la sonrisa y asintió.

—¿Por qué no te separas de él?

—¡De ninguna forma! —negó enérgicamente, moviendo sus rizos rubios— Estoy en paro, ¿se puede saber qué voy a hacer? No hay trabajo y solo contratan población joven.

—Tú eres joven, tienes treinta y seis años —cerró el cuaderno y se levantó del sillón negro de cuero—. Quizás, los trabajos te durarían más si no te acostases con tus jefes, Carolina... Caro.

—Oh, lo de Diego fue sin querer.

—¿Y lo de David?

—Otro error, nada más —cruzó dos dedos, mostrándole la impecable manicura rosa y luciendo una coqueta sonrisa—. Palabra de *boy scout*.

—No eres *boy scout* —soltó una carcajada sin poder evitarlo—. Coge cita con mi secretaria, quiero que...

—¿Ya es la hora? ¡Pero si no le he contado lo que ha pasado con el jardinero!

Asombrada, la estudió a conciencia.

—¿No habrás...?

—Cierto, es la hora. He de irme —habló apresuradamente mientras cogía su bolso de Carolina Herrera rojo.

—Caro —la mujer se paró—, intenta lo que llevo repitiéndote las últimas semanas. ¿Para qué me pagas sino?

—Para que me escuches —le guiñó un ojo— eres mejor que mis amigas. No dices nada, escuchas y me das consejos, ¿qué más puedo pedir?

—Podrías oír mis consejos, quizás así... —Carolina cerró la puerta y desapareció. La oyó pidiendo cita a su secretaria — ... podrías salvar tu matrimonio.

Cansada, se volvió a sentar y suspiró. A solas, unos diez minutos antes de aceptar al siguiente paciente, cogió el teléfono y llamó a Eire, quien tenía toda la tarde libre y estaría seguramente paseando a sus tres perros.

Unos segundos más tarde, contestó.

—¿Ruth? —escuchaba bullicio, confirmándole que estaba en la calle—. ¿Pasa algo?

—¿Sabes algo de Alba?

—Oh, todo bien. El señor O'Neill me ha dicho que se ha ido con su sobrina a montarse en un barco por el Lago Ness. Más tarde podremos hablar de ella.

—De acuerdo, ¿sabes qué va a hacer su tía Carmen?

—Va a celebrar las navidades con su familia paterna, ya que Alba no está aquí. ¿Tú te vas a casa de tus padres?

—Ajá —musitó mientras garabateaba algo en la agenda—. ¿Te apetece que salgamos a tomar algo? Me queda una hora para terminar.

—Claro, te esperaré por el parque María Luisa. Dame un toque cuando salgas, estaré en la puerta delantera.

—De acuerdo.

Colgando, sonrió. Imaginó la cantidad de aventuras que estaba a punto de vivir Alba en Escocia. No se la imaginaba en la Edad Media, rodeada de escoceses gruñones y el frío del invierno. Alba siempre había sido muy mala para soportar las bajas temperaturas. Apenas podía contener las ganas de preguntarle si, de verdad, había estado en la época medieval. ¿Quién sabía? Quizás ya se encontrase allí entre los fuertes y seductores brazos de un highlander. Sofocando una carcajada, hizo pasar a su siguiente paciente, teniendo la cabeza muy lejos de su despacho.

—¿Cómo que no aparece? —preguntó Alba mientras miraba a Alasdair y Cameron, pasando de uno a otro.

Acababan de llegar tras iniciar la primera partida de búsqueda de Marianne. Habían estado toda la noche fuera, con apenas antorchas para iluminar un par de metros de sus pies, bajo el gélido frío del invierno escocés por los caprichos de la mujer de Aedan. Ella supuso que Cameron también habría pensado que salir en plena noche a buscar a alguien era inútil, aparte de poner en peligro a sus hombres. Alimañas, pendientes o zonas rocosas que podrían desmoronarse bajo el peso de los caballos.

Por la mirada que le dirigió Cameron, supo que llevaba razón. Pero, no podía negarle la ayuda al clan aliado, a su mejor amigo. La desesperación era palpable en los ojos del highlander. El cansancio comenzaba a hacer estragos en él, desde el rojo de las venitas de los ojos hasta las ojeras oscuras bajo sus hermosos ojos azules.

Beth entró y dejó una jarra de leche caliente para el laird de los MacLean. Él le dirigió una tenue sonrisa.

—Hemos peinado mis tierras y las tuyas, pero puede estar por otra parte. De todas formas era de noche, apenas veíamos a los hombres a nuestras espaldas — Alasdair se pasó las manos por el pelo rubio, revolviéndoselo—. Cuando la encuentre... maldita mujer, va a acabar conmigo. Siempre supe que daría problemas.

Alba colocó una mano sobre el antebrazo del rubio, dándole un apretón.

—La encontraréis, ya verás —aseveró. Cameron la miraba aprensivo, con sus ojos grises como el acero, puestos sobre su mano. Mordiéndose el labio para evitar una risa, se recordó que no era el momento adecuado. Por mucho que no apreciara a Marianne, tampoco quería que fuese devorada por bestias, violada por hombres

desterrados vagando sin rumbo o se hubiese desnucado. Se estremeció y retiró la mano—. ¿Qué vais a hacer?

—Partiremos de inmediato —respondió Cameron—. A medida que pasen las horas... Habrá menos posibilidades de que la encontremos con vida.

Asintió, intentando esconder la decepción que sentía.

No, nada de besos que le dejaran la piel en llamas ni caricias de sus grandes manos en su anhelante cuerpo. Sí, como cristiana que era, aunque no del todo practicante para ser sincera, había rezado por ella antes de sumirse en su fría habitación mientras recordaba los ardientes besos de Cameron en sus labios. Mordida. Lamida. Caricia. Todavía sentía el ardor en los labios, sintiendo los pechos pesados ante la idea de que acariciase sus rígidos pezones con las manos para luego tomarlos en su provocadora boca.

Miró los labios de Cameron.

Cuando él alzó una ceja, curvando una de las comisuras de la boca, retiró la mirada mientras el calor se concentraba en sus mejillas.

—No te preocupes, Alasdair. La encontrarás y seguro que tras esta amarga experiencia recobrarás el sentido común. Todos necesitamos a veces un pequeño bache antes de...

Sorprendida, dejó de hablar cuando él la envolvió en un enorme abrazo. Dándole unas palmaditas en la espalda, supo que a Cameron no le hacía mucha gracia cuando de reojo vio su frente fruncida. Se mordió la lengua para no gemir. Cada vez la apretaba con más fuerza.

—Oh, vamos...

—Gracias, muchacha. Eres...

—Tenemos que irnos —Cameron se levantó de su silla antes de terminarse el pan—. Debemos de partir de inmediato.

Asintiendo, Alasdair salió del salón con la mirada desenfocada y vidriosa. Beth ya había vuelto a las cocinas para seguir con las tareas no sin antes haber soltado un profundo suspiro. Alba la siguió con la vista durante unos segundos.

Demasiado tarde se dio cuenta de que se había quedado a solas con Cameron. Él la apresó en un férreo abrazo antes de besarla. Piedra, parecía hecho de piedra, perfectamente dibujado por un experimentado artista en busca de la perfección humana, comprobó al llevar las manos al rostro masculino. Quizás, algunas mujeres podrían considerar sus rasgos demasiados duros, fríos y rígidos... pero lo que había bajo ese montón de músculos era tan caliente como la misma boca del infierno. Estaba totalmente segura.

Sus labios solían ser seductores, como si su misión fuese dejarla excitada y relajada. Pero esta vez la dureza con la que intentaba dominarla la excitó considerablemente. Descendiendo hasta el cuello perezosamente, envolvió los brazos alrededor. Apretó los pechos contra su torso, sintiendo cierto alivio en los pezones, duros y sensibles.

A la primera caricia de su lengua, gimió.

—Cameron...

Respondiéndole al beso, rozó su lengua con la de él antes de darle un mordisco al carnoso labio inferior, oyéndolo gruñir. El sonido que había salido de su pecho, ronco, parecido al de un animal salvaje, llegó hasta su sexo. Apretó las caderas contra las de él en un intento de sentir algún roce directo sobre su palpitante clítoris.

Maldito Cameron...

—Och, *mo rùin*... cuánto desearía quedarme para siempre entre tus brazos —murmuró frente a sus labios, dándoles una lamida. Gimoteó cuando la alzó en brazos—. Es el sitio más reconfortante y cálido del mundo.

Humedeciéndose los labios, hinchados por los duros besos del laird, le acarició la regia mandíbula con la yema de los dedos mientras se derretía bajo su mirada.

—Creo que deberías irte, laird —ambos sonrieron. Ella nunca lo llamaba así—. Trae a la loca de Marianne antes de que Alasdair haga una locura... o yo me vuelva loca.

Y entonces lo supo, acababa de hacerle una promesa. Se entregaría a él. Lo esperaría ansiosamente para disfrutar de su cuerpo. El hecho de admitirlo le aceleró los latidos del corazón, desbocado como un caballo de carreras. Sí, las ganas de acariciarlo de arriba abajo y tener el mismo trato la ponía nerviosa. Pensaba disfrutar del tiempo que estuviese allí. Así de simple.

Nunca había pensado que fuese a tener relaciones sexuales con él, para ser sincera. Ella había llegado con la intención de salvarlo, lo que le recordó que debía estar atenta. Si moría... Aparte del dolor tan inmenso y la decepción que sentiría hacia sí misma, ¿qué pasaría? ¿Volvería o no a su época? ¿Tendría que tirarse al lago Ness u otro valdría? Había uno al lado del castillo y...

No, no. Ella haría todo lo que estuviese en sus manos para conservar a Cameron MacLeod con vida y, de camino, revelar quién conspiraba por su muerte.

Dándole otro beso, disfrutó del sabor de sus labios antes de obligarlo a soltarla.

—Tened cuidado.

Asintiendo, le acarició la mano antes de darle la espalda e irse. Sus anchos hombros le hacían un guerrero tan grande, fuerte... imponente. Se lo imaginaba luchando contra sus enemigos, blandiendo la espada como había visto a Mel Gibson en Braveheart.

Suspiró.

No le extrañaba que la mayoría de las mujeres del clan lo adorasen. Cameron distaba mucho de ser la típica belleza varonil y dulce para ser la tentación, la parte oscura y salvaje de la misma moneda.

Horas más tarde, Alba fue al salón para comer, tras trabajar en las caballerizas con algunos mozos. Había cepillado a los caballos, limpiado el establo lo mejor que había podido y llenado los comederos, acabando con un fuerte dolor de espalda y alguna que otra brizna en el pelo.

Se sorprendió al ver a Mary, la madre de Aedan. Su porte frío le recordó al de una estatua griega que esperaba ser venerada. Alzó la cabeza, apretando la barbilla.

—¡Alba!

—Qué agradable sorpresa, ¿vas a comer con nosotros? —aceptó su frío abrazo con una sonrisa.

—Sí, me he enterado que el laird y sus hombres no han vuelto, así que pensé que quizás te gustaría tener compañía.

—Por supuesto —sentándose, se sorprendió cuando echó a Broc con un movimiento de mano para que dejase un sitio libre.

Comenzando a comer, empezó a sonreír pero paró justo a tiempo al ver la mueca en la cara del guerrero. No todos parecían tener en gran estima a Mary MacLeod. Aunque eso no quería decir que no la respetasen.

Masticó ociosamente un trozo de jabalí. La salsa que había hecho el cocinero la hizo reprimir un sonido de placer.

—¿Qué tal te va con Cameron? —atragantándose, agradeció con un gesto a Broc cuando le palmeó la espalda—. Los rumores empiezan a correr más allá de las tierras del clan. Es más, estuve en las tierras de los MacLean y...

—Mary, eso solo le incube a ella.

—¡Bah! —soltando un bufido poco femenino, se terminó la jarra de vino, aunque impidió que Beth fuese a por otra—. Cameron debería buscarse a una mujer y dejar claro si piensa tomarla o no en matrimonio —le palmeó la mano

mientras se levantaba de su asiento—. Tu reputación está gravemente dañada, querida. Estos hombres de hoy en día no piensan más que en sí mismos.

—Gracias, Mary, pero no me importa mi reputación. Cameron ya hizo suficiente con acogerme en el clan...

—Eso sin hablar del episodio de tu violación —mordiéndose el labio para no debatirle aquel punto, cogió aire—. Lamento que tus experiencias en nuestras tierras no sean del todo... Reconfortante. ¿Has pensado en mudarte con los MacLean? Sus hombres son más.... Civilizados.

Alba cogió una rebanada de pan y miel bajo la atenta mirada de Mary y de los demás, que seguían con bastante interés el hilo de la conversación.

—Por ahora, estoy bien, gracias, Mary.

—¿De dónde eres?

—España —respondió con un suspiro. Cogió su jarra de cerveza y al notarla vacía, hizo amago de levantarse para llenársela.

—¡No, Beth! No te preocupes, querida, iré yo a por ellas, tengo que bajar todo ese conejo que me he comido. ¿Has probado el conejo, Alba? Está riquísimo.

—No como conejo —musitó con una mueca—. Tuve... Una coneja como animal de compañía. Nunca he probado su carne y nunca lo haré.

Mary la miró como si le estuviese creciendo un cuerno en la frente. Luego se encogió de hombros.

—Iré a por la cerveza y el vino —puso su atención en Beth—. Están en la despensa, ¿verdad?

—Sí, señora.

Al irse, las conversaciones comenzaron a inundar el salón. Broc, que había tomado el papel como laird durante la ausencia de Cameron, se acercó a ella.

—Nunca me ha gustado.

—No tengo palabras malas hacia ella —le pegó un pellizco en el brazo—. Me ayudó cuando más la necesitaba.

—Me sigue costando creer que la mismísima Mary MacLeod te tendiese la mano sin pedir nada a cambio —terminando su cerveza, estiró los pies bajo la mesa, golpeando una pata. Todo se removió—. Siempre ha sido conocida por su... escasa amabilidad.

—Quizás, ha cambiado —se encogió de hombros, esperando la cerveza—. La soledad cambia a las personas. ¿Nunca has estado casado, Broc?

El aludido soltó una fuerte carcajada que retumbó en las paredes del salón.

—Por todos los Santos ¡soy libre, mujer! ¿Para qué tener la vaca cuando puedo tener la leche gratis? —El movimiento de sus cejas la hizo reír.

—¿Sabes? —apoyó los codos en la mesa, observándolo detenidamente—. Nunca he conseguido comprender por qué los hombres os gusta tanto ir de mujer en mujer, en vez de una misma todas las noches. ¿Qué problema hay?

Broc murmuró en gaélico, sopesando la pregunta. Parecía pensar que guardaba trampa.

—Temo acabar con una mujer como Mary MacLeod, muchacha. Tener a la serpiente bajo tu propio techo es algo que pienso evitar a toda costa.

Sonriendo, negó con la cabeza mientras veía venir a Mary con dos jarras de barro.

—Un día, esa serpiente será tu perdición, Broc. Y ese día está a punto de llegar.

—Para entonces estaré preparado —musitó mirando con desconfianza a la mujer.

Mary sonrió, pareciendo una mujer muy atractiva y más joven de la edad que tenía.

—¿Me he perdido algo?

Por la noche, en su habitación intentando arreglar el dobladillo de uno de sus vestidos con la ayuda de Beth, Broc entró para avisar de que Cameron había llegado hacía apenas unos quince minutos.

Su amiga la excusó sin dejar de sonreír, creyendo escuchar su suave carcajada mientras iba hacia los aposentos de Cameron. Las tremendas ganas de verlo junto a la curiosidad por saber si Marianne ya no se hallaba en peligro, consiguieron que sus pies apenas tocasen el suelo por la velocidad a la que iba.

Enfrente de la puerta, se pasó la mano por el pelo, aplastándose mientras con la otra se pellizcaba las mejillas.

Por último, pasó las manos por el áspero vestido hecho por Fiona y llamó con tres golpes. Mientras tanto, su corazón volvía a golpear con fuerza contra las costillas. Nada nuevo, sucedía siempre que iba a verlo pensó suspirando. Al oír su voz, entró y cerró la puerta con rapidez, dándose la vuelta para mirar a Cameron con una sonrisa.

Que fue borrada al verlo completamente desnudo, mojado, con el plaid desparramado por el suelo y una toalla en la mano que dejó caer.

—Oh... v-vaya....

Su pelo, pegado al rostro y húmedo, tocaba sus fuertes y pálidos hombros cubiertos por alguna que otra cicatriz. Parecían de un color plateado, como si hubiesen sido hechas a conciencia. Las gotitas de agua bajaban por todo el cuerpo masculino, desde el casi imperceptible vello rubio de su pecho hasta el que se formaba en su entrepierna, donde su erecta verga sobresalía de una mata castaña. Gruesa y larga, apuntaba hacia ella, casi rozando el ombligo con descaro.

Se sonrojó.

La cabeza roja oscura estaba húmeda y el eje era recorrido por algunas venas que le daban un aspecto demasiado erótico, recorriendo la base una más ancha que las demás. La bolsa de los testículos, pesada, colgaba detrás, orgullosa mientras los fuertes brazos del highlander descansaban a ambos lados del fornido cuerpo, como si estuviese esperando su reacción.

Sus pulmones soltaron todo el aire contenido.

—Oh Dios mío... —musitó con la voz ahogada.

Maldita sea...

Miró sus ojos, oscurecidos por el deseo. Sus abdominales parecían tensos mientras el agua escurría por ellos como pequeños diamantes. Sus tetillas solo conseguían que el conjunto entero fuese arrebatador.

Cameron estiró un brazo hacia ella, con la palma hacia arriba.

Oh, por Dios... Parecía un Dios pagano.

Tragó saliva y avanzó hasta él, clavando la mirada en la polla que sin lugar a dudas parecía hacerse más grande ante sus ojos.

—¿Cameron?

—Ven, *lass* —su sonrisa autosuficiente la alarmó—. Acércate.

—Venía a preguntarte qué-é t-a-al todo —tartamudeó sin dejar de mirarlo de arriba abajo, devorando cada centímetro de su piel—. Demonios, ¿sueno mal si digo que estás buenísimo?

Sobresaltada, la abrazó, sin saber cuándo se había acercado tanto a él. Su cuerpo húmedo y frío la mojó a ella mientras sentía en el estómago la prueba de su deseo. Dura y caliente, se escondió de su mirada. Nunca antes la había mirado así, como si fuese el centro del universo.

La aterraba y a la misma vez la excitaba. Había perdido por completo el control de sí misma para cedérselo al hombre que se encontraba enfrente de ella.

—Estás mojado —bien, una frase sin trabarse—. Y frío.

Aunque no todas sus partes, pensó sintiendo el calor que desprendía su miembro.

—Me he bañado en el lago antes de entrar en el castillo.

Lo miró a los ojos y pegó sus caderas a las de él. Las ávidas manos masculinas iban alzando poco a poco el vestido, acariciando sus muslos, hasta sentir la erección contra la piel. Piel contra piel. Suspirando, pegó los labios justo donde latía su corazón, sintiendo los desbocados latidos. Le alegró saber que no era la única que perdía el control en las manos del otro.

Terminando de sacarle el vestido, la apesó con más ímpetu. Sus pezones, erizados, le mandaron un cosquilleo al sentir su fresca piel del lago.

—¿Y Marianne? —consiguió preguntar entre sus besos.

—Nada, no la hemos encontrado. Mañana volveremos a buscarla —lamiendo la parte del cuello femenino por donde latía su pulso, dio un suave mordisco que le arrebató un quejido—. Alasdair está destrozado.

Estremeciéndose, no pudo evitar llevar las manos hasta sus nalgas, olvidando sus palabras.

Oh... Dios. Sus glúteos eran duros, firmes y estaban muy bien colocados, seguramente contrarios a los suyos. No le extrañó, Escocia tenía tantas colinas y pendientes que subirlas era todo una proeza. Ella ya había caído rodando por alguna que otra, muy a su pesar, y nunca sola, acompañada de hombres que solían reírse y recordárselo hasta la saciedad.

—Joder, vaya culo Cameron —soltó.

Al darse cuenta de lo que había dicho, se llevó una mano a la boca y al hacer un amago de separarse, él lo impidió.

Su ronca risa le recorrió la columna vertebral.

—¿Sabes, Alba? —dándole un casto beso, se separó antes de que ella llegase a ellos—. A veces tengo el extraño pensamiento de que no eres de aquí. Como si fueses de otra época, ¿no es extraño?

El beso que le dio le hizo perder el hilo de sus pensamientos. Dispuesta, la obligó a abrir la boca para aceptar la intrusión de su lengua. Agarrándole el rostro para impedir que ella se alejara, la cargó en brazos. Entendiéndolo, Alba lo rodeó con sus piernas, buscando la posición adecuada para anidar entre las piernas su verga.

Bingo.

Ambos suspiraron en la boca del otro ante el contacto de sus sexos.

Sin dejar de besarse, ella se frotó contra el erguido sexo. El glande, a veces, daba pequeños toques contra su palpitante clítoris, entumeciéndola y erizándole el vello de la nuca. Cameron la dejó sobre la cama y ella, de rodillas, le cogió del rostro para no separarse de sus labios, lamiendo y mordiendo. Fue bajando poco a poco por su mandíbula, sintiendo la aspereza del vello incipiente y el sabor de su piel, a especias y hombre junto con el fresco olor del lago.

—Alba, espera —él agarró sus muñecas con una sola mano y la obligó a tumbarse.

Arrodillándose junto a los pies de la cama con decadente lentitud, cogió sus tobillos y tiró hasta que su trasero quedó justo en el límite del colchón. Oh, por Dios, sabía lo que iba a hacer. No iba a engañarse a sí misma no admitiendo que no quería sentir sus labios sobre ella, porque lo ansiaba más que nada en el mundo, pero sentir su mirada sobre la parte más íntima de su ser era... demasiado erótico y abrumador.

—Och, *mo rùin*, los pliegues de tu sexo están rojizos y húmedos —mordiéndose los labios mientras veía cómo la devoraba con sus grises cuencas, cogió aire—. Voy a saborearte hasta que tu sabor me rodee por completo —la miró y llevó una mano hasta sus pechos para tocar uno de sus pezones. Dio un respingo. Su ronca voz aterciopelada enviaba calambres de placer por todo su cuerpo, sintiendo su cercanía como nunca antes —Luego te haré el amor como Dios manda, como un hombre debe hacérselo a su mujer.

Las palabras rebotaron con gran significado en la cabeza de Alba, que intentó guardarlas en la memoria. Sus esfuerzos fueron inútiles al verle agachar la cabeza y dar un largo lametón a su sexo.

Arqueándose, llevó las manos hasta su pelo y tiró con suavidad.

—Oh, Cameron...

Sus labios se movían con experiencia por su sexo. Cuando la boca masculina se concentró en su hinchado clítoris, absorbiendo y dando toques con la lengua, recogió las piernas, pegando las rodillas al pecho. Él la agarró por las caderas, conteniéndola.

Las sensaciones que la recorrían eran indescriptibles. Nunca había sentido ni la mitad del placer que Cameron le estaba ofreciendo mientras sus fuertes brazos, algo que consideraba terriblemente erótico y la humedecía, agarraban sus tobillos para impedir que cerrara las piernas.

—Oh, oh, voy... voy a correrme —murmuró apretando los ojos sin poder controlar las convulsiones que recorrían su débil cuerpo.

Soltando uno de sus tobillos, la penetró con un dedo, girándolo de tal forma que el pulgar presionó sobre el sensible clítoris.

—Vamos, *lass*, córrrete para mí. Vamos, eso es. Eres tan preciosa...

Sus palabras y la nueva lamida de principio a fin en su vulva terminó por llevarla al clímax, gimoteando su nombre mientras el besaba el interior de sus muslos, murmurándole palabras en gaélico que, desgraciadamente, no entendía.

Con todo el cuerpo sensible y tembloroso, acogió con gran gana a Cameron, abrazándolo mientras observaba con satisfacción su boca y mandíbula húmeda por su interminable y esplendoroso clímax. Rodeándole la cadera con una de las piernas, les dio la vuelta para quedar encima.

Tomó su boca rudamente, obligándole a abrir los labios para aceptar la intrusión de su lengua. Ambas iniciaron un sensual baile sin dejar de acariciarse, perdidos en las sensaciones que causaba el uno al otro. Alba le besó el cuello para ir bajando poco a poco. Su mano fue hasta donde surgía la enorme erección. Mirándola con atención, oyendo los gruñidos de placer de Cameron al tenerlo entre sus dedos y sintiendo las bruscas exhalaciones en los labios, vio lo ancha que era. No era tanto la longitud como creyó que tenía como el grosor.

Notaba las venas que lo envolvían y dio y enérgico apretón mientras subía y bajaba sobre el eje, sonriendo al oírlo maldecir en gaélico.

Comprobó que tenía los ojos grises sobre ella y la vena del cuello hinchada.

Estaba tan... duro y atractivo. Como un guerrero preparado para la batalla de su vida. Las manos la agarraban de la cintura con propiedad y posesión. Una de ellas fue bajando por su trasero hasta acariciar los pliegues de su húmedos y calientes sexo, cubriéndolos con la palma y presionando.

Apretó los dientes.

—Oh-h... Mierda.

No pudo evitar frotarse sin dejar de hacer los movimientos en su verga. La deslizó más abajo para acariciar la pesada bolsa, sonriendo al notar la embestida que respondió al gesto.

Estaban disfrutando tanto de las caricias de Cameron que le extrañó cuando volvió a la posición de antes, ella debajo del enorme cuerpo del hombre. La tenue luz de la habitación iluminaba los contornos de su cuerpo de un intenso color dorado, marcando cada perfección y surco con profundidad.

Él agarró sus manos por encima de la cabeza y besó su cuello, atacando poco a poco los sensibles pechos.

Gimió y se arqueó. Un muslo estaba entre sus piernas, supuso que lo habría puesto allí para que se rozara contra él. La atención que le prestaba le resultaba encantadoramente sexy.

—C-Cameron... me gustaba estar arriba, pensaba hacer...

—Déjame devorar cada centímetro de tu piel, *lass*. Tenemos toda la noche para disfrutar el uno del otro.

Con todo dicho, dio un suave tirón de uno de los pezones. Luego pasó la lengua y lo introdujo dentro de la boca, succionando con suavidad mientras el calor que sentía entre las piernas aumentaba más y más.

Alba fue consciente de que Cameron tenía la intención de probar todos los rincones de su cuerpo antes de penetrarla. No habría supuesto ningún problema si no fuese porque ella también quería acariciarlo de principio a fin, saborearlo. Sabía que no podría quedarse allí, con él, toda la vida, pero al menos se llevaría el recuerdo. Su recuerdo.

—Camero, déjame tocarte —el graznido que emitió su voz la sonrojó, sobre todo cuando él la miró.

—No puedo, *lass*. No si quiero derramarme en tu interior y no sobre tus manos.

—¿Tan malo sería? —inquirió alzando una ceja.

Él arqueó las comisuras de la boca.

—No, pero no ahora. He estado esperando desde el primer día que te vi para poder tocarte, verte y saborearte, y pienso alargarlo lo máximo que pueda —arrastró la mano hasta la unión de sus muslos, acariciando su húmedo sexo. Suspiró temblorosamente—. ¿Algún problema?

—Ninguno.

Los dedos de él entraban y salían de su interior, aumentando el calor y las ansias por tenerlo en su interior. Respondía a sus besos con total expectación, preguntándose por qué habría sido ella la elegida, por qué la habían puesto en el camino del laird MacLeod. No era especial, apenas se consideraba valiente ni muy astuta. Era de lo más corriente, del montón.

Pero estaba allí, y pensaba disfrutar de cada efímero momento.

Alejó de su mente la aterradora pregunta que circulaba a toda velocidad por su mente. ¿Sería capaz de olvidarlo cuando tuviese que volver? A pesar de conocer perfectamente la respuesta, se negó a responder.

Asustada por los sentimientos que la invadía, parpadeó cuando las lágrimas se agolparon en sus ojos, nublándole la vista.

No, no quería irse. No quería separarse de Cameron. Y si no lo evitaba, moriría envenenado. La presión de los acontecimientos la ahogaban sin piedad como un abrazo constrictor, tirando de ella.

Cameron la miró con el ceño fruncido, acariciando sus labios. Alba le dedicó una mirada llena de remordimiento.

—Lo siento.

—¿Qué pensabas? Te he perdido.

—Yo... me sentía mal por Marianne —no mentía, pero tampoco decía toda la verdad.

Se estremeció cuando su verga se apoyó sobre su monte de venus.

—¿Marianne? ¿Por qué?

—Yo estoy disfrutando de algo que debería ser suyo, Cameron —le acarició la mandíbula, viéndose reflejada en sus ojos—. Yo te deseo más que a nadie, Cameron, pero no puedo evitar pensar que por mi llegada le he arrebatado todo lo que era suyo desde un principio.

—No le has arrebatado nada porque nunca estuve comprometido con ella, Alba —agarrándola de la barbilla, la besó—. Ella no pinta nada aquí, estamos los dos, solos. No dejes que nos arruine este momento, *mo gràdh*.

Ella sonrió y le dio un puñetazo en el hombro.

—¿Puede saberse qué me has dicho ahora?

—No, no puedes.

—¡Basta de sentimentalismos! Tómame ahora o cumpliré con mi amenaza, laird.

El brillo feroz de sus ojos le hizo saber que lo recordaba: le subiría las faldas y lo violaría. Estuvo a punto de echarse a reír. ¿Ella? ¿Violar a un hombre tan grande como Cameron? Era imposible.

Agarrándola de la pantorrilla, tomó su boca mientras colocaba sus caderas sobre las de ella, encajándolas con precisión. La punta roma de su erección estaba justo en la mojada entrada. Sin romper la conexión de sus miradas, él tomó su miembro y adentró el glande.

Alba se retorció.

Él gruñó.

Sutilmente, agarró la pierna de la articulación de la rodilla, manteniéndola totalmente abierta.

Humedeciéndose los labios, cogió aire con rapidez antes de que él la penetrara de una embestida, enterrándose en su carne hasta la empuñadura, sintiendo los músculos de su vagina envolviéndolo por completo. Ella se quedó sin aire, sintiendo que la habían partido por la mitad.

—O-oh....

Alba puso los ojos en blanco mientras intentaba acostumbrarse al grosor de su miembro.

—¿Estás bien? —comenzó a darle besos por la sien hasta bajar a sus labios, entreabiertos—. Estás...

—¿Apretada? Soy virgen —musitó en un quejido.

Cameron levantó la cabeza y la miró, alarmado.

—¿Cómo? ¿Por qué no me lo dijiste?

Comenzaba a encontrar malditamente enloquecedor el movimiento de sus caderas, separándolas para luego chocar con las suyas, cuando se encontraba totalmente dentro de ella. Los movimientos eran lentos, supuso que para ensancharla y hacer menos incómoda las futuras penetraciones.

—Demonios, muchacha, vas a volverme loco. Haré que disfrutes de ello.

La besó profundamente mientras comenzaba a bombear en su interior, primero con delicadeza para luego, tras sus súplicas, aumentar la velocidad de sus

embestidas. Observando las muecas de placer que hacía, llevó el pulgar hasta el clítoris.

La primera caricia que le dio a la hinchada protuberancia la hizo gritar, clavándole las uñas y rodeándole con las piernas.

—Dios mío, hazlo otra vez, por favor... —sollozó.

Volvió a hacerlo sin dejar de embestir, apretando los dientes. Se obligó a aguantar y posponer su clímax, no sin antes haberla hecho llegar. Quería que fuera especial y por mucho que la deseara, haría todo lo posible con llegar junto a ella.

No fue de mucha ayuda que sus músculos vaginales le apresaran como un guante, acercándolo más y más al clímax.

—Vamos, Alba, eso es... eres tan estrecha que apenas puedo contenerme más.

Murmuró una súplica antes de que llegara al ansiado clímax, ayudada por las caricias en su sexo y sus palabras. Por todos los Santos, nunca habría imaginado cuán erótico le parecía oír palabras guarras en un hombre. Eire tenía toda la razón: la voz ronca de un hombre excitado era sexy. Increíblemente sexy.

Lo observó con la respiración alterada y bajo una niebla post coital, sintiendo la enérgica embestida que le daba antes de correrse y su espeso y cálido semen en el interior. Entrecortadamente, lo atrajo hacia su boca para besarlo, rodeándolo con las piernas cuando un sentimiento de posesión la invadió.

Quiso ignorar la voz de alarma que la avisaba de que no habían usado protección y más importante, sus sentimientos estaban entrando en terreno peligroso. Pero, ¿quién podía culparla? Verlo desnudo, entre sus piernas, con los brazos apoyados a ambos lados de su cabeza mientras veía como su gruesa verga entraba y salía de ella sin descanso...

Cansada, se excitó. Se colocó encima de él, haciéndolo reír.

—Vaya española me he echado... —murmuró él—. Más caliente que el mismo infierno.

Besó su barbilla, dando un pequeño mordisco. Se sentía tan eufórica que necesitaba contar todo lo que había sentido, ya fuese con él o con Beth.

—¡Ha sido increíble! Oh, dios mío —Cameron sonreía, con los ojos medio cerrados sin dejar de acariciar su espalda perezosamente—. Me he corrido dos veces, ¡dos veces! ¿Quién se corre dos veces en su primera vez?

—Duerme, muchacha. Pienso tomarte antes de irme a buscar a Marianne...

—Y tu... pene es tan grueso. ¡Eres todo un...! —se calló rápidamente. No, definitivamente una mujer de esa época no habría dicho nada de lo que ella había soltado. Más de una vez su amada tía Carmen le había dicho que su lengua la metería en más de un aprieto.

Recibió una nalgada que la hizo gemir, sorprendida. Cameron la miró con curiosidad. Ella se mordió el labio.

—Me he dado... cuenta de ciertas cosas.

Oh... Esperaba que no dijera nada de lo inusual que le parecía.

—Ah, ¿sí?

—Hmm... —la sujetó por el cuello y la atrajo a sus labios—. Te excita que te hable mientras te tomo y que te dé nalgadas —le dio otra para corroborarlo. Ella se arqueó, pegando sus pechos al torso de él. No se sonrojó cuando humedeció la ingle de Cameron con sus jugos—Eres un enigma, Alba.

Colocó sus manos sobre el torso de él, sentándose a horcajadas sobre sus adustas caderas.

—¿Por qué te ha sorprendido que fuese virgen? —soltó.

Él se apoyó sobre un codo y sonrió. La elegancia y el brillo pícaro de sus ojos la desestabilizaron, teniendo que colocar una mano cerca de su ingle para permanecer sobre sus caderas.

—Eres una descarada, Alba Duque. No solo querías violarme metiéndote bajo mi kilt sino que además querías tomar mi verga en tu boca.

Azorada, alzó la cabeza. Sí, sus palabras la estaban humedeciendo y derritiendo como si no fuera más que un muñeco en sus manos. Sentía cómo dejaba sus flujos en su cadera, y por su mirada felina, le gustaba.

—¿Acaso vas a negarme que no te apetecía?

—Maldición, no —su mano, en la cintura, comenzó a subir hasta cogerle un pecho, pellizcando el pezón entre el dedo índice y el pulgar—. Estuve a punto de mandar a la mierda la poca moral que me quedaba y correrme en tu boca, *mo rùin*. Eres una descarada seductora.

Rodando los ojos, le dio un manotazo a la mano del pecho.

—¿Así que solo por eso pensabas que no era virgen?

—¿Te he hecho mucho daño? —levantándose, la dejó sobre la cama. Cogió un trapo y mojándolo en una jofaina.

Frunció el ceño cuando, empujándola suavemente por el pecho para que se tumbase, la instó a abrir las piernas. Ella aceptó a regañadientes.

No, definitivamente nunca se acostumbraría a que mirase su sexo con plenitud.

Sonrojada, cerró los ojos con fuerza.

—¿Ahora tienes vergüenza? Eres extraña, Alba Duque.

Dio un pequeño salto cuando algo frío presionó contra su irritada entrepierna. Un suspiro de goce escapó de sus labios. Él sonrió, acariciando su pierna con la mano libre, relajándola.

Ese tierno gesto la desalmó por completo.

—No, no me has hecho mucho daño. solo el mínimo requerido para las mujeres vírgenes.

No pensaba decirle que había intentado acostarse con su novio del instituto y había resultado un auténtico fracaso. No, no había sido culpa de él, más bien de ambos. La inexperiencia y la falta de madurez habían sido dos factores que habían conseguido que su relación, algo superficial, acabara por romperse definitivamente.

Cuando regresó a la cama, lo vio tensarse.

Arqueando una ceja, supo el por qué. Unas manchas de sangre adornaban la blanca sábana.

Y lo comprendió.

Él pensaba que tenía la obligación de casarse con ella por ser virgen. Algo que no quería, ya fuese por la muerte de su esposa e hijo o por otros motivos, le dolió.

Casarse con él nunca había pasado por su cabeza. No sabía qué sería de ella como para casarse con un laird, que esperaba hijos y una esposa a su lado. Ambas cosas ella no se las podía dar y, aunque nunca lo admitiría, le habría hecho ilusión juntar su destino con el de Cameron.

Él pareció seguir el hilo de sus pensamientos, ya que se pasó una mano por el pelo.

—Alba...

—Durmamos —musitó, bostezando—. Te dejaré descansar las próximas tres horas... Luego no puedo prometerte que mantenga mis manos lejos de ti.

Desconfiado por sus palabras, que escondían sentimientos rechazados, volvió a la cama y la abrazó íntimamente, asegurándose de sentir cada poro de su piel contra la de él.

Alba pensó que nunca antes se había sentido tan bien y pensó si sería lo suficientemente inteligente como para separar el placer de los sentimientos y disfrutar mientras estuviera allí.

Capítulo 15

Alba murmuró entre dientes, adormilada todavía, cuando Cameron acarició las curvas de su cuerpo con las manos, soltando un cálido beso en el cuello. Se hubiese derretido con aquel gesto si no fuese porque, cada vez que se movía, entraba el frío aire del exterior dentro de la colcha. Y se encontraba desnuda.

Sin embargo, Cameron parecía decidido a seguir con su cometido.

Tenía su cuerpo pegado a la espalda, sintiendo el grueso y ardiente miembro en las nalgas. Un escalofrío erizó sus pezones cuando él le echó una de sus piernas para adelante, exponiendo su irritado sexo.

Gimoteó cuando frotó sus dedos contra los sensibles pliegues. Introdujo el pulgar en su interior. Ella se revolvió, respondiendo ante sus caricias a la vez que él daba besos por su cuello, mordisqueando el lóbulo de la oreja sin dejar de murmurar en gaélico.

—Cameron... —suspiró cuando él guió el hinchado glande hasta la vulva, frotando varias veces.

Ella se arqueó, pegando el trasero más a él. Él quitó la mano de su vagina para cogerla por la cintura y pegarla a su cuerpo, capturando su boca en un frenético beso que terminó por despertarla.

Fue penetrándola poco a poco, ayudado por los fluidos que facilitaban el camino. Cogiéndole un pecho con la mano, lo amasó con maestría, jugueteando con el pezón mientras su lengua parecía imitar el ritmo de sus caderas, bombeando en su interior y hundido hasta la empuñadura.

Alba gimoteó, sintiendo como el ancho y sedoso miembro del highlander la llenaba por completo, expandiéndola mientras la torturaba con su mano y boca.

—Por todos los Santos, muchacha —capturó el labio inferior de ella y le dio un mordisco—. Estás tan caliente y estrecha que... —Alba se excitó por sus palabras, apresándolo con más fuerza—. Te gusta, ¿verdad? —una dura embestida la pilló por sorpresa, viendo puntitos blancos mientras el placer la llevaba cada vez más cerca al borde del orgasmo—. Och, *mo rùin*, cada palabra que te digo, me ciñes con más fuerza. ¿Te gusta que te hable? —murmuró en su oído, dejando de embestir—. Responde.

Ella echó hacia atrás la pelvis, buscándolo.

—¡Sí! —sollozó, cogiendo una de sus manos y llevándola hasta su clítoris—. Por favor...

Él la complació. Aprisionó el inflamado clítoris de ella con el pulgar y el índice, dando una serie de toques y caricias que estuvieron a punto de hacerla llegar.

Cuando Cameron comenzó el movimiento de caderas, entrando y saliendo de su interior, ella le respondió, girando la cabeza para que la besara. Sus ojos oscurecidos por el deseo, apenas eran visibles en la oscuridad. Las velas se habían consumido y apenas comenzaba a amanecer.

Un trémulo haz de luz impactó contra el atractivo rostro del laird, robándole el aliento. La adoración y el deseo que veía en sus ojos la desgarraron. Sentía algo por ella, estaba totalmente segura.

—*M'eudail* (mi amor) —ronroneó contras sus labios,

Sus rasgos se endurecieron cuando, dándole la vuelta bruscamente, se puso encima y comenzó a penetrarla con rapidez.

Ella suspiró. El golpe de las caderas contra las suyas resultaba terriblemente igual de erótico que el dulce golpe de sus testículos contra su trasero. Sacándole gemidos. Cerró los ojos, dispuesta llegar al clímax cuando una mano fue hasta sus pechos para acariciar sus pezones, tirando de ellos.

—Vamos, Alba, córrete para mí —gruñó.

Como si su voz no hubiese sido bastante estímulo, una juguetona nalgada en su glúteo derecho la sacudió por completo, llegando al ansiado orgasmo mientras gritaba su nombre. Lo oyó gruñir a lo lejos y derramarse dentro de ella, llenándola con su simiente.

Dejándose caer un poco sobre ella, ambos con la respiración agitada, depositó un beso en su hombro antes de buscar sus labios. La ternura que puso en él la estremeció, girándose para poder profundizarlo y acariciarle con la lengua. Su sabor la embriagó, hechizándola mientras las primeras luces del alba entraban por la ventana.

Uno enfrente del otro, se miraron fijamente.

Él estiró una mano para acariciar sus redondeados y marcados pómulos, uno de sus rasgos más atractivos. Luego delineó la delgada silueta de sus labios para terminar en sus cuencas verdes oscuras con tonos grises pálido. Sus ojos eran demasiado extraños, incluso muchos podrían decir que eran oscuros por la rara combinación de colores.

Él envolvió sus hombros con un brazo y la pegó a su cuerpo, dándole un tenue beso en la nariz.

—¿Qué voy a hacer contigo? —musitó en gaélico.

Ella bostezó delicadamente, entrecerrando los ojos.

—¿Hoy también saldréis a buscarla?

—Sí, aunque Alasdair sabe que... hay pocas posibilidades de encontrarla con viva. Ha hecho mucho frío estos días, sobre todo las noches.

Ella asintió, desanimada.

—Lamento todo esto.

—No tienes que lamentar nada, Alba. Ella se lo ha buscado. Casándose con mi hermano tenía una buena posición para su clan. No se conformó.

Hizo un gesto con la cabeza, luego recordó algunas de las imágenes que vio en el libro y los rumores sobre la fallecida esposa de Cameron, sin olvidarse de su hijo.

—Hmmm... ¿Cameron?

—Hmmm —respondió con el rostro enterrado en sus oscuros cabellos.

—¿Estuviste casado? —Era obvio, pero sabía que era el momento oportuno para obtener más información de su vida privada. Eire decía que los hombres que acababan de correrse no pensaban con claridad y era buen momento para saber todo lo que una quisiera.

Separándose un poco, la observó. Parecía estudiar su rostro, como si pudiese sacar respuestas de él.

—Sí, estuve casado.

—¿Qué le sucedió? —preguntó delicadamente al verle perdido en sus pensamientos.

—Se ahogó en el lago —apretó la mandíbula. Su mirada fue más allá de la ventana, perdiéndose entre los verdes valles cubiertos por la bruma—. Era febrero, las aguas estaban descongelándose. Fue a bañarse, era una costumbre que, desgraciadamente, me copió. Fue sola. No puedo saber con exactitud que le pasó, solo que la encontramos ahogada, flotando sobre el agua.

Alba clavó la mirada en sus labios, incapaz de aguantar la pena de sus ojos.

—Lo siento mucho.

—Intenté cuidar de nuestro hijo, Broderick. Desgraciadamente, no aguantó el siguiente invierno. Nuestro clan estaba atestado de enfermedades. Cogió unas fiebres y cinco días más tarde, falleció.

Alba supo el enorme esfuerzo que estaba haciendo por no derramar ninguna lágrima delante de ella. Con el corazón en un puño y sin poder ver más tiempo la soledad que empañaba su voz, se echó a sus brazos mientras lo besaba.

Al ver su sonrisa ladeada, le dio otro beso.

—Lamento muchísimo todo lo que te ha pasado, Cameron. Estoy segura de que ambos están muy orgullosos de ti. Eres un buen laird, me ayudaste cuando más lo necesitaba y siempre impartes justicia con el corazón. Deberías estar feliz con lo que tienes.

—Anne era tan... especial —Alba aguantó la punzada de celos, sabiendo que nunca ocuparía el sitio de ella. Ni quería. Ella acabaría volviendo a ese treinta y uno de diciembre, estaba segura, con el corazón roto y una experiencia inolvidable grabada a fuego en la memoria—. Era la hermana más pequeña de Alasdair. Nuestro matrimonio fue una alianza aunque nosotros empezamos desde muy jóvenes a vernos. Sus cálidos ojos marrones eran como el sol, siempre brillantes y amables. Al morir, se sobreentendió que yo contraería matrimonio con Marianne, pero... no estaba preparado.

Alba escondió su rostro para que él no viese lo mucho que le había sorprendido la noticia. ¿Anne era hermana de Alasdair y Marianne? ¡Vaya! Nadie se lo había dicho. Si de por sí la fría y manipuladora Marianne era bella, no quería ni imaginarse a la antigua esposa de Cameron.

Él le dio un pellizco en la pierna.

—No te compares con ella, *mo cridhe*, sois muy diferentes, pero créeme cuando te digo que tú eres muy bella. Tenías que haberte visto saliendo del Lago Ness, con tu largo pelo negro alrededor y tus extraños ojos mirando a todas partes, desorientada. Tanto Broc y Robert como yo pensamos que eras una *selkie*. Medio desnuda, con apenas un sencillo vestido blanco y esos rasgos tan exóticos —llevó su mano hasta el cuello—. Eres sencillamente perfecta, Alba Duque.

La profundidad de su voz la azoró, olvidando que él también veía su pelo negro en vez de castaño oscuro.

—Cásate conmigo.

Se alejó con tanta rapidez que acabó cayendo al suelo en un duro golpe. Soltó un chillido al estar en contacto con la fría piedra y se subió a la cama, tapándose mientras lo miraba absorta.

—¿Cómo?

—¿Qué problema hay? —bramó ante el tono de incredulidad que emitió. Él apoyó la cabeza en la mano y clavó los ojos en ella, sonriendo.

—Cameron, no tengo dote, ni nada que tu clan encuentre beneficioso. ¿Para qué querrías casarte conmigo?

—Ya tengo alianza con los MacLean gracias a mi hermano, ahora puedo escoger a la mujer que quiera. Y esa eres tú, Alba. Nos deseamos, puedo ofrecerte la protección y comodidad de un clan, ¿no es suficiente? —al ver su rostro, suspiró—. ¿Me has mentido y tienes un marido en España?

—Ojalá fuese tan fácil como eso... —murmuró en español. Luego rehuyó su mirada, tapándose hasta la barbilla—. No, no te he mentido.

—Vamos, *mo rùin* —la pegó a su cálido cuerpo, dándole besos por las mejillas.

—Así que quieres casarte conmigo porque nos deseamos —sonrió con tristeza.

—¿Qué más quieres de mí, Alba? ¿Crees que te seré infiel? Me tomo muy en serio mis promesas.

—Yo no he dicho que no me fíe de ti.

Permaneció en silencio, intentando ignorar el dolor del pecho que se le clavaba como un puñal. Exasperado, Cameron se levantó desnudo, en toda su gracia mientras los primeros rayos incidían en él, y se ponía el plaid con facilidad.

¿Cómo podía hacerle entender que no solo dependía de ella? Casarse con él sería permanecer junto a él, no ver más a su tía ni a sus amigas. A pesar de que él no lo supiese, le estaba pidiendo demasiado. De acuerdo, no mentiría diciendo que no había pasado por su cabeza la idea de quedarse con Cameron, ¡sentía algo por él! Pero, aunque quisiese, ella no podría hacer nada si el libro la llevaba de vuelta a Sevilla.

¿Qué le iba a prometer? ¿Horas, días, años? No sabía cuánto tiempo estaría allí.

Imaginarse ver todos los amaneceres con Cameron le provocaba cierto placer. Estar a su lado, casarse, tener hijos y formar una familia. Lo que siempre había querido y soñado. Recordó la leyenda de las dos mitades que le había contado su tía. ¿Y si Cameron era su mitad? ¿Y si el Destino había sido tan injusto de situarlos en épocas separadas y ahora le daba la oportunidad de estar juntos? Sin duda, podía imaginarse a su tía discutiendo con ella por no haberse quedado en los brazos del laird.

Lo que sentía por Cameron era lo suficientemente fuerte como para ser consciente de que difícilmente podría olvidarlo.

Abrazándose las rodillas al pecho, se levantó de un salto cuando vio que iba a salir sin dirigirle la palabra.

—Espera, por favor —agarrándole de la mano. Sin hacer caso de su desnudez, algo que en otra ocasión la habría avergonzado profundamente, soltó un suspiro—. Déjame pensarlo. No es que no quiera casarme contigo, porque quiero —dijo en voz baja, relajada al ver la tensión desaparecer de sus rasgos—. Es que... tengo que solucionar unas cuantas cosas. Te prometo que te daré mi respuesta esta noche cuando vuelvas.

Cameron acariciaba sus dedos con ternura, sonriendo tenuemente. Se llevó la mano a los labios y la contuvo allí, dándole un beso. Alba exhaló con lentitud.

—De acuerdo, Alba. Esperaré hasta esta noche.

—Tened cuidado, espero que encontréis a Marianne.

—Robert se quedará esta vez contigo, por la noche estaremos de vuelta —envolviendo la cintura femenina con un brazo, la pegó a su torso. Los labios de él rozaban los de ella, apareciendo unas llamas en sus grises ojos—. Recíbeme como me merezco.

Alba sonrió ampliamente antes de pegar su boca a la de él.

—Exactamente. Como te mereces.

Reclamó la boca de ella en un ardiente beso que la hizo gemir. La obligó a abrir los labios presionando el labio inferior con la lengua. Alba envolvió sus brazos alrededor de su cuello, entrelazando los dedos con los suaves mechones de su pelo. Sin lugar a dudas, aquel highlander era el hombre que mejor besaba del mundo. Dejaba entrever su deseo en pequeñas cantidades para no abrumarla, pero a la misma vez le dejaba saber qué se perdería si no continuaba con los besos.

Chupó su labio inferior con ansias, sintiendo su pecho vibrar por la risa.

—Tengo que irme, Alba —le pasó el pulgar por la carne inflamada—. Pórtate bien.

—Lo intentaré —dijo roncamente.

Recién salido el sol, Beth llevó los platos del desayuno al salón junto con otros sirvientes. Otro día más, una partida de busca peinaba las tierras de ambos clanes e incluso, se atrevían a adentrarse en la de otros. Ni un rastro de Marianne, ni un mechón de cabello, sangre o ropa. Parecía como si la tierra se la hubiese tragado.

A pesar de ser una mujer celosa y ruin, Beth no le deseaba el destino que había escogido. Desde pequeña había oído que, tras el compromiso de Anne y Cameron, Marianne había estallado en ira. Su sueño había sido casarse con el laird, darle hijos y vivir una plácida vida en el castillo. Sus sueños habían sido una y otra vez aplastados, convertidos en ceniza y esparcida por el viento, desintegrándolos.

Al salir de las cocinas con dos platos de pan caliente recién salido del horno, estuvo a punto de dejarlos caer.

Alasdair se encontraba allí, sin hablar con nadie mientras comía en pequeñas cantidades lo que estaba puesto. Su rostro demacrado y envejecido le hacía parecer bastante mayor. Su pelo trigueño estaba despeinado sensualmente, como si en vez de estar durmiendo escasas horas en una habitación hubiese estado entre los brazos de una amante.

Suspirando, llevó un plato hacia su mesa.

Él le sonrió, sorprendido.

—Beth...

—Señor, quizás os apetezca coger algún panecillo antes de que los demás los agoten. Sus estómagos parecen estar siempre vacíos y no tener fin.

La sonrisa que le dirigió no le llegó a sus bonitos ojos azules.

—Gracias, pequeña.

—Estoy segura de que aparecerá —las palabras salieron de su boca antes de poder contenerlas.

—Eso es poco probable, Beth —cogiendo su vaso, dio un buen trago—. Tantos días fuera, en pleno invierno y con cientos de animales deseosos de llenar sus vientres, es poco probable.

Insegura, puso la mano encima de su hombro. El calambre que la recorrió de pies a cabeza hizo que se separase de él.

—Mantened la esperanza. Hasta el final —murmuró antes de irse a otra mesa a dejar los panecillos, que fueron rápidamente devorados.

Cameron entró en el salón y le hizo un gesto. Fue con rapidez hacia él, conteniendo la sonrisa al ver el rostro tan despejado y brillante que mostraba el laird.

—¿Mi laird?

—Sube y ayuda a Alba en lo que necesite. No te separes de ella hasta que regrese a la noche, ¿de acuerdo?

—Por supuesto, mi laird.

—Dile a Duncan que guarde las provisiones. Asegúrate de que apartáis algo de desayuno para Alba —paseó la mirada por sus hombres y curvó las comisuras de la boca—. Son unas bestias.

Se apartó de ella para ir hasta Alasdair, cuyo semblante no era mucho mejor que el de un muerto.

Tomando asiento a su lado, le dio un apretón en el hombro.

—Aedan ya ha iniciado la búsqueda otra vez por las tierras que ofreciste por el matrimonio. Nosotros nos dividiremos y buscaremos por...

—¿Crees que fue un error? —preguntó en voz baja su amigo.

—¿A qué te refieres? —cogió una jarra y dio un buen trago.

—Marianne siempre quiso ser tu esposa, Cameron. No sabes cuánto le afectó saber que Anne ocuparía ese papel. Unos años más tarde, muere y mantiene la efímera esperanza de que la desposes, pero aparece Alba. La... obligué a casarse con tu hermano.

—Era lo más apropiado. Sabes que todos fueron conscientes de... la escena que hicieron en el salón.

—Más tarde, toma las riendas del castillo, permite que violen a Alba y... —Alasdair dio un puñetazo en la mesa. Su rostro estaba rojo de la ira—. Maldición, nunca pensé que llegaría a tanto. Ahora me doy cuenta de que no la conocía. Antes de que mis padres fuesen asesinados por unos bandidos al ir al sur a hacer unos negocios, me dijeron mantuviera siempre un ojo sobre Marianne. Era demasiado demandante, nunca se contentaba con lo que tenía. Creo que mi madre no ayudó cuando mostró preferencia por Anne.

—Todos cometemos errores, amigo mío. Algunos se pueden perdonar, otros marcan nuestro camino. No sé qué la habrá llevado a abandonar a Aedan y desaparecer en una época tan mala, cuando la comida escasea y el frío es tan duro que se te mete en los huesos.

—Celebraré su entierro en tres días sino la encontramos —cerró los ojos y se presionó el puente de la nariz con los dedos—. Por el bien de mi clan tengo que cerrar ya este episodio. Cualquier signo de debilidad podría ser utilizado para que nos ataquen otros clanes.

—Nosotros estaríamos allí para ayudarlos.

Alasdair asintió, agradecido.

—El linaje MacLean parece desaparecer ante mis manos. No puedo mantener la promesa que les hice a mis padres de mantener mis hermanas con vida.

—Aún quedas tú.

Soltó una oxidada carcajada por primera vez en muchos días.

—¡Dios me libre de las mujeres y sus complicadas maquinaciones! Creo que te llevaste a la mejor, Cameron. Admito que puse mi atención en ella al verla por primera vez.

Cameron aguantó la oleada de posesividad que amenazaba con hacerle perder el buen humor.

—Ella es mía —gruñó peligrosamente.

—Temo decirte que Alba es demasiado independiente para pertenecer a nadie.

—Le he pedido que se case conmigo —soltó a bocajarro.

Alasdair pestañeó varias veces.

—Vaya.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho? Supongo que nada bueno o no tendrías esa cara de querer matar a alguien.

—No, no me ha dicho ni que sí ni que no —metiéndose en la boca unas bayas, las masticó con lentitud para saborearlas—. Dice que necesita pensarlo.

—¡Por los clavos de Cristo! —Alasdair sonrió—. Creo que es la primera mujer de las Highlands escocesas que rechaza a un laird. Y nada menos que a un MacLeod.

—No me ha rechazado —graznó.

—Claro, por supuesto —le dio unas palmadas.

—Me aceptará.

—Por supuesto —repitió—. ¿Sabes, MacLeod? —Cuando llamaba por su apellido era señal de que quería tomarle el pelo. Lo dejó a sabiendas de que había dejado el tema de su hermana apartado, relajándose durante unos minutos—. Las

mujeres siempre han querido estar contigo, incluso mis hermanas se peleaban por ti, para desgracia mía. Fue difícil elegir a Anne, pero siempre supe que su corazón era mucho más grande que el de Marianne. Ahora te encuentras a una misteriosa mujer nadando desnuda en un lago y ahora eres tú quien va tras ella como un perro cachondo —soltó una maldición—. Definitivamente, el destino es una...

—¡Laird! —uno de sus soldados entró corriendo en el salón, llamando la atención de todos los presentes—. Vengo de la búsqueda de partida con vuestro hermano. Hemos encontrado algo.

Sin esperar más, Cameron y los demás salieron para coger sus monturas y seguir al soldado.

Durante el resto de la mañana, tras desayunar a solas, Alba decidió ocuparse de ordeñar las vacas, esquila las ovejas para almacenar la lana, limpiar los huertos del lado este de todas las malas hierbas que habían aparecido, más fuertes y gruesas, para recoger luego los alimentos ya maduros. Trabajar al aire libre y con la naturaleza era una de sus tareas favoritas. Disfrutaba del sonido del viento, de los pájaros, del olor de la hierba y del vapor de agua que anunciaba una tormenta. Disfrutaba sintiendo los escasos rayos de sol sobre ella, calentando su fría piel.

Cuando uno de los mozos de cuadra le informó de que algunos caballos necesitaban ser montados para correr un poco, lo hizo gustosa. La belleza de aquellos animales los había convertido en su animal favorito desde que era niña. Nunca podría agradecer a Cameron lo suficiente por haberle regalado su yegua blanca, que sacaba a pastar y a pasear, sintiendo el golpe del frío aire en el rostro mientras reía.

Antes de pasear al último caballo que quedaba, se acercó a su yegua para darle una manzana, a escondidas. Sus oscuros ojos se clavaron en ella antes de buscar con el morro su mano.

—Aquí tienes, guapa, aprovecha antes de que venga alguien y me riña.

Terminada la manzana, le hizo unas trencitas por el largo pelo blanco y la dejó para pasear a un imponente caballo negro que la miraba fijamente, relinchando.

El animal era tan grande que supuso que solo un hombre que midiera como mínimo dos metros, podría montarlo. Los fuertes músculos de sus patas le otorgaba la apariencia de un caballo fuerte y muy veloz. Todos esos elegantes músculos estaban cubiertos por una piel aterciopelada de color ébano con reflejos azules.

Hechizada, estiró el brazo para posarla sobre el rostro del animal cuando se echó para atrás. Asustada, dio un respingo.

—No lo toquéis, milady —Owen entró con rapidez, apartándola—. Lo tenemos desde hace unos cuantos meses cuando nuestro laird lo ganó, pero todavía evitamos montarlo. El último hombre que lo intentó cayó y se golpeó con una roca. El pobre Angus no sobrevivió.

Algo asustada, asintió y se fue del establo con polvo en el vestido y la trenza deshecha tras las largas horas de trabajo y caminata.

Entró en el castillo y subió a la planta más alta de la residencia, esperando encontrar a Fiona para que le diese otra tarea hasta la hora de comer.

Perdida tras subir las escaleras, miró todas las puertas que había. Fue abriendo una por una, estando todas cerradas con llave. Fue llamando a Fiona al mismo tiempo mientras se preguntaba por qué a penas no había nadie por allí. Al finalizar el pasillo, se encontró una puerta forjada de hierro u otro material fuerte. Los dibujos que habían en ella parecían haber sido hechos con ínfimo cuidado por un experto.

Extendió la mano para abrirla y soltó un grito ahogado.

Daba al exterior.

Subiendo las escaleras, se vio en una especie de terraza enorme, con las torres del castillo alzándose hasta la infinidad del cielo. Avanzando poco a poco mientras sus pasos sonaban en el suelo, suspiró.

Las vistas le había arrebatado el aliento. Los verdes y frondosos valles se extendían ante ella en distintos tonos de verde mientras algunas aves volaban de un sitio a otro. Pudo ver un lago más allá, oscuro y reflejando el cielo del casi mediodía. Las nieves grises eran espesas, dejando su sombra en los montes.

Miró donde se encontraba.

Un recuerdo llegó fugazmente.

¿No era aquel sitio donde había visto a Cameron de espaldas, con los brazos detrás mientras sus fríos ojos barrían toda la zona?

Oh, Dios mío...

Dio un par de vueltas sobre sí misma, sonriendo mientras la fresca brisa revolvió su cabello. Allí había estado, al mismo tiempo que ella tenía las visiones gracias al libro. Que al parecer había desaparecido. Ni en su mochila de la suerte ni debajo de la cama. Totalmente perdido. ¿Significaría algo, aparecería en el último momento, cuando ella tuviese que regresar a su época?

Apoyándose en la barrera que rodeaba toda esa planta, miró a lo lejos.

Tenía que considerar la petición de mano de Cameron. Siempre había sido sincera consigo misma, pero ni mucho menos habría imaginado que ella acabaría en la Escocia Medieval bajo la protección de un atractivo highlander que la deseaba y que, para sorpresa suya, nos se conformaba con tenerla solo como amante.

Ser la esposa de un laird no solo significaba tener una serie de privilegios, sino obligaciones. Acabaría cogiendo cariño a todos, olvidándose de su vida pasada y recordando a su tía Carmen. Sonrió con amargura, sabiendo perfectamente qué le diría. Su tía Carmen no dudaría en quedarse junto al amor de su vida, fiel cien por cien a la leyenda de las dos mitades.

Sería tan fácil enamorarse de Cameron... tan fácil poder estar todas y cada una de las noches a su lado. Compartir su día a día, formar una familia. Y... ¿llegaría a amarla? Sonrojada, sacudió la cabeza. Por una vez en su vida, seguiría los dictados de su corazón. Haría frente a las consecuencias de su decisión.

Sí. Definitivamente, ya sabía lo que haría.

—¡Jinetes Macdonalds a la vista! —gritó un hombre.

Asomándose, Alba vio a unos hombres con un tartán diferente al de los MacLeod y MacLean. Con curiosidad, su imperfecta vista no le dejó ver con claridad los rostros, aunque sí notó la mirada de uno de ellos clavado en ella, con curiosidad.

En ese momento, la puerta de abrió con brusquedad. Beth subió las pequeñas escaleras hasta ella.

—¡Por fin te encuentro! No sabía dónde te habías metido.

Yendo hasta ella, vio que temblaba.

—¿Pasa algo?

—Han venido hombres de los Macdonalds de Sleat.

Frunciendo el ceño, vio que el hombre moreno de antes no bajaba del caballo y esperaba a que los recibiesen. No, incluso siendo miope, podía ver el rostro crispado de los hombres.

—¿Y eso es malo?

—¡Es un clan rival del nuestro! Y encima no tenemos a Cameron para solucionar el problema.

Asintiendo, al cogió de la mano.

—Bajemos.

—¡No, Alba! —tirando de ella, consiguió que bajase las escaleras—. Cameron habría querido que no nos metiésemos en esto. Ha habido guerras, muerte y sangre. Esto no es un juego.

Ignorándola, bajó lo más rápido que pudo las escaleras y salió al exterior del castillo, donde se encontraba Robert con algunos de sus hombres, hablando con el que supuso que era el laird de los Macdonald. Era un hombre muy atractivo de ojos azules verdosos y pelo negro como el ala de un cuervo. Era tan grande como Broc y sus labios carnosos estaban convertidos en una línea recta y tensa.

Beth la agarró de la manga del vestido, intentándola hacer retroceder.

—Ese es el laird de los Macdonald de Sleat, Ethan Macdonald. Hace dos años tomó el poder del clan cuando su padre murió al intentar robarnos las reses. Por supuesto, si el soldado que lo mató hubiese sabido que se trataba del mismísimo Iain Macdonald, solo lo hubiese llevado hasta Cameron. Ethan ha mostrado más sensatez que su padre en dos años que en veinte de su predecesor. Su clan está resurgiendo.

—¿Para qué habrán venido? —murmuró, mirando todos y cada uno de los hombres que lo acompañaban.

El volumen de voz que mantenía con Robert iba subiendo paulatinamente.

—No lo sé, Cameron y Ethan llevan esos dos años en paz, sin molestarse el uno al otro. Algo grave ha tenido que suceder.

Unos ojos azules verdosos se clavaron en ella y se achicaron.

—¿Puede ser por Marianne? Quizás, la hayan encontrado allí.

—Puede ser, ya me espero cualquier cosa de esa loca —Beth se cruzó de brazos—. Deberíamos entrar, Ethan Macdonald no te quita el ojo de encima.

—Seguramente, porque nunca antes me ha visto y sentirá curiosidad —dijo en voz baja mientras evaluaba al escocés—. Deberíamos acercarnos y enterarnos de qué pasa.

Todas las personas del clan se han parado a oír, hasta esa mujer anciana que cosía todo el día.

—No, no deberías.... deberíamos. Además, ¿para qué? No vas a entender nada de lo que digan. Hablan gaélico.

Alba se mordió la punta de la lengua para no decirle que ya distinguía algunas palabras. Siempre que se le presentaba la oportunidad, escuchaba atentamente para luego preguntar qué significaba o esperaba cuando Cameron le traducía algo

para asociarlo. El gaélico escocés no solo era complicado de entender, sino malditamente difícil de pronunciar. Ni quería imaginar cómo sería escribirlo.

Alba ignoró los susurros de Beth y se acercó más, quedándose a unos dos metros de Robert y sus hombres. Pudo ver mejor el rostro de Ethan. Tenía una cicatriz que le recorría desde la sien izquierda hasta el pómulos. Bajo unas suaves cejas negras había un par de ojos claros enmarcados por pestañas negras y densas por las que Alba habría pagado por tener.

Robert notó su presencia pero no se volvió. Ethan la miraba, a veces. Ladeó un poco la cabeza y la estudió a conciencia, pero no como un hombre miraría a una mujer que deseara, sino como uno que se medía ante otro enemigo.

Al ver la indecisión de Robert, apoyó una mano en su hombro.

—¿Pasa algo?

—No te metas, Alba. Retrocede y entra al castillo —contestó bruscamente.

Su tono frío y mordaz le sentó como una patada en el estómago. Irguiendo la cabeza, se cruzó de brazos y permaneció a su lado.

Robert dijo algo al laird de los Madonald, que asintió y clavó su atención en ella. Robert volvió a encararla.

—Entra dentro, muchacha.

—¿Por qué? No estamos en peligro —maldijo estar nerviosa y trabarse con el inglés, definitivamente no lo dominaba todavía con perfección.

—Ethan viene a cobrar su parte.

—¿Su parte? ¿Habéis hecho negocios?

—Los MacLeod y MacLean le pidieron pisar sus tierras para buscar a Marianne, a cambio de suministros. Owen traerá ahora las carretas junto a otros.

Entendiendo la situación, retrocedió unos pasos, algo que le costó muchísimo pero que supo que era necesario.

Owen llegó con dos carretas repletas de comida, tiradas por caballos. Asintiendo, Ethan ordenó a sus hombres que sustituyeran los caballos por los suyos, revisando que todo estuviese en orden.

Robert se hizo a un lado mientras estaba alerta, tenso como la cuerda de un violín. Claramente no le gustaba tener que dar parte de las reservas del clan, pero eso era algo que habían acordado los tres lairds.

Una vez terminado todo, se fueron. Poco a poco la tensión del ambiente se relajó, la gente prosiguió con sus quehaceres y ella entró en el interior del castillo para comer algo con Beth, no apeteciéndole estar en el salón con todos los guerreros. Mientras Beth llenaba las mesas del salón, ella se quedó en la cocina mientras hablaba con la cocinera Elda, que había tomado la posición del anterior al caer bajo unas fiebres.

La mujer mayor, de pelo canoso y ojos pequeños, era bastante escuálida, todo lo contrario a como pensó que sería. Bastante gruñona y con la voz cantante, todo sirviente bajo su bando temblaba de pies a cabeza, menos Cameron.

Comiendo algo de estofado de ciervo y cerveza, ignoró las constantes miradas de la cocinera.

Una vez ya con la barriga llena, subió a su habitación para peinarse con el peine de nácar que le había dado Beth. Sin encontrarlo, se prometió que a partir de ahora sería más cuidadosa con sus cosas. Utilizó los dedos para tal acción.

Bajó nuevamente para hacer tareas que no pudiesen llevar a cabo. Horas más tarde, se encontraba con las rodillas crujiendo cruelmente por estar tantas horas de rodillas y las manos hinchadas por fregar el suelo. Fue ganándose la confianza de otras mujeres que trabajaban en el castillo Dunvegan.

Casi en el crepúsculo, Beth le preparó un baño para que estuviese presentable a la llegada de Cameron.

Hundida de agua hasta el cuello, no puedo evitar sonreír. Se moría de ganas por verlo, abrazarlo y estar entre sus brazos. Por supuesto, le preguntaría si habían encontrado o no restos o cualquier cosa de Marianne. El tema se estaba llevando con tanta discreción que estaba segura de no conocer todos los detalles.

A medida la noche llegaba, comenzó a llover. Al principio apenas una llovizna que Alba se dedicó a observar por la ventana de su habitación, sentada en un arcón bajo la ventana, con las rodillas pegadas al pecho mientras los pensamientos cruzaban a toda velocidad por su cabeza. Rayos y relámpagos terminaron por hacer una terrorífica noche en la que un mensajero empapado anunció que Cameron y sus hombres se encontraban en la tierra de los MacLean, regresando mañana cuando acampase la lluvia.

Resignada a comer sola, le pidió a Beth que se lo subiera a la habitación, relajada bajo el sonido de la tormenta que descargaba con fuerza en el exterior.

Preparándose para irse a dormir, se tapó hasta la barbilla y odió sentirse así. De esa forma que solo Cameron provocaba. Decepcionada, sola y excitada. Se prometió tratarle con cierta frialdad mañana.

Se despertó varias veces en la noche con la tormenta, los relámpagos proyectaban sombras en su cuarto aterradoras que le quitaban el sueño, incluso

una menuda con algo entre las manos. Tapándose el rostro, giró en la cama, repitiéndose una y otra vez que estaba a salvo y había soldados que vigilaban el castillo.

Las sombras no se fueron hasta la mañana siguiente, para consternación de Alba, regresarían al día siguiente convirtiéndose en sus peores temores. El aullido de un lobo erizó la piel del cuello en un aterrador presentimiento.

Capítulo 16

Alba se despertó al sentir unos fríos labios por el cuello y la boca mientras unas ansiosas manos la destapaban y le subían el áspero camisón. Su piel reaccionó al frío poniéndose de gallina y se apretó al cálido cuerpo, rodeándole con una pierna.

Soltó una maldición en español cuando una ansiosa boca chupó con fuerza de su pezón, despertándola por completo y sonsacándole un gemido.

Entreabriendo los ojos con esfuerzo, se encontró con aquel par grisáceo que tanto amaba. Mordiéndose el labio inferior, sonrió tontamente. Luego, se percató de que estaba completamente desnudo, encima de ella, y su piel tenía menos grados que la suya. Protestando por librarse de él, Cameron se rio.

—¡Estás helado! ¡Quita!

Su ronca carcajada era terciopelo puro, suave pero varonil. Agarrándole las caderas, la colocó encima de él, justo encima de la enorme erección que tenía. Alba se preguntó si la habría echado de menos, si había pensado alguna vez en ella durante todo el tiempo que habían estado separados. Suspirando, dejó que el sonrojado y redondo glante entrara en su interior para ir bajando poco a poco por toda la longitud hasta tenerlo en su interior. Sentía el relieve de su verga y cómo palpitaba dentro de su vagina.

Se estremeció.

Cameron la atrajo hacia su pecho para tomar su boca en un violento y apasionado beso. La experta lengua acariciaba todos los recónditos, entrelazándose con su lengua para luego darle una jueguetona nalgada que le soltó un tembloroso gemido.

—Dios...

—Te he echado tanto de menos, *mo rùin* —volvió a besarla vorazmente y llevó las manos hasta sus pechos, presionando los pezones hasta que fueron picos duros y tomó uno en su boca, succionando con fuerza mientras un gruñido salía de su pecho—. Quiero tocarte en tantos sitios a la vez que no sé por dónde empezar.

Alba mascullaba incoherencias mientras le daba placer, comenzando a moverse sobre sus caderas de arriba abajo y en círculos, logrando que su inflamado clítoris presionara contra el hueso pélvico cada vez que descendía.

—Sí.... deja... deja que me mueva, no puedo si tienes mis pechos...

Pero le gustaba tanto que no tenía las fuerzas suficientes para quitarle la cabeza. Poco a poco comenzó a cabalgarlo con más rudeza, escuchando el sonido del impacto de su carne contra la de él. Arqueándose, dispuesta a tomar con rapidez el ansiado clímax, su errático y pobre corazón comenzó una frenética carrera. Podía sentir los latidos en los oídos.

—Eres tan preciosa, *mo gràdh*. (mi amor)

Cameron parecía estar a punto de correrse, pensó Alba con una sonrisa. La vena de su cuello estaba hinchada y levantaba las caderas desesperadamente para enterrarse con rapidez en su interior. Soltó un quejido de protesta cuando le dio la vuelta y tomó el control. Antes de que pudiera decir algo, sus labios fueron sellados por los de él.

Llegando al orgasmo, él se incorporó un poco para ver el sonrojado rostro de ella, su boca entreabierta y el erótico movimiento de los pequeños pechos, instándolos a saborearlos nuevamente.

—¡Cameron!

Su voz entrecortada lo llamó antes de apresar con ansiedad su verga, convulsionándose. La penetró con fuerza por última vez antes de quedarse completamente dentro de ella, hasta la empuñadura, mientras se derramaba en su interior. Enterró el rostro en su garganta y le dio un suave beso, lamiendo la suave película de sudor que se había formado.

Ella lo recibió con los brazos abiertos, acariciando la ancha y musculosa espalda con las manos, desde los tensos hombros hasta las nalgas, maravillándose por lo redondas y firmes que eran. Todavía en su interior, la carne mojada y caliente todavía temblaba en espasmos por el clímax.

—Me habías asustado —dijo con voz lánguida.

—Mentirosa...

—He pasado una noche horrible. Siempre me han encantado las tormentas y la lluvia, pero ayer... fue demasiado.

—Las tormentas en las Highlands son duras —musitó para reconfortarla, poniéndola encima de él y tapando sus cuerpos con las pesadas mantas.

—No era eso. Pensé haber visto unas figuras —distráidamente, fue dibujando con los dedos figuras imaginarias sobre su pecho—. Luego pensé que podían ser por las ramas de los árboles, sombras u otras cosas.

—Chica lista.

El orgullo de su voz la hizo sonreír. Incorporándose sobre el pecho, él bajó las manos hasta la delgada cintura.

—Por cierto, ¿habéis encontrado algo de Marianne?

—Sí —Alba lo miró, expectante —un trozo de la parte baja del vestido sobre una vieja rama cubierta de nieve. Seguramente se le enganchó al tratar de huir de un animal salvaje.

—¿Por qué de huir de un animal salvaje y no únicamente por...?

—Porque tenía sangre seca, aparte de tierra y verdina.

Llevándose una mano temblorosa a la boca, sofocó un gemido. ¿Marianne MacLean había sido devorada por un animal salvaje? No podía ni imaginarse el sufrimiento de aquella pobre mujer, llevada por un ataque de ira que, seguramente, habría intentado volver a toda costa a su casa con su esposo o quizás, a la de su hermano.

Sentía algo de culpa. Si ella no hubiese llegado, seguramente nada de eso hubiera sucedido. O sí. Su tía Carmen creía firmemente que el Destino estaba escrito y que no podías hacer nada por evitarlo o cambiarlo. Nuestras decisiones no eran producto de la casualidad, sino de las ordenanzas de un ser superior.

Eso creía ella.

Alba siempre se había situado un poco más lejos. Pensaba que sí, el destino estaba escrito, pero cada uno tenía la oportunidad de labrar su propio camino, llevándole a un camino u otro.

Cameron le alzó la cabeza.

—¿En qué piensas? No volverás a culparte por lo que ha sucedido, ¿verdad? Nadie lo hace, ni siquiera Alasdair.

—Oh, no, no. Pensaba en las palabras de mi tía. Es una mujer muy inteligente. Le habrías cogido mucho afecto —dijo en voz baja con una amplia sonrisa al pensar en ella—. Ella te habría querido como a un hijo más.

—¿Se parece a ti? —preguntó tranquilamente, jugando con sus cabellos.

—No, no, para nada. Tiene los ojos marrones más bonitos del mundo, redondos y cálidos, cada vez que te mira sientes como si estuvieses tumbada en la caliente arena de una playa, sintiendo los rayos del sol como pequeños besos por el rostro —sonriendo, sacudió la cabeza—. Tiene el pelo rubio dorado, del mismo color que el oro limpio. Siempre, desde pequeña, deseé tener ese color y textura. Mientras que el mío es casi negro y ondulado, el suyo es claro y liso —Alba suspiró y se echó sobre el pecho masculino, sintiendo los latidos bajo el oído—. Es más bajita que yo, pero sin lugar a dudas destaca por su personalidad. Es la clase de persona que nunca hiere a nadie, que es capaz de dar su opinión con la mayor de las delicadezas. El mundo es un lugar mejor gracias a ella.

No dijo que también tenía.... Un don, por llamarlo de una cierta forma. Captaba las emociones de una casa abandonada o cualquier edificio, palpaba los gradientes que habían sido absorbidos en las paredes, toda clase de energía, era descubierta por ella. Y podía comunicarse con fantasmas. Era algo de lo que no estaba muy segura, pero que ella le había jurado una y otra vez. Esa especie de conexión creía haberla heredado ella por ciertas experiencias que había tenido a lo largo de su vida, pero que de manera contundente, había escondido en lo más recóndito de su ser.

—Ella fue la que te crió.

—Sí, ha sido mi única familia —murmuró con la voz ronca.

—¿Qué le sucedió a tus padres?

—Mi madre murió por cáncer de pecho cuando yo era pequeña y mi padre en un accidente de coche.

Mierda.

Apretó los ojos con fuerza, maldiciendo una y otra vez mientras sentía los tensos brazos de Cameron rodeándola.

—¿De... coche? ¿Qué es eso?

—Oh, pues... es una especie de carro que es tirado por caballos. Va a mucha velocidad.

Cameron la alzó, clavando en ella sus confusos ojos.

—Eres la mujer más rara que he conocido en mi vida. Un coche... Nunca lo había oído. Ni siquiera a manos de los *sassenach*.

Fue el turno de ella de fruncir el ceño. No recordaba su significado y se apuntó mentalmente repasar los términos en gaélico que conocía con la ayuda de Beth.

—¿Sasse qué?

—Ingleses —escupió antes de hacer un chasquido con el cuello—. Esos malditos ingleses aprovechan cualquier situación para....

—Estábamos hablando de Marianne.

Él la miró con una pizca de humor antes de asentir. Su atractiva mandíbula estaba cubierta por un suave vello incipiente de color cobrizo, tapando así una pequeña cicatriz debajo de la barbilla casi imperceptible. Acariciándola con el dedo, supuso que habría sido de niño, entrenando para convertirse en el formidable guerrero que era o jugando. Pensar en él de chico le hacía gracia. Le era imposible imaginar su rostro.

—Su entierro será dentro de dos días, en tierras de MacLean. Me acompañarás.

Alba puso los ojos en blanco.

—Con lo bonito que estaba yendo todo... —negó con la cabeza.

—Como esposa mía has de estar siempre a mi lado.

Dio un pequeño saltó y lo encaró. Ignoró su torcida sonrisa y le señaló con el dedo, impaciente por aclarar el asunto.

—¡Todavía no te he dado mi respuesta!

—¿En serio vas a rechazar mi pedida de mano, la de un laird?

—Desde luego, debería. Ha sido de lo más seca y poco romántica que he oído en la vida.

Cameron alzó una ceja y tiró de un mechón de pelo, soltándole una protesta.

—¿Eres romántica, *lass*?

—No hace falta que te arrodilles, pero al menos podrías decir alguna que otra palabra tierna, ¿no? —molesta, cerró el puño y le dio en el hombro. Él sonreía—. Deja de sonreír.

—Así que palabras bonitas... Deja que piense algo.

—Oh, por supuesto —dramatizó. Sabía que la estaba picando intencionadamente—. Si no te sale nada con mirarme...

—Claro que me salen palabras al mirarte —Cameron cogió su rostro entre las manos. Ella intentó no sonreír, parecer seria y concentrarse, tarea complicada cuando tenía sus sabrosos y adictivos labios a apenas diez centímetros de los suyos—¿Sabes? Desde la primera vez que te vi te guardaste a fuego en mi cabeza. Eras todo lo contrario a lo que pensé que querría en una mujer: eras terca, independiente, contestona y siempre decías lo que se te pasaba por la cabeza, aunque la mayoría de las veces te mordías la lengua, como si temieses desconcertarnos. Luego quise que centraras todas tus sonrisas en mí, dejarás de hablar con Alasdair o Broc, a pesar de saber que ellos no te cortejarían por orden mía —Alba abrió los ojos como platos—. Poco a poco fui viendo la ternura, la pasión y el cariño que tienes por todos, desde los animales hasta por el más pequeño ser. De repente, me di cuenta que lo quería todo para mí —susurró, mirando el perfil de su rostro—. Desde las sonrisas hasta tus muecas de enfado, tus caricias y tus golpes. solo Dios sabrá si nuestra unión funcionará, pero no puedo tomarte como amante aún sabiendo que sería lo más beneficioso para mi clan. No puedo. Te respeto lo suficiente como para no hacerlo.

—Cameron...

Él agarró una de sus manos y la presionó contra sus labios.

—Simplemente, no puedo. Tengo muchos defectos, Alba, pero soy un hombre de honor. No voy tomando mujercitas vírgenes para luego dejarlas —ella pegó su frente a la de él y suspiró entrecortadamente—. Cásate conmigo, Alba Duque.

Quiero poder decir a los cuatro vientos que eres mi mujer, quiero que vistas los colores de mi clan y me des hijos.

Alba estaba controlando las emociones que la recorrían. Le había pedido palabras románticas a Cameron, pero había expuesto sus sentimientos con claridad. Puedo que no la amara todavía, pero eso podría llegar con el tiempo.

Y ella no iba a desaprovechar la oportunidad de casarse con su mitad.

Sonriendo, pegó sus labios a los de él.

—*Aye* —contestó en gaélico.

Emitió un sonido ahogado cuando Cameron la abrazó con fuerza, sobresaltándola. Tomó posesión de sus labios con la boca abierta, hambriento de ella. Alba sonrió y lo abrazó también, sintiendo toda su piel desnuda contra la suya. Su corazón daba saltos de alegría contra sus costillas, sus manos le picaban de la excitación y sentía las rodillas como un flan.

—*Och, mo rùin*, me haces el hombre más feliz del mundo.

Apenas cabía en su gozo, se sonrojó por completo.

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió robándole otro beso.

Negando con la cabeza, le miró incrédula cuando la puso debajo, apresándole los brazos por encima de la cabeza.

—Eh... ¿Cameron?

—Ahora voy a castigarte —abriéndole las piernas, se coló entre sus muslos. Lamiendo el pulso que latía en su cuello, le guiñó un ojo—. Sé... lo de tu pequeña andadura con los Macdonald.

—Oh... es un hombre muy guapo.

Un brillo animal apareció en sus ojos.

—Respuesta incorrecta.

Soltándose de sus manos, acabó por tumbarlo boca arriba. Totalmente desnudo, recorrió el musculoso cuerpo con las manos y la boca, dejando un rastro húmedo hasta llegar a la enorme erección que se alzaba sobre un nido de vello cobrizo. Sentándose en sus muslos, se deslizó abajo hasta tener el rostro a la altura del pene.

No lo miró, sabía que sus mejillas se volverían completamente rojas y no quería descentrarse. Iba a darle tanto placer como Cameron se lo daba a ella.

Agarrando el grueso miembro para comenzar a subir y bajar, la otra mano acunó la pesada bolsa de atrás, raspando suavemente con una uña.

Un sonido animal salió de su pecho. Ronco y afilado.

—Alba...

Agarraba su cabeza y la conducía a introducir el hinchado glande en la boca. Abriendo los labios, dejó que entrara. Hizo presión en la cabeza sonrojada, sintiendo una embestida contra su boca que la pilló desprevenida. Acarició todo el eje con la lengua, de arriba abajo, sintiendo las venas que lo rodeaban.

—Demonios, sí, así es... chúpame con más fuerza.

Sintiendo un pellizco en el clítoris, se frotó contra su pierna. Continuó con las caricias hasta que sintió el miembro tensarse. Todo su cuerpo se cubrió con una espesa película de sudor que acentuaban los surcos de su cuerpo, hechizándola. Oía sus gemidos, el suave quejido de la cama por los movimientos, los latidos de su alocado corazón...

Volvió a engullirlo para después dar un suave mordisco en el glande, absorbiendo con fuerza.

—¡Maldición!

Segundos más tarde, Cameron se corrió en su boca. Sintiendo el sabor salado de su simiente, siguió lamiéndolo y acariciando sus testículos hasta que la respiración masculina se relajó. Él murmuraba palabras en su idioma antes de agarrarla de la cadera y tomarla con brusquedad, bajo su cuerpo.

Sus caderas bombeaban sin cesar, golpeando contra ella. Gimiendo sin parar, un fuerte ramalazo de placer la llevó al orgasmo cuando él acarició su clítoris en círculos húmedos, ejerciendo cada vez más presión. Capturó los sollozos femeninos con su boca antes de llegar él al ansiado clímax, dejándose caer sobre su esposa.

Alba jadeaba, jugueteando los mechones de Cameron con los dedos.

Dios sí, podía imaginarse una vida así... para siempre.

Cameron salió por última vez en búsqueda de Marianne con Alasdair, aunque no se alejaron de sus tierras. El hermano de la hermosa y cruel rubia ya había perdido la esperanza de encontrarla, algo que desgarraba de dolor a Beth, cuyos ojos lo miraban con preocupación cuando llegaron a la hora de comer. Aedan, a

pesar de ser un mujeriego, mostró suficiente respeto por Marianne, dejando de visitar a las mujeres hasta que se celebrase su entierro y pasara una semana.

Por su parte, Alba había perdido la cuenta de los días que llevaba allí. ¿Meses? No estaba segura. Cameron hizo público su matrimonio con ella, mandando a algunos de sus hombres para que fueran a buscar al sacerdote, quien se encontraba en tierras de MacLean en una boda. Se casarían nada más llegase a Dunvegan.

Por otra parte, Mary, madrastra de Cameron, cada vez se dejó ver más, mostrándose orgullosa por la boda y ayudándola a organizarlo todo. Alba, cohibida por no poder ofrecer una dote que asumiera parte de los gastos, redujo al mínimo todo lo que pudo, desde la comida hasta los invitados, haciendo una velada muy íntima bajo las protestas de Mary.

Poco a poco, Alba se fue olvidando del libro, de su anterior vida en España, comenzando a recolectar nuevos recuerdos de la vida que le esperaba junto a Cameron.

El entierro de Marianne fue en las tierras de los MacLean, en una mañana gris repleta de tormentosas nubes que traían el olor a lluvia. El viento movía la vegetación, arrastrando olores de la naturaleza que le arrancaron un suspiro. A pesar de todo, sentía cierto peso de la culpa por el destino que había tenido la mujer.

Mientras se encontraban allí oyendo las palabras del sacerdote, Robert se había quedado al mando del castillo y del clan, ya que tenía obligación de asistir al entierro de la que había sido su esposa. Mary había prometido echar una mano para que todo estuviese igual que cuando se fueron, no fiándose del todo del highlander pelirrojo.

Cuando Cameron le ofreció que se llevara a una doncella, se lo pidió a Beth, que se encontraba a su lado vestida de negro, con los ojos clavados en el atractivo y pálido rostro del laird de los MacLean. Cuando una suave brisa trajo la lluvia, su pelo rubio pasó a convertirse en oro fundido. Mirando a su futuro marido, le apretó el brazo con el que se apoyaba.

Él le sonrió de aquella forma que le derretía los ojos, como si fuese lo más importante de su vida. Sus ojos grises eran del mismo color que el cielo, pero más fríos. Al terminar la ceremonia, se acercó a Alasdair, lanzándose a sus brazos para reconfortarlo.

—Lo siento mucho, amigo —dijo en voz baja, susurrando la última palabra en español.

—Gracias, muchacha —Alasdair se separó de ella y le dirigió una seca sonrisa llena de dolor. Cameron la apartó con suavidad antes de palmearle la espalda y agarrarle el brazo.

—Sabes que siempre nos tendrás, ¿verdad? Eres bienvenido de pasar una época con nosotros, si quieres.

—Gracias, Cameron. Tengo que encargarme de mi clan.

Alba echó una mirada a Beth, que tenía las manos por delante, entrelazadas, y parecía morirse de ganas por decirle algo.

Queriendo ayudarla, la agarró del brazo y la acercó a él.

—Alasdair, ¿te acuerdas de Beth?

Él asintió, algo confuso.

—Sí, por supuesto.

—Es mi mejor amiga y ha querido venir a darte sus condolencias.

Beth se sonrojó profundamente. Alzó la cabeza e hizo una pequeña reverencia.

—Lamento todo esto, señor.

—Gracias —graznó con voz ronca, disculpándose para saludar a otros invitados.

Cameron la miró con una ceja alzada, cogiéndola del hueco que hacia el codo con el brazo para conducirla al interior del castillo, donde comerían. Comenzando a llover con más fuerza, Alba se dio la vuelta una vez más para ver desde lejos la tumba de Marianne, junto a la de sus padres y Anne y el hijo de Cameron. Él le había explicado que allí estaría mejor, acompañada por sus seres queridos.

Ella pudo adivinar que también había sido un favor a Alasdair, su amigo más cercano.

Otra de las muchas cualidades que amaba de Cameron era su empatía. El amor que sentía hacia la gente que le rodeaba hacía que interpusiera la felicidad de ellos por la suya propia, como ya había mostrado a Alba. No solo le había ofrecido ir a España para ver a tu tía Carmen, algo que tuvo que rechazar y buscar una buena excusa, sino que, además, le había ofrecido retrasar la boca hasta que ella estuviese presente.

Las acciones del laird cada día conseguían que lo quisiera más y más.

Sentándose en la parte que les correspondía, cerca de Alasdair, Alba se sorprendió al ver a los Macdonald. Pudo notar la tensión en el cuerpo de su prometido.

Alzando la cabeza, se puso de puntillas y le dio un beso en la mandíbula.

Él se relajó.

—Tengo muchísima hambre —murmuró acariciándole el torso con una mano en una suave caricia.

—Vayamos a comer, *mo rùin*.

Cuando llegó Alasdair y tomó el asiento principal, todos comenzaron a comer. Cameron no tardó más de diez minutos en preguntarle por la presencia del otro clan.

—A pesar de que les pagamos para que nos dejasen entrar en sus tierras, han cooperado en la búsqueda de Marianne.

Asintiendo, no volvieron a tocar el tema. Alba, callada, estuvo dándole vueltas al libro y a lo del veneno, quitándole el apetito. Echando el plato para atrás, pensó en los posibles candidatos que podrían conseguir poder con la muerte de Cameron. Solo se le ocurría Aedan, y esa posibilidad era bastante remota cuando él ya no vivía en el castillo, aunque las cosas podrían cambiar tras la muerte de Marianne.

Una mano en el muslo la sobresaltó.

—¿En qué piensas?

Sonrió con vergüenza a Cameron, sintiendo un nudo en el estómago.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Por supuesto —respondió mientras le volvía a acercar el plato.

Puso los ojos en blanco, ignorando la risa de él.

—¿Alguna vez te han envenenado?

—¿Piensas hacerlo tú? —la picó.

Alba le dio un codazo en las costillas, cogiendo su copa para llevársela a los labios. Al comprobar que estaba vacía, llamó a un sirviente para que la llenase.

—Por supuesto, ¿acaso lo dudabas? —bromeó alejando el plato.

Él volvió a acercarlo y cuando iba a coger la copa, Alba se adelantó, vaciándola casi de un sorbo que estuvo a punto de atragantarla y hacerla vomitar. Estaba rancia. Parpadeando para controlar las lágrimas, hipó.

Cameron la miró detenidamente.

—¿Todo bien?

—He estado a punto de atragantarme —masculló.

Asintiendo, él cogió un mechón de su pelo para jugar con él, como si tuviese que estar en contacto con ella.

Dos días más tarde, Cameron preparó el viaje de vuelta a Dunvegan. Montada sobre Ròs, la yegua blanca que tenía trenzas en el lustroso pelo blanco, alzó el rostro hacia el cielo cuando comenzó a llover, refrescándola. Sentía las pequeñas gotitas contra sus pómulos, nariz, barbilla... incluso en los párpados cerrados.

Abriéndolos, sonrió al ver a Cameron estirando un brazo sobre su enorme semental negro para cubrirla con la capa.

—Vas a resfriarte —gruñó en respuesta, algo azorado por ser pillado mirándola de aquella forma.

Sonriéndole, siguió el camino con ciertos mareos. Disfrutó de las hermosas vistas, de las nieblas cubriendo los valles y montes como una suave tela plateada vaporosa. Pudo vislumbrar algunos animales, como ciervos, una pareja de jabalíes y aves volando por el cielo en círculos, sobre los lagos, dispuestos en cualquier momento a lanzarse en picado para atrapar su presa.

Cuando el cansancio fue demasiado para ella, Cameron accedió a hacer una parada.

Alba fue hasta un lago que se encontraba cerca, a apenas unos cinco minutos, tras haber comido su parte bajo la atenta mirada del laird. Quitándose las botas de piel, se sentó en una roca y metió los dedos, soltando una exclamación al sentir el frío agua en los pies.

Más de una vez había oído a Cameron decir que no estaba siendo un invierno particularmente frío. Apenas se estaba congelando los valles y lagos, una buena noticia para ella. Miró su reflejo en el agua y sonrió. Cuánto había cambiado. Su pelo le había crecido bastante, aunque conservaba cierta tendencia a encresparse para desgracia suya, un saludable sonrojo iluminaba sus marcados pómulos.

Sus ojos eran como dos estrellas. Con luz propia. Se metió un poco más, hasta tener las pantorrillas dentro.

Se estremeció.

—Dios mío, qué fría....

—¿Se puede saber qué haces, *lass*?

El tono despreocupado de Cameron, para nada esperado, la asustó, estando a punto de caer a las frías aguas del lago.

La sonrisa tan magnética que tenía y la elegancia con la que movía aquellos duros músculos la excitaba y hechizaba profundamente. La gracia masculina que le rodeaba era exclusivamente suya, y saber que él solo tenía ojos para ella la relajaba. Odiaba sentirse... así, cuando lo tenía cerca. Su cuerpo reaccionaba a él, a pesar de intentar controlarlo.

Supuso que parte de que lo encontrase tan atractivo residía en los recientes sentimientos que sentía hacia él.

—¿Por qué has venido hasta aquí?

—Broc me dijo que había un lago y quise mojarme los tobillos. Los tengo hinchados.

—Podría haberte acompañado Beth.

Ella alzó la cabeza, sintiendo un aleteo en la boca del estómago cuando él clavó sus ojos en su boca.

—Sabía que vendrías tú.

Cameron se agachó para cargarla en brazos, ella se agarró el vestido y huyó por la orilla del lago. Soltó una trémula risita, esquivando las ansiosas manos masculinas.

—Por supuesto, no quiero quedarme sin esposa tan pronto. Ven aquí, mujer. Tienes que darme algunas explicaciones.

Alba alzó una ceja y lo miró por encima del hombro, viéndolo acercarse.

—¿Se puede saber sobre qué?

—¿Qué ha sido eso de meter a Beth en la conversación de Alasdair, el día del entierro de su hermana?

Consiguió agarrarla de la muñeca y tiró de ella, haciéndola rebotar contra su pecho. Siendo rodeada por los fuertes brazos de su futuro marido, intentó controlar los erráticos latidos de su alocado corazón. El calor que emanaba del cuerpo de Cameron era sin lugar a duda adictivo.

Muchas personas encontrarían ridículo el sentimiento de protección que Alba sentía con respecto a él, sobre todo cuando era un guerrero que debía rondar el metro noventa y superar los cien kilos. Y aún así, ella necesitaba saber que se encontraba bien, a todas horas. Su paz mental dependía de él ahora que se había convertido en su familia. Su única familia.

—Oh... No recuerdo eso —contestó risueña cogiéndole el rostro entre las manos para ponerse de puntillas y besarlo.

—Claro que sí. Sé que Beth está enamorada de él desde hace años —él le retiró un mechón de la cara que el viento había colocado—. No deberías ilusionar a la pobre muchacha.

—¿Por qué no?

—No tiene posibilidades —contestó como si fuera obvio.

—¿Y eso por qué?

Los ojos grises de Cameron parecían confusos, como si no entendiese las preguntas de ella.

—¿Me estás tomando el pelo, Alba?

—No —sonrió—. Me recuerda a nosotros, ¿sabes? Te vas a casar conmigo cuando yo no tengo nada. Beth tampoco. ¿Por qué no podría?

—Es una sirvienta, Alba.

—Pues, yo...

—Te traje conmigo y te ofrecí un lugar en mi clan. Beth es un caso diferente. Aparte de que, con la muerte de Beth y a pesar de que Alasdair siempre contará con mi apoyo, tiene que casarse con una mujer que le aporte tierras, ya que... Aedan se quedará con las que recibió por la dote.

Al comprenderlo, suspiró y asintió tristemente.

—Vaya... Pensé que sería posible.

—No, no lo es —la besó suavemente, intentando quitarle el amargo sabor de la noticia, que había fruncido su rostro—. Encontraremos un buen marido para Beth, cariño, no te preocupes.

El apelativo cariñoso estuvo a punto de hacer perder el hilo de la conversación. Su corazón dio un brinco. Estaba acostumbrada a que Cameron le dijera cosas en gaélico que todavía no había logrado entender, pero ahora supo que, con toda certeza, eran apodos cariñosos. ¿Sentiría algo por ella? ¿Algo más que deseo?

—Te has sonrojado —acarició las mejillas de ella con las yemas de los dedos—. Pareces una niña con el pelo revuelto y esa cara como el granate.

Alba abrió la boca. Iba a protestar cuando él agachó la cabeza y la besó.

Sintió la imperiosa necesidad de acariciar el pelo de él, llevando sus manos hasta el cuello. Sí, le encantaban sus besos, incendiaba su cuerpo con mucha facilidad, con apenas una chispa. Su cuerpo temblaba, deseoso de ser acariciado por las grandes manos de Cameron.

Y acariciarlo ella a él. Por todas partes. Sentirlo se había convertido en una nueva necesidad que también tenía que satisfacer, como el hambre o el sueño. Ladeó suavemente la cabeza para profundizar el beso, acariciando su lengua con la de ella. Soltó un gemido ahogado y se pegó a su cuerpo lo máximo que pudo, sintiendo contra el estómago la enorme erección, gruesa y totalmente erecta.

Humedeciéndose los labios, cogió aire.

—Sinvergüenza —susurró roncamente.

Él se rio, aunque el hambre todavía brillaba en sus ojos, oscurecidos. Cuando las manos de él descendieron por los costados de su cuerpo, llegando hasta su trasero, lo apresó con firmeza.

—Deberíamos volver antes de decidir si finalmente si te tomo o no sobre el suelo —ella se mordió el labio, sintiendo el calor fluyendo por el interior de sus venas, propagándose por todo su cuerpo para terminar en su sexo, húmedo e hinchado por las imágenes que él formaba en su cabeza. Como si supiese lo que pasaba por su cabeza, Cameron gruñó y la apretó, tomando su boca rudamente—. No me tientes, *mo rùin*. No estoy bromeando.

Ni ella.

Estuvo a punto de tropezar con alguna que otra raíz y piedra, siendo sujetada por Cameron, que la miraba como si no tuviese remedio.

Ayudándola a montar, continuaron una larga cabalgada en la cual Alba se distrajo hablando con Beth, Broc y Cameron.

Alba miró concienzudamente a Broc. Era un hombre atractivo. Sus rasgos no eran la belleza que poseía Cameron, sino más feroces y algo lobunos, haciéndolo parecer encantadoramente agresivo. Era moreno, grande y fuerte, estaba segura de que no debía de tener problemas con las mujeres. Luego miró a Beth e intentó imaginárselos juntos.

Pero... ¿estaría su amiga interesada en él? Alasdair era el polo opuesto a Broc.

—Ni lo sueñes.

Alba miró con enfado a Cameron, que intentaba contener la sonrisa al ver el rostro manipulador de su mujer.

—¿Por qué? ¿Eh?

—Beth está demasiado enamorada por Alasdair mientras que Broc es como un niño de quince años metido en el cuerpo de uno de treinta y cinco. No, definitivamente no.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué me quede de brazos....?

—Nada, por una vez no hagas nada —le dijo antes de guiñarle un ojo y adelantarse para ir a la punta de la cola.

Exasperada, soltó un bufido.

—¿Y esa cara larga, muchacha?

Miró hacia su izquierda, encontrándose a Broc. Una sonrisa apareció en su rostro.

—¡Cuánto me alegro de verte! Broc, eres mi amigo, ¿verdad?

El highlander iba a acelerar la montura cuando ella le agarró las riendas, fulminándolo con la mirada.

Él suspiró.

—Sí, muchacha.

—¿Puedo hacerte unas preguntas para conocerte mejor? —preguntó inocentemente mientras se quitaba una pelusa imaginaria de la capa.

—Ejem... Bueno.

—¿Tienes mujer? —soltó a bocajarro.

Poniendo los ojos en blanco, negó con la cabeza reiteradas veces.

—No.

—¿Cortejas a alguien?

—No.

—¿Te interesa alguna mujer?

—No.

—¿Puedes dejar de responder con monosílabos, por favor? —exasperada, se echó la capucha hacia atrás cuando le impidió mirar a los oscuros ojos del guerrero.

Broc espoleó a su caballo y se colocó al lado de Cameron, que soltó una estridente carcajada.

Alba estuvo a punto de gruñir.

—¿Para qué le hacías todas esas preguntas?

Mirando a Beth, se llevó la mano a la nariz cuando una gotita cayó en su nariz.

—Hmmm... ¿Qué te parece Broc, Beth?

Entendió la situación, ella suspiró y negó con la cabeza.

—Te agradezco que te preocupes por mí, Alba. De verdad, pero no me veo casada con ningún hombre que no sea Alasdair. Se me pasará, me casaré y todo quedará en un bonito recuerdo pasajero —le sonrió, agradecida—. Aprovecha la vida que vas a tener con el laird, es un buen hombre y te quiere.

Resignada, asintió

Capítulo 17

Sevilla, España.

5 de enero de 2016.

Ruth y Eire contemplaron atónitas la tranquilidad de Carmen, la tía de Alba, mientras se quitaba el delantal para comer ellas, cerrando el turno de cocina. Sus cálidos ojos castaños brillaban de felicidad, cosa que ninguna de las dos amigas entendía. Habían ido con la amarga noticia de que Alba, su sobrina, había desaparecido en extrañas circunstancias al ser empujada por el barco y caer en las oscuras aguas del lago Ness.

Carmen había asentido, sin dejar de recoger los cacharros de la cocina, contestando que el señor O'Neill y su sobrina Felicity le habían comunicado el extraño incidente.

Tras caer, Alba no salió a la superficie, ni flotó inconsciente por darse un golpe o tragar agua hasta inundar sus pulmones. No, había desaparecido como por arte de magia. Habían llamado a la policía, habían rastreado la zona, un equipo de submarinistas había peinado la zona por donde había caído, sin encontrar nada.

Habían pasado ya cinco días desde su desaparición.

Ruth y Erie se alarmaron cuando llamada tras llamada, Alba no contestó a ninguna, ni siquiera a mensajes. Su móvil debería de haberse caído al agua también, había pensado Ruth, hundido en lo más hondo del lago, quizás en el suelo o entre las piedras. Fuera como fuera, no sabían si su amiga se encontraba bien.

El señor O'Neill había dejado clara su intención de volver a España cuando la policía terminara de hacerle preguntas a él y a su sobrina. Esa falta de sensibilidad por el irlandés le había provocado un nudo en el estómago.

Sentándose al lado de Carmen, quien iba a iniciar su descanso, le cogió las manos.

—Perdona que te estemos molestando en tu descanso, Carmen...

—No te preocupes, querida.

—Alba ha desaparecido —estalló Eire haciendo gala de su fuerte carácter—. ¿Cómo es que no quieres ir a Escocia para participar en la búsqueda o...?

—No serviría para nada, Eire —Carmen se metió en la boca un trozo de la carne que había cocinado—. Ella no está aquí.

Ruth la miró con significado, mientras que la escéptica médica parecía estar a punto de perder los nervios ante la indirecta de Carmen.

—Carmen, Alba no está en la Escocia medieval en los brazos de un highlander, ¡es imposible! Ese hombre, en caso de que existiera, cosa que dudo, no es más que polvo. ¡Y ni siquiera eso! Alba se ha caído de un barco, puede haberse ahogado o desorientado y estar perdida en Escocia tras haber sido ayudada. ¿Y si ha perdido la memoria y...?

Eire se interrumpió al sentir un codazo por parte de Ruth. La mirada de Carmen recobró su fuerte brillo, aunque los posibles destinos que había nombrado sobre su sobrina no le había gustado nada.

—Eire, sé que solo crees en lo empírico, en lo demostrable como médica que eres —agarró las tostadas manos de Eire entre las de ella, clavando sus ojos marrones en los azules de ella—. Pero no todo se puede demostrar.

—Alba no ha sido transportada al pasado, Carmen. Por favor, deja de... creer en esos cuentos de hadas y...

—Eso no puedes demostrarlo —contestó con una sonrisa—. Soy mayor que tú, Eire. He visto cosas que tú, a tu debido tiempo, contemplarás. Y entonces recordarás esta conversación. En vez de preocuparte por mi sobrina que se encuentra bien, deberías de tener cuidado.

Abriendo sus bonitos y profundos ojos azules, su mirada se tornó desconfiada.

—No creo en lo paranormal. Eso es algo que no va a cambiar —dijo rotundamente, sin dar su brazo a torcer mientras se separaba de ella.

—Oh, Eire. Tú serás a la que le cueste más trabajo —cuando le hizo un gesto para que se acercara a ella, así lo hizo, agachándose a la altura de la cabeza de Carmen, sentada en una esquina de su restaurante—. Está bien que seas atea, cariño, has estado muy sola toda tu vida, pero dentro de poco el Destino te dará la mayor recompensa de todas.

Mientras Ruth las miraba con curiosidad, seguramente preguntándose de qué estarían hablando en voz baja, Eire hizo una mueca irónica.

—¿Diez mil euros?

—El amor de un guerrero —murmuró pasionalmente, haciendo su voz una especie de eco—. De un líder.

Las semanas fueron pasando con rapidez para Alba, quien poco a poco se ganaba el cariño de la gente del clan. Con la idea de Beth, visitó las cabañas de familias, jugó con los niños en su tiempo libre, corriendo colina arriba colina abajo y fue dominando la técnica de hacer queso, hasta tal punto que ella quiso encargarse de hacer todos los que pudiese para mejorar.

Recogía las frutas y verduras del huerto, cogía flores nuevas para dar algo de vida al castillo, fue planeando los pequeños detalles de su boca, discutiendo con Cameron cuando él quiso hacer una ceremonia más grande. Alba le dijo que se contentaría con poco más que los lairds de los clanes y el propio clan. El vestido fue confeccionado por las mujeres del castillo, contando sobre todo con la ayuda de la amable Fiona y Beth, cuya amistad era irremplazable para Alba.

Cameron entrenaba todos los días con sus hombres, salía a cazar, siempre manteniéndola vigilada y comportándose de forma posesiva y tierna. A pesar de no expresar con palabras sus sentimientos, ella podía sentirlos cada vez que la besaba o le hacía el amor, al igual que ella. Era tozuda y nunca, o casi nunca, daba su brazo a torcer. No estaba dispuesta a hacer el payaso delante de él. No, para nada.

Si no quería decirle, o no sentía, que la amaba, ella se encargaría de que en un futuro fuese así.

Tenían toda la vida.

Alba no le dijo a Cameron que cosas suyas comenzaron a desaparecer. Comenzó con el peine de nácar, siendo la mochila, unas botas de piel y un mechón de su pelo, que se lo habían cortado el día que se prometió con él, estaba totalmente segura. Con respecto a los objetos... temía desaparecer de un momento a otro, abandonar Escocia y volver a la época actual, lejos de Cameron y de la familia que tenía, Beth, Broc, Fiona y Robert.

Mary, quien para sorpresa de Cameron y disgusto de Broc, se había asentado por completo en el castillo. No verla cada día era algo inusual. Siempre ayudaba a servir la comida y la bebida, enseñaba trucos a Alba sobre cómo no pincharse con la aguja, pescar sin tener que hacerlo con algún cebo o amasar pan para que quedara crujiente y bien hecho. Era como una segunda madre para ella.

Beth poco a poco parecía olvidar a Alasdair, o eso intentaba aparentar, se dijo Alba mientras iba hacia el lago de noche para coger peces. Gracias a otro consejo de Mary, se había dado cuenta de que los peces, raras veces aparecían por el día, ya fuese por el ajetreo cuando llevaba el ganado a beber o la actividad de mujeres cogiendo agua en cubos.

Bajando la pequeña pendiente con el cubo de madera en una mano, canturreó una canción.

Al estar cerca, suspiró.

Desde donde estaba, veía la enorme y redonda luna llena iluminar el oscuro lago, que parecía ser un espejo. Reflejaba el cielo a la perfección, desde las coloridas estrellas que parecían tan pequeñas hasta las ramas de los árboles cercanos, incluida ella, que ya se encontraba en la orilla.

—Esto es precioso —murmuró con una sonrisa, sintiendo una suave brisa.

El invierno se había ido casi por completo y, aunque no había sido del todo brusco, Alba sabía que le quedaba un largo camino antes de poder soportarlo como las mujeres escocesas, quienes parecían estar hechas por el material más resistente de todas las Highlands.

Quitándose las botas de piel, se agachó en la orilla.

Un movimiento a su izquierda la alertó.

Girándose, vio unas ropas en la rama más baja de un árbol. No podía haber sido una mujer, ya que estaba demasiado alzada. Era un plaid, unas botas masculinas, una espada y...

Un chapoteo en el agua la sobresaltó.

Dejó el cubo a un lado y retrocedió un paso en la mojada orilla, sintiendo las frías aguas lamer su piel, incitándola a zambullirse.

El aire fue expulsado de sus pulmones con brusquedad cuando vio surgir del agua una figura enorme, ancha y masculina. El hombre se echó el pelo hacia atrás, frotándose la cara con ambas manos mientras el corazón de ella latía desenfrenadamente, hechizada por la atractiva silueta. Su musculosa espalda era iluminada por la luna, viendo todos aquellos músculos contraerse con cada movimiento que hacía al mismo tiempo que las gotitas de agua se deslizaban por la pálida piel que cubría todo.

No podía ver su rostro hasta que él miró a sus espaldas, donde ella se encontraba, rodeada por las plantas y arbustos, como si fuera una mirona cuando en realidad había ido a llenar las despensas del castillo.

Reconoció el perfil de la cara con una sonrisa, acercándose a la orilla nuevamente. Él la miraba ahora, con sus fríos ojos grises clavados en su figura mientras avanzaba hasta llegarle el agua por las estrechas caderas, viendo la excitante y pecadora cicatriz a cierta distancia del ombligo, que ella había chupado y mordisqueado

Y seguramente, más abajo estaría su grueso miembro.

Sintió los pechos pesados, paralizada bajo el hechizo de la mirada masculina.

—¿Alba?

—La misma —graznó, aclarándose la garganta.

—¿Qué haces aquí?

—Yo... Eh... —sacudió la cabeza y se obligó a responder como una mujer madura—. He venido a pescar peces.

Genial, ahora la miraba como si fuera una abominación.

—¿Pescar, dices?

—Eso he dicho, sí.

Si había algo que volviera loca a Alba, eran unos brazos fuertes, entrenados, y Cameron poseía un buen par. Del maravilloso cuerpo masculino, siempre había mostrado debilidad por los brazos. Le encantaba sentirse entre ellos, palpar la fuerza y la vitalidad que fluían por ellos. Sin lugar a dudas, los de Cameron eran sus favoritos.

Humedeciéndose los labios, su corazón dio un brinco.

—¿Puede saberse para qué?

—Oh, pues, Mary me dijo que era mucho mejor pescar por la noche, ya que durante el día con el jaleo y el ruido permanecen escondidos. Vengo todas las noches desde hace unos días.

—¿Solo a pescar?

Recordando la trágica muerte de su esposa y su traumática experiencia con Marianne, se obligó a asentir varias veces.

—Solo pesco, y por la zona de la orilla.

—¿Por qué?

Parpadeando, lo miró con una ceja alzada. Maldición, se estaba distraendo. Una gotita de agua discurría por sus abdominales con decadente lentitud.

—¿Qué por-r qué?

—Ah ha.

—Me gusta ayudar en el castillo. No quiero ser una carga —murmuró inconscientemente y sin esperar un segundo, se alzó el vestido para quitárselo por la cabeza.

Cameron parecía sorprendido pero complacido. El deseo y el hambre de sus ojos la alentaban a hacer locuras.

—No quiero que te consideres una carga, Alba. No lo eres... —se pasó las manos por el pelo, echándose hacia atrás mientras clavaba los ojos en la seductora curva de sus nalgas, agachada mientras se quitaba las botas. Se removió, inquieto en el agua, mientras sentía la polla tiesa, pegada al estómago—. ¿Qué haces?

Completamente desnuda, ella se mordió el labio inferior.

—Hmmm... ¿Bañarme contigo?

Cameron la miró de arriba abajo varias veces, preguntándose cómo podía desearla tanto. Sus pequeños pechos estaban decorados por unos tensos pezones de color canela, oscuros y erectos que pedían a gritos ser lamidos y mordidos. Su cintura era estrecha para ensancharse en las caderas, llegando hasta el suave triángulo oscuro donde se ocultaba la vagina femenina. Caliente. Húmeda. Apretada.

Estirando una mano, Alba la agarró y soltó un gritito cuando la baja temperatura del lago la rodeó por completo. Se apretó al cálido cuerpo de Cameron, rodeándole con las piernas.

Sintió su erección empujando contra los pliegues de su sexo. Dándole un beso en la mejilla, se enterneció cuando él buscó sus labios. Presionaba sus labios con suavidad, lamiendo la carnosa carne inferior. Soltó un suspiro, gesto que aprovechó él para ladear el rostro y profundizar el beso.

Alba gimió contra él, pegando sus pechos al torso de él mientras era rodeada por sus brazos, que acariciaban su espalda en tentadores movimientos. Comenzó a mover las caderas, frotándose contra la verga de él, oyéndolo gruñir antes de volver el beso brusco, una dominación que ella estaba de acuerdo en aceptar.

Con una sonrisa, él bajó una mano hasta sus nalgas, deslizando la mano entre ellas. Fue bajando con dolorosa lentitud hasta la vagina, metiendo dos dedos y acariciando los pliegues, frotando la zona una y otra vez hasta sentir un inmenso fuego en ellas. Arqueándose, dejó que el pulgar de él diera sobre el inflamado clítoris, sonsacándole un grito.

—Eres una descarada desnudándote en medio de la noche cuando cualquiera podría verte, *mo rùin* —gruñó en su cuello, lamiendo. Sus palabras fueron como una punzada en sus pezones—. Sabes que no me gusta que nadie te vea desnuda. Eso es privilegio mío.

—Hmmm... —Ella asintió, tomando su boca en otro pasional beso. Agarrándole el rostro con las manos, acarició el suave vello de la mandíbula, sintiendo la estructura ósea que formaba el bello rostro de su hombre.

Deseosa de darle placer y de hacerle sentir lo mismo, deslizó una mano hacia abajo, buscando su pene. Al encontrarlo, lo aprisionó con fuerza, apretando en el glande.

Él apretó los dientes y embistió contra su mano.

—Maldición, Alba... tienes las manos más magníficas de toda Escocia.

Bajando y subiendo por toda la longitud, él la levantó un poco más para llegar a sus pechos. Ella se rio cuando perdió el equilibrio y tuvo que agarrarse a sus hombros. Él aprovechó para alzarla más y agarrarla por los glúteos, quedando casi toda su cuerpo a vista de sus hambrientos ojos.

Él miró la unión de sus muslos.

—¿Estás mojada?

—Mucho —dijo en voz baja y ronca, con los ojos pesados.

—¿Qué deseas, Alba? —dio un beso en su abdomen, ella suspiró—. ¿Mis dedos, mi lengua o mi verga?

Otra de las muchas cosas que le excitaban de Cameron era el lenguaje que utilizaba cuando se acostaban. Era oscuro pero delicado, la hacía sentir femenina, deseada y bella, como si fuera la única mujer capaz de satisfacer a un hombre como él.

Él comenzó a llevarla hasta la orilla, dejándola tendida en la húmeda tierra, rodeada de vegetación mientras sentía el agua por sus piernas y tobillos. El tacto del suelo le cosquilleaba la espalda, mientras oía el chasquido del agua y veía el resplandor de la luna a espaldas de Cameron.

—Lléname, Cameron —musitó temblorosamente—. Fóllame.

El fuego que ardió en sus ojos al decir la palabra desencadenó lo que había deseado, incluso más.

Cameron la agarró de la pierna flexionada y le dio la vuelta, poniéndola boca abajo con una delicada brusquedad que la excitó. Agarrándola de las caderas, le hizo alzar las caderas, con las rodillas apoyadas en el charco de agua. Él apoyó su pecho sobre el torso de ella, recorriéndole la espalda con besos mientras una mano pellizcaba y jugueteaba con sus pezones.

Alba gemía, presionando hacia atrás, donde se encontraba la dolorosa erección de él. Cuando por fin consiguió encajar la cabeza sobre la apertura de su sexo, suspiró aliviada.

Sin embargo, él se separó, no sin antes besarla con brusquedad.

—No, Alba. Todavía no.

Ella protestó.

—¿Cuándo?

Sin responderle, le separó más los muslos, exponiendo la rosada grieta de su sexo. Húmedos por la excitación femenina, pasó la lengua por ella en una lenta lamida que la hizo gritar, apoyándose sobre los codos, incapaz de soportar todo su peso. Cuando le pellizó el clítoris con el pulgar y el dedo índice, una corriente de placer la dejó al borde del clímax.

—Cameron, por favor —murmuró ofreciéndose a él, completamente abierta y expuesta mientras él la miraba sin reparos—. Penétrame. Por favor...

Pasó por última vez la palma de la mano por su monte de Venus, abarcándolo por completo y haciendo contacto. Mentiría si dijese que no estaba a punto de correrse en la espalda de futura esposa. Era capaz de seguir dándole placer, disfrutando de las vistas de su expuesto cuerpo mientras tomaba de él lo que ansiaba.

Encajando las caderas con las de ella, blasfemó cuando Alba estiró la mano y cogió su polla, bombeando antes de darle un suave tirón. Cerrando los ojos, agarró sus glúteos mientras intentaba contenerse.

—Guíame hasta tu interior, cielo.

Ella obedeció, colocando la ancha cabeza entre sus húmedos pliegues. Agarrándola, la embistió con lentitud, sintiéndose acogido y rodeado por los músculos vaginales, aprisionado con fuerza. Apretó los dientes y se obligó a abrir los ojos para verla.

Con los puños sobre la tierra mojada y las caderas alzadas hacia atrás, sus ojos cerrados y su boca entreabierta era un espectáculo digno de ver. Una necesidad apremiante de que su mujer lo mirase y viese quién la poseía le obligó a comenzar a moverse en su interior, escuchando sus gemidos cuando salía poco a poco de ella para volver a entrar, esta vez con más fuerza.

—Abre los ojos, *m'eudail* —volvió a golpear contra ella, sintiendo el tosco toque de su bolsa testicular contra las nalgas—. Déjame ver tus bonitos ojos mientras llegas.

Con esfuerzo, ella lo miró de reojo. Apenas podía verse la profundidad de sus ojos verdes, casi negros por la dilatación de la pupila. Inclinandose sobre ella, depositó un suave beso en el húmedo hombro, sintiendo el sabor salado de la piel. Sabiendo que a duras penas aguantaría un par de envites más, acarició su clítoris en perezosas caricias, rodeando la protuberancia antes de hacer contacto directo con él.

Un feroz gruñido salió de su pecho al ser ordeñado por la vagina de ella mientras se corría en oleadas de placer que la hicieron llegar al ansiado clímax, perdiendo el soporte de los codos.

Un par de embestidas más dentro de su apretada vagina consiguieron que soltara su simiente dentro de ella, apoyándose sobre las manos, a ambos lados de los hombros de ella, con la vista clavada en su bello rostro sonrojado. Las respiraciones agitadas de ambos acompañaban los sonidos de la naturaleza.

—Och, cariño. No sé que voy a hacer contigo...

Cogiéndola en brazos, la besó con ínfima ternura, queriendo expresarle en el beso todo lo que sentía pero no se atrevía a decir. Ella le correspondió gustosamente, acariciándole la mejilla con las yemas de los dedos. Al separarse unos centímetros, la miró. Ella sonreía profundamente, con el pecho agitado. Ella lo amaba. Estaba totalmente seguro de ello.

—Cuidarme por todo el resto de tu vida.

—Eso es algo que cumpliré gustosamente... pero, antes déjame que te lave.

Con la piel sensible, dejó que la lavara en el agua mientras lo contemplaba en silencio. Sus gestos hablaban por él y, a pesar de ello, se moría de ganas por oír las palabras de su boca. Ella se guardaba las suyas bajo llave, dispuestas a arrojarlas a la luz cuando él también lo hiciera.

Al salir del lago, él la vistió, robándole algún que otro beso al secarla con avidez. Estornudó tres veces, sonriéndole para tranquilizarle.

—Prométeme que dejarás de cazar peces por la noche.

—¿Por qué? No pasa nada, Cameron, no me meto en el agua y soy una experta nadadora.

—Prométemelo. No sola, al menos —abrazándola, besó el tope de su cabeza—. Ya he enterrado una esposa, no quiero tener que repetir la misma experiencia.

Asintió varias veces, disfrutando del abrazo mientras miraba la redonda luna, blanca y resplandeciente. Estaban a contraluz y se moría de ganas por hacerse una foto con él y el místico paisaje de la noche. Alba había mostrado desde pequeña la

necesidad de atesorar todos sus recuerdos en fotografías. Temía olvidar, dejar en lo más oscuro de su mente a las personas más importantes de su vida.

Y Cameron se estaba convirtiendo en uno de ellos.

Besó el pecho de él antes de oír su ronca risa.

—¡Eh, Cameron! —Alba hizo amago para separarse al oír la voz de Broc y la de otros hombres, pero Cameron apretó el agarre de sus brazos. Sonrojada, aguantó la divertida mirada de los highlanders—. ¿Habéis terminado de bañaros? Nosotros también queremos disfrutar del lago.

—Sí, hemos terminado. Mañana os quiero a todos antes del amanecer en el patio de entrenamiento, ¿entendido?

Subiendo la pendiente hacia el castillo, Alba saludó a Fiona, quien estaba recogiendo el salón antes de irse a la cama.

Disfrutó enormemente del pacífico silencio lleno de significado que les rodeaba. Antaño, si le hubiesen preguntado si creía que encontraría a su otra mitad, habría respondido un no rotundo. Pero allí se encontraba, con él de la mano mientras iba a sus aposentos, separados de los de Cameron. Seguramente, todos estarían al tanto de que se habían acostado, para qué engañarse, incluso que los hubiesen pillado en el lago había sido una clara señal, pero Cameron se había mostrado reacio a que durmiese con él sin estar casada.

Las mujeres perdían un respeto considerable y él no permitiría nunca que se sintiera incómoda en el que se convertiría su nuevo hogar para el resto de su vida.

Antes de que llegaran a la puerta de su habitación, le dio un suave tirón en la mano para que se detuviese.

Él la miró y alzó una ceja.

—¿Sucede algo, Alba?

Oír su nombre pronunciado a la manera escocesa, como siempre había hecho, era una sensación a la que no se había acostumbrado. Al parecer, Alba, tenía un significado muy especial en Escocia, pero se había negado a revelárselo hasta que se casaran y fueran marido y mujer.

Podría haberle preguntado a Beth u otras personas, pero tenía la sensación de que aquello habría roto la magia. Y eso era precisamente lo que quería evitar a toda costa. Lo que había entre ellos era tan especial que sentía miedo. Miedo de perderlo todo de un momento a otro. Si alguna vez Cameron la miraba con odio en los ojos o desaparecía de sus brazos... No se lo quería ni imaginar.

—Quiero... —tragó saliva y rodó los ojos—. ¿Podríamos ir antes a la planta más arriba del castillo? La que es descubierta y puede verse...

—Te refieres al patio interior de la última planta, ¿verdad? La que utilizan arqueros y otros soldados cuando hay conflictos.

—Esa misma, sí — dijo asintiendo.

—¿No puedes esperar mañana?

—¿Has visto la luna tan bonita que hay en el cielo y la cantidad de estrellas brillantes? ¡Sería un desperdicio no ir a mirarlas un rato!

—De acuerdo, vamos. Veamos esas estrellas que dices.

—Y la luna —dijo mientras andaba con una resplandeciente sonrisa.

—Y la luna.

Una vez se encontraron en lo más alto del castillo, Alba se acercó al muro y miró el brillante cielo oscuro de la noche. Infinidad de estrellas de distintas formas se agolpeaban salvajemente unas contra otras, como si alguien las hubiese tirado despreocupadamente contra el firmamento.

Girándose, vio a Cameron, cruzado de brazos y sonriendo.

A su lado, en una esquina del inmenso patio, encontró una enorme manta enrollada junto a otra ropa. Supuso que a veces lo utilizarían como tendero. Una brillante idea cruzó por su cabeza.

Cogiendo la manta, la extendió sobre el suelo y se tumbó, haciéndole un gesto a Cameron.

—¡Vamos! Si nos tumbamos no tendremos que estar con el cuello en tensión al mirar hacia arriba.

—Buena idea, cariño.

Él se tumbó y extendió un brazo para que se acobijara en su pecho, apoyando la cabeza sobre su pecho, justo donde oía los latidos de su tranquilo corazón. Rodeándola, suspiró mientras disfrutaba del hermoso paisaje que una vez más, las Highlands le ofrecían.

La luna destacaba, tan pálida y con débiles manchas grisáceas. Pudo ver que poco a poco una niebla comenzaba a rodear al castillo, dejando una mojada superficie sobre ellos y las piedras de la fortaleza. Frunciendo el ceño, desechó el pensamiento de que se le iba a encrespar el pelo y le señaló unas estrellas con una curiosa forma.

—¿Ves ese grupo de estrellas?

—¿La de seis?

—Esa misma, ¿no te parece que tiene forma de árbol?

—¿Árbol? —Cameron achicó los ojos, pensativo—. Yo veo más bien una hoja.

—¿En serio? —parpadeó varias veces, intentado enfocar sus miopes ojos. Se arrepintió de no haberse operado dos años atrás cuando su tía se lo sugirió. Pero Alba odiaba todo lo que tuviese que ver con hospitales y centros, por lo que había pensado que sus lentillas servirían. Obviamente, cuando cayó al agua del lago Ness, permanecer con los ojos abiertos no había servido de mucho para conservarlas. solo esperaba que no aumentase de manera considerable la graduación. Apenas tenía en los dos—. Hmmm... Vale.

Una suave lluvia comenzó a caer, haciendo que Alba se riese y se incorporase sobre sus rodillas. Cameron, tumbado, la miraba con las comisuras arqueadas hacia arriba.

Su corazón dio un brinco. Seguía sin acostumbrarse a él. A su presencia. A los sentimientos que hacía bullir en su interior. Su cara fue quedando cubierta por las gotitas de agua y su pelo, de ese color castaño cobrizo, se fue humedeciendo, quedándose algunos mechones pegados a su frente.

El nudo que sentía en el estómago aumentó. Echándose a su lado, contempló sus ojos. Él estiró una mano y la ahuecó en su mejilla, dejando esa zona acariciada en llamas.

—Eres tan hermosa, Alba Duque —ella sonrió ampliamente mientras sus mejillas se sonrojaban involuntariamente—. Me siento el hombre más afortunado de toda Escocia por tenerte a mi lado.

Inclinándose sobre ella, su rostro quedó enmarcado por el cielo oscuro mientras seguía lloviendo con suavidad, creando un ambiente demasiado íntimo y místico. El viento se escuchaba a lo lejos, moviendo las copas de los árboles. Pero, Alba no era consciente de ello. No. solo era consciente de los profundos latidos de su corazón mientras miraba a los ojos del hombre de su vida.

Quería decir algo, pero su lengua parecía haberse derretido con las tiernas palabras de Cameron.

Poniendo una mano en su nuca lo atrajo hasta sus labios para besarlo y decirle todo lo que hablando no podía.

Capítulo 18

Definitivamente, la boda de Cameron MacLeod y Alba Duque sería en dos días. Con los invitados preparados, la comida lista, el castillo limpio y el sacerdote, todo estaba preparado. Alba había querido llevar todo para adelante para cansar lo mínimo posible a los sirvientes, quienes estaban deseosos de compartir las mañanas o las tardes con la futura mujer del laird.

Un cansancio progresivo se fue adueñando de ella, desde tirones en los lumbares hasta pesadez en los ojos que le obligaba a dormir muchas horas más. No necesitó mucho tiempo para atribuir el cansancio a todo el trabajo que intentaba llevar día a día. Tanto Beth como Fiona eran un gran apoyo, quienes se habían ocupado del vestido de novia y de los más mínimos detalles que se le escapaban a ella.

Alba apenas había asistido a un par de bodas toda su vida, por lo que todo aquello que se le escapaba era atendido por Fiona y Beth.

A pesar de que había insistido en que invitaran a los MacDonald como símbolo de paz, Cameron no había querido pasar esa delgada línea de tregua que mantenía con el otro clan. Por supuesto, no conociendo muy bien la historia que unía a los dos clanes, se contentó con que Alasdair asistiera junto a otros clanes, no aliados pero tampoco enemigos.

Apenas era por la mañana cuando salió despedida, después de dar los buenos días a Cameron como Dios mandaba y desayunar, a ordeñar a las cabras y vacas, una tarea que encontraba muy divertida y que nadie trataba de hacer. Poco a poco, se estaba ganando su rincón en el clan. Era incapaz de ocultar lo feliz que era.

Terminando de ordeñar a una cabra, otra ocupó su lugar. La susodicha se llamaba Dolores, nombre que ella le había puesto con el consentimiento de Cameron. Grande y blanca, le dio con el hocico en la mano como saludo antes de situarse correctamente sobre el cubo vacío.

—¡Vaya, *Dolores*! Pero qué guapas estás hoy, y mojada. ¿Volviste a escaparte del establo?

Recibiendo un sonido por su parte, comenzó a ordeñar con tranquilidad.

—Dentro de dos días voy a casarme, me encantaría que estuvieses conmigo pero me temo que te comerías mis flores y...

Alguien entró en el establo, pillándola.

—¿Hablando con cabras? ¡Pero qué muchacha más loca!

Vio a Alasdair, sonriendo y cruzado de brazos, apoyado en una de las vigas. Dejando a Dolores, fue a darle un fuerte abrazo, siendo levantada del suelo con ímpetu.

—Mira a quién tenemos aquí —alejándose, se cruzó de brazos—. No recuerdo haberte invitado, laird de los MacLean.

—Oh, vamos. Sé que has suplicado a Cameron para que viniese —dijo guiñándole un ojo azul.

Soltó una carcajada y volvió con Dolores, que miraba con curiosidad la escena, o mejor dicho, al hombre rubio. Le tenía un cariño especial a esa lista cabra.

—Sí, bueno... me has pillado. ¿Te has echado ya una mujer o qué? Si no es así, tengo algunas candidatas que podrían gustarte...

—¿Se parecen a ti?

—Hmmm... ¿físicamente? Creo que sí. Ambas somos morenas. Ella no tanto —musitó pensativa con la imagen de Beth en la cabeza.

—Eso espero. Siempre he preferido las morenas.

—¿En serio? ¡Y yo que pensaba que los hombres rubios preferían mujeres rubias!

—Estupideces, muchacha. Donde hay...

—¿Coqueteando con mi mujer, Alasdair?

Alba levantó la cabeza del cubo casi lleno de leche hacia Cameron, que se encontraba en la puerta de los establos con una sonrisa. Levantándose, los dos hombres comenzaron a hablar en gaélico. Distinguiendo algunas palabras, tenía una sorpresa para su futuro marido. Pensaba dar el sí quiero en su idioma, algo que no le habría resultado fácil sin la ayuda y la paciencia de Beth.

Salieron al exterior para seguir hablando, cuando ella terminó de ordeñar las cabras. Llevándolas a la cocina, una criada se encargó de los recipientes y ella volvió a fuera, encontrándose el cielo repentinamente gris y unos cuervos en las ramas de los árboles, gruñendo con sus toscas voces que, ella, encontraba encantadoras.

Los cuervos se habían convertido en uno de sus animales favoritos. Es más, había estado a punto de tatuarse uno cuando el miedo por las agujas fue superior a su deseo de tener al animal en la muñeca.

Acercándose al árbol, sonrió. Dos cuervos la miraban fijamente, con sus inteligentes ojos sobre ella. Asegurándose de que nadie la escuchaba, los intentó imitar.

Alasdair paró de hablar cuando clavó la mirada en Alba y abrió los ojos desorbitadamente.

—¿Pero qué demonios está haciendo?

Cameron, acostumbrado a las rarezas de Alba, la miró con una sonrisa. Estaba enfrente de un árbol donde se juntaban algunos grandes cuervos negros. Con los ojos clavados en ella, emitía una serie de sonidos parecidos a las del ave.

Con una sonrisa, negó con la cabeza.

—Dios mío, Alba es bastante...

—¿Inusual? ¿Especial?

—Por los clavos de Cristo, ¿está hablando con los pájaros?

—La primera vez que la pillé me dijo que le gustaba imitarlos, que era uno de sus animales favoritos.

Alasdair frunció el ceño y señaló la copa del árbol.

—¿Los cuervos? ¿A qué mujer le gustan los cuervos? Ciervos, gatos, conejos...

Cameron clavó la vista en Alba, sonriendo.

—Cuando creo que la conozco por completo, acaba por sorprenderme otra vez, mostrando una pequeña parte de su alma. No creo equivocarme cuando pienso que estar con ella será como vivir con un misterio. Conocerla por completo será una de las cosas más interesantes de mi vida.

Su amigo lo miró durante unos segundos en silencio, hasta que poco a poco sus ojos brillaron de la sorpresa.

—Estás enamorado de ella, ¿verdad? No hace falta que respondas, Cameron. Tus ojos hablan por sí solos —Cameron pareció algo desconcertado, como si sus palabras lo hubiesen pillado inadvertido. ¿Enamorado? Deseaba y sentía respeto y

cariño hacia su mujer, pero... ¿amarla? Con el inmenso dolor que sintió tras la muerte de su primera esposa, hermana de Alasdair, se había cerrado en banda ante cualquier mujer, incluso para ser sincero consigo mismo, había encontrado en Marianne la mujer perfecta para no amarla. Ella habría sido feliz con la posición y los hijos de ambos. Nada más.

La boda con la bella y dorada Anne había sido tan rápida que apenas le había dado tiempo a analizar la situación, pero la había amado.

Una voz a sus espaldas carraspeó. Girándose, se encontró con los tímidos ojos de Beth.

—Mi laird, el sacerdote quiere veros. ¿Podéis atenderle?

—De acuerdo, voy en un momento.

—Está en el salón esperándoos —dijo antes de hacer una reverencia y, sin mirar a Alasdair, a quien había ignorado, se fue.

Su amigo se rascó el rubio vello incipiente.

—¿Sabes? Tu sirvienta me ignora. Le pedí que llamara a uno de mis hombres para llevar hasta el salón vuestro regalo de bodas cuando se giró y llamó a Mòrag para que me atendiese. ¿Qué demonios le pasa conmigo?

—¿Y qué más te da a ti que te atienda ella u otra?

Desviando la mirada, Alba llegó hasta ellos con lentitud, agarrándose el vestido.

—¿Distrayendo a mi mejor amiga Beth? Tus tácticas de seducción son inútiles, Alasdair.

—¿Distraer? Apenas me acerco cuando se da la vuelta y le dice a otra sirvienta que se acerque.

Alba lo miró intensamente, intentando aguantar la sonrisa. Cameron, de brazos cruzados y piernas separadas, tenía las comisuras arqueadas hacia arriba mientras clava a su grisácea mirada en ella. Inconscientemente, se colocó a su lado, delante de él. Fue envuelta entre sus brazos, suspirando.

—Eres un hombre muy atractivo, Alasdair. Y borra esa sonrisa de tu cara porque no te estoy lanzando un piropo. Es un hecho —los brazos de su escocés se tensaron a su alrededor. Dándole unas palmaditas, prosiguió—Y Beth, como mujer sexualmente activa que es...

—¿Cómo?

—Eh...—tragó saliva audiblemente, intentando salir del atolladero en el que se encontraba—. Bueno, que está en la flor de la vida, joven, en la edad de copular.

—Copular —repitió Cameron frunciendo el ceño.

—¿Copular? —Alasdair soltó una carcajada.

—¿De qué os reís? Estoy segura de que vosotros a su edad ya erais unos... Salvajes. Pero como desgraciadamente el mundo no es justo, tengo que protegerla de ti y de todos aquellos que quieran aprovecharse de ella. Le tengo tanto cariño que a veces pienso que es mi hermana pequeña. ¿Puedo confiar en que no la seducirás?

—¿Para qué querría seducirla?

Por su tono de voz, realmente lo había pillado desprevenido pensó Alba.

—Oh, ¿no te parece atractiva?

—Es guapa pero...

—No tiene ni tierras ni dote, lo entiendo, no pongas esa cara, Alasdair, soy mujer, no tonta. Como íbamos diciendo...

—Alba... —la reprimió suavemente Cameron.

—Ella es una doncella que necesita un hombre que la ame y se case con ella. Y...

—¿Pero por qué das por hecho que me voy a acostar con ella?

—Porque le gustas, Alasdair. A ella y a todas las mujeres del castillo.

—¿A ti también?

Antes de que Cameron intentase coger a su amigo por el cuello, se agarró a él.

—No, yo soy inmune. Siento debilidad por los pelirrojos...

Cameron frunció el ceño y la giró entre sus brazos, mirándola fijamente.

—Yo no soy pelirrojo.

—Bueno, eres castaño cobrizo oscuro. Una combinación de lo más sexy y...

Sorprendida, fue apresada en un fuerte abrazo cuando oyó las carcajadas de Cameron, que murmuraba algo en gaélico, pudiendo entender algo de 'mi mujer' y 'loca'.

—Vaya cosas dices, *mo rùin*. Deja de trabajar por hoy y descansa —dándole una palmada en el trasero, la soltó.

—¿Y qué hago?

—Descansa, duerme, investiga el castillo... —se encogió de hombros—. Tienes el resto del día libre.

—¡Apenas acaba de empezar el día! Pero, bueno, está bien... no haré nada.

Iba a irse hacia las cocinas cuando apenas dio unos pasos, escuchó un carraspeo, Mirando de reojo, Cameron tenía una ceja alzada. Estiró una mano hacia ella.

—¿No se te olvida nada?

Sonriendo ampliamente, se lanzó a sus acogedores y protectores brazos para besarle.

Alba, tras ser echada de la cocina por intentar ayudar, subió las escaleras hasta sus aposentos. Apenas aguantó una hora tumbada cuando, aburrida, se había levantado para mirar por la ventana, sintiendo un nudo en el estómago.

Quedaban horas para su boda, para estar ligada con Cameron MacLeod. Un hombre del siglo XV, su alma gemela, su otra mitad. Se consideraba tan afortunada que tenía la necesidad de pellizcarse más de una vez al día, hasta que llegaba la noche, para volver a tener la intimidad que tanto quería.

No solo hacían el amor. Hablaban, se acariciaban, discutían sobre temas del castillo y también contaban experiencias del pasado. Alba le había narrado el inmenso dolor de perder a sus padres y la delicada etapa de los diez años, cuando había sido víctima de *bullying* a manos de una cruel niña que había estado a punto de destruir la poca fuerza que le había quedado. Para que la entendiese, había preferido utilizar la palabra 'acoso'.

También habían hablado de las experiencias más increíbles de su vida, en la cual ella lo había nombrado.

Saliendo de sus aposentos, decidió subir a lo más alto del castillo, ver los inmensos paisajes, sentir la brisa en su rostro mientras movía su cabello. Los cálidos y tenues rayos del sol sobre su rostro, arrebolando sus mejillas. O ver los pájaros alzando el vuelo y dirigirse a los lagos para cazar pescado o a lo más profundo de los bosques, donde esperarían hasta dar con roedores.

Dejando la puerta abierta, se dirigió hasta el balcón. La actividad que había dentro de las murallas del castillo era inmensa, incluso agotadora. Todas las

personas, para sorpresa de Alba, se habían mostrado satisfechas con el enlace, incluso contentas. Había escuchado el rumor de que, al casarse con una española, quizás la corona española les ofreciese protección frente a los ingleses. Desgraciadamente, eso era imposible.

El sonido de un cuervo a su izquierda hizo que girara la cabeza hacia tal dirección. Acostumbrada a las palomas que constantemente invadían Sevilla, ver diferentes aves le parecía excitante.

En ese momento pensó si con todo el revuelo que había por la boda, sería el momento perfecto de intentar envenenar al laird.

—Dios mío...

Llevándose una mano a los labios, todo cobró sentido. Un hombre, como había visto en las visiones gracias al libro, echaría unos polvos en una jarra. Tenía que asegurarse de que se destruyeran todas las jarras y fuese ella misma la que las llenase, supervisándolas. Dispuesta a darse la vuelta para correr a las cocinas, la puerta se cerró con fuerza.

Y no había mucho viento que pudiese empujar la pesada puerta.

Se dio la vuelta con la máxima rapidez que pudo, pero no la suficiente para que evitar el golpe que iba directo a su cabeza. A su alrededor todo se oscureció, escuchando una aterradora voz femenina que reconoció de inmediato.

Horas más tarde, Alba despertó con un inmenso dolor de cabeza. Parpadeando para retirar aquella niebla de ensoñación, se encontró en una oscura habitación con la iluminación de una vela. El suelo, de piedra al igual que las paredes, era mohoso, con paja en el suelo y un cuenco con agua sucia donde un enorme mosquito ahogado descansaba.

Reprimiendo las arcadas, se escucharon varios cerrojos abrirse antes de aparecer Marianne.

La miró con los ojos desorbitados, intentando reconocer al espectro de la bella mujer que había sido un día. Su pelo dorado lucía sin brillo, sus ojos parecían más oscuros, enrojecidos por las pequeñas venitas hinchadas. Su cuerpo, antes con curvas, era lo suficientemente delgado como para preocuparse. Sus afilados pómulos resaltaban, al igual que sus dedos largos, sin apenas carne.

Parecía un espectro.

—Marianne...

—Ni una sola palabra, bruja —gruñó yendo hacia ella. Un hombre con el tartán de los MacLeod que no pudo reconocer, cerró la puerta tras Marianne.

Callada, esperó a que hablara. No le convenía mosquearla más de lo que probablemente ya estaba. Tenía un puñal en la mano, apuntado hacia abajo.

—Pensaba que estabas muerta —dejó caer.

—Demasiado bueno para ser verdad, ¿no? —dijo con voz ponzoñosa.

—Tu hermano Alasdair está desolado, Marianne. Te han enterrado oficialmente. ¿Por qué te fuiste? —explotó—. Te buscaron durante días y días sin descanso. Los hombres salieron por la noche, ¡arriesgaron su vida por...!

—¡Ni se te ocurra alzarme el tono de voz, zorra española! No solo me has arrebatado mi esposo, mi lugar en el clan después de haber esperado tantos años cuando por fin...

—¡Mataste a tu hermana Anne! —exclamó sorprendida, colocándose sobre sus rodillas doloridas. El frío de la piedra la estremeció, aunque apenas lo sintió cuando la verdad que escondían las palabras de Marianne llegó hasta ella—. ¿Cómo has podido matar a tu propia hermana?

Siguiéndola con la mirada al dar vueltas a su alrededor, achicó los ojos.

—Toda mi vida he tenido que aguantar cómo mis propios padres querían más a Anne. A ella se lo daban todo: vestidos, joyas... amor. Yo no era más que el repuesto por si acababa enfermando —sangre manó de la pálida palma de la mujer cuando apretó el puñal con demasiada fuerza. Sus ojos se empañaron—. Yo nunca he sido nada para nadie.

El dolor latente en la voz de Marianne le causó lástima. Su vida no había sido fácil, y fácilmente se lo imaginaba. En la Edad Media poca importancia podía tener una mujer que no pudiese contraer un matrimonio beneficioso. Una imagen de Marianne, sola, a la sombra de su hermana Anne llegó hasta ella. ¿De verdad sus padres no le habían dado más crédito que el de una hija suplementaria al matrimonio con Cameron si la otra fallecía?

—Alasdair te quiere.

—Alasdair se ha dado cuenta demasiado tarde que incluso él me abandonó cuando era pequeña —sus labios temblaron—. Me has arrebatado lo único que he deseado en mi vida.

Culpable, bajó la mirada y soltó un suspiro.

—Podías haberte casado con mi hermano —prosiguió —y ser la mujer de un laird. Pero no, tú decidiste quedarte con Cameron...

—¡Fue algo inesperado! —apretando los puños en las faldas de su vestido, la miró fijamente—. Me encontré...

—Bañándote desnuda en el lago Ness, como la mujerzuela que eres. Pero, eso se va a acabar, Alba —avanzó hacia ella con el puñal en lo alto—. Ahora mismo, Sam va hacia Dunvegan con el tartán de los MacLeod que le he entregado.

Retrocediendo, cayó hacia atrás. Tenía los pies atados fuertemente, pero las muñecas no. Las tenía muy pequeñas y si se esforzaba, podría liberarlas.

—¿Quieres matar a Cameron?

—Ya, como muy bien has dicho, estoy oficialmente muerta. Aparecer no... sería lo más adecuado. No me aceptarían como su mujer y además, me culparían de tu muerte. Cuando Cameron muera, envenenado, yo desapareceré para siempre, haré correr el rumor de que no pudo aguantar tu ausencia y se suicidó. Todos se olvidarán de mí...

—Como la cruel y despiadada mujer que eres —terminó, asustada—. Dios mío, ¿te estás oyendo Marianne? Tú no amas a Cameron. No amas a nadie.

Marianne se quedó quieta. Apenas había un metro de distancia entre ambas.

—Cameron me despreció. Iba a casarse conmigo pero nunca lo hizo público, como si... le avergonzara. Como si no fuese suficiente para él. Ni para el clan —mirando hacia la puerta cerrada, sonrió—. Admito que sin Sam no lo hubiese conseguido. Él es un proscrito de los Macdonald, me encontró tumbada bajo un árbol, helada, me ofreció un techo bajo el que vivir... No hizo falta mucha persuasión para conseguir lo que quise, todos los hombres son iguales —murmuró con voz ahogada.

—Marianne... —con un brusco movimiento, consiguió liberarse una mano. Fue deslizando la cuerda poco a poco, detrás de ella—. Siento muchísimo todo lo que te ha sucedido. Déjame ayudarte, podemos solucionarlo y... no pensaba quedarme, fue...

—Ya hemos hablado demasiado. Acabaré contigo en primer lugar.

Y avanzó hacia ella.

El puñal descendió con rapidez. Alba se movió a un lado para esquivar el arma, sintiendo un desgarró en el brazo que le sacó un gemido. Antes de que Marianne volviese a cargar, pegó los pies y saltó sobre su espalda, haciéndola caer al suelo.

Estiró una mano para coger el puñal cuando un codo la golpeó en la nariz. Soltó una maldición y tiró de los débiles hombros hacia atrás, impidiendo que ella agarrara el puñal. Con un fuerte tirón de pelo, la echó a un lado y se tiró hacia el arma. Lo cogió y al ver una sombra que se lanzaba hacia ella, alzó el puñal.

El cuerpo de Marianne fue atravesado por él antes de que Alba sintiese un fuerte arañón en la mejilla, con su peine de nácar, el que había desaparecido.

—Oh... Dios mío... —gimió mientras la sangre de Marianne le llenaba las manos—. Dios mío, lo siento mucho, Marianne... Siento...

Cayendo sobre su cuerpo, la apartó con suavidad, alejándose. El vestido azul claro de Marianne estaba teñido de rojo mientras sus ojos azules terminaban de perder el brillo. Un suspiro más tarde, murió.

Llevándose una mano temblorosa al pecho, se levantó como pudo.

Por todos los Santos, acababa de matar a una mujer. Echándose el pelo hacia atrás con ambas manos, fue hacia la puerta. Estaba cerrada. Maldiciendo, pensó en Cameron. Tenía que llegar cuanto antes a Dunvegan, pero ni siquiera sabía dónde se encontraba. Si en tierra de los MacLeod, o quizás de los MacLean...

La desesperación se cernió sobre ella como una amenazadora sombra.

Si no actuaba con rapidez, Cameron moriría. Y ella se quedaría en la Edad Media para siempre, sola, sin él. Sin su familia y viviendo eternamente con el sentimiento de culpa. Soltando una escueta disculpa al cadáver de Marianne, se arrodilló a su lado y buscó las llaves.

Debajo de sus faldas las encontró. Mirándola unos segundos, le cerró los ojos antes de irse.

Saliendo de la pequeña casa, se encontró en medio del bosque.

Ya era de noche. Cameron seguramente estaría buscándola. Buscó en la cabaña una capa o una manta que la pudiese abrigar. Encontró un viejo chal grisáceo. Vestida con él, salió a la oscura noche con una escueta vela que no la iluminaría durante mucho tiempo.

Cameron estaba a punto de perder los nervios. No encontraban a Alba por ningún sitio. La desesperación era tan grande que fue inconsciente de lo vulnerable que, por primera vez en su vida, se mostraba. Temía haberla perdido como a Anne y su hijo Broderick. Sabía que no había huido, ella sabía.... que él la amaba.

Sí, estaba siendo sincero con sus sentimientos. La amaba total e irrevocablemente. Alba era todo lo que siempre había querido: cariñosa, fuerte, independiente, pasional y atractiva de una forma especial. No volver a verla jamás acabaría riendo el golpe final a su duro corazón.

Girando las riendas del caballo, dejó que sus mejores rastreadores intentasen encontrar pistas de alba y de quien se la hubiese llevado.

Sintiendo una mano en el hombro, se tensó. No quería que lo tocasen. No ahora cuando estaba a punto de perder el control. Si no fuese por Marianne estaba muerta, habría jurado que se trataba de una maniobra suya.

—La encontraremos —la voz de Broc, dura como el acero, no tembló—. Y mataremos a los que se la han llevado.

Asintiendo, observó que uno de los rastreadores se acercaba con rapidez. La cabeza rapada tenía unos dibujos negros que solo llevaban los rastreadores. Sus fríos ojos azules como el hielo se clavaron en él.

—Hemos encontrado pisadas de un par de caballos dirigiéndose hacia la tierra de los MacLean, laird.

Miró de reojo a Alasdair, que no pudo ocultar la sorpresa.

—¿Estás seguro?

—Completamente —asintió.

—Cameron, he estado contigo desde...

—Lo sé, Alasdair. Lo sé, no dudaría de ti —le interrumpió a la misma vez que un pensamiento retorcido surcaba por cabeza: Marianne estaba muerta pero... ¿Quién si no habría querido secuestrarla? Apretando los puños en la rienda hasta volverse blancos, esperó unos segundos para recobrar la apariencia de calma que artificialmente tenía.

—Podemos recorrer mis tierras, quizás estén allí.

—Nos dividiremos —pensó con la cabeza fría mientras los latidos de su corazón se aceleraban—. Han pasado muchas horas desde que desapareció. Robert, coge a algunos de mis hombres y vete a la tierra de los MacLean —su hombre asintió, seriamente—. Busca bien, amigo. No acepto fallos. Esta vez no. Enviar un mensajero a los Macdonald —apretó la mandíbula, sabiendo que en este asunto era capaz de guardar su férreo orgullo—. Pedirle que la busquen. Cuanto más seamos, más posibilidades tendremos de encontrarla.

El resto de sus hombres asintieron.

—Yo haré lo mismo. Enviaré a mi mejor hombre con algunos soldados para que os acompañen —le dijo a Robert en voz baja—. Me quedará contigo, Cameron.

Asintiendo, miró por última vez el extenso bosque duramente. Pensaba matar a aquellos que le hubiesen puesto una mano encima a su mujer. Se negaba a contemplar la opción de que estuviese muerta. De ninguna forma. Aquel día se estaba convirtiendo en uno de los peores de su vida. Si se trataba de Marianne... No

tendría clemencia, ni por su amigo aunque ello significase la pérdida de la alianza entre ambos clanes.

Por una vez en su vida desde hacía muchos años, Cameron MacLeod tuvo miedo.

Alba tropezó con una saliente y ancha raíz, cayendo al suelo de rodillas y manos. Limpiándose en el vestido, tiritó. El frío se le había metido en los huesos con brusquedad y sin compasión, consiguiendo que con cualquier golpe el dolor fuera duplicado.

Levantándose, siguió corriendo, temiendo que de un momento a otro apareciese el hombre o hubiese conseguido entrar en el castillo y verter el veneno en las jarras, ambas posibilidades iguales de aterradoras, incluso la segunda aún más. Llevaba caminando más de una hora, dando vueltas y pareciéndole que todo era del mismo color: verde y oscuridad absoluta.

Bajando una angosta pendiente al ver una llama, metió el pie en una trampa. Pisando el detonante, se encontró de repente colgando boca abajo.

—¡Maldición! —murmuró mientras intentaba llegar hasta la pierna y agarrarse a la dura y áspera cuerda.

Al conseguirlo, intentó por todos los medios deshacer el fuerte nudo.

Un aullido a lo lejos la estremeció. Paralizada por el miedo, un frío sudor le recorrió la espalda y nuca. Sabía que debería haber cogido el puñal, pero sacarlo del cuerpo de Marianne... Le había parecido demasiado desagradable y poco respetuoso. No tenía tanta sangre fría. Pensó en su tía y estuvo a punto de sollozar.

Miró a su alrededor, por si podía agarrarse a alguna rama o al árbol. Comenzó a balancearse de un lado a otro, tomando impulso como podía con los brazos. La cuerda crujía por su peso y temió que se rompiera. Si caía de cabeza, podría quedarse inconsciente y ser devorada por algún animal salvaje.

Intentándolo un par de veces más, terminó por agarrarse al tosco árbol, sintiendo la corteza en la mejilla. Intentó ascender poco a poco hasta estar derecha. La sangre fue bajándole poco a poco de la cabeza, mareándose. Una vez recuperado el equilibrio y la tranquilidad, se sentó a horcajadas sobre una pesada rama y comenzó a trabajar en el nudo.

Unos minutos más tarde, con algunas uñas rotas, era libre.

Consiguió estar en el suelo con rapidez, soltando un suspiro al ver la enorme altura a la que se había encontrado.

Otro aullido resonó. Esta vez más cerca.

Comenzó a correr a toda velocidad hacia donde había visto la llama cuando los cascos de unos caballos resonaron en la fría noche. Mirando a sus espaldas, vio a unos cuantos jinetes. Sin saber si se encontraba en la tierra de los aliados o no, siguió corriendo lo más rápido que pudo, ignorando el tirón de sus músculos y el golpe de las ramas de los bajos árboles golpeándole en el rostro.

De repente, fue alzada del suelo para encontrarse encima de un caballo marrón oscuro. Alzando la mirada, se encontró con Ethan MacDonald.

Apretando los ojos para no llorar, se apoyó en su gran torso.

—Gracias a Dios que te he encontrado...

—Yo te he encontrado yo a ti, muchacha. Te llevaré al castillo Dunvegan antes de que tu laird pierda los nervios.

—Dios mío, Ethan...

—No te he dado permiso...

—¡Estoy aterrorizada! Me seguían unos lobos, estaba perdida y no sé en qué tierras me encuentro, ¿puedes decírmelo? —le interrumpió, inconscientemente mientras la dura experiencia caía sobre ella—. ¡Oh, Ethan! He hecho algo terrible —sollozó llevándose las manos al rostro, ignorando a todos los demás hombres que se encontraban con él—. He matado...

—Silencio. Yo solo te llevaré con Cameron MacLeod, luego tú harás lo que creas oportuno. Ahora estás a salvo.

Refugiada en el pecho de Ethan, el caballo trotaba con rapidez dirección a las tierras de los MacLeod. El resto de los hombres iban detrás al mismo ritmo. El frío viento de la noche apenas impactaba contra ella gracias al hombre que la sostenía con fuerza contra él. El frío no la había abandonado, pero al menos su cuerpo no seguía bajando de temperatura tan drásticamente como hacía apenas unos minutos.

Se quedó dormida varias veces durante el viaje. En los momentos que había estado despierta, había pensando en su tía Carmen, en lo mucho que la amaba y en todo lo que había cambiado a su vida, en el señor O'Neill, en Felicity, en sus amigas y en sus caras si llegasen a saber alguna vez por lo que había pasado. Pensó en Marianne, en la pobre mujer que había vivido siempre a la sombra de los demás.

Y en Cameron. solo quería estar con él, entre sus brazos y que le prometiese que todo había acabado de una vez. Casarse, tener una larga, feliz y pasional vida junto a él.

Desgraciadamente, Marianne se aparecía en su cabeza con tanta frecuencia como se quedaba dormida. Había visto la desolación en sus ojos, la tristeza tiñendo su voz mientras unos escalofríos la dominaban por completo. Su cuerpo cayendo sobre ella, muerto, sintiendo la sangre escapar de su cuerpo y caer sobre ella.

Se llevó una mano a la boca, intentando soportar las arcadas.

—Ya queda poco, muchacha. Aguanta.

Volvió a quedarse dormida, presa del frío y del momento hasta que oyó una grave voz llamándola a gritos. Vio borrosamente unos brazos arrebatándola de Ethan, acunándola mientras le hablaba en voz baja, con la voz ronca de la emoción. Parpadeando, fue incapaz de enfocar la mirada, pero vio los ojos grises de Cameron sobre ella. Felices, asustados y llenos de la promesa de una venganza.

Sintió sus labios recorriéndole la cara, apretándola contra él.

—Por todos los Santos, *mo cridhe*. Estás viva, me has dado el susto más grande de mi vida —murmuró contra su cabeza.

Alba le empujó débilmente en el pecho cuando se inclinó para vomitar a un lado del caballo. Una vez terminó de echar la bilis, se apoyó contra él, sintiéndose tan débil como un bebé.

—Ca-Cameron... Me encuentro mal —musitó.

Cerró los ojos un momento, intentando despejarse. Los abrió un poco, viendo a Alasdair.

Comenzó a llorar desconsoladamente.

—Lo siento, Alasdair —llevándose las manos a los ojos, se ocultó—. Lo siento muchísimo... No quise matarla, de verdad. ¡Oh, Cameron! He matado a una mujer.

—Shhh... Calma, Alba...

—Lo siento —murmuró, desesperada mientras veía los sorprendidos ojos azules de Alasdair, iguales a los de Marianne. La pálida e intacta Marianne—. Perdóname, ¡fue sin querer! Cayó sobre mí, te lo prometo. Nunca quise hacerle daño.

Cameron la apretó posesivamente contra él, escondiéndola de las curiosas miradas de los demás mientras su cuerpo se retorció en fuertes sollozos que le estaban rompiendo el corazón. Su voz era dolida, derrotada, como si no pudiese ser perdonada por sus actos.

—Estás a salvo, Alba. Mataré a cualquiera que ose tocarte.

—No quise matarla —musitó en voz baja contra su cuello—. Fue en defensa propia, Cameron. Tenía un puñal y... y... —hipó. Los párpados comenzaron a pesarle, pero sacó la poca fuerza que le quedaba para advertirle—. No... no bebas vino. Nadie.

—Te llevaré al castillo, cariño. Te pondrás bien, ¿estás herida? —sin recibir respuesta, Cameron se percató de que se había quedado dormida. Suspirando, miró a sus hombres. Alasdair parecía perdido, confundido. Miró a Ethan, cuyos fríos ojos estaban puestos en la mujer—. Gracias, Ethan. Tienes mi gratitud para el resto de mi vida. Ordenaré que os atiendan a ti y a tus hombres. Luego, cuando me ocupe de ella, hablaremos —miró a Alasdair—. Todos.

La llevó al castillo con rapidez, llevándola en sus brazos hasta sus aposentos, donde ordenó que llevaran una tina con agua caliente y algo de comer, pero no vino. Desnudándola con lentitud, pensó en la infernal noche que había pasado. Había rezado, pedido incluso a su mujer fallecida que Alba volviese a él, la había buscado por todas partes, incluso le había pedido a su enemigo, el clan Macdonald, que lo ayudara.

Y él la había encontrado.

Cuando Alba quedó totalmente expuesta, vio las heridas de la pelea con Marianne y la huida. Desde el corte de su brazo con sangre seca, no muy profundo pero si alargada, hasta los morados que cubría su piel por todas partes: brazos, piernas, estómago y rostro. Tenía arañazos en las mejillas, señal de que había corrido sin importarle el azote de las ramas.

La rabia que sintió le hizo apretar los dientes.

Metiéndola con suavidad en la cálida agua, la escuchó gemir suavemente, entreabriendo los ojos. Se agarró con fuerza a su cuello, asustada mientras miraba a todos lados.

—Shh, tranquila, cariño. Soy yo, Cameron. Estás a salvo.

—¿Cameron?

Haciendo espuma con el jabón, comenzó a frotarle todo el cuerpo con suavidad, comenzando en los tensos y magullados hombros para bajar a los brazos. Limpió la herida lo mejor que pudo, sacándole algún que otro gruñido y palabra ininteligible. Se había vuelto a quedar dormida. Sonriendo tiernamente, terminó de lavarla, dejando su cuerpo impecable y el pelo oscuro brillante y sedoso.

Sacándola del agua, la envolvió en una manta tras secarla y la depositó en la cama, pegada a su cuerpo. Sentía la respiración en su cuello, lenta y pacífica junto a los latidos de su corazón.

Todavía se sentía asustado y furioso. Cuando se había enterado de que Alba había desaparecido cuando Beth no la encontraba por ningún lado. Había puesto patas arriba el castillo, ordenando a todos parar sus actividades para buscarla. Había recorrido sus tierras con la ayuda de los hombres de Alasdair para finalmente, tener que recurrir a Ethan Macdonal. No había comido, descansado ni parado de pensar en dónde se podría haber encontrado, escuchando el aterrador susurro de que algo malo había pasado.

Encontraría a los responsables y se ocuparía personalmente de ellos. O de los que quedasen, ya que Marianne había muerto cuando Alba se tuvo que defender de ella. Había dicho algo de un veneno en vino, por lo que había ordenado que se vaciaran todas las jarras, fueran de vino o no, y volviesen a ser llenadas. También, mientras subía las escaleras, había ordenado que le avisasen si encontraban a alguien sospechoso cuando revisaran el castillo.

Beth llamó a la puerta con suavidad para dejar la bandeja en la mesa, mirando a Alba y soltando un suspiro al darse cuenta de que estaba a salvo.

—Tira el vestido y trae ungüentos para curarle las heridas.

—Sí, mi laird.

Al quedarse a solas, movió con suavidad a Alba, despertándola. Ella le miró con los párpados entornados y protestó.

—Alba, despierta. Tienes que comer algo.

—Hmm... ¿Cameron?

Agarrándola de las axilas, la sentó sobre él y la abrazó contra su pecho. Ella colocó la cabeza en su hombro.

—Vaya susto me has dado, muchacha. Despierta, come algo y me contarás todo lo que ha pasado.

—Tantas órdenes... —gruñó.

—Por favor —añadió suavemente.

—Está bien —bostezó audiblemente, tapándose la boca con la mano—. ¿Qué han traído?

—Avena, miel, un estofado de ciervo y bayas.

—¿Tantas cosas? —murmuró contra su cuello.

Estremeciéndose, asintió y la incorporó.

—Tantas cosas. Ahora empieza comer y cuéntame todo lo que ha pasado.

Comenzando a comer, su estómago resonó cuando el olor a estofado llegó hasta ella. Poco a poco comenzó a comer con avidez, bebiendo agua y mezclándolo con la avena y la miel. Bajo la atenta mirada de Cameron, sus mejillas retomaron el sano color rojizo de antaño al secuestro.

Sin dejar de comer, sentía las caricias de él, desde besos en la cabeza hasta sus dedos en las piernas o espalda, haciéndole suaves cosquillas que la entumecían. Murmuraba palabras en gaélico que no pudo entender, ya que toda su atención estaba centrada en la comida y en el agradable calor que le transmitía el cuerpo masculino.

Llena, Cameron dejó la bandeja en el suelo y abrió los brazos. Sin poder contenerse, con una sonrisa se zambulló en ellos, pegando sus pechos al torso.

—Och, *mo rùin*... me has quitado diez años de encima. Te estuve buscando todo el día, por todo el castillo y mis tierras. Cuando me enteré de que no estabas, decidimos ampliar la búsqueda a las tierras de MacLean —ella alzó la cabeza, ganándose un apasionado beso en la boca que la dejó con la respiración entrecortada. Su mirada gris transmitía el sufrimiento por el que había pasado—. Pensé... Pensé que nunca más volvería a verte, Alba. No quise pensar en ello pero...

Se quedó callado, como si no pudiese seguir hablando. Alba intentó tragar el nudo que sentía en la garganta y que le imposibilitaba respirar con normalidad.

—Lo siento, Cameron. Fui al patio de arriba para ver el paisaje cuando cerraron la puerta y me golpearon con algo en la cabeza —instintivamente se llevó una mano a la nuca y gimió de dolor. Cameron palpó y encontró un pequeño chichón—. Demonios, me duele.

—Tienes un pequeño chichón, nada importante. Mataría a quienes te han hecho esto si me dijeras sus nombres, Alba —su voz se volvió mortal, fría como el hielo.

—Era... Marianne. Y otro hombre —de repente, recordó lo del veneno y lo miró fijamente—. Cameron, había otro hombre. No pude ver su cara, la pequeña casita estaba sumida en la oscuridad, apenas tenía una vela para ver mis pies. Marianne le dio un plaid de los MacLeod para que pudiese entrar en el castillo sin llamar la atención. Quiere matarte, envenenarte —dijo en voz baja, aterrorizada.

—Ya he ordenado que vacíen todas las vasijas y jarras. No tienes que preocuparte de nada, cariño —la mano en su espalda hacía pequeños círculos, intentando relajarla aunque no con mucho éxito—. Estás segura de que era Marianne...

—Sí, te lo juro, yo... —sus ojos se llenaron de lágrimas—. Yo la maté. Se lanzó hacia mí con un puñal, forcejamos hasta que yo conseguí hacerme con él, lo alcé y ella se tiró sobre mí. Cuando salí de la casita fue incapaz de... arrancárselo del

cuerpo. Estaba pálida, sin vida, tirada en el suelo. Tienes que encontrar a ese hombre, Cameron tu vida peligra...

—No te preocupes, descansa —abrazándola, colocó la barbilla sobre su cabeza. Ella apoyó la cabeza justo debajo de donde estaba su corazón, escuchando los tranquilos latidos—. Nos ocuparemos de todo.

—Yo... siento pena por ella —musitó con la mirada perdida—. Siempre ha estado a la sombra de su familia, solo quería un buen matrimonio que arrojara luz sobre su oscura vida.

Cameron suspiró.

—No tuvo una vida fácil, Alba, eso es cierto, pero no hay excusa para raptar a mi mujer y planear nuestra muerte. Puede que no consideraran a Marianne como más que una suplente por si Anne fallecía... Pero, así es la vida aquí, alba. Aquí y en el resto del mundo. Para Aedan ha sido igual, *lass*. Y él no ha tramado...

—¿Y si él... y si alguien del castillo los ha ayudado? ¡Marianne no ha podido conseguir un plaid así porque así! Comenzaron desaparecerme cosas, Cameron, mi peine de nácar que me regalaste, mi mochila de cuero... Apenas estaba ya reparada la casa en la que iban a vivir tu hermano y Marianne, puede ser...

—Tranquilízate, Alba. Yo me ocuparé de todo —pasaron unos segundos en silencio que le parecieron interminables—. ¿Tienes algo más que contarme?

Alba reflexionó si Cameron debería saber o no que Marianne había matado a Anne. ¿O quizás debería dejar el tema como estaba? Intentó imaginarse en la situación y sin, lugar a dudas, a ella le habría gustado conocer la verdad. Además, no podría retenerla por mucho tiempo y las consecuencias de tal secreto podrían ser desastrosas en su matrimonio.

Cogiendo aire, asintió.

—Ella... me reveló que mató a Anne —el cuerpo de Cameron se tensó completamente, como la cuerda de un arco—. Lo siendo muchísimo. Ella siempre quiso casarse contigo, pensó que podría tomar el lugar de Anne y... —se mordió la lengua y apretó las manos hasta convertirlas en puños. Él no decía nada—. Tenías que saberlo, siento ser yo la que te diga esto.

Cameron no dijo nada, es más, apenas notaba su respiración. Lo miró a los ojos, deseosa de poder saber qué pasaba por su cabeza. Él se levantó de la cama con cierta brusquedad, dejándola en el suave y frío colchón. Sin mirarla, asintió y se dirigió a la puerta y la cerró con suavidad.

A solas, se tumbó en la cama y se refugió en las pesadas mantas. Deseó despertarse de aquella horrible pesadilla y encontrarse entre los brazos de su

highlander. Pero, a la mañana siguiente, un día antes de su boda, las cosas fueron bien distintas.

—Tienes mi eterna gratitud, Ethan Macdonald —dijo dándole una jarra de cerveza recién llenada—. La mía y la de mi esposa.

Asintiendo, permaneció callado. Cameron se giró y miró a Alasdair, cuyo semblante pálido estaba tan quieto como el de una estatua tallada en piedra. Sus ojos azules enrojecidos, lo miraron fugazmente y habló.

—Lamento todo esto, Cameron. No culpo a Alba, Dios sabe que no lo hago. Pero era mi hermana y necesitaré tiempo para asimilar todo lo que ha pasado. Mis... mis hombres han encontrado el cadáver de mi hermana tal y como te dijo Alba, la enterraremos sin más para no crear más revuelo en mi clan —se aclaró la garganta y tomó asiento, dejando caer todo su peso como si sus piernas fueran incapaces de sostenerlo—. todo esto me ha hecho ver lo mal que lo hicimos con Marianne. Era una buena chica, pero nosotros nos encargamos de corromperla —su voz ronca parecía asfixiada—. Me gustaría que nuestra alianza no fuese interrumpida por esto, Cameron. Somos amigos y llevamos años siendo aliados, antes de que nosotros fuésemos lairds incluso.

—Seguiremos aliados, Alasdair. No te culpamos —Broc entró en ese momento y esperó en la puerta—. Alba... me ha contado que Marianne le confesó haber matado a Anne. No sé todos los detalles, pero creo que deberías saberlo.

Los anchos hombros del rubio se hundieron aún más, desolado, lo miró con furia.

—¿Está segura?

—Sí —respondió escuetamente.

—Dios mío... ¿pero qué has hecho, Marianne? —murmuró en gaélico, hablando consigo mismo—. Anne la quería. Yo la quería. ¿Cómo...?

—Quería ser mi esposa o al menos ser la esposa de un laird. Anne le arrebató lo que siempre quiso.

—Y pensó que quitándola de en medio podría tomar su lugar —Alasdair sacudió la cabeza, confundido—. Por los clavos de Cristo, ¿cómo he podido ser tan ciego?

—Nadie se lo esperaba, Alasdair. No te culpes de ello —carraspeó y miró a Broc, haciéndole un gesto para que hablara—. ¿Habéis encontrado al hombre?

—Tenemos un sospechoso, estabas escondido en las despensas del castillo. Robert se encuentra ahora mismo con él, interrogándole. Creemos que pertenece al clan de los Macdonald, un proscrito.

—Iré a reconocerlo. Si es uno de mis hombres, podré delatarlo —habló Ethan bruscamente, dejando el salón.

Con un gesto afirmativo, extendió las piernas, adoloridas. El sueño poco a poco se hacía con él.

—De acuerdo, infórmame si obtenéis más información.

Quedándose a solas con Alasdair, se acercó a él y le palmeó el hombro.

—Amigo, vete a tu habitación, descansa y seguiremos mañana. No podemos hacer nada por Marianne, no pienses más en ello.

—He sido un hermano horrible, Cameron. Nunca le presté atención —se frotó el puente con los dedos, apretando los ojos—. Lo pienso una y otra vez y... siempre estaba sola.

—Todos cometemos errores.

—Ya, claro —dijo dolido, agitando la cabeza. Luego suspiró—. ¿Cómo está Alba?

Cameron se llevó una mano al pecho, frotándose la zona al sentir un fuerte tirón. El susto no se le había pasado todavía.

—Bien, la he... dejado sola para que descanse y venir a solucionar esto.

—¿La has dejado sola? —silbó por lo bajo—. Yo habría sido incapaz de alejarme de mi mujer y dejarla en esas condiciones.

—¿A qué te refieres? ¿No la dejarías dormir?

Ignorando el tono ponzoñoso de su pregunta, le hizo un gesto hacia la planta superior de arriba.

—Alba ha estado sola todo el día, asustada, seguramente pensando en ti, ya que su familia está muy lejos. ¿Y la dejas sola? —estudiándolo con la mirada, Alasdair se acercó y alzó una ceja—. ¿Ha sido porque Alba te ha revelado... la nueva sobre la muerte de mi hermana Anne?

Lo miró e intentó contener la sorpresa. ¿Tan transparente era con respecto a Alba? Se aclaró la garganta e ignoró la punzada de culpabilidad que sentía por no haberse portado con ella todo lo amable que debería haber sido.

—Vete a dormir y déjame en paz. Tengo que encargarme del hombre que hemos encontrado. Hasta que no decida qué hacer, no me iré a la cama.

—Como quieras —Alasdair alzó las manos—. Pero si me permites un consejo de laird a laird, puede que nunca haya estado casado, amigo, pero sé que un matrimonio donde no hay confianza y respeto es un barco a la deriva.

Quedándose a solas, bajó hasta las mazmorras, encontrándose con Robert, Ethan y Broc alrededor de un hombre, atado a la pared. Su rostro estaba hinchado, la sangre corría por su nariz y boca bajo los poderosos impactos de los puños de Broc. Tenía los nudillos levantados, con sangre, y aún así parecía no sentirlos.

Al notar su presencia, los tres lo miraron. Ethan fue el primero en hablar, dando un paso hacia delante.

—Este hombre pertenecía a mi clan, fue desterrado por violar y matar a dos mujeres —murmuró seriamente. Sus ojos brillaron, peligrosos—. Entre las que se encontraba mi amada esposa.

—¿Y no lo condenaste a muerte? —preguntó, atónito. Pocas veces eran las que un laird daba la pena de muerte a uno de los miembros de su clan, pero desde luego violar y matar a la esposa del laird era motivo suficiente como para pedir su cabeza.

Él lo habría hecho.

—Ese asunto no es de tu incumbencia —dijo entre dientes, chasqueando la lengua—. Era mi primo. Su padre era uno de los hombres de mi padre, no pude condenarlo pues aún estaba vivo, agonizando de hecho antes de ordenar que fuera repudiado, pero nunca podría pedir su muerte —apretó los puños hasta que se volvieron blancos y se giró con agilidad, asestándole un puño en la mandíbula. El sonido del hueso fracturado resonó entre las cuatro paredes—. Lo mataría con mis propias manos si un juramento de sangre no me lo impidiera.

Asintió lentamente.

—Yo voy a matarlo, Ethan Macdonald. Es la pena que pongo a todos aquellos que atenten contra mi familia —los ojos de él brillaron—. Te ofrezco que le des el golpe de gracia. No estarías rompiendo la promesa de sangre, pues yo he dado la orden de matarlo. Tú decides.

Los ojos del hombre mostrando durante un efímero segundo su debilidad, la tristeza instalada en su corazón por la violenta muerte de su amada, para luego ser oculta bajo una coraza de hierro e impasibilidad.

—Que así sea —luego lo miró—. Esto no nos hace aliados, MacLeod. Nunca lo seremos.

—Lo sé —desgraciadamente, había habido de por medio entre los dos clanes demasiada sangre, demasiado odio y demasiadas luchas para poder echar tierra y borrar todo un historial de rivalidad—. Haremos el acto mañana, sin que Alba se entere. No querría esto —sus hombres murmuraron unas afirmaciones, de acuerdo con él—. Es demasiado misericordiosa. A primera hora de la mañana se hará.

Ethan se fue con rapidez sin mirar atrás. Quedándose a solas, se acercó al malherido hombre.

—Dime cómo encontraste a Marianne y que te ofreció a cambio de planear la muerte de mi esposa.

Soltando una ronca carcajada, Sam escupió sangre al suelo.

—No tengo nada, laird MacLeod. Ni tierras ni hijos por los que preocuparme, me encargué bien de eso. ¿Qué crees que me ofreció? Su cuerpo, era lo único de valor que tenía. Permitted que lo maltratara a mi antojo cuantas veces quisiera, sin gritar de dolor con tal de veros muertos a ti y a tu zorra...

Cameron se giró con la rapidez de un águila para golpearle con la rodilla en el rostro. La sangre comenzó a manar nuevamente con fuerza, mojándolo todo. Se escuchó un crujido, seguramente del hueso de la nariz.

—Estás loco, Sam. Ni siquiera tienes apellido de clan para honrarte. No serás recordado.

Dándose la vuelta, escuchó su áspera voz a las espaldas.

—En eso te equivocas, laird. Tú y tu mujer me recordaréis para siempre.

Capítulo 19

Alba se despertó al sentir un cuerpo arrastrándola, pegándose al de ella y besándole el hombro, sien y mejilla mientras murmuraba en gaélico. Parpadeando varias veces, pudo ver con la tenue luz de la luna el perfil de Cameron. Sus bonitos ojos grises preocupados y brillantes, sus labios carnosos, la suave nuez de Adán cubierta por un vello incipiente y el fuerte y musculoso pecho.

Dándose la vuelta, lo miró fijamente.

—¿Te pasa algo, Cameron? Estás tenso y frío.

—Tú sí que estás fría, *mo gràdh*. Ya hemos solucionado todo.

—Ah, ¿sí? —siendo rodeada por él, le dio un casto beso en los labios—. De acuerdo.

—Yo... soy un hombre orgulloso, Alba, pero sé cuándo me equivoco. Quiero pedirte disculpas por haberte dejado sola tras contarme lo de Anne.

—Lo entiendo, de verdad, yo...

—No, no intentes excusarme —la interrumpió con ternura, ahuecando su mejilla con la mano—. Es... fue duro de asimilar. Pensé que se había ahogado y enterarme de que tuve a la culpable delante de mis narices y que incluso me podría haber casado con ella... —la miró con determinación—. ¿Te has cuenta de lo mucho que has cambiado mi vida?

Ella sonrió y puso una pierna encima de las de él.

—Lo sé.

—Sin ti... Nunca hubiese vuelto a confiar en una mujer, ni saber el verdadero asesino de Anne. Ni... —tragando saliva, se estiró para besarle la nariz—. Ni tampoco me habría vuelto a enamorar de ninguna otra mujer.

Alba lo miró con los ojos desorbitados. Los latidos de su corazón se volvieron frenéticos.

—¿Me amas? —preguntó débilmente.

—¿Acaso lo dudas? —pegándola a su pecho, la besó con fuerza. Ella le respondió, gimiendo en sus labios—. Och, *mo rùin*, te amo desde antes de que hiciéramos el amor en el lago. Mucho antes. Cuando te secuestraron, sentí un inmenso temor de no volver a verte, pensaba qué haría sin ti, sin tus contestaciones, sin tus besos y tus extraños gestos cuando te digo apelativos en gaélico. Te amo tanto que quiero casarme contigo de una vez por todas.

Ella escondió el rostro en su cuello antes de mirarlo fijamente. Presionando sus labios contra los de él, suspiró felizmente.

—Yo también te amo, mi highlander —sonrojada, se colocó encima y lo rodeó con los brazos—. No quise decírtelo hasta que tú fueses el primero.

Él llevó las manos hasta las nalgas, acariciándolas. No era un gesto sexual, si no de plenitud, de felicidad ante el nuevo horizonte que se les abría.

—Vaya, también eres terca.

—Obstinada, fuerte —le corrigió. Perfiló sus los labios con el pulgar, sonriente y soñadora—. Sé que nunca ocuparé el lugar de Anne, Cameron, ni quiero. Sé que era una buena mujer, pero quiero dejar las cosas claras. No tengo duda con respeto a tus sentimientos, sé que cuando haces el amor y estás conmigo, me ves a mí, pero necesito que me confirmes que el pasado es el pasado... y que te dedicarás a vivir el presente. Conmigo. Yo... me costará olvidar a Marianne, pero sé que no tuve alternativa, intentaré borrarlo de mi mente.

La sonrisa de él resplandecía y cuando la besó, supo que aceptaba todos sus términos. Contra sus labios, murmuró:

—Sé con quién estoy, con quien me acuesto todas las noches y a quien voy a amar el resto de mi vida. Nunca dudes de mis sentimientos hacia ti —besándola, cogió su mano para presionarla justo donde latía su corazón. Alba parpadeó para espantar las lágrimas de sus ojos—. Anne fue mi esposa, la amé, pero ella se fue, Alba, al igual que mi hijo Broderick. Yo sé dejar descansar el pasado. Siempre la querré como un familiar, pero nunca se podrá comparar con lo que siento hacia ti, mi esposa.

Asintiendo, se apoyó contra él.

—No quiero... no quiero ser utilizada como medio para hacer olvidar a nadie. No podría. No quiero ser lo que dijo Marianne. No quiero ser una suplente, quiero que pienses en mí como tu esposa y tu apoyo —desesperada por ser entendida, se removió inquieta y apretó los labios—. No te pido que olvides a tu hijo y a Anne, por Dios, no, lo que te pido es que... no quiero compartirme.

—¿Alguna vez lo has sentido?

—No —admitió—, pero no sé si al casarnos, las cosas entre nosotros cambiarán. Nunca me quedaré donde no esté cómoda.

Cameron sintió un puño en la garganta ante el temor de que se fuera, de que desapareciera esta vez para siempre. Rodando, la tuvo boca abajo y clavó los ojos en ella.

—No me dejes, Alba. Te buscaría hasta encontrarte.

—No podrías —dijo tan bajo que apenas la escuchó.

—Te esperaré toda mi vida si hiciera falta a cambio de estar un segundo a tu lado —su voz ronca le erizó el vello de la nuca.

Ella sonrió.

—De acuerdo.

—El pasado está enterrado. Ahora solo pienso en ti y en nuestros futuros hijos. Nadie volverá a interponerse entre nosotros.

Bromeando, deslizó una mano hasta sus firmes nalgas y le dio un pellizco.

—Eso espero, o siempre me quedará Alasdair... o Ethan.

—Ni hablar —gruñó antes de olvidar su promesa de no volver a tomarla hasta después de la boda.

Tras ser ejecutado Sam por la mano de Ethan Macdonald delante del clan a la primera luz del amanecer, el castillo volvió a retomar la actividad para organizar la boda del día siguiente. Alba finalmente se enteró por boca de Cameron que lo ejecutarían y aunque intentó evitarlo, y se mostró de acuerdo al saber las muertes que había ocasionado, enterándose que una de ellas se trataba la esposa del laird de los Macdonald.

Cameron se había ido a cazar con algunos de sus hombres, deseoso de liberarse de la tensión que todavía le rodeaba todavía.

Alba bajó corriendo hasta la puerta principal del castillo para encontrarse al atractivo y salvaje Ethan preparando su montura para irse, junto a sus hombres, a sus tierras.

Beth la seguía corriendo, murmurándole que fuese más despacio antes de que se hiciera daño.

Ethan bajó la mirada hacia ella al sentirla a su lado, dejando caer las manos. Sus fríos y azules verdosos ojos parecían más cómodos, confortables tras años de sufrimiento. Supuso que era lógico tras tener que haber dejado vivo al asesino de su esposa

Parándose a unos pasos de él, cogió aire.

—Yo quería despedirme antes de que te fueses. Te agradezco muchísimo lo que hiciste por mí, sabiendo que eres rival de mi clan. No tengo palabras...

—No es necesario —soltó bruscamente, cruzándose de brazos—. Tu esposo ya me ha recompensado más que suficiente.

—¿No puedes quedarte a mi boda? Me encantaría que asistieras.

—No —respondió tajantemente.

Sonrojada ante tal negativa, suspiró, derrotada.

—De acuerdo, vale, está bien. Espero al menos volver a verte, Ethan Macdonald. Eres un buen hombre. Tosco y desagradable, pero bueno.

Asintiendo, se giró cuando ella le dio un torpe abrazo, sin poder rodear su enorme cuerpo. Pudo notar la tensión antes de relajarse, aunque no le correspondió, el hecho de que le permitiera abrazarlo era más que suficiente para ella.

Apretándolo unos segundos más, murmuró:

—Si necesitas ayuda o algo, por favor, acude a nosotros, te ayudaremos. En todo. Siempre serás bienvenido.

Alba no pudo ver la discreta sonrisa que lucía el laird de los Macdonald, sorprendiendo a sus hombres, quienes no estaban acostumbrados ante tal gesto.

—Pronto la encontrarás —dijo en voz baja—. Ella te estará esperando.

Mirándola unos segundos, asintió y se montó en su enorme caballo antes de irse del castillo con sus hombres. Los hombres de él parecían relajados, como si se hubiese desprendido de un gran peso.

Beth apareció a su lado, sonriendo ampliamente.

—Eres una buena mujer, Alba.

—Me gusta pensar que soy agradecida. Nunca olvido lo que los demás hacen por mí. Por cierto, ¿has visto a Dolores? Hoy es su día de descanso pero me gustaría verla.

—Está pastando junto a las demás cabras. El laird me ha pedido que no me separe de ti ni un segundo —mirando a sus espaldas, señaló a Broc—. Y a él que esté siempre a unos pocos metros de ti. Le costará volver a confiar en la seguridad del castillo.

Suspirando, Alba asintió.

—¿Todo está listo?

—Todo.

—¿Y Alasdair?

—Oh... pues estaba descansando. El pobre sigue algo hundido por lo de su hermana.

—Quiero hablar con él, quizás consiga aliviar su sufrimiento.

Beth no entró en el establo cuando, por fin, Alba encontró a Alasdair. Cepillaba a su caballo enérgicamente, con la mirada distante y fría. Cogiendo aire, entró y se acercó a él hasta tocarle la espalda con la mano.

Él la miró de reojo y sonrió. Lejanos parecían los días en los que él la trataba con cariño y amistad, como si ya nada hubiese entre ellos más que vacío. Ocultando su decepción, suspiró.

—Alasdair...

—Me alegro de que te encuentres bien, Alba. De verdad.

—Pero, me culpas...

—No, por supuesto que no —le dio un abrazo—. No puedo mirarte a los ojos y no sentir vergüenza, muchacha. Si hubiese controlado más a...

—Eso ya no importa. Estoy bien, eso es lo que importa. Y yo no te culpo a ti ni a nadie, creo que todo ha sido un enorme malentendido y... Bueno, de acuerdo, un poco sí que culpo a Marianne pero entendí por qué lo hizo. Estaba desesperada.

Alasdair se apoyó en su montura, alejándose unos pasos de ella.

—Ni siquiera sé cómo permites que vaya a estar presente en tu boda.

—¡Porque eres amigo de Cameron y también mío! Perteneces a nuestra familia y nadie te culpa ni te infravalora como laird por lo que sucedió —le explicó lentamente, entendiendo la base de sus miedos y preocupaciones—. Marianne estaba perdida y encontró consuelo en Sam. No tuviste anda que ver. Ni tú ni Cameron ni Ethan. Deberíamos enterrar ya el pasado.

—Iba a matarte, Alba —musitó, atónito. La zarandeó con suavidad al agarrarla por los hombros

—¿Y qué quieres? ¿Qué me quede traumatizada el resto de mi vida, odiándote a ti por ser su hermano, a Cameron por no haberme protegido y a Ethan por pertenecer Sam a su clan? ¡Eso es una estupidez! —a punto de perder los nervios, soltó el aire y le señaló con el dedo, golpeándole en el pecho—. Mañana es mi boda y quiero que seas tú quien me lleve hasta Cameron. Así que espero que borres esa mueca de tu rostro.

—¿Quieres que te lleve yo?

Estuvo a punto de reír al ver la confusión de sus ojos.

—Claro. Ponte guapo... o no tanto. Ya tenías a más de una sirvienta loca por tus huesos. Búscate una mujer, Alasdair —gritó antes de irse de los establos. Él sonreía, como si acabara de hacerle un gran regalo.

Se chocó con su amiga, quien había estado oyendo toda la conversación. Sonrojada, intentó excusarse.

—Oh... Y-yo...

—No te preocupes. Beth, te pido que seas quien atienda al laird de los MacLean. Yo ya tengo suficiente con Broc pisándome los talones.

—Pero... P-pero... —tartamudeó, abriendo los ojos como platos.

—Nos veremos a la hora de comer, buenos días.

Y dejando a su amiga paralizada enfrente de las puertas del establo, se fue hacia el patio de entrenamiento con Broc pisándole los talones. Suspirando, se giró y cruzó los brazos bajo el pecho. Los oscuros ojos del highlander brillaban, divertidos.

—¿Puedes dejar de seguirme como si fueras un fantasma?

—Tengo órdenes de Cameron de seguirte a todas partes, Alba. Y todas son todas —matizó. Luego se aclaró la voz—. Me alegro que estés bien, muchacha. Cameron se habría llevado un buen palo.

Ella sonrió ante su incomodidad.

—Gracias, yo también me alegro de estar viva.

Cuando llegó al patio de entrenamiento, se sentó bajo la copa de un árbol, observando a Cameron instruir a sus hombres con la ayuda de Robert. El ruido de las espadas al chocar era ensordecedor, seguido por los gritos de guerra que soltaban al atacar, blandiendo todo tipo de armas. Estuvo a punto de gritarle a Broc que interviniese cuando un enorme hombre pelirrojo blandió al espada contra Cameron, quien se agachó y movió la afilada arma, colocándosela bajo el cuello.

Asustada, dejó caer la cabeza contra el tronco y gimió.

—Pensé que iba a cortarle la cabeza. ¿Quién es ese pelirrojo tan grande?

—El pequeño John.

—¿El *pequeño* John? —repitió frunciendo el ceño—. ¡De pequeño no tiene nada! ¡Si es el más grande del clan!

—Sí, eso dicen las mujeres —murmuró entre dientes. Ella se rio—. Por cierto, ¿Beth sigue soltera?

Giró la cabeza con tanta rapidez que le crujió el cuello. Maldiciendo en español, afirmó con la cabeza.

—Demonios, qué dolor... Sí —se olvidó del dolor y alzó una ceja—. ¿Quieres cortejarla?

Encogiendo aquellos amplios hombros, miró hacia los valles, rehuendo su mirada.

—Es guapa y dulce y ya soy demasiado mayor.

—Con esa excusa tan pobre no vas a enamorarla, Broc —poniendo los ojos en blanco, se levantó y sacudió las manos en el vestido—. ¿Sientes algo por ella? ¿Te gusta, te parece guapa? ¿O solo es por tener alguien a tu lado? Te garantizo que esas uniones acaban en fracaso.

—Creo que... nos podría ir bien juntos —Alba contuvo la risa al ver el leve sonrojo en sus mejillas—. Yo la protegeré y la respetaré. Lo demás ya vendrá con el tiempo.

—Muy bien dicho, pues te aviso de que será mejor que vayas a los establos — culpable, se quitó una pelusa imaginaria del vestido—. Le he dicho que se quedase con Alasdair...

Pudo ver una llama de pasión en sus bonitos y atractivos ojos oscuros. Tenía los puños apretados a ambos lados del cuerpo, tenso, como si se debatiese entre el deber de cuidarla y el de ir a por Beth.

—Ve a por ella, yo no voy a moverme de aquí. Además, Cameron ya viene hacia mí y quiero privacidad.

Broc le sonrió, agradecido, antes de irse con largas zancadas hacia el establo.

Miró a Cameron y suspiró.

Era grande, fuerte, atractivo y pasional. Sus ojos grises estaban clavados en ella con deseo y amor, una combinación perfecta y explosiva que amenazaba con devorarla. El plaid le sentaba de maravilla, pensó viendo un poco sus rodillas a medida que se acercaba. Y saber que no llevaba anda debajo la excitó.

Cameron envolvió la cintura femenina con el brazo, pegándola a su cuerpo. Alba capturó su olor a pino fresco, hombre y sudor. Su cuerpo estaba cubierto por una suave película por el duro ejercicio. Cerca de Dunvegan, rayos y truenos resonaron con fuerza mientras el cielo se volvía oscuro. Una fría brisa agitó su pelo, echándole algunos mechones por el rostro.

Pero ella solo podía mirar a su futuro esposo.

—Va a llover —murmuró.

—Sí, eso parece —un relámpago brotó con fuerza—. Había pensado en escaquearme del entrenamiento y vigilarte.

—¿Tienes miedo de que me escape? —murmuró seductoramente contra sus labios.

Él tomó su boca con rapidez, devorando sus labios y lamiendo la templada carne. Envolvió sus brazos alrededor del cuello, acariciando los mechones sueltos y respondiéndole al beso con la misma pasión, acariciando la lengua de Cameron con la suya.

—Ya sabes lo que te espera si te escapas, *mo rùin*.

—¿Nalgadas? —decirlo en voz alta la estremeció.

Sintió las duras manos masculinas contra sus glúteos, amasando con suavidad los globos antes de presionarla contra su dureza.

—Entre otras muchas cosas. Hoy es nuestra última noche antes de ser marido y mujer.

—Oh, ¿nos casamos mañana? —soltó una risita cuando él mordisqueó su cuello con un gruñido feroz—. Por cierto... ¿qué opinas si te digo que Broc está interesado en Beth?

—¿Broc? Eso es imposible, cariño. Broc es un sinvergüenza.

—Pero me ha dicho que sus intenciones son serias, que quiere cortejarla —frunció el ceño—. ¿Le sería infiel?

—No lo sé —respondió con franqueza—. No todos tienen la suerte de encontrar lo que nosotros tenemos, Alba.

—Yo... creo que he hecho una de las mías, Cameron —murmuró débilmente cuando volvió a atacar su cuello, depositando dulces y perezosos besos en la curva de su cuello. Intentó recobrar el hilo de sus pensamientos—. Le dije a Beth que se ocupase de Alastair y... ahora, Broc va para allá tras decirme que quiere casarse con ella.

—Vaya la que has hecho en unos minutos —bromeó con una sonrisa.

—¡No tiene gracia!

—Alba, Alasdair en lo último que piensa ahora mismo es en encontrar una esposa.

—Yo le animé...

—Eso no quiere decir nada. Deja que las cosas sigan su curso, no puedes intentar solucionarle la vida a todo el mundo, Alba. No es posible —relajó su tono de voz al ver la preocupación en los ojos verdes grisáceos de ella, tan oscuros como un bosque de coníferas—. Con que te ocupes de mí, es más que suficiente.

Alba soltó una carcajada.

—Vale, de acuerdo, dejaré de hacer de celestina. Pero prométeme que si Broc se casa con Beth, hablarás con él.

—¿Para qué no le sea infiel? Eso es bastante común.

Enfadada, intentó soltarse de su agarre, pataleando.

—Como se te ocurra serme infiel alguna vez en tu vida...

—Nunca, lo prometo.

—Te la devolveré con creces, Cameron MacLeod.

—Oh, vamos —le dio una lamida en la mejilla, sonriendo al escuchar su quejido—. No necesito a nadie más, cariño. Eres todo lo que quiero.

—Más te vale. ¿Hablarás con Broc? —insistió, dejando que volviera a besarla.

—Si eso es lo que quieres.

Beth intentó no tomarse a mal cuando Alasdair le pidió que lo dejara a solas. Contuvo como pudo el sonrojo de sus mejillas y salió del establo, recriminándose una vez más sus sentimientos por él. Era consciente de que no la quería ni le gustaba, quizás podría resultarle guapa, pero poco más. Ahora mismo, él tenía otros objetivos en la vida que sin duda no la incluían.

Echándose la larga trenza a un lado, salió de los establos para encontrarse a Broc MacLeod. Grande, moreno y seductor, era como un dios pagano. Sus rasgos eran totalmente opuestos a los del laird MacLean. Duros, salvajes y fríos, así eran. Su oscura mirada conseguía derretir a cualquier mujer y hacer temer a cualquier hombre. Sus grandes brazos eran resultado del entrenamiento tan duro que llevaba a rajatabla todos los días, aparte de ser su complejión.

Suspirando, se dijo que nunca conseguiría a un hombre que le gustase. Alasdair la había rechazado, Broc nunca la había mirado y solo podía contentarse con los groseros cumplidos de Dante, un soldado que seguía todo aquello que tuviese faldas.

Fue hacia la otra parte de los establos donde solían meter a las vacas y cabras cuando había tormenta. Cogiendo un cubo y un pequeño taburete, lo preparó todo para ordeñar la vaca que le quedaba pendiente cuando una oscura figura entró.

Levantándose con rapidez, giró su cuerpo para encontrarse a Broc Su negra mirada estaba clavada en ella y su musculoso y fuerte cuerpo le impediría huir. Cogiendo aire, obligó relajar su respiración.

—¿Puedo hacer algo por vos?

Una fuerte lluvia comenzó a caer sobre ellos, cubiertos por el establo. Alzó la cabeza a medida que se acercaba más y más, para no apartar sus ojos de los de él. No era el laird, no tenía por qué retirar la mirada, pero aún así le estaba costando. Parecía ver a través de ella, todos sus anhelos y miedos.

Incómoda, se aclaró la garganta y se dispuso a sentarse cuando la tomó entre sus brazos y la besó... con la mayor suavidad posible. Apenas una presión en sus temblorosos labios. Parpadeando, sus latidos fueron aumentando, su respiración

se entrecortó segundos antes de que él profundizara el beso y la envolviera con su cuerpo.

Minutos más tarde, el amor imposible que sentía por Alasdair fue borrado.

Alba apenas podía contener la dicha que sentía, ¡todo estaba quedando tan bonito! Ella iría hacia la capilla en el caballo blanco que le había regalado Cameron, cuyos pelos blancos irían trenzados y con flores. Por otra parte, el camino desde la puerta del castillo hasta la capilla estaba adornado con dos hileras de flores silvestres que guiarían al caballo, idea de la fabulosa Fiona, quien se había encargado a última hora de llevarse a algunas mujeres que trabajaban en el castillo para efectuar la tarea.

Su vestido, finalmente, Beth se lo mostró instantes después de marcharse Fiona. Sobre su cama, un bonito vestido blanco de seda con intrincados de hilos dorados en muñeca, pecho y el dobladillo lo adornaban. Los hilos del pecho ayudarían a ajustárselo para que no quedara holgado y con bolsas vacías. De mangas largas, tuvo la imperiosa necesidad de probárselo y bailar en su habitación bajo la divertida mirada de su amiga.

Luego le mostró la corona que llevaría sobre la cabeza, sin flores, ya que serían recogidas mañana para que permanecieran frescas el mayor tiempo posible. Arrastraba un velo casi transparente, hasta la clavícula.

Sin poder contenerse, abrazó a Beth con fuerza, agradeciéndole el gesto con los ojos húmedos por la emoción.

Cuando fue a las cocinas, Cameron la agarró de los hombros y la echó, soltándole una pequeña riña por no estar descansando en vez de comprobar todos y cada uno de los detalles de la boda.

Agarrándose a su brazo, sonrió ampliamente.

—¿Te vas a poner muy guapo?

Él la alzó y la besó de aquella forma tan apasionada que la entumecía, odiando cuando se separabas para dejarla respirar. Parecía divertido.

—Yo siempre estoy guapo.

—Por supuesto.

Liberada de él, retrocedió unos pasos mientras veía la llama que aparecía en sus ojos.

—¿Usas ese tono de condescendencia conmigo, muchacha?

—Oh, no laird —le hizo una reverencia y dando otro paso atrás, chocó contra la pared. Mirando a sus espaldas, soltó un gemido cuando él se apretó a su cuerpo y la besó—. ¿Tienes los anillos?

—Ajá.

—¿Ya tienes la ropa lista?

—Por supuesto. Voy a estar guapísimo, ¿acaso lo dudas?

Ella soltó una armoniosa carcajada que trajo la mirada de todos los que trabajaban en el pasillo que comunicaba el salón con la cocina. Cameron miró con fascinación a su mujer, desde las constantes carcajadas hasta la humedad en las comisuras de los ojos.

—Yo lo pongo completamente en duda.

Alba dejó de reírse y clavó la mirada en Aedan, quien parecía cansado y desaliñado.

—Acabo de venir de cazar por si acaba faltando comida mañana. Los animales ya están terminando la hibernación y es más fácil encontrar presas.

—Nada de conejo... —musitó cruzada de brazos.

—Nada para ti que sea conejo —la corrigió Cameron.

—Por cierto, ¿habéis visto a Broc? —Aedan se rascó la cabeza, confuso—. Quedamos en que él vendría y tuve que llevarme a Alaric.

—Aparece y desaparece constantemente, estará liado terminando de revisar la capilla.

Asintiendo, durante unos segundos lució dudoso. Finalmente, se acercó a ella bajo la atenta y fría mirada de Cameron, que parecía estar dispuesto a matar a todo aquel que se acercara a ella con intenciones no claras.

Suspirando, agarró las manos de ella.

—Me alegro de que estés bien, Alba. No tuve tiempo de decírtelo pero... te aprecio.

Ella asintió y le abrazó, palmeándole la espalda con firmeza.

—Está bien, Aedan. Seremos familia, todo está perdonado... no olvidado.

—¿Y eso qué demonios quiere decir?

Cameron soltó una carcajada antes de atraer hacia sí a su mujer.

—No soy rencorosa por naturaleza, por lo que olvido con rapidez las ofensas, tropezando una y otra vez con la misma piedra. Te perdono, Aedan, hace ya tiempo que lo hice, solo... evitaré quedarme en un castillo que esté bajo mandato tuyo. Solo por precaución.

Su hermano parecía ofendido, pero él le dirigió una mirada. Aedan se aclaró la garganta.

—Claro, lo entiendo.

—¡Aedan! —Mary apareció en ese momento, abrazando a su hijo—. Necesito tu ayuda, se ha caído uno de los adornos de la capilla y Broc ya no aguanta ni un segundo más estar rodeado de mujeres. Ven a ayudarnos.

Asintiendo, Aedan se fue con rapidez junto a su madre. Cameron miró a Alba con devoción, deseando que llegara cuando antes el día de la boda. Y así, podría gritar a los cuatro vientos que Alba era suya y él de ella.

Capítulo 20

Alba se levantó cuando el primer haz de luz entró por su ventana, impactando contra su cara. Apretó los ojos y los abrió con lentitud, viendo a través del cristal unos amplios montes y valles frondosos, el cielo de un tono malva y unas aves sobrevolando sobre los lagos y los bosques, de dos en dos. Suspirando, una sonrisa apareció en su rostro, apoyada de costado.

Era el día de su boda, uno de los días más felices de su vida. Ella, que nunca pensó que acabaría casándose. Si su tía estuviese con ella... apretó los puños bajo la almohada. Era su día y no permitiría que nadie se lo arruinase. Pensaba bailar, cantar y comer junto a Cameron, disfrutar y vivir la vida que el Destino le había concedido.

Tenía tanto que agradecerle al señor O'Neill y a su tía... Sin ellos, no se encontraría allí. Imaginar su monótona vida de antaño era como una foto lejana, del pasado. Había cambiado tanto. Apenas se parecía a la Alba de antes.

Tendría hijos, envejecería en Escocia y nunca volvería a su país. Aunque sintió nostalgia, no podía compararse con la felicidad que le hinchaba el pecho.

Quitándose las pesadas mantas de encima, se incorporó. Gimió al sentir el frío suelo contra la planta de sus pies, unos golpes en la puerta desviaron su atención.

—¿Sí?

—Soy yo, Beth, junto a otras mujeres. Hemos venido a prepararte para tu boda. ¿Podemos pasar?

—Sí, claro.

Beth entró junto a unas cuantas mujeres que cargaban cubos con agua caliente. Echándola en la bañera, Alba se estremeció ante la tentadora idea de darse un baño caliente. Cuando terminaron de llenarla, su amiga la miró con una sonrisa.

—Supongo que querrás bañarte a solas, nosotras te esperaremos fuera. Avisa cuando termines y te arreglaré.

—De acuerdo, gracias —asintió y sonrió.

Quedándose a solas, se desnudó con rapidez y entró en la bañera, soltando un suspiro de placer. Apenas había conseguido dormir en toda la noche y al menos esperaba relajarse con la bañera. Lavándose el cabello y el cuerpo con el jabón que le habían dejado encima de la cama, que olía a lavandas, terminó de enjabonarse y se puso una camisola y dio un grito.

—Ya he terminado.

Beth entró con rapidez y la hizo sentarse en la silla que había en la habitación para comenzar a trabajar con su pelo. Las demás mujeres se llevaron la bañera con el agua, murmurando que irían a ayudar en la cocina, por si las necesitaban.

Su amiga le trenzó el pelo y luego lo recogió en un bonito moño, dejando algunos mechones sueltos por su rostro, que intentó rizarlos con el dedo, enrollándolos para dar un tirón que le sonsacó un gemido. Beth sonrió.

—Perdona, quiero que quede perfecto.

—De acuerdo, pero no hace falta dejarme calva —bromeó viéndola sacar unas flores de una cesta y colocándose las en el recogido—. Por cierto, ¿qué tal con Broc?

—Oh... —sus mejillas se volvieron rojas como el granate—. Pues... bueno, Alasdair se fue porque quería estar solo, así que iba a ordeñar algunas vacas o cabras indiferentemente cuando apareció Broc. No estaba nerviosa pues él nunca ha mostrado interés por mí, pero vi algo en su mirada, algo diferente.

Alba soltó una risilla.

—Le gustas.

—He llegado a esa conclusión, ¿por qué sino habría de querer casarse conmigo? Bueno... me besó.

—¿Te besó? —intentó girarse para mirarla a los ojos, pero ella se negó, dándole otro fuerte tirón del pelo.

—Sí... me dijo que si me convertía en su mujer nunca me faltaría cobijo ni comida, que se ocuparía de mí hasta el final de sus días y se encargaría de mantener a todos nuestros hijos.

Alba se mordió la lengua, recordándose que se encontraba en la Edad Media. La gente no se solía casar por amor, los padres intentaban casar a sus hijas la mayoría de las veces lo más convenientemente posible mediante acuerdos económicos. Pocas personas acababan encontrando el amor, y esperaba que Beth fuera una de ellas. El tiempo lo diría.

Una vez peinada, le puso el vestido con ramilletes dorados en la mangas y en los dobladillos por encima de la cabeza y se lo ajustó. Los cordones del escote,

dorados también, fueron tirados con fuerza para ajustarse al pecho de Alba. Unos minutos más tarde, se calzó y su amiga se alejó para mirarla.

Llevándose las manos a la boca, jadeó.

—Estás preciosa.

—Eso quiere decir que has hecho un magnífico trabajo —respondió con una sonrisa.

—Cameron va a caerse cuando te vea, eres tan... guapa.

—Gracias, Beth.

—¿Estás preparada?

—¿Para convertirme en la mujer de Cameron? Más que nunca —contestó rotundamente con una enorme sonrisa, ignorando el temblor de las rodillas—. He estado esperando toda mi vida este momento, no puedo aguantar más.

—Vas a ser la novia más guapa de toda Escocia.

La boda finalmente se celebró en la capilla que Cameron y sus hombres habían estado reconstruyendo días atrás. Alba había ido montada en la yegua blanca, vitoreada por el clan sin poder dejar de sonreír, saludando a todos. Se había encontrado desde la amable Fiona, quien se había limpiado una lágrima, hasta Mary, que aplaudía con fuerza al lado de Aedan, cuyo semblante resplandeciente de niño travieso la hizo reír.

Pero, cuando llegó al lado de su futuro esposo, los nervios volvieron a aflorar.

Tan grande, tan alto y tan guapo, allí se encontraba, con el pelo echado hacia atrás, el plaid perfectamente colocado, enseñando las fuertes piernas mientras la observaba con deleite, traspasándola y haciéndola sonrojar. Podía ver lo mucho que la deseaba, pero él no se quedaba atrás. Estaba tan guapo que se moría de ganas por besarle y levantarle la falda, una broma que pensaba hacer tarde o temprano.

Cuando llegó hasta su lado acompañada de Alasdair, a quien le dio un beso en la mejilla, miró a los profundos y hermosos ojos de su futuro marido, tan grises como un día de tormenta.

Una vez el sacerdote dio por finalizada la ceremonia, Cameron la rodeó con un brazo y tomó su boca en un posesivo beso que la hizo jadear y enredar los brazos en su cuello, respondiendo con toda la pasión posible. Separándose, su marido la miró con una enorme sonrisa.

—Ahora eres Alba MacLeod.

Todo el clan vitoreaba y aplaudía con fuerza cuando se fueron hacia el salón. Broc iba detrás de Cameron y al lado de Beth, cuyos bonitos ojos estaban iluminados cada vez que miraba a su futuro esposo. Broc apenas podía apartar los ojos de ella. Robert al otro lado de Broc, sonriendo y negando con la cabeza, como si todo aquello fuese demasiado para él.

En el salón, Cameron volvió a besarla con entusiasmo, ganándose algunos silbidos de los invitados mientras llenaban las copas. Mary se acercó a ellos con una sonrisa y dejó las bebidas de ambos enfrente de ellos para el brindis, luego se fue con rapidez al lado de su hijo Aedan para unirse.

Levantándose, rodeó con un brazo la cintura de Alba y sin dejar de mirarla, habló:

—Y por fin, tengo a mi lado a la mujer más guapa y honorable de toda Escocia y España, Alba MacLeod. Por ti, esposa. Por toda la vida que nos queda por delante.

Sonrojada de placer, se puso de puntillas para llegar a sus labios.

—¡Larga vida a la pareja! —gritó Aedan.

—¡Larga vida! —respondieron todos.

Cuando iban a beber de sus copas, Alba colocó la mano encima del fuerte brazo de Cameron. Él la miró con curiosidad.

—¿Pasa algo?

—Quiero... que hagamos una tradición que se hace en mi país. Tú beberás de mi copa y yo de la tuya, entrecruzando nuestros brazos, ¿entiendes?

Cameron asintió, complacido.

—Muy bien, esposa.

Haciéndolo, Alba bebió de la copa de Cameron con una sonrisa al escuchar las exclamaciones de los invitados, algunas un poco vulgares que consiguieron hacer sonrojar a más de una criada. Cuando el líquido tocó su lengua, Alba estuvo a punto de escupirlo. Agria y rancia, se bebió un pequeñísimo sorbo antes de tomar su asiento, coger la copa y dársela a un sirviente para que trajera una nueva de inmediato.

Cameron hablaba con Alasdair animadamente, acariciándole la rodilla con la mano en lentas caricias.

Aprovechó y comió todo lo que pudo hasta que al meterse un último trozo de urogallo, un fuerte retortijón en el estómago la sacudió de pies a cabeza. Soltando

un pequeño gemido, se llevó una mano e intentó tranquilizarse. Hipó. Una fuerte punzada volvió, esta vez con más fuerza, para que el sudor comenzara a perlar su frente y gimiese esta vez con más intensidad.

Incorporándose, tiró accidentalmente la nueva cerveza que había traído el sirviente, mojando las manos de Cameron.

Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Alba? ¿Te encuentras bien?

Apenas había terminado la pregunta cuando se dobló por la mitad y vomitó sobre sus pies, escuchando a lo lejos las murmuraciones de los invitados. Sus oídos pitaron y sus rodillas temblaron violentamente, haciéndola perder el equilibrio.

Cameron fue lo suficientemente rápido como para agarrarla y pegarla a él. Alba volvió a vomitar, esta vez encima de la mesa, manchando el bonito mantel confeccionado por Fiona. Cuando se recuperase, se encargaría de pedirle disculpas. Un nauseabundo olor los rodeó al mismo tiempo que ella era recorrida por fuertes dolores y retortijones que la hicieron sollozar en los brazos de su esposo.

Él estaba pálido, mirándola y sujetándola, sin entender nada.

—Cariño, cariño, ¿qué pasa?

—Me... Me encuentro fatal, C-Cameron —murmuró antes de llevarse una mano a la boca para intentar contener las arcadas—. Yo... me duele todo, ayúdame —sollozó débilmente.

Agarrándola con firmeza, salió con rapidez del salón bajo las especulativas miradas y se dirigió hacia su habitación, que había sido preparada para la primera noche que pasarían como marido y mujer. Beth los seguía junto a Fiona y sus dos hombres de confianza, Broc y Robert. Las zancadas de él eran tan grandes que las mujeres tenían que correr para ir a su paso.

Nada le importaba a él excepto la mujer que tenía entre sus brazos.

Mirando el níveo rostro de Alba, se alarmó.

—¡Llamar a Iona, que venga inmediatamente!

—¡Sí, señor! —dijo Fiona antes de dar la vuelta e irse.

Dejándola sobre la cama, le echó el pelo hacia atrás. Estaba sudando y ardía. Apoyando la espalda en almohadones, Alba se volvió a doblar sobre sí misma para vomitar con fuerza, esta vez dejándose el estómago completamente vacío, sin alimentos que digerir. Evitando pisar el charco, la agarró entre sus brazos y besó la sudorosa frente.

—Alba, *mo rùin*, por favor, dime qué te pasa. Así podré ayudarte.

—Yo... me duele todo, el estómago —una lágrima se deslizó por su mejilla—. Cameron, me siento fatal...

—¿Has comido demasiado? ¿Te ha sentado algo mal? Maldición, Alba, no te duermas, contéstame —la sacudió con suavidad.

Ella frunció el ceño antes de llevarse una temblorosa mano a la boca, respirando por la nariz para evitar más arcadas.

—Creo que ha sido la cerveza.

—¿La cerveza?

—En el brindis —murmuró, exhausta—. Estaba rancia, mala. Le pedí a un sirviente que la cambiase tras hacer el brindis.

Paralizado, alzó la cabeza y miró a Broc y Robert durante unos interminables segundos. Ambos asintieron y Robert se fue para bajar al salón e impedir que nadie lo abandonara. Habían intentado envenenarle y desgraciadamente, había sido su esposa quien había pagado con el pastel. Y allí se encontraba, tan pálida como las sábanas, con los labios resecos y aquel horrible olor que parecía provenir del mismísimo infierno.

Iona apareció en ese momento junto a dos criadas. Con su canoso pelo recogido en un moño y sus oscuros ojos, echó una rápida mirada a Alba.

—Ha sido envenenada, Iona —abrazó a Alba contra su pecho y apretó los dientes, odiando cada segundo de la agonía por la que estaba pasando. Daría todo lo que tenía con tal de ser él el que ocupase su lugar, sufrir lo que ella estaba sufriendo en sus propios huesos—. Ayúdala.

—Necesito que limpien todo este desastre, el mal olor solo conseguirá producirle más arcadas —su ronca voz estaba teñida de preocupación—. Actuaremos con rapidez. ¿Ha echado más?

—No, tiene el estómago completamente vacío.

—Me aseguraré de ello. Laird, creo que lo mejor sería que os fueseis abajo, al salón. No va a ser agradable lo que voy a hacer, pero sí necesario para que viva, y teneros aquí solo podría empeorar la situación.

—No pienso irme de su lado —ladró, apretando la fría mano de Alba. Se giró y la miró, acunándole el rostro—. Alba, cariño, despierta...

—Cameron, deberías salir —Broc se aclaró la garganta—. Quizás, puedes ocuparte del salón mientras Ione y Beth se quedan con ella. Aquí solo estorbaremos.

Asintiendo a regañadientes, besó los agrietados labios de su mujer. Ella gimió casi imperfectivamente, aliviándolo.

—Te amo, *lass* —murmuró ronco, con un nudo en la garganta que amenazaba con dejarlo sin aire. Decidido, clavó sus ojos en ella cuando los entreabrió—Vive, Alba, vive o te seguiré hasta donde haga falta con tal de traerte de vuelta a mi lado. No vas a dejarme. No lo permitiré —se aclaró la garganta y se giró hacia la anciana—. Beth estará para lo que necesites, por favor, Iona, no dejes que muera.

Sin esperar su respuesta, la miró una última vez antes de salir de la habitación y cerrar la puerta. Se apretó el puente de la nariz.

—Broc, quédate aquí y no dejes que nadie entre. Nadie. Cualquier cosa que necesite Iona, asegúrate de que lo tenga.

—Sí, Cameron. No me moveré de aquí. Ten cuidado.

Asintiendo, obligó a sus pies a moverse para dirigirse al concurrido salón, donde se encontraban todos los invitados, inclusive el cocinero y los sirvientes, todos. Las murmuraciones no habían hecho más que empezar pero él estaba decidido a averiguar quién había intentado asesinarlo.

Nada más poner un pie dentro, miró a su hermano Aedan, cuyos ojos azules estaban puestos en él. Su hermanastro era quien habría ganado más con su muerte, pensó a medida que la furia lo invadía, al igual que el miedo y la preocupación de perder a la mujer que amaba. Sam debía de haber contado con el apoyo de alguien conocido de castillo para entrar así como así, saltarse a los soldados y entrar en las cocinas. Había un traidor entre ellos y no pensaba fiarse de nadie.

Yendo hacia él, su hermanastro no pudo prevenir el golpe hasta que cayó al suelo por el impacto de puñetazo. Un chasquido resonó.

Sobre su hermano, comenzó a golpearlo violentamente mientras las imágenes de Alba vomitando y cayendo en sus brazos lo atormentaba. Alguien se tiró a su espalda, golpeándolo con débiles puños sin dejar de gritar. Robert agarró a Mary y la separó de él, sujeta por los antebrazos.

Levantándose, soportó la repugnancia en aquellos ojos familiares.

—¡No toques a mi hijo, Cameron MacLeod! ¡Eres una deshonra para tu clan! ¡Tú deberías haber muerto, tú y solo tú!

Bajando los puños, ignoró el gran estupor que causó la frase y se enderezó.

—¿A qué te refieres?

—Yo puse el veneno en tu copa, yo conseguí que Sam entrara en el castillo y yo fui quien planeó que Marianne abandonara a Aedan, ¡no iba a consentir que mi hijo acabara con esa arpía sin llegar a ser laird mientras tú ocupabas el puesto que debería ser de mi hijo! ¡Él tendría que haber sido el laird, y no tú! Pero tu padre no me escuchó.

Aedan se levantó del suelo con rigidez y los ojos completamente abiertos.

—¿De qué estás hablando, madre? ¿Tú... tú has planeado todo esto?

—Hijo, ¿no lo entiendes?

Cameron observó a su hermano llevarse las manos al rostro mientras murmuraba una plegaria.

—Madre... ¿se puede saber qué demonios has hecho?

—¡Pero, Aedan, yo...!

—¡Me has deshonrado delante de todo el clan, madre! —gritó furioso, cerca del pálido rostro de Mary—. ¡Como si no hubiese sido suficiente que violasen a Alba estando yo estaba al mando del castillo, ahora haces esto! Yo... yo te desprecio.

Mary gritó con dolor como si acabasen de clavarle un cuchillo.

—¡Eres mi hijo!

—Yo... reniego de ti, mad... Mary —dándole la espalda, miró a Cameron mientras hablaba en voz alta—. Nunca te reconoceré como madre ante nadie, ni cuando tenga hijos les hablaré de ti —apretando los labios, hinchó su pecho al coger aire—. Para mí no existes.

—¡Aedan, por favor!

Su hermano se arrodilló delante de él, desenfundado su espada.

—Hermano, te prometo que yo no sabía nada de esto, pues habría hecho cualquier cosa para evitarlo. Tu esposa se está debatiendo entre la vida y la muerte y sé que eso solo conlleva un castigo: la pena de muerte. La recibiré con los brazos abiertos si eso es lo que ordenas, pero no me destierres, por favor. Vivo y existo por y para el clan MacLeod.

Todos los presentes observaban en silencio, esperando el veredicto del laird. Cameron apretó los puños a ambos lados. Sí, podía quedarse viudo en apenas unas horas si Alba no conseguía expulsar el veneno de su cuerpo. Sí, tenía ansias de

sangre, pero entre toda la niebla de miedo y dolor podía ver con lucidez que Aedan no tenía nada que ver en los retorcidos planes de su madre.

Y él quería a su hermano.

Era el único familiar con vida que le quedaba; ni primos ni tíos, su familia siempre se había caracterizado por ser pequeña.

Alzando la mano, la colocó en el hombro de su hermano, sintiendo la tensión del músculo. Los azules ojos de él se clavaron en él.

—No voy a expulsarte ni a matarte, Aedan. No cuando eres inocente. Admito que sigo culpándote de no haber cuidado a Alba cuando te dejé el castillo, pero ese es otro tema que ya hablamos antaño —miró a Mary—. Con respecto a ti, debería aplicarte la pena de muerte sin lugar a dudas. Pero mi padre vio algo en ti que aún me cuesta entender, y me trataste bien. No te condenaré a muerte, Mary —ella abrió los ojos por completo, sorprendida—. Serás desterrada. Si vuelves a pisar mis tierras, no tendrás una segunda oportunidad. Por tu culpa mi esposa se encuentra arriba, vomitando y luchando entre la vida y la muerte, cuando ella te aprecia —se había acercado a su madrastra sin darse cuenta, con la voz rota y el puño alzado—. Llevarla a la mazmorra, mañana será desterrada públicamente.

Ignorando los gritos de Mary, llamando a Aedan, miró a los invitados.

—Siguiendo los que, seguro, serían los deseos de mi esposa, disfrutar del banquete y de la hospitalidad de los MacLeod. Yo me retiro.

Saliendo del salón con rigidez, se apoyó en la pared y presionó el puente de la nariz con los dedos, murmurando una plegaria. Temía subir las escaleras y encontrarse con la triste noticia en los viejos ojos de Iona. No quería perderla, no podía perderla. Era la mujer de su vida, la amaba y quería pasar el resto de su vida con ella. Maldijo a Mary, Marianne y a Sam para luego dar un puñetazo en la pared, lleno de ira.

Los nudillos se despellejaron y manó sangre. Ignorando la punzada de dolor, levantó la mirada al sentirse observado.

Alasdair, cruzado de brazos, suspiró.

—Cameron...

—Déjame a solas, amigo mío. No quiero compañía.

—No le has fallado. Nadie podía figurarse que se trataba de la mismísima Mary, ¡tu madrastra! Alba la apreciaba, es un duro golpe.

Sacudiendo la cabeza, se alejó para salir al patio y coger aire fresco, viendo las pesadas nubes cubrir el cielo hasta dejarlo oscuro. Algunos aldeanos alzaron sus

cabezas del trabajo para mirarlo antes de proseguir. Sí, sentía que había fallado a su esposa, apenas había jurado protegerla cuando había en sus brazos, envenenada. ¿Y si no era lo suficientemente bueno para ella? Quería darle un hogar, una familia y protección, pero estaba fallando estrepitosamente en lo último.

—No te culpes —la voz de Alasdair se coló entre el gentío—. Alba no lo hace, nadie lo hace. Yo... Marianne era lo suficientemente retorcida como para matar a su propia hermana Anne con tal de estar contigo —sus ojos azules, apenados, se dirigieron a los verdes montes que se alzaban a su vista—. Lo mejor que podrías hacer es enterrar todo este asunto y disfrutar de la vida junto a tu esposa. Alba es una mujer increíble, incluso yo me mostré interesado por ella, pero me eché para atrás —de reojo, le sonrió—. Notaba cómo la mirabas, cómo la seguías fuese a donde fuese, siempre pendiente de ella. Es guapa, cariñosa, amable, respetuosa y divertida, cualidades que no se suelen encontrar en el género femenino, no todas.

—No quiero —tragando saliva con dificultad, se sinceró—. No quiero subir para que Iona me anuncie que no...

Sin poder seguir, apretó los dientes. Su voz ronca se entrecortaba por las emociones.

—La amas —murmuró genuinamente.

—Ella es mi vida, haría cualquier cosa por Alba —admitió en voz alta, dándose cuenta de la profundidad de sus sentimientos hacia su esposa—. No puedo imaginarme sin mi esposa el resto de mi vida. El mundo sería demasiado frío y desolador sin ella.

—Sube y abrázala, tu curandera es una experta en hierbas. Estoy seguro de que podrá sacarla de esta. Ya ha tratado envenenamientos antes, Mary no se saldrá con la suya. Te mereces ser feliz. Los dos.

Con una sonrisa, palmeó el hombro de su amigo.

—Gracias.

Y sin esperar un segundo más, entró en el castillo a grandes zancadas. Le pedía a Dios una y otra vez que la salvara, dispuesto a dar su alma con tal de tenerla nuevamente. Pero, si no era posible, al menos pensaba estar los últimos momentos a su lado, besándola, abrazándola y acunándola entre sus brazos sin ser capaz de recibir un mañana lejos de su compañía. Lejos de su alma gemela.

Delante de la puerta de la habitación, miró a su amigo Broc, cuyos enormes brazos estaban cruzados delante del inmenso pecho. Sus oscuros ojos se clavaron en él. Con miedo, se atrevió a preguntar.

—¿Sabes algo?

—No —negó con la cabeza—. Solo Beth salió para pedir que subieran cubos con agua caliente. No he escuchado nada.

Alarmado, insistió.

—¿Nada?

—Absolutamente nada, Cameron. Nadie ha entrado tampoco, he estado aquí desde que me lo ordenaste.

Asintiendo, le dirigió una agradecida sonrisa a su amigo antes de estirar la mano para agarrar el picaporte. Su corazón latía desenfrenadamente, como un caballo en su última gran carrera para salvar su vida. Su respiración era agitada y eso solo le mostró el poco control que tenía de sus sentimientos hacia su esposa. Incontrolables, fuertes.

Cogiendo aire, abrió.

Alba miró a través de las pestañas con las pocas fueras que le quedaban al escuchar el sonido de la puerta al abrirse. Allí, con la mano en el pomo, se encontraba Cameron. Tan guapo y fuerte como siempre, pensó con una sonrisa. Sus tormentosos ojos grises estaban puestos sobre su persona con temor y amor, su musculoso cuerpo tensado como las cuerdas de un violín.

Se preguntó qué estaría pasando por su cabeza en esos momentos. Había estado inconsciente, tomando las amargas medicinas de hierbas de Iona, pero escuchando atentamente todo lo que le rodeaba. Sí, la habían envenenado y ese veneno no había ido hacia ella, si no a su esposo. Estaba feliz por haberlo tomado ella, no se imaginaba en la Edad Media sin quien era su mayor apoyo, incluso aunque hubiese estado Beth. En sus momentos más cruciales, había pensado en su querida tía Carmen para pasar a su marido, la persona que más amaba en todo el mundo.

No habría querido irse sin verlo una última vez. Pero había sobrevivido, ya fuese por las pociones de Iona, por el libro o por Dios, se encontraba viva, con toda una vida por delante.

Sin acercarse a ella, soltó todo el aire de sus pulmones.

—Beth, acompáñame a la cocina para preparar otro brebaje que ha de tomar esta misma noche —habló Iona en voz baja, luego se colocó enfrente del laird, quien se obligó a retirar los ojos de Alba—. Beth se ha encargado de bañarla y eliminar todo resto de vómito, el olor no hace nada bueno. He conseguido limpiarle el estómago con un brebaje que voy a preparar nuevamente para que ingiera mañana por la mañana. No puede tomar nada más que caldo en los dos siguientes

días ¿de acuerdo? Está débil. Hay que mantener la habitación limpia y despejada — permaneció en silencio unos interminables segundos—. Os dejaremos solos un momento.

Cerrando la puerta en un quedo susurro, Alba extendió los brazos con ansias.

Cameron fue hacia ella sin pensárselo dos veces, envolviéndola en un poderoso abrazo. La apretaba con fuerza mientras su cuerpo era sacudido por pequeños temblores que le hizo saber lo mal que lo había pasado. El susto no remitía, pero al menos tenía la certeza de que no moriría. Alba sintió una cálida lágrima en su sien y sonrió, acariciándole la espalda en perezosas caricias que la agotaban físicamente.

—Cameron... estoy bien.

Sin atreverse a hablar, asintió y le cubrió el rostro de besos; frente, mejillas, nariz hasta que llegó a los labios. Con la frente pegada a la suya, suspiró quedamente.

Él acunó la mano en su rostro, sentado al lado de ella. Más que nunca el calor de su cuerpo la adormecía. Sintió otra mano en el pelo.

—Yo... por los clavos de Cristo, Alba, me has dado un susto de muerte —sonrió, apenado, mirándola con sus húmedos ojos grises, tan tormentosos como un día invernal en las Highlands—. Pensé que te perdía.

—No iba a moverme de tu lado —aseguró con convicción.

—Te... caíste en mis brazos como una muñeca mientras me decías lo mucho que te dolía. Ha sido uno de los peores momentos de mi vida.

—Lo siento.

—Me preguntaba qué iba a hacer ahora sin ti.

—No soy tan fácil de matar —bromeó. Al ver su serio semblante, se aclaró la garganta con discreción. Suspirando, lo besó—. Estoy bien, de verdad.

—No saldrás de esta cama en dos semanas.

—Ya veremos, por ahora no quiero moverme —con la mano en la nuca de él, empujó para llegar de nuevo a su boca. Tomando sus labios, los perfiló con la punta de la lengua antes de dejarse caer contra los almohadones, exhausta—. No me imaginaba esto el día de nuestra boda. ¿Quién ha sido? ¿Has conseguido averiguarlo? —preguntó vagamente.

—Mary.

—¿Cómo? ¿Mary, tu madrastra?

—Sí —la tapó con las mantas después de apoyarse en el cabecero y colocarla entre sus piernas, tendiéndola sobre él. Alba ronroneó como un gatito—. Pensé que había sido Aedan, pero creo en la inocencia que vi en sus ojos cuando Mary reveló que había sido ella quien había planeado todo.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué habría querer de matarte? Ella no consigue nada —murmuró contra su pecho, sintiendo los latidos de su corazón bajo la oreja.

—Mary creía que Aedan se merecía ser laird. Planeó mi muerte desde que fui a Fort Augustus a hacer los negocios.

—¿Y Marianne y Sam?

—Ella se unió cuando yo me negué a hacer público nuestro compromiso. Sam es un simple desterrado que no tenía donde caerse muerto. Fue... expulsado del clan Macdonald cuando violó y asesinó a la esposa de Ethan Macdonald, el laird.

Alba lo miró con los ojos completamente abiertos. Sin poder evitarlo, la besó con suavidad, acariciando con la yema de los dedos las pálidas mejillas.

—¿Qué? ¿Y por qué no lo mató?

—Es su primo, al parecer antes de ser laird firmó no levantar nunca la espada contra su primo. Solo pudo desterrarlo hasta que yo le di la oportunidad de matarlo cuando lo capturamos en las cocinas. Mary lo planeó todo, desde la huida de Marianne hasta tu muerte, aunque a ella no le interesaba. Era únicamente por petición de Marianne. Con nuestra muerte, Aedan hubiese sido laird.

—Y Marianne su esposa —concluyó.

—Mary de todas formas no se mostraba muy feliz por ello, creo que habría planeado su muerte tarde o temprano.

—¿Aedan está bien? Supongo que habrá sido un duro golpe para él.

—Lo superará, pero ahora mismo lo único que me importas eres tú, *mo ràin*. Temía tanto de subir a verte...

—¿Pensabas que moriría? —susurró acariciando su poderoso muslo.

—Temía la posibilidad, después de todo estabas vomitando sin parar, gimiendo y retorciéndote —sus protectores brazos se apretaron aún más—. Te prohíbo que vuelvas a darme esos sustos, cariño.

Ella sonrió.

—Lo intentaré.

—Aunque sé que el veneno iba dirigido a mí, a partir de ahora nada de esas costumbres tuyas españolas. Toda tu comida será probada antes de que puedas ingerirla. Estaba condenadamente asustado, pensando qué haría sin ti —la besó en la sien, sintiendo su cálido aliento en la piel—. El mundo sería un lugar aterradoramente frío sin tenerte a mi lado, Alba.

Ella se giró entre sus brazos con suavidad y lo cogió del rostro, sintiendo el vello incipiente que tenía en la mandíbula.

—Ya todo ha terminado.

—Sí —la aupó para tenerla a su misma altura—. Nada ni nadie en la vida nos va a separar.

Sonriendo ampliamente, tomó su boca con desesperación. Presionó en el carnoso labio inferior de su marido con la lengua para dejarla profundizar el beso y entrelazar su lengua con la de él, acariciando su nuca con la yema de los dedos al mismo tiempo que él la sujetaba por las caderas.

—Cuando tenga fuerzas, tendremos nuestra luna de miel.

La mirada cargada de amor que le dirigió la derritió por completo. Pegándose a él para sentir su calor, suspiró.

—Preocúpate por ponerte buena, *m'eudail*. Tenemos todo el tiempo del mundo. Nada me va a separar de ti, sería capaz de cruzar el mismísimo infierno con tal de traerte a mi lado.

Con los ojos humedecidos, asintió.

—Te quiero. Muchísimo.

—No más que yo.

Para callar sus protestas, la besó antes de acunarla entre sus brazos bajo sus débiles protestas. Alba cayó en los brazos de Morfeo de inmediato, lejos de la tensión que todavía rodeaba a su esposo por el enorme susto.

Él juró en silencio no volver a bajar la guardia nunca más.

No cuando fuera por su esposa. Era el motivo por el que respiraba, por el que su corazón había vuelto a latir y él viera la vida de... otra forma. Más cálida, más viva, más... Esperanzadora.

Y todo gracias a ella.

Capítulo 21

Cuatro años más tarde. 28 de abril, primavera.

Las Tierras Altas de Escocia.

Alba dio un pequeño chillido mientras corría hacia su habitación con la falda agarrada en las manos, mirando varias veces hacia atrás para asegurarse de tener a su ansioso marido a distancia de ella.

Su juguetona mirada fue suficiente para que acelerara cuando estiró una mano con el objetivo de alcanzarla. Ignorando las curiosas miradas, soltó un suspiro de alivio cuando abrió la puerta de la habitación y entró, cerrándola tras sí. En silencio, escuchó los pasos de Cameron, despacio, hasta pararse enfrente de la puerta.

Deseo. Excitación. Juego. Ansias.

Todo corría por sus venas con fuerza.

Llevándose una mano a la boca para sofocar una risita, fue retrocediendo con lentitud sin perder de vista la puerta. Él entraría de un momento a otro.

Iba a mirar dónde esconderse cuando Cameron entró rápidamente, agarrándola de las faldas del vestido, apretando su enorme erección contra las nalgas femeninas. Riéndose, intentó escapar de las manos masculinas. Estas fueron a sus pechos, acariciándolos a través de la ropa con deleite, amasándolos y pasando los dedos por los pezones.

—¡Cameron! —gimió—. No vale.

—No sabes correr, esposa —arrastró los labios desde el lóbulo de la oreja hasta el final del cuello, lamiendo y mordiendo a la par que ella se estremecía, frotándose contra él.

—Oh, Dios mío...

—Eso es jugar sucio —gruñó en su oído.

Tirándola a la cama, Alba se puso sobre sus manos y rodillas para escapar. Él fue más rápido, agarrándola de las caderas antes de subirle las faldas, deslizando una de las manos desde la cadera hasta el monte de Venus para acariciar su vulva, frotando el hinchado clítoris con el pulgar.

Presionó delicadamente.

Cerrando los ojos, soltó el aire.

Solo él sabía cómo encender su cuerpo con la mayor brevedad posible.

—Cameron...

—Estás mojada, *mo rùin*. Quieres esto tanto como yo.

Su voz masculina y ronca fue como una descarga de placer que impactó directo en su sexo. Echando el trasero para atrás, sintió su pene. Duro y caliente. Se preguntó qué haría ahora. Ansiosa y con unas enormes ganas de hacer el amor, aquello era uno de los escasos momentos que tenía junto a su esposo antes de estar ocupados con sus tres hijas, Sandra, Laura y Elena, quienes gastaban incluso las energías de su esposo, Broc y Robert, además de su tío Aedan y Alasdair cada vez que iban de visita. El hermanastro de Cameron prefería pasar tiempo en Dunvegan, odiando la soledad de las tierras que una vez había compartido con Marianne.

Alzándose el kilt, Cameron se agarró el miembro y colocó la cabeza justo en la entrada de la húmeda vagina. Alba suspiró entrecortadamente e intentó echarse hacia atrás, pero él la apresó de un hombro, inmovilizándola. Su fuerza, el fuerte cuerpo y lo grande que era solo conseguían excitarla, llevarla al borde del orgasmo.

Mordiéndose el labio, lo miró por encima del hombro.

La imagen de sus ojos llenos de pasión, el kilt levantado y agarrándola le provocó un fuerte cosquilleo que la recorrió de pies a cabeza.

—Vamos, por favor —suplicó.

—Has huido de mí —gruñó inclinándose para morderle el cuello, lamiendo después la irritación.

—He visto tus intenciones desde que salí de las cocinas con Beth.

—Eres mi esposa, nunca voy a ocultar lo mucho que te deseo.

Y con ello, se enterró profundamente en su interior, hasta la empuñadura. Sacándole un gemido, Cameron seguía sujetándola por el hombro, impidiendo que se moviese contra su polla, que rozaba todo los puntos sensibles. Sentía su grosor,

el de las venas que lo rodeaban y sus músculos vaginales aprisionándolo, atrayéndolo al interior con desesperación.

Su marido murmuró en gaélico.

—Estás tan estrecha, tu sexo me envuelve por completo.

Las eróticas palabras hicieron estragos en ella, estando a punto de derrumbarse sobre sus temblorosos brazos.

De repente, Cameron se salió de ella para luego echarla hacia atrás con la mano apoyada en su hombro, entrando de nuevo en una fuerte embestida. Delante de sus ojos todo perdió sentido, solo estaba ella y el amor de su vida, su marido y el padre de sus hijas. Cuando repitió el mismo movimiento, esta vez con más fuerza, siendo él quien marcaba el ritmo, golpeó con los testículos en su trasero.

Sin dejar de entrar y salir, Alba gimió repetidamente, mirando a Cameron entornando los párpados. Le encantaba ser testigo de sus muecas, de la tensión de su musculoso cuerpo que se perlaba de sudor mientras embestía como un animal en celo, dominante, marcando el acto mientras daba todo de sí. Las venas de sus brazos y cuello se marcaron, anunciando que en poco llegaría al orgasmo. Ambos eran adictos el uno del otro y ser la debilidad de un guerrero tan magnífico la enorgullecía.

Cameron desnudo era un espectáculo digno de ver. Un espectáculo privado para su uso y disfrute.

—Oh, Dios mío... *Mo rùin* —graznó.

—Sí, por favor... sigue —murmuró.

La mano de su cadera fue bajando hasta el inflamado clítoris en un erótico recorrido, pellizcándolo y dando suave toques que la alzaron al ansiado clímax, apretando con esmero el pene que aún estaba dentro de ella. Las oleadas de placer la recorrieron una tras otra, gritando su nombre y dejándose caer al colchón, totalmente complacida.

Cameron colocó las manos a ambos lados de su cabeza y embistió un par de veces más, hundiéndose en su sexo con desesperación antes de derramarse en ella con un brusco movimiento. Al terminar, ella se dio la vuelta y lo miró con una sonrisa, estirando una mano para acariciarle la mejilla.

Él giró la cabeza para besarle la palma de la mano.

—Ha sido increíble.

—Excitante —añadió ronca, estirándose como una gatita mimosa bajo la oscurecida mirada del highlander—. Le estoy cogiendo demasiado gusto a que me tomes por detrás.

—Y encima.

—Sí, me encanta estar encima —se mordió el labio y se deleitó con su cuerpo, llegando hasta su grueso pene. Estaba erecto. La ancha cabeza rojiza apuntaba hacia ella, mojada por sus jugos y el semen en una sensual imagen que no tardó en soltar chispas en su interior. El tronco, rodeado por unas pequeñas venas y otra de más grosor, palpitaba. La pesada bolsa testicular colgaba detrás, intimidándola—
¿No has llegado?

—Sí —musitó cerniéndose sobre ella para devorar sus labios.

Respondiendo, lo rodeó con las piernas.

—Hmmm... Vale, estupendo. Los años no te afectan.

—Pienso aprovechar todo el tiempo libre que podamos —capturó un pezón entre los labios, succionando antes de pasar la lengua sobre él. Temblorosa, acarició sus trapecios con las manos, maravillándose por la fuerza que poseía y la textura de la piel.

Alba estaba aprendiendo el arte de la espada, luchar cuerpo a cuerpo y el arco. En un mundo tan salvaje como en el que vivía, las experiencias de años anteriores con Marianne, Mary y Sam le habían servido para tomar la decisión de aprender a defenderse en caso de encontrarse en otra encrucijada. Aunque, por ahora, todo iba bien, de hecho perfecto.

Plenamente feliz, con su marido y sus hijas, se había convertido en una más del clan. Entendía el gaélico casi tan bien como el español gracias a las continuas clases que Cameron le daba, con independencia de que la mayoría acababan con su marido intentando levantarle las faldas del vestido o murmurándole incitadoras palabras que terminaban por desconcentrarla.

También estaba Beth, cuya amistad era sin duda un gran apoyo. La ayudaba a aprender gaélico a cambio de enseñarle ella español. Beth estaba completamente enamorada de su marido, Broc, y él también, quien prefería mostrar sus sentimientos en la intimidad, cuando estaban solos. Alba había sido consciente de las miradas que ambos compartían.

Hacía relativamente poco tiempo había nacido el segundo hijo de ambos, Tavis, grande y sano, parecido a su hermano mayor Hamish. Apenas había pasado un año de su matrimonio cuando su amiga le había pedido consejo para llegar a tener el mismo tipo de relación que Alba tenía con Cameron. Con algún que otro plan y la ayuda de su marido, que se había mostrado al principio receloso, Broc acabó adorando a Beth.

Robert parecía estar cortejando a una mujer viuda de los MacLean, por lo que muchas veces se iba a las tierras de Alasdair. Poco más se sabía de ella. Ni soltaba prenda ni pillándolo achispado por el vino o la cerveza.

Con respecto al atractivo y rubio highlander... su carácter había vuelto a ser el de siempre. Todavía no había encontrado una esposa con la que formar una familia a pesar de que, según decía su esposo, había tenido un bastardo con una misteriosa mujer que había desaparecido. Alba se quejó cuando Cameron utilizó aquella palabra con una connotación tan negativa. Rápidamente se dijo que en la Edad Media era de lo más normal... pero no terminó por acostumbrarse a pesar de oírlo varias veces en la boca de la gente del clan.

Aedan continuaba igual de mujeriego que siempre, aunque le encantaba pasar el tiempo con sus sobrinas, cuidándolas y enseñándolas a montar a caballo, un privilegio que Cameron le había cedido a regañadientes. Pisaba sus tierras, las cedidas por Alasdair, cuando era imprescindible.

Cada año iban a visitar las tumbas de Anne y Broderick, poner unas bonitas flores y rezar. Para él era importante y a ella le gustaba apoyarlo en los amargos recuerdos, todavía teñidos por la apariencia de Marianne. A pesar de ello, él había conseguido borrar todo agrio sentimiento de su cabeza y corazón para centrarse en ella.

Como debía ser.

Alba gimió. Cameron acababa de penetrarla por completo, pegando las caderas a las suyas. Se movía con una decadente lentitud. Sus labios lamían los erectos pezones, tirando con suavidad de ambos para luego dar un mordisco y soplar.

Jadeó y llevó las manos al pelo masculino. Tiró.

—No me muerdas, sinvergüenza.

Él la miró con inocencia.

—Se me ha escapado.

Soltando una carcajada, le rodeó el cuello con los brazos.

—Seguro que sí.

Sin retirar sus grises ojos de ella, volvió a penetrarla, viendo cómo se hundía en su interior sin contemplaciones, disfrutando de hacerla sufrir. Llevó las manos hasta sus nalgas, reteniéndolo.

—Eres un pícaro. Y tienes buenas nalgas —murmuró acariciando los firmes y duros glúteos—. Ojalá yo lo tuviera tan bien.

—Lo tienes.

Alba puso los ojos en blanco.

—Ya, bueno... Es imposible no tenerlo medianamente bien cuando Las Highlands apenas tiene terreno llano. Todo es subir o bajar.

La blanca y bonita sonrisa de Cameron la deslumbró, haciéndola suspirar. Seguía sin acostumbrarse a él, a lo que desencadenaba en su interior. La llenaba de una forma que nunca habría podido imaginar, la amaba, abrazándola siempre que tenía la ocasión sin importarle las burlas de su hermano y los demás, quienes estaban perdiendo el placer de hacer rabiar al laird.

Con tocarla, le daba exactamente igual todo lo demás.

Sí, echaba terriblemente de menos a su tía Carmen, pero se había dado cuenta de que todo aquello era su vida y nunca querría irse. Carmen lo entendería, ella siempre había poseído un don especial para esas cosas. Seguramente, ahora estaría feliz por la vida tan plena que estaba teniendo.

Dejando que se moviera nuevamente contra ella, comenzó a gemir cuando él la besó. Entrelazando sus lenguas, acarició cada rincón de su cálida boca, respondiendo con avidez. Las embestidas fueron aumentando de velocidad y cuando pensó que aquello no podría mejorar más, Cameron cambió la posición de forma que su hueso pélvico daba en su clítoris con cada envite.

—¡Cameron! —clavó las uñas en sus hombros, arqueándose.

Unos labios capturaron un pezón, lamiéndola y humedeciéndolo. Era tan pequeña a su lado que cuando estiró una mano para acariciar el resto del miembro que todavía estaba fuera, se rio.

—Dios mío, eres demasiado grande.

—Tú eres demasiado pequeña —ronroneó en su cuello. Se contorsionó por las cosquillas, haciéndole reír roncamente.

—Si apenas mido un metro sesenta y cuatro, tú eres el gigante aquí.

Descendió la mano hasta llegar a los tensos testículos. Él embistió inconscientemente y blasfemó. Apretando con suavidad, sonrió al ver la mueca de placer. Las pupilas se dilataron hasta que ver aquel metálico iris en sus ojos fue casi imposible.

—Te vas a enterar, pequeña...

—¡Sandra, Laura, venir inmediatamente! Elena, deja de tirarme del pelo. Es mío y a las mujeres les encanta.

La respuesta fue un gracioso gorgoteo. Oh, sí. Elena tenía debilidad por dar tirones de pelo.

Cameron alzó una ceja, atento a la estresada voz de Aedan. Se escuchaban los grititos de las niñas, riéndose mientras volvían loco a su tío, corriendo de un lado a otro. Alba contuvo una sonrisa al ver la decepción de Cameron. Saliéndose de ella todavía erecto, suspiró entrecortadamente mientras lo veía recomponerse la ropa. Con una sonrisa, le tendió una mano.

Ella se agarró y se incorporó de la cama, colocándose el vestido lo mejor posible bajo la atenta mirada masculina. Rodeándole el cuello con los brazos, presionó los labios contra su mandíbula, sintiendo el suave vello incipiente. La erección seguía, tapada por el *sporrán*, dura y erecta contra su estómago. El deseo latía entre ellos con fuerza e intensidad, supo que ahora mismo se encontraba con ganas de matar a su hermano por permitir que los interrumpiesen.

Cubriéndola con la mano por completo, besó sus labios. Él gruñó.

—Esta noche —prometió.

—Esta noche —aseguró, dándole una nalgada cuando ella fue hacia la puerta. Soltó una carcajada, huyendo de él.

Al abrir la puerta, fue casi imposible no reírse. Se encontró con Aedan totalmente despeinado, con briznas de paja en el pelo oscuro, mientras que Sandra y Laura estaban delante, con sus inocentes rostros sonrientes, cruzando las manitas por delante del pecho y las mejillas sonrojadas saludablemente. Sus vestidos estaban manchados. Suspirando, pensó en la pobre Fiona.

Le costaba muchísimo eliminar el barro de la lana.

—¿No se supone que ibas a quedarte con ellas? —habló Cameron detrás.

Las dos mayores corrieron hacia su padre, abrazándose a sus piernas. Sandra, de ojos grises y pelo castaño oscuro, había heredado los simétricos rasgos de su padre, mientras que Laura tenía los ojos verdes y era pelirroja castaña, una combinación de ambos. Elena se parecía a su tía Carmen, rubia de vivaces ojos castaños, pardos. Tenía una mano en la boca sin parar de murmurar entre una mezcla de español y gaélico, mientras con la otra mano, pringosa de a saber qué, agarraba un mechón del pelo de tu tío.

—No puedo, Cameron, son... unos pequeños monstruitos. Elena insistía en darme de comer hierba de Dolores, mientras que Sandra y Laura se escondían, ¿cómo demonios voy a cuidar a tres diablillos a la vez?

Alba sonrió al notar la desesperación en su voz. Elena extendió los pequeños bracitos hacia ella, sonriendo y mostrando apenas un par de dientes que estaban saliéndole de las rosas encías. La irritación ocasionaba que se llevase cualquier cosa a la boca para mitigar el dolor.

—No hables mal delante de mis hijas, Aedan —Cameron hinchó el pecho, orgulloso como siempre que hablaba de ellas—. Apenas tienen cuatro años y ya sueltan alguna que otra maldición.

—¿Juegas con nosotras? —Sandra le tiró del kilt, frunciendo los carnosos labios en una dulce mueca—. El tío Aedan es aburrido.

—Muy aburrido —corroboró Laura sin dejar de asentir.

Cameron asintió.

—De acuerdo, un rato. Oscurecerá dentro de poco —miró a sus hijas con una lobuna sonrisa. Ellas gritaron eufóricamente y comenzaron a correr hacia el patio trasero—. ¡Os doy ventaja! Una, dos.. —contó en voz alta. Luego miró a Elena—. ¿Vienes conmigo a buscarlas?

La niña se removió para irse a sus brazos, moviendo los cortos bucles dorados de su pelo. Acercándose a ella, Alba alzó el rostro para recibir el beso de su marido antes de bajar las escaleras para buscar a sus hijas. Antes de irse, miró a su hermano.

—Tú vienes conmigo.

—¿Qué? —retrocedió un paso—. Yo ya he jugado con ellas.

—Me has interrumpido, es una orden. Me ayudarás a buscarlas.

Aedan la miró con resignación, intentando que interviniese en la orden del laird. Ella se rio y alzó las manos, negando con la cabeza.

—Lo siento pero esta vez estoy de acuerdo con él.

Suspirando, fue tras su hermano mientras ella los seguía desde distancia hasta salir al patio de atrás, donde Fiona y otros sirvientes estaban terminando las tareas. Saludándola con un fuerte abrazo, alzó la mano cuando vio en el huerto a Beth. Hamish seguramente se habría unido al juego de sus hijas, pensó, era un buen compañero de juego que Sandra y Laura nunca rechazaba.

Mientras Cameron se hacía un poco el tonto, ignorando los cabellos oscuros que sobresalían del establo, pues Sandra lo miraba de reojo, tirada en el suelo y cubierta de paja, Laura estaba debajo de un seto, hipando, sin dejar de reírse. Elena comenzó a balbucear, señalándoles a su padre y a su tío donde se encontraban sus hermanas.

—¿Dónde, cariño? No las encuentro.

Sosteniéndola de una mano, la dejó en el suelo mientras lo guiaba hasta Sandra. La mayor pataleó y se enrabetó, yendo hacia su tío sin dejar de quejarse. Aedan suspiró y se la echó sobre un hombro, sonriendo al oír las infantiles carcajadas.

Laura seguía hipando, con aquellos enmarañados pelos cobrizos y los brillantes ojos verdes. Se echó tierra por encima para cubrirse. Alba puso los ojos en blanco antes la curiosa lógica de su hija, oyendo el lamento de Fiona. Mirándola de reojo, se rio.

—Lo siento.

—Och, no te preocupes, querida. Sabes que quiero a tus hijas como si fueran mis nietas.

Asintiendo, colocó una mano encima de su brazo.

—Sí, y ellas a ti como su abuela.

Las palabras emocionaron a la mujer, que se fue entre murmuraciones para terminar de recoger las bayas.

El sol se estaba poniendo, escondiéndose en los altos y verdes montes, coloreando el sol de tonalidades malvas y rosadas. Una suave niebla comenzaba a cubrir los frondosos bosques, mojando la vegetación con un suave manto de rocío que lo cubría todo. Dentro de poco, meterían a las niñas dentro antes de que el frío se metiese en los huesos. La primavera todavía era demasiado fría.

Llevándose una mano al vientre, se preguntó cómo recibiría Cameron la noticia de que esperaba otro hijo.

Sabía que en la Edad Media tener un hijo varón era muy importante sobre todo para un laird, pero ni una sola vez se había quejado de sus hijas, algo que hablaba mucho de la mentalidad tan abierta que tenía y del profundo amor que les profesaba. Para él, su vida giraba en torno a sus hijas y ella.

Su vida había cambiado drásticamente, pensó. De estar sola y tener una apacible pero aburrida existencia en Sevilla, había cambiado y dejado todo por estar con Cameron MacLeod, el hombre que le había robado el corazón. Su amor, amabilidad y cuidado eran como una balsa para ella, cobijándola de cualquier peligro.

Carmen estaría orgullosa de ella. Habría amado a Cameron y a sus hijas sin lugar a duda. A veces, los pensamientos se agolpeaban en su cabeza, preguntándose cómo estarían, si la echarían de menos y cuál sería el futuro de sus

amigas. También pensaba en Felicity y en su amor imposible, además del señor O'Neill, aquel anciano irlandés que le había permitido visitar su biblioteca.

Y conocer a su marido.

Cameron se encontraba en el suelo, con Sandra y Laura sentadas cada una en un muslo mientras alzaba a Elena, cuyos chillidos resonaban por todo el patio. Hamish se encontraba junto a Broc, su padre, que acababa de llegar hasta su mujer, levantándola con suavidad del suelo. Tavis estaría seguramente con Robert, quien no podía quejas a la hora de quedarse con los niños. Alba estaba segura de que sería un fabuloso padre, si finalmente se decidía a tomar una esposa.

Cameron murmuró algo a sus hijas antes de señalar a Aedan y gritar para que fuesen hacia él. Fulminándolo con la mirada, se dejó caer en el suelo para que las niñas se tiraran encima, haciéndoles cosquillas cuando tenía la oportunidad.

Sonriendo, pensó lo magnífica que era su vida.

Recordó con tristeza el libro donde había visto por primera vez a Cameron MacLeod, dibujado. No sabía dónde se encontraba ni qué había pasado con él, si Marianne se lo habría llevado al igual que su peine de nácar o lo habría perdido. Fuese como fuera, lo había dado por perdido para siempre.

Cameron clavó en ella sus hermosos ojos grises. Podía ver sus sentimientos en ellos, lo mucho que la amaba y la respetaba. Ella era tan importante en su vida como lo era él para ella. Pasarían los años y nada y nadie podría romper la fuerte conexión que había entre ambos, eran almas gemelas, esas dos mitades que, al igual que en la leyenda, acababan uniéndose para complementarse por completo.

Yendo hasta ella con la característica elegancia que tenía al andar, la abrazó por la cintura, sonriendo tiernamente mientras su intenso olor a hombre llegaba hasta sus fosas nasales: mental, pino y hombre junto a tierra. Salvaje, exótico. Una suave brisa colocó algunos mechones sobre su rostro, haciéndola reír tontamente.

—Tienen tanta energía como tú, *mo rùin*.

Amor mío, significa amor mío, recordó. Sonriendo, rozó la nariz con la de él.

—Menos mal, no podía cargar con tres más como tú —bromeó.

—*Tha mi duilich, mo rùin* —perdóname, amor mío, dijo en gaélico.

Frunciendo el ceño, le acarició el rostro con el dorso de la mano, preocupada por el tono ronco de su voz.

—¿Por qué?

—Por esto.

Agachándose, la cogió en brazos y la cargó sobre un hombro. Ella gritó antes de poder estabilizarse y romper en carcajadas. Sus hijas, levantando las cabezas de su tío, centrando la atención en ellos.

—¡Tío, tío, se lleva a mamá, tenemos que rescatarla! —gritó Sandra.

Cuando quiso ponerse en pie, Aedan la agarró del vestido. La niña cayó de culo al suelo.

—Después, tenemos que dejarle ventaja.

Laura ladeó la cabeza, rascándose una pierna de manera poco femenina.

—Och, es verdad, como cuando papá nos sigue. Sino no sería justo.

Elena, sin entender casi nada, seguía buscando bichitos en el suelo, riéndose cuando alguna pertinente hormiguita se subía a sus brazos. Quitándoselos, Aedan se incorporó y la cogió.

—¿Cuánto tiempo tenemos que darles? —Sandra parecía impaciente, retorciéndose las manos en el estómago con nerviosismo.

—Mucho, mucho tiempo —respondió mientras las llevaba al interior del castillo, avisando a Fiona de que preparasen bañeras en voz baja. Las niñas huirían de él como la peste, además, Cameron lo mataría si volvía a interrumpirlos.

Él había estado presente en las miradas hambrientas que le dirigía a su esposa. Y, seguramente, a Alba tampoco le haría mucha gracia.

—¿Cuánto? —insistió Laura.

—Yo os avisaré.

Alba sonrió desde la posición que estaba, debajo del cuerpo de su marido. Desnudo, intentó no desviar la mirada por él, algo que le costaba muchísimo. Sin embargo, lo que hizo fue apretar los ojos mientras escuchaba su risa. Él la cogió en brazos, acunándola sobre su largo cuerpo. Sintió los latidos bajo la oreja mientras la calentaba entre sus brazos, rodeándola por completo.

—¿Sabes que todos dicen que me he casado con la propia Escocia en persona?

Sí, algo había oído, aunque no había entendido el porqué. Todas las personas del clan sabían que era española y que ella supiese, no corría sangre escocesa por sus venas. Podía tener algún bisabuelo gallego, pero poco más.

—Ah, ¿sí? —frunció el ceño—. Pues, no lo entiendo.

—Tu nombre. Todo viene por tu nombre.

Mirándolo con una sonrisa, alzó una ceja.

—¿Por mi nombre? No sé qué significará en escocés, pero en español es como el amanecer.

Acariciándole el perfil del rostro con la nariz, suspiró al sentir sus labios en la mejilla.

—Alba significa Escocia en escocés —reveló.

Revolviéndose entre sus brazos, lo miró con los ojos completamente abiertos.

—¿Por eso me dijiste esa vez...? ¡Dios mío, incluso Felicity...!

Guardando silencio, poco a poco todas las piezas del rompecabezas comenzaron a formar un todo en su mente. Como cuando Felicity le dijo nada más verla si sabía lo que significaba su nombre en escocés, cuando Cameron también le preguntó lo mismo... En ese momento, no pudo evitar preguntarse si ella había estado destinada a acabar con Cameron. No solo por el libro, sino también por su nombre.

Intentó decir algo, pero las palabras se trabajaron en su lengua.

—Yo...

—Eres todo un orgullo para mí, *Alba* —pronunció en gaélico escocés—. No solo tengo la suerte de casarme con la mujer más maravillosa de España que me ha dado tres hijas, sino que además se llama igual que mi hogar. ¿Qué hombre en su sano juicio podría pedir más? Aún así, admito que me daría igual cual fuese tu nombre con tal de tenerte a mi lado... para siempre.

Sonrojada, se mordió el labio inferior.

—Vaya... ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Me gustaría decir que estaba guardando el momento perfecto pero... con el clan y las niñas no he tenido tiempo, al final se me acababa olvidando. Siempre que te cogía a solas no era precisamente para hablar —admitió roncamente.

Alba soltó una risita antes de refugiarse en sus fuertes brazos, perdida en la calidez del momento. Su corazón se hinchó de gozo cuando él besó le tope de la cabeza.

—Quizás, estábamos destinados a acabar juntos —murmuró antes de besarlo.

—De eso no me cabe duda, *mo rùin*.

Con un suspiro de felicidad, supo que pasaría el resto de su vida en Escocia junto al amor de su vida, su otra mitad...

No podía haber pedido más.

Capítulo 30

Sevilla, España.

Época actual, 30 de noviembre.

Eire cogió la vieja foto de la estantería de su salón. En ella, estaban Ruth, Alba y ella, abrazadas y riéndose por alguna locura que Alba habría dicho. Acariciando el rostro de la desaparecida con las yemas de los dedos, soltó un brusco suspiro. La echaba tanto de menos. Seguía sin creerse que Carmen y ahora también Ruth, diesen por hecho que se encontraba en La Edad Media, en Escocia, con un laird cuyo destino habría sido catastrófico sino hubiese intervenido su amiga.

Dejando la foto, Eire se pasó las manos por el rostro en un inútil intento de despejarse la cabeza.

Cansada de permanecer horas en el salón de su casa mirando las fotos, se levantó, se puso la chaqueta de cuero negra y salió al exterior, no sin antes acariciar a sus tres perros, que permanecían dormidos en los sofás. Se habían pasado un par de horas de juego sin descanso, persiguiendo una de sus viejas zapatillas por toda la casa.

Acabaron destrozadas.

Sin ser consciente de a dónde se dirigía, tomó el metro centro y partió hacia la casa del señor O'Neill.

Paseando, miró el despejado cielo de Sevilla con decepción. La tarde transcurría con tranquilidad y, siendo uno de sus días de descanso, debería haber aprovechado para quedar con Ruth y cenar. También había tenido la idea de desconectar su teléfono móvil cuando su ex pareja no había parado de llamarla.

Conteniendo el amargo sentimiento de su corazón, resguardó las manos en los bolsillos de la cazadora, intentando inútilmente calentarlas. Siendo el centro de la ciudad, siempre estaba atestado de turistas deseosos de hacer fotos a la magnífica catedral y parejas que no dudaban en conferirse mimos que, desde su punto de vista, eran demasiado íntimos.

Recordó con rabia las veces que había intentado sin éxito denunciar la desaparición de su amiga.

El señor O'Neill y Felicity se habían quedado sorprendidos cuando no se encontró siquiera el cuerpo de Alba en el lago. Es como si se la hubiese tragado la tierra. También estaba el hecho de que Carmen no había mostrado tristeza, sino más bien todo lo contrario. Algo sin sentido para ella. Ruth, que al principio había compartido su opinión, se había alejado de ella hasta creer firmemente que se encontraba con el highlander. Es más, se estaba encargando de extender el rumor de que se había fugado con su novio a Escocia...

¡Era tan ridículo! Si Alba aparecía, ya se encargaría de hacerles saber de por vida que nunca debían llevarle la contraria a un médico.

Sorprendida, sus pies dejaron de caminar cuando se encontró delante de la casa del Señor O'Neill.

Algo parecía rodearla, como una especie de aura que según decían, se debía a las ruinas en la que se encontraba construida. Desde que Alba había ido a la biblioteca, los problemas fueron arrojados a la luz. Llegó a la conclusión de que ella misma se aseguraría de rebuscar en la biblioteca hasta encontrar alguna pista de su amiga.

Alzando la mano, golpeó suavemente la puerta un par de veces.

Esperó hasta que el irlandés abrió la puerta. Al verla, sonrió con tristeza.

—Eire, es un placer verte.

—Igualmente, señor O'Neill —su fuerte voz salió entrecortada. Obligó a que su corazón dejase de latir con tanta rapidez.

—¿A qué debo tu visita?

—Tengo algo de qué hablarle, ¿sería posible que me dejara pasar?

El usual recelo a dejar pasar gente a su casa apareció, pero asintió.

—De acuerdo.

Entrando, la llevó hasta un salón algo viejo que apenas dejaba entrar la luz del sol por la ventana. El suelo de parqué, una chimenea de piedra y un par de sofás de piel oscura daban el toque hogareño. Un gran reloj de cuco de madera daba la hora, asustándola cuando salió para dar las siete de la tarde. Una gran alfombra roja estaba en el centro del pequeño salón, vieja pero limpia.

Tomando asiento en uno de los sofás, miró las fotos de los oscuros muebles con curiosidad. Nadie sabía nada apenas del viejo irlandés que había decidido años atrás vivir en Sevilla, apareciéndose con más frecuencia por el restaurante de la tía de Alba, Carmen. Le dio en una pequeña foto con un marco gris con una mujer joven rubia, quien supuso sería su sobrina.

Suspirando, aceptó la taza de café con una sonrisa.

—Gracias.

—De nada, joven —su acento irlandés resonó con fuerza—. ¿Puedes decirme qué te trae por aquí?

—Voy a ser sincera con usted.

—De acuerdo —se llevó la taza de porcelana con dibujos e intrincados dorados a los labios.

—No me creo esa... leyenda o mito, como prefiera llamarlo, de que Alba se encuentra en la Edad Media, en Escocia, con un laird de las Tierras Altas. Soy médica, siempre me he dejado llevar por mi cabeza y sé que todo puede demostrarse gracias a la ciencia —ignoró la ceja alzada de él y prosiguió—. Ya no cuento con el apoyo de Carmen ni con Ruth, quienes creen que Alba se encuentra perfectamente bien. Como amiga suya, me veo en la obligación de llegar hasta el meollo del asunto, sea como sea. Todo esto empezó desde que Alba miró su biblioteca.

—¿Me echas la culpa, joven?

—No —dijo con lentitud—. Pero creo que si yo pudiese ver su biblioteca, quizás podría encontrar algo que me informara de su paradero. Cualquier cosa.

El señor O'Neill la miró fijamente durante unos largos segundos. Aguantó la inspección, negándose a intimidar.

—No crees en la magia.

—Creo en todo aquello que se pueda explicar y tenga demostración. La magia no la tiene, señor.

—Esa creencia es muy triste para una persona tan joven como tú.

—Me gusta pensar que soy práctica —aclarándose la garganta—. Ya sé que hemos hablado de esto antes y de que Felicity lo ha explicado un montón de veces, pero me gustaría ir a verla, visitarla. Necesito oír de sus propios labios...

—Mi sobrina no se encuentra en Escocia, Eire —apretando los labios, bufó—. Se ha ido a Suecia.

—No me importa. Quiero contactar con ella, ¿podría facilitarme su número de teléfono?

—¿Me estás pidiendo que te deje subir a mi biblioteca y te dé el contacto de mi sobrina?

Pensó unos segundos, analizando la pregunta. Al no ver nada raro en ella, asintió.

—Usted me conoce lo suficiente como para saber que solo estoy haciendo esto para intentar dar con mi amiga. Si nadie piensa hacer nada, yo al menos no me voy a quedar cruzada de brazos mientras una de mis mejores amigas puede estar secuestrada.

O'Neill abrió sus claros ojos.

—No creo que haya pasado eso. Sí, es una pena que haya desaparecido, pero Carmen...

—Carmen tiene su manera de soportar el dolor.

—¿Crees que ella cree eso para soportar que su sobrina ha desaparecido? Me temo que te confundes, Eire. No solo eres cabezona y obstinada, sino que solo te dejas llevar por la verdad empírica. Me temo que acabarás golpeándote, joven. Te dejaré subir a mi biblioteca y te daré el contacto de Felicity, pero no te servirá para nada.

—Eso ya lo veremos —musitó con una tensa sonrisa, tomando el primer sorbo del caliente café, que bajó por su seca garganta.

Aclarándose la garganta, retiró la mirada.

—Gracias por el café.

—Sube si quieres, tienes diez minutos.

Asintiendo, dejó la taza en la pequeña mesa de madera que parecía artesanal antes de ir hacia una puerta al final del salón, donde tuvo que bajar unas escaleras de madera vieja chirriantes. Se encontró otro tramo de escaleras pero en sentido ascendente y una puerta al final de estas.

Con el corazón en un puño, la abrió con lentitud, escuchando el chasquido al empujarla. Una vez dentro, jadeó.

Rodeado de altas estanterías, los libros estaban por doquier, pilados uno junto a otro en los estantes. Paseándose por las calles que hacían las enormes hileras, fue observando cada esquina y libro, mirando el suelo (por si se encontraba una nota parecida a la de Alba) y por las ventanas, intentando no dejarse llevar por el hermoso paisaje de la ciudad.

Se dijo que nada tenía que ver que aquel sitio le erizase el vello de la nuca, que sentirse observada era uno de sus muchas paranoias tras haber estado leyendo un libro de fantasmas y se dijo también que sentir una fría brisa en la nuca acariciándole los mechones sueltos del moño era también producto de su imaginación.

Suspirando, cronometró el tiempo que le quedaría. Había estado tan sumida en las sensaciones que le provocaba el lugar que casi se había olvidado de su verdadero cometido: encontrar pistas de Alba.

Pasando dos hileras de libros más, su atención fue retenida en una pequeña mesa vieja enfrente de una ventana que dejaba pasar con cierta opacidad los rayos del atardecer. Sobre ella se encontraba un libro viejo de pastas verdes oscuras. Dudando unos segundos, finalmente se acercó con paso titubeante.

—¿Lo cojo? Oh, vamos, no va a pasarme nada. Todo esto es una ilusión.

Estiró las manos y levantó el libro, sentándose en el arcón situado bajo la ventana, apoyó el libro sobre los muslos y acarició el extraño dibujo que había en la portada dura desgastada. Se trataba de tres nudos con forma triangular entrelazados entre sí, como si no pudiese existir el uno sin los dos otros.

Un sudor frío le recorrió la espalda.

Aclarándose la garganta, sacudió la cabeza.

—De acuerdo, veamos qué eres. Después de todo eres parecido al libro que se llevó Alba.

Con una sonrisa tensa que no tenía nada que ver con cómo se sentía, abrió el libro por la primera página, estando blanca. Eran de un blanco roto viejo, como si el libro hubiese estado sobreviviendo al paso del tiempo lo mejor que había podido.

Pasó la siguiente página, encontrándose con frases cuyo idioma no entendía, ni se imaginaba cuál era.

Una voz susurró en su oído derecho.

No se giró, era imposible que nadie estuviese tras ella, ya que se encontraba la ventana y la pared. Apretando los dientes, fue pasando las páginas hasta que se cortó con una.

—¡Maldición!

Llevándose el dedo a la boca, se dijo que esperaba que el Señor O'Neill no viese esa pequeña mancha de sangre en la esquina de esa página. El libro parecía

bastante antiguo, es más el papel crujía cada vez que lo acariciaba y pasaba para integrarse en el libro.

Fue pasando distraídamente las hojas hasta que se encontró con el dibujo de un hombre.

Enfocó la vista, esperando a que las lentillas dejaran de moverse.

Vestido con unos pantalones largos marrones con cierto vuelo por encima de los calzones y una amplia camisa que era sostenida por un cinturón oscuro de piel, todo ello cubría una esbelta y firme figura. Lo que más le llamó la atención fue los rasgados y crueles ojos azules que la miraban. Tan claros como el hielo, parecían casi translúcidos, pensó sorprendida.

El dibujo estaba hecho a carboncillo o quizás por otro material, preguntándose cómo podía haber llegado ella a la conclusión del color de tales ojos.

Tragando saliva, acarició con lentitud los duros rasgos. Desde la larga y recta nariz hasta los labios, cubiertos por una corta barba que a predecir por las tonalidades, debería de ser rubia. Su pelo claro era largo hasta los hombros, en suaves ondulaciones que se preguntó cómo serían al tacto.

Sin embargo, solo pudo pensar si alguien estaría jugando con ella como había hecho con Alba. O si por el contrario, se trataba de un dibujo que representaba a un antiguo guerrero vikingo. Su enorme cuerpo había sido retratado con precisión, pudiendo entrever unos fuertes y perfilados brazos y una ancha espalda. Sostenía un hacha y un escudo en la otra.

Podía parecer relajado, pero a ella no la engañaba. No. Parecía estar a punto de entrar en ataque, preparado para cualquier desafío.

—No pienso caer en este estúpido juego —graznó.

Cerrándolo, ignoró la suave corriente helada que comenzaba a fluir por la habitación. Sacudió la cabeza y se levantó, obligándose a no ser arrastrada por todos los sentimientos que se respiraban allí. No quiso pensar ni en Alba ni en si ella estaría viviendo lo mismo, pues acabaría por perder su razonamiento lógico.

No pensaba aceptar nada de aquello como real, sino atribuirlo a su cansado cerebro.

—¡Eire!

Asustada, dio un pequeño salto, cayendo el libro al suelo.

Su corazón latía desbocadamente. Tragando saliva, cerró los ojos y se obligó a hablar.

—¿Sí, señor O'Neill? —gritó voz insegura.

—Ya tengo el contacto de mi sobrina Felicity.

Una forma de decirle educadamente que debía irse.

—De acuerdo, ahora mismo bajo.

Se escuchó un gruñido de confirmación. Llevó su mano al pecho, justo donde latía su corazón y cogió aire un par de veces, intentando relajarse.

Ordenó a sus piernas que se agacharan para recoger el libro cuando lo vio.

Ahí estaba.

Desafiante, pálido... Doblado. Un papelito.

Estaban jugando con ella, no tenía ni la más mínima duda. ¿Y por qué una parte de su cabeza le gritaba todo lo contrario, que debía correr lejos e ignorarlo, pasar de todo aquello? Miró el papelito durante unos largos segundos. Sí, iba a recoger el libro y pasar de todo el meollo. Creería que su mejor amiga se encontraba en la época Medieval junto a un guapo escocés donde tendría una larga y feliz vida. Sí. Eso haría. Miraría para otro lado.

Sin embargo, justo cuando aparecía por la puerta el señor O'Neill con el rostro cansado, recogió el libro, lo dejó en la mesa y se metió la nota en uno de los bolsillos delanteros del pantalón, maldiciendo en voz baja la fuerza que le hubiera impulsado a hacer tal acción.

Los ojos del irlandés brillaron.

—¿Todo bien?

—Perfecto —recta, asintió con rigidez.

Palmeó el relieve del bolsillo para asegurarse de que estaba ahí ese condenado papel. Sí, en efecto, ahí se encontraba. Aliviada inexplicablemente, salió de la entrañable habitación mientras hablaba con O'Neill, agradeciendo que le hubiese dejado entrar y dado el contacto de Felicity.

Odió saber que no sería la última vez que volviese.

La oscuridad de la noche sevillana la envolvió. La gente caminaba con usual normalidad, hablando con amigos o solos. Una suave brisa movió los mechones sueltos del moño, cruzándolos por su repentino pálido rostro.

¿Cuánto tiempo había pasado allí dentro?

Agradecimientos

En primer lugar a mi editora Vero, por darme la oportunidad y estar siempre a mi lado. ¡No te puedes imaginar lo mucho que te agradezco todo!

A mi familia, por ser el pilar más importante de mi vida y apoyarme. No sé qué haría sin vosotros... Sandra, gracias de nuevo por las ideas. Este highlander es todo tuyo.

Y a Escocia, donde conocí a gente muy simpática (¡asistimos a una boda escocesa!) y terminé por enamorarme de sus hermosos paisajes. 2013 sin lugar a dudas fue uno de los mejores años de mi vida.

BIOGRAFIA



Emily Delevigne es una autora española nacida en Sevilla y aficionada a la lectura, concretamente al género romántico, desde hace años. Actualmente estudia educación primaria a la par que escribe, toca el piano y disfruta de la vida junto a su familia. Tras haber participado en diversos concursos en Internet, decidió dar el gran paso y publicar su primera novela romántica-paranormal.

Autora Best Seller de la novela *Adicta a Scott*, publicada con Editorial Planeta en su sello Zafiro.

Bajo el sello de Ediciones Coral Romántica publica su primera obra en Mayo de 2016.